

El pozo del cielo
Cristina Cerezales
Laforet

13



Andrés y Florinda inician una historia de amor oculta, mientras juegan a llamarse Ariadna y Teseo. Pasados los años, la pasión entre los dos amantes se va enfriando hasta conducir la relación a un punto muerto. Pero un día, durante un viaje de Andrés, Florinda recibe una visita que trastoca su existencia y le hace abandonar su casa, el lugar de su amor secreto, sin dar ningún tipo de explicación. Cuando él regresa, se encuentra con una casa sin Florinda, en la que no soporta vivir con su ausencia pero de la que tampoco puede escapar, no consigue dejar de esperarla. Y es que Florinda no lo ha soltado del todo, lo tiene prisionero con las cartas que le va dejando cuando él no está. A través de esas cartas, los dos amantes iniciarán un proceso en el que se enfrentarán a quiénes son, a su pasado, y descubrirán la verdadera dimensión de su amor.

Cristina Cerezales Laforet

El pozo del cielo



Título original: *El pozo del cielo*
Cristina Cerezales Laforet, 2013

Revisión: 1.0

 05/03/2020

*A Clara, Eduardo, Fani,
Carlos, Andrea y Lapo,
con la ilusión de seguir celebrando
y compartiendo la vida*

Usted, que escribe en los diarios, ¿puede decirme por qué se necesitan siempre dos amores?... ¿por qué a nuestro corazón no le basta con uno solo?

Doña Flor y sus dos maridos.

JORGE AMADO

El hilo
de Ariadna, I

Fuera desfilan por el cielo nubes y vientos que hacen cimbrar las ramas de los árboles y levantan remolinos de hojas de otoño. Mientras, yo permanezco a la espera, detrás de mi ventana, deseando con impaciencia que el aire se vuelva mi aliado en la hora precisa en que el sol penetra por los cristales y se desparrama por la cama. Quiero recoger el calor de sus rayos y saciarme de esa vitalidad que penetra en mi cuerpo haciendo desaparecer la tristeza de la soledad, y creando una ilusión que me predispone a lo extraordinario.

Poco a poco he ido consiguiendo que mi vida tuviera sentido sin Teseo a mi lado. Él consiguió que dejara de analizar las cosas, de estudiarlas. Me dijo mil veces: «No pienses, siente». Y yo sentí, de una manera tan intensamente viva que mis nervios se desbarataban cuando perdía contacto con él. Por eso necesito olvidarle y prepararme a recibir lo mejor, sacudiéndome esta inercia que me hace permanecer en casa día tras día, como si todavía deseara la llegada del amado, como si necesitara su hombro para compartir el peso y la responsabilidad de la vida que a veces resultan insoportables.

En respuesta a mi deseo, las nubes se abren dando paso a un sol brillante que dentro de nada se extenderá por mi cama. Me desnudo frente a la luna del armario y sonrío a mi figura que nunca se ajusta totalmente a mi expectativa pero que he aprendido a querer. Con la mano aliso la sábana bajera y ahueco la almohada. Me tumbo en el centro de la cama con un suspiro de satisfacción. La luz tiembla un poco filtrada por el movimiento de las ramas, pero finalmente siento la caricia del sol deslizándose suavemente por los tobillos, recorriendo los muslos, colándose por los orificios, extendiéndose por el vientre, colmando el ombligo, rozando suavemente los senos, el cuello, el interior de la garganta, las mejillas, las fosas nasales; iluminando el cuenco de los ojos, las pupilas... Y de pronto, una brusca parada: una nube oscura interrumpe la luz. Cruzo los brazos sobre el pecho sintiendo el frío del abandono, pero no por mucho tiempo porque en ese mismo instante suena el timbre de la puerta.

No espero a nadie. Mi primer instinto es arrebujarme entre las sábanas y no acudir a la llamada. Es un resto de inhibición que todavía no he conseguido vencer, pero afortunadamente un instinto más fuerte me hace dar un salto al segundo timbrado y asomarme a la ventana. El hombre mira hacia arriba y sonrío.

—Buenos tardes, señora. Soy el marmolista.

—¡Un momento!

Me visto a toda prisa y bajo los escalones de dos en dos. El marmolista.

Nos miramos. Él debe de tener unos cincuenta y tantos años, la edad de mi padre más o menos, pelo canoso, abundante y ligeramente alborotado. Me gusta. Tiene una sonrisa bondadosa y una mirada penetrante que parece descubrir y apreciar.

Le devuelvo la sonrisa.

—Buenas tardes.

Todavía me sorprende cuando me llaman «señora». Me resulta ridículo ese título cuando tengo la impresión de no haber empezado a vivir de verdad.

—¿El marmolista?, ¿qué marmolista?

Saca un papel del bolsillo y me lo enseña. Sus ojos claros se han oscurecido con el temor de haberse equivocado.

—Sí, es aquí —le tranquilizo—. No sabía que tenía que venir un marmolista. La verdad es que no entiendo muy bien la solución que me han propuesto.

El hombre respira aliviado, parece que haya vencido muchas dificultades hasta llegar a mi casa. Yo sé que mi dirección es difícil de localizar. Pide disculpas. Él recibió el aviso hace quince días y se puso inmediatamente a la tarea, pero nadie vino a recoger el encargo como convenido. Se ofreció él mismo a entregarlo. Le miro y no me encaja en el papel que está representando.

Teseo dice que pienso demasiado y que ese es el origen de nuestros malentendidos. «No pienses, siente». Puede que sea un buen consejo, pero cuando solo siento, veo cosas distintas a las que me presentan.

El marmolista tiene modales educados y cruzo la casa junto a él como una dama acompañada por un caballero andante.

Entramos en el cuarto de baño. Contempla desolado la chapuza que hizo el fontanero al instalar un váter nuevo en sustitución del que se había roto. Le explico que se equivocó en las medidas y que dejó la cisterna separada de la pared.

—Esto no tiene estabilidad.

—Ahora tiene algo más, porque al quejarme de que todo quedaba bailando, el fontanero colocó una bola de silicona para rellenar el hueco.

—Espero que lo hiciera como solución provisional.

—Para él era la solución definitiva y dio el trabajo por terminado. Yo llamé a un inspector.

—¿Y no ordenó el inspector que se desmontara todo y volvieran a colocar el sanitario en su sitio?

—No. Dijo que sustituirían la silicona por una pieza de mármol.

Parece avergonzado, pero claro, no es cosa suya.

—A mí no me convence nada esta solución, pero...

—A mí tampoco, pero...

Me parece oír el final de la frase que no pronuncia:

«... necesito que paguen mi trabajo».

Quiero tranquilizarle. Después de todo, a mí me da igual.

—En cualquier caso lo he aceptado. Tengo curiosidad en ver cómo resulta.

Sonríe, pero pronto su rostro vuelve a ensombrecerse.

—Me parece que también me han dado mal las medidas del mármol. La pieza que yo he

cortado es demasiado grande para este espacio.

Saca un metro del bolsillo y comprueba que es cierta su apreciación.

—Lo siento —me dice—. Tendré que volver otro día.

—No importa. La silicona por ahora está aguantando, puedo esperar un poco más.

—Siento todos estos fallos. Me parece que no ha sido una buena idea encargarme de este asunto. Lo que me molesta es que *ella* vuelva a tener razón.

Tiene acento extranjero pero habla un español muy correcto. Lo del acento es normal entre los operarios que envía el seguro, pero hay algo en él claramente diferente. Me parece oír el tono impaciente de Teseo: «A ver, ¿qué es lo que *no* te encaja?». Porque, en realidad, Teseo sí quiere que piense, en todo menos en lo nuestro. Siento un poco de frío, y me parece que el marmolista también. El sol se ha retirado del todo.

—¿Le apetece un té?

—Se lo agradezco mucho, a esta hora suelo tomarlo.

Sigue mirándome como si me reconociera, como si reconociera en mí algo que le maravilla. Me gusta sentirme observada de esta manera, mis movimientos se vuelven ligeros, le ofrezco asiento y me acerco a la cocina con una melodía en los labios.

Elijo el té Earl Grey sin preguntarle. Sé que le va a gustar. Adivino sus gustos aunque no conozco su nombre.

Desde la cocina le oigo abrir la puerta que da al patio y me acerco.

—¿Le importa que me asome un momento?

Está anocheciendo y sigue soplando el viento. A mí también me gusta este tiempo, y sentir el aire circulando por la casa. Le acompaño mientras el agua del té se calienta.

Pegado a la pared crece un arbolito. Un pájaro debió de plantar la semilla. Me gusta verlo crecer hacia la luz.

—Es un arce me dice, recogiendo una hoja caída.

—Sí, habrá llegado de un jardín vecino.

El acaricia la madera del tronco.

—Cúidelo bien —me dice—, parece contento de estar aquí.

No añade, como otros, que las raíces pueden perjudicar a los cimientos de la casa, y se lo agradezco. Me ayuda a recoger una hamaca que dejé olvidada en el patio, y se acerca al rincón de las plantas aromáticas. Las reconoce y le gustan. El silbido de la tetera nos hace pasar al interior. Cierro las ventanas. No enciendo la chimenea porque la leña está húmeda y tardará en prender. Me preocupa retener al marmolista más de lo necesario, me gustaría consolidar la amistad que está naciendo, saber cosas de él sin tener que preguntarlas. Cosas como «¿quién es ella?».

Él sigue contemplando el diminuto jardín detrás de la ventana. Se está fijando en la barbacoa. Le explico que ya no la utilizo demasiado.

Se levanta del suelo un remolino de hojas rojas de la parra virgen. Nos miramos compartiendo la belleza del momento.

Sirvo el té.

El marmolista lo deja reposar en la taza y observa los cuadros de la pared y los objetos en las estanterías.

—¿Vive sola?

—A ratos. Teseo va y viene.

—¿Es él quién aporta a la casa estos objetos tan bellos?

—No. Él viaja por trabajo. Estos objetos los fui adquiriendo yo a lo largo de muchos años.

—Muchos no puede ser —dice, sonriendo de nuevo.

Toma en sus manos una figura del elefante Ghanesa y vuelve a depositarla con cuidado sobre el cristal.

—Ha elegido un buen lugar para él —comenta—. La figura se completa con su reflejo en la mesa.

Me gusta que lo descubra, yo me recreo contemplando a menudo ese reflejo.

Mi casa es modesta, pero tiene unas cuantas joyas para quien las sabe reconocer. El marmolista sabe. Los objetos cobran vida cuando los toma en sus manos.

—¿Alvar Aalto? —Está observando una pieza de cristal, de forma irregular, que utilizo para distintos menesteres—. ¿Estuvo usted en Finlandia?

—Viví unos años en Dinamarca y desde allí fui a menudo a Finlandia. Me gustan los diseños de Alvar Aalto, y también su arquitectura.

—A mí también. Visité hace años Villa Mairea en Noormarkku. Además de estas piezas decorativas he observado que esta casa tiene algunos elementos que recuerdan su arquitectura.

—Ah, ¿sí?

—Por ejemplo, ladrillo visto combinado con yeso blanco; el mismo tiro para la chimenea del interior y la barbacoa del patio...

—Bueno —me río—, algo hay, salvando distancias... Todo en esta casa es diminuto, pero es armonioso. La verdad es que a mí me gusta, me siento bien en ella. Estaba en muy malas condiciones cuando la encontré y eso hizo que el precio se ajustara al regalo de mis padres. La cuestión del precio era importante, pero la principal razón que me animó a elegirla fue la sensación de bienestar que me produjo desde el primer momento.

Le gusta el té. Parece un conocedor y valora mi forma de prepararlo. Son muchas señales favorables, como las que emitió la casa cuando me la presentaron. En cierto modo se parecen los dos. El marmolista viste de forma desenfadada, con un pantalón viejo de trabajo, pero tiene una elegancia interior y unos conocimientos que me cautivan, y también sus manos, y sus ojos. Hace muchos años que no me sentía tan a gusto conversando con alguien. Mi vida pendiente de Teseo me aisló de los demás. El interés que pone el marmolista en escuchar mis palabras hace que aflore mi necesidad de comunicación.

—Mis viajes se debieron en gran parte a la profesión de mi padre que me hizo apreciar la vida nómada. Hace ya unos años que vivo independiente de la familia, pero la necesidad de cambio quedó instalada en mí.

—¿Y ahora viaja por su cuenta?

—Muy poco. Mucho menos de lo que me gustaría, estoy condicionada a permanecer aquí por muchos motivos, entre otros, el tema económico.

Y la soledad. No se lo digo, pero lo sé. El aislamiento que se ha adueñado de mí me paraliza en una sensación de espera constante. Reconozco que no ha sido solamente culpa de mi relación con Teseo. Mi necesidad de él se hizo enorme porque ya notaba el vacío apoderándose de mi vida.

—El último gran viaje lo hice al acabar la carrera. Mi padre me envió dinero para que fuera a visitarles. Yo también tenía unos ahorros que había guardado para la ocasión. Me ilusionaba

mucho conocer la India y quería permanecer allí un tiempo. Ellos vivían entonces en Nueva Delhi. En su casa solo permanecí un par de días —me río, y me mira sorprendido—. Siempre es así, voy en su busca pero en cuanto les veo tengo que alejarme, no se produce el encuentro. Es como un movimiento rítmico, como las olas del mar, que apenas rozan la orilla y ya se están retirando. Pero en la India me quedé cerca de un año.

—De allí traje usted su pequeño Ghanesa.

—Sí, le tengo mucha simpatía. Siempre me anuncia buenas nuevas.

Se establece un silencio cómodo. No me importa haber desvelado parte de mi intimidad. Es agradable sentirse acompañada en esta hora de transición entre la luz y la sombra. Me gustaría saber más cosas de él. No reconozco su acento y le pregunto sobre su origen.

—Soy húngaro, aunque llevo muchos años fuera de mi país.

—Usted no siempre se ha dedicado a esto, ¿verdad?

—¿Se refiere al trabajo de marmolista?

—Sí.

—Sí y no —bebe un largo sorbo de té—. Siempre he trabajado con mármol además de otros materiales, pero no en esta clase de trabajos.

—¿Se dedica al arte?

—A la escultura.

Ya empiezan a encajar las piezas.

—¿Le interesa a usted la escultura?

—El arte en general me emociona. Traté de acercarme a él a través del estudio, pero no fue lo más acertado.

—¿Qué quiere decir?

—Estudié la carrera de Historia del Arte, y en parte me desapareció aquello.

—¿Se refiere a la emoción?

—Sí. Antes, una obra de arte podía hacerme temblar o llorar incluso. No siempre era una reacción cómoda para mí. A veces me colocaba en situaciones difíciles, y hacía esfuerzos por no sentir tanto, aunque al mismo tiempo tenía la impresión de que solo esos momentos tan intensos eran la verdadera vida.

Vuelve a visitarme el recuerdo de Teseo, cuando nos conocimos en el Museo del Prado delante de la pintura del *Perro semihundido* de Goya. No era una hora muy concurrida y la poca gente que por allí circulaba se fue retirando. Pensé que estaba sola y permití que mis lágrimas fluyeran libremente frente a la impotencia y la soledad reflejadas en la mirada del perro. De pronto noté otra presencia en la sala. Me volví para encontrarme con un hombre grande apoyado en la puerta y contemplando la misma pintura. La primera sorpresa fue la corpulencia de Teseo. La segunda es que en sus ojos oscuros también brillaban las lágrimas.

—¿Qué es lo que desapareció exactamente? —La pregunta del marmolista me devuelve al presente.

—Esa emoción que me proporcionaba una mirada virgen. Antes, yo percibía frente a un cuadro algo que dejé de sentir, quizás debido a la acumulación de datos que ahora acude a mi memoria cada vez que me enfrento a una obra de arte.

—Pero algo ganaría usted...

—Sí, seguramente.

—No parece muy convencida.

—Hubo cosas buenas, desde luego. Aparte de la acumulación de cultura, me hizo navegar por caminos insospechados. Encontré un par de buenos profesores que despertaron mi curiosidad. Me metí de lleno en el mundo fascinante de la Edad Media. La arquitectura gótica todavía no me ha revelado todos sus secretos. Y además hice algunos amigos, sobre todo uno, con el que pasé muy buenos ratos.

—Lo de la acumulación de cultura ¿lo dice en sentido peyorativo?

—Sí, las experiencias me gusta sentir las más que almacenarlas. Vivirlas. A mi curiosidad por la Edad Media colaboró un compañero de clase, ese amigo del que le he hablado, con el que me reunía a estudiar, y juntos nos adentramos en diversos conocimientos como la numerología, la geometría, la alquimia, los secretos que encerraban las catedrales. Llegamos a apasionarnos por esos temas. Pero un día me cansé, y todo aquello me pareció un juego absurdo.

Sonríe.

—Yo esperaba que esos conocimientos me condujeran a otro lugar, pero no fue así.

—¿Su amigo sigue investigando?

—Sí, es un apasionado. A él le fascinan sobre todo los números, y sigue emocionado con sus matemáticas. Se llama Lucas pero todo el mundo le conoce como *el Pitágoras*. Creo que fue él mismo quien se impuso el nombre.

—¿Qué es exactamente lo que la decepcionó?

—Me di cuenta de que nunca se llegaba a nada. Los mensajes secretos, los números mágicos, las interpretaciones diversas, me parecieron de pronto laberintos sin salida. Al final nunca se ha llegado ni a la piedra filosofal ni a nada que transforme nuestra vida en algo mejor o que por lo menos le dé un sentido.

—A veces, los caminos son largos. Gracias a esos números se crearon muy bellas armonías en arquitectura, incluso en pintura. Y esa, creo yo, es una forma de ir conduciendo el mundo hacia la belleza. ¿Ha dejado usted de creer en la importancia del arte?

—No, eso no. Y tampoco en la importancia de los números, pero los números concretos. Al acabar la carrera estudié contabilidad con mi amigo, y me pasé a los números de una manera práctica. Los números me dan de comer y ya no hace falta que sean mágicos, que se llamen *phi* o *pi*, ni hacer series con ellos, ni relacionarlos en extrañas fórmulas.

Como siempre que me acerco a este tema, vuelvo a sentir una gran confusión. Ya no sé si lo que estoy diciendo es lo que en realidad pienso o lo contrario. Me gusta mi interlocutor y deseo agradarle. Me parece una persona inteligente y culta y siento deseos de mimetizarme con él. ¿Estaré de nuevo buscando a mi padre? Aparto el pensamiento por molesto. Si encuentro a mi padre en él, se acabará nuestra amistad.

—Hábleme de su padre.

—¿De mi padre?

—Me dijo que lleva una vida nómada.

—Bueno, en cierto sentido. Es diplomático.

No tengo ganas de hablar de mi padre, y me dirijo a la cocina en busca de unas pastas para acompañar el té. ¿Sabrá el marmolista leer el pensamiento?

Cuando regreso a la sala, le encuentro ensimismado.

—Las he hecho yo —le digo para atraer su admiración.

No parece haberme oído y sigue el hilo de su pensamiento.

—Espero —dice con tono de preocupación— que esa sensación emotiva que usted sentía frente al arte le regrese enriquecida por todo lo que ha aprendido. No se puede quedar uno en la superficie, en la frialdad de los datos, ni tampoco en la confusión de los sentimientos. El estudio tiene que servir como instrumento para avanzar hacia el conocimiento. Esa sensación de pérdida que usted siente ahora es solo pasajera, ya lo verá. El arte está dentro de usted y de una manera u otra acabará manifestándose.

Asiento con un gesto. Me gustaría agradecerle de algún modo la atención que me está dedicando.

—¿Qué la llevó a estudiar contabilidad?

—Pitágoras me lo aconsejó.

—Resulta curioso.

—¿Por qué?

—Porque el verdadero Pitágoras nunca buscó aplicaciones prácticas a su trabajo. Un alumno podía ser expulsado de la escuela solo por preguntar para qué servían las matemáticas.

El marmolista toma una pasta del plato.

—El Pitágoras del que yo le hablo también es así. Él separa totalmente las matemáticas a las que se dedica por devoción, del cálculo y la contabilidad. Aunque también le gusta esta segunda parte, dice que le hace entrenar el orden y la atención.

—La atención es muy difícil.

—¿También para usted?

—Sí, absolutamente. Cuando salgo del pozo del cielo, a veces he perdido las referencias prácticas. Sobre todo cuando paso mucho tiempo ahí trabajando, después me cuesta salir.

—La vuelta siempre es más costosa que la ida.

Estamos de acuerdo.

¿El pozo del cielo? Más adelante, cuando le conozca mejor, también le preguntaré qué es el pozo del cielo. Hoy temo cansarle, agotar el encanto. Me gusta que me hable de cosas como si yo ya supiera de ellas.

Observo su mano apoyada en la mesa. Es una mano ancha y fuerte, mano de escultor. Esa mano me conduce al recuerdo de la mano de un indio en Arunachala. Mi mente empieza a divagar hasta que el marmolista de pronto se pone en pie retirando la mano.

—Siento haberla entretenido tanto —dice en tono de disculpa—. Usted tendrá cosas que hacer, y yo también. —El tiempo pasa volando cuando se está a gusto— sonrío. —Muchas gracias por todo... No nos hemos presentado. Mi nombre es Sándor. Sándor Battyani.

—Yo me llamo Florinda.

—¿Florinda?

Hace una pausa como valorando el nombre que le ha sorprendido, y pregunta:

—¿Me permitiría usted llamarla Flor? Es el nombre perfecto para usted, el otro me recuerda a la urbanización en la que vivo —y después de un titubeo, añade— quizá su marido utilice también el nombre de Flor...

—Teseo no es mi marido, y no me llama Flor. Me llama Ariadna. Él tampoco se llama Teseo, su nombre es Andrés. Me gusta Flor, como doña Flor la de los dos maridos. No me importaría parecerme a ella.

—Me gustaría mucho que viniera usted a visitarme y viera mis esculturas. Estoy a punto de inaugurar una exposición, pero todavía tengo la obra en casa. *Ella* se lo enseñará todo, es inevitable, pero después vendrá usted otro día y podremos verlo a nuestro aire.

—¿*Ella* es su mujer?

—No, no. Ella es *madame* Ludmila. Le voy a escribir mi dirección y teléfono, pero antes tenemos que solucionar lo del mármol.

—Por eso no se preocupe.

—Claro que me preocupo. Ahí es donde yo debo poner el orden y la atención. Mañana mismo traeré la pieza adecuada.

Leo el papel que me entrega. Sándor vive en Villa Azor, una casa de la urbanización de La Florida.

—Procuraré venir sobre esta misma hora.

—¿Se quedará usted a tomar el té?

—Si usted me invita, aceptaré con mucho gusto. Por cierto, las pastas estaban deliciosas. Es usted una buena repostera, como la doña Flor de Jorge Amado.

Después de despedir a Sándor, me doy cuenta de que no me quedo sola. El caos obsesivo que ha sustituido a mi amor por Teseo y los habituales preparativos para recibirle han desaparecido. Ya no trato de imaginar las mentiras que me dirá a su regreso de China; ni las palabras que yo utilizaré para comunicarle mi decisión de no volver a verle. Todo eso pasa a un segundo plano. No necesito ya pensar en ello hasta que se presente el momento. Mientras tanto me siento rica en sensaciones y recuerdos. La mano del escultor sobre la mesa y la mano del hindú: el ascenso a la montaña de Arunachala. Enciendo la chimenea y me tumbo en el sofá para recrearme en el recuerdo que ha aparecido como un relámpago y que quiero prolongar un poco más. La visita del marmolista ha reactivado los canales de mi vida y por ellos deseo volver a circular libre de temores. Revivo como en una película la sed, el calor, el esfuerzo de aquel primer tramo de la montaña que subí sola, el agua de la cantimplora que casi agoté pensando equivocadamente que llegaba a la cima. Era solo un remanso, una parada. El ascenso continuaba. Levanté la vista y calculé la dificultad de la segunda parte mucho más escarpada. El camino de tierra, que hasta ese momento me había acompañado, se perdía, desaparecía, y era obligado alquilar los servicios de un guía para escalar el siguiente tramo. Vagabundé un poco por el lugar entre otros viajeros que se reunían en pequeños grupos aceptando los servicios que ofrecían los guías. Comprendí que yo no podía permitirme ese lujo. Apenas me quedaba dinero, ni fuerza, ni agua en la cantimplora. Me senté apoyando la espalda en la pared de una de las dos chozas donde había vivido el ermitaño Maharasi y comprendí que el santo había elegido un bello lugar, y que no hacía falta moverse de ahí para contemplar la maravilla que brindaba la montaña. Sentí alejarse las voces y las pisadas y me quedé tranquila con un ligero sentimiento de melancolía, debido quizá a la soledad que siempre acabo eligiendo. Entonces, apareció de la nada aquel hombre. «No puedes quedarte aquí, a dos pasos de la cima. Yo te conduciré hasta arriba». Volví a esgrimir mis argumentos: falta de agua, de fuerzas y de dinero, pero él no se dio por vencido. «No tienes que pagarme nada. Tienes que subir porque Shiva quiere que subas». Una sonrisa ancha y blanca iluminaba su rostro moreno. Tuve miedo al sentir resquebrajarse mi seguridad anterior. No podía aceptar su ofrecimiento. No

podía subir sola con ese guía que no iba a recibir dinero a cambio. ¿Qué quería él de mí? Entonces vi aquella mano grande y oscura tendida, la mano de la amistad, y me aferré a ella con los ojos cerrados.

Suena el teléfono. Me llama Inés para saber cómo me siento. Apenas me concede unos segundos para contestarle que estoy bien e inmediatamente toma ella la palabra y me cuenta los últimos acontecimientos de su vida. Se lamenta y se ríe y yo me río con ella. Siempre es refrescante para mí el contacto con Inés. Cuando cuelgo el teléfono, me alegro de no haber tenido ocasión de hablarle de Sándor Battyani, ni de mi nuevo estado de serenidad. Son cosas difíciles de transmitir. Inés solo entiende los sentimientos que conoce, e interpreta a su manera los de los demás. Nunca ha entendido el movimiento oscilante de la vida.

El marmolista sí lo entendió.

«Hábleme de su padre», me dijo. Y yo me asusté. Era demasiado pronto para contarle el horror que ha marcado mi vida. El susto ante lo imprevisto, y el miedo de las noches en blanco, abrazada a mis hermanos más pequeños que venían a refugiarse en mi cama; noches de borrachera en que mi padre enloquecía; el silencio de mi madre que nunca admitió la existencia de esas noches; sus sollozos silenciosos ante la violencia de los gritos de él; ¿los golpes? Los oíamos pero no sabíamos a qué estaban destinados. Al día siguiente, papá elegante y tierno, mamá en cama con jaqueca. Papá bromeando y ofreciendo, mamá recluida en su palacio de cristal.

Él quería que yo le hablara de la vida nómada que el trabajo de mi padre nos impuso. ¡Ah, la vida nómada!, siempre la amé. Tenía la impresión de que cada vez que cambiaba de lugar su curso podía enderezarse, que se nos brindaba a rodos una nueva oportunidad de ser felices. Quizá mamá también lo sentía así, porque en los traslados parecía revivir, y aumentaba su eficacia. Pero al cabo de un tiempo, todo volvía a repetirse con exasperante regularidad. Nos habíamos asentado de nuevo.

El marmolista tiene una elegancia distinta, más desenfadada, más artística. No estoy buscando a mi padre en él, quizá busco al opuesto. Estoy segura de que el marmolista no bebe en exceso, pero tampoco se emborrachaba Teseo cuando le conocí.

No quiero regresar al tema de Teseo. Eloy he tenido la oportunidad de librarme de él y quiero aprovecharla hasta el final. Busco en la estantería el libro de *Doña Flor y sus dos maridos* y una manta para cubrirme. En el sofá me siento acompañada por el chisporroteo de la lumbre. Me gusta descubrir que la doña Flor de Jorge Amado tampoco se llamaba Flor, sino Florípedes. Me quita la sensación de impostura al utilizar como mío ese bello nombre. No tengo ganas de cenar. Leo hasta quedarme dormida.

Al día siguiente se para frente a mi puerta el coche del marmolista seguido de una furgoneta que estaciona detrás de él. De la furgoneta baja un chico brioso que carga sin esfuerzo la pieza de mármol. Les he oído llegar y nada más sonar el timbre yo ya estoy abriendo la puerta.

—Buenos días, joven. Venimos a colocar este mármol...

—Sí, pasen. Les estaba esperando.

Sándor y yo nos sonreímos. Conduzco al muchacho que me ha llamado joven al cuarto de baño. Él saca un bote con una pasta o pegamento y unas herramientas.

—¿Necesita ayuda? —le pregunta Sándor.

—No. Muchas gracias, me apaño bien solo. Ya le dije que no hacía falta que viniera, aunque hemos ganado tiempo por lo complicado de encontrar que está esto.

—No se preocupe, yo iba a venir de todas formas. La señorita y yo nos conocemos.

—¿Pasamos a tomar el té?

—Encantado.

Le ofrezco al chico la posibilidad de unirse a nosotros cuando termine la faena, pero me dice que él no toma té y que le espera una tarde de mucho trabajo.

Estoy contenta. Sigo con la sensación de que mi vida está tomando un nuevo rumbo, y de que estoy recogiendo en el camino los valores que había ido soltando.

—He preparado un bizcocho de naranja. Estuve repasando el libro de doña Flor y quiero estar a la altura del nombre.

El fuego lleva rato encendido, y la sala está agradable como en aquellas lejanas visitas de Teseo en que nos gustaba aprovechar al máximo el poco tiempo que podíamos compartir.

—He estado pensando en su amigo *Pitágoras*. Algún día me gustaría conocerle e intercambiar con él algunas búsquedas.

—Yo creo que él también estará encantado de conocerle. Le gusta hablar de filosofía, de geometría, y sobre todo de matemáticas. Y también de arte. Le parece que en el arte está todo implícito —el marmolista asiente con la cabeza—. Le resulta difícil encontrar a alguien que pueda seguirle. Yo no pude. Me resultaba a veces cansado hablar con él, por ese afán de exactitud que tiene en todo.

—Es lógico. Todos los matemáticos lo tienen. Para ellos nada existe si no es demostrable.

—Para mí es otra cosa. Me gusta jugar con los números y descifrar claves, en eso me entretuve mucho con él y desarrollé cierta facilidad. Y también me gusta llevarlos al terreno práctico. Me encanta descubrir que sirven para algo, que facilitan la vida. Aprendí a manejarlos en ese sentido trabajando para una empresa que me proporcionó mi amigo. Lo malo de esa empresa es que me exigían trabajar allí a tiempo completo. Acepté al principio porque necesitaba el dinero, pero no aguanté mucho. Tenía la impresión de que se me escapaba la vida, la otra vida.

La voz del chico nos interrumpe:

—¡Joven! Ya he terminado mi trabajo, ¿quieren pasar a verlo?

Está recogiendo sus herramientas, y pide permiso para lavarse las manos.

—Lo ha colocado muy bien —dice Sándor—. Le felicito.

Me gusta el resultado. Después de todo, no ha sido una mala solución.

—Es que es un mármol muy bonito —dice el chico—. Por eso yo también me he esmerado. Nosotros no solemos trabajar con material tan fino.

Se le nota contento, con la satisfacción del trabajo cumplido. Pide una fregona y limpia el suelo con vigor. Me hace firmar un papel y se despide. Sándor y yo volvemos a nuestra conversación.

—Me hablaba usted de su relación con los números y las matemáticas.

—Mi relación con los números en este momento es de utilidad, y pienso que también temporal. Pero aparte de eso, tengo un sentimiento profundo de que «todo es número», como decía el verdadero Pitágoras. A veces, incluso lo siento, y me entra el vértigo de lo inabarcable. Pero inmediatamente después me llega la impresión de poder llegar al misterio de las cosas de una forma más natural en mí y más fácil...

—Lo importante es valorar la propia naturaleza y avanzar desde ella. En el estudio de las matemáticas, la intuición y la osadía son elementos esenciales, y usted parece tener esas cualidades. Los grandes avances matemáticos suelen venir de mentes jóvenes. Cuando el matemático se vuelve reflexivo y prudente, ya no suele hacer grandes descubrimientos.

Tengo la impresión de que trata de convertir mi incapacidad en virtud. En cualquier caso, no tengo ganas de defraudarle. Necesito su apoyo para valorarme.

—Me dijo usted que dejó la empresa. ¿A qué se dedica ahora?

—Conocí a Teseo y él me propuso que llevara la contabilidad de sus negocios en casa. Desde entonces ese es mi trabajo: él me manda los datos al ordenador, y yo solo tengo que ir una vez por semana a su oficina, o cuando surge algo inesperado. También le llevo la gestión de los papeles y eso me obliga a salir un poco fuera de casa y pasear por Madrid, cosa que me encanta, y también disfruto de que él esté satisfecho, dice que todo va mejor desde que lo llevo yo.

Estoy inconscientemente hablando de un Teseo del pasado. Todavía no he actualizado mi nueva situación al contarla a los demás.

—¿Y cómo le va la vida, la *otra* vida?

Al marmolista no se le escapa ningún detalle, y me siento profundamente atendida.

—He recuperado el gozo de la casa. Tengo mis pequeños rituales, me gusta cocinar y cuidar las plantas, también me gusta el silencio que vivo aquí. Me siento como una crisálida en plena metamorfosis, quizá por eso busco esta reclusión.

Él parece esperar más. Titubeo un poco antes de continuar.

—Tengo una sensación extraña, como de estar preparándome para algo que ha de venir —le miro para ver si me ha entendido, y él hace un gesto con la cabeza para que continúe hablando—. Es como un vértigo que me arrastra hacia algo que va a situarme en otro nivel. Ya sé que lo que digo parece una tontería, pero me apoyo en intuiciones que a veces funcionan.

—Un día tendrá que dejar de ser *La ninfa constante*, y salir a la vida.

—Un elemento importante para mí es el sol. Esta casa recibe el sol por todos los costados y eso lo valoro mucho.

—Tiene usted razón, el sol transforma todo. Algunos iniciados de la edad media buscaban la salvación en la luz del sol. Por eso los arquitectos crearon espacios de luz y construyeron esas altas vidrieras.

Me gustaría hablarle de mi relación particular con el sol, de mi experiencia, pero no lo hago. Hemos terminado el té.

—Quizá el siguiente paso de su metamorfosis sea salir fuera para recibir el sol directamente.

No contesto porque no lo sé. Ahora necesito estar sola, envolverme en mi capullo para pensar. Retomar la responsabilidad de ser yo misma.

Como si de nuevo hubiera leído mi pensamiento, Sándor mira el reloj y se pone en pie.

—Es hora de retirarme. Le voy a pedir que un día de estos salga usted de su casa y venga a visitar mi estudio. Lo necesito. Estoy a punto de inaugurar una exposición y me siento inseguro. Además, *madame* Ludmila tiene ganas de conocerla, le he hablado de usted.

Le prometo que iré sin falta al día siguiente.

Por la noche sueño que está lloviendo y un montón de esculturas de barro se deshacen bajo la tromba de agua. Sándor está detrás de las esculturas y nos miramos desolados. Pienso: «Nunca conoceré su obra. Nunca sabré quién es».

El laberinto de Teseo, I

En el aeropuerto de Pekín, tres jovencitas ríen lanzando miradas provocativas a un hombre grande y fuerte, sentado en una incómoda silla de la sala de espera con el portátil en las rodillas. Andrés está acostumbrado a despertar ese entusiasmo en mujeres incipientes, jóvenes que seguramente confunden un corpachón como el suyo con un hombre fuerte y protector. De ahí le viene seguramente el apodo *de gorila* que con frecuencia le aplicaba Ariadna. Sin embargo, no hay nada más lejos que esas cualidades que quizá le otorguen atolondradamente esas mujeres que todavía no lo son, que todavía no calibran la debilidad que puede habitar en un físico poderoso. Él sí es consciente de su debilidad. Siempre lo ha sido, pero hoy más que nunca. La espera forzosa por el retraso en la salida de su avión le ha obligado a estabilizar un poco los pensamientos que hasta ese momento circulaban por su mente sin encontrar asiento. Ha actuado con inconsciencia. Últimamente ha dado pasos sin saber por qué lo hacía, movido por el mecanismo de la costumbre, de la repetición. Y ahora se da cuenta de que ha convertido su vida en un laberinto en el que no encuentra salida. ¿Por qué llamó a Ariadna para proponerle pasar una semana con ella y aclarar su situación con tranquilidad? ¿Por qué le sorprendió la falta de entusiasmo con que ella le respondía, como si lo que le estaba proponiendo fuera un desperdicio, un plato atrasado y recompuesto? ¿Por qué Isabel no protestó cuando él le anunció que su vuelta se retrasaría una semana por complicaciones en el trabajo? Y no solo no protestó, sino que no pareció sorprenderle, como si lo estuviera esperando. Si reflexiona ahora sobre estas preguntas que en su momento no quiso plantearse, es por culpa de este parón obligado, de estas horas inesperadas en el aeropuerto que no le permiten seguir actuando mecánicamente a su antojo.

Andrés tenía preparados un par de somníferos para tratar de dormir durante el viaje. Y después, ya vería. Sin embargo, ahora se encuentra bloqueado, sin nada que hacer ni poder dormir porque, de momento, la compañía no da explicaciones ni anuncia una nueva hora prevista para la salida del vuelo. La situación le enfada y le gustaría encontrar a un responsable, alguien en quien descargar su cabreo por la pérdida de tiempo. Pero ¿en qué tiempo perdido está pensando?, ¿qué puede importar llegar unas horas antes a la casa de Ariadna que le espera sin ilusión alguna? Esta reflexión, en vez de aplacarle, le hunde más en la miseria.

Las jovencitas le ponen nervioso. Cierra el ordenador y se dirige a una cafetería. Al levantarse, pierde para las chicas parte del encanto por su andar cansino, los hombros ligeramente vencidos hacia delante como para contrarrestar su tamaño, y una mansedumbre en la mirada que sustituye la fiereza de su cabreo anterior. Por fin la debilidad se ha hecho evidente. Esa sensibilidad emotiva en un cuerpo de gorila que sedujo a Ariadna, desencanta a las jóvenes que

abandonan la presa.

Se felicita por el cambio. Está mucho más cómodo con el portátil apoyado en la mesa y con sus largas piernas estiradas a tope. Abandona los asuntos de trabajo que ya ha repasado exhaustivamente, y decide distraerse con una partida de ajedrez. Además le conviene entrenarse, porque Adriana es buena jugadora y a él no le gusta perder. El ajedrez les sirve para echarse un pulso sin sacar a relucir los temas molestos. Va a ser una ocupación muy útil para pasar el tiempo en la semana que les espera.

Se concentra en el juego hasta que nota un cierto revuelo cerca de él. Un grupo de pasajeros de su avión (ya todos se reconocen después de tres o cuatro horas de compartir indignación y paciencia) ha logrado acorralar a un representante de la compañía, y una mujer, que se ha erigido en portavoz, exige explicaciones sobre el motivo del retraso y sobre el tiempo previsible que les va a tocar esperar. La mujer habla bien, sin perder los estribos y con firmeza. Andrés se acerca. El representante de la compañía está nervioso, asegura que él no sabe nada pero que va a informarse. Las miradas de agotamiento o de furia contenida de los pasajeros le intimidan. Con la promesa de regresar con la debida información logra escabullirse detrás de una puerta. Al cabo de un rato, sale flanqueado por dos compañeros. De momento —dicen—, no pueden dar ninguna explicación porque ellos mismos no la tienen, pero la compañía ofrece una cena en un restaurante del aeropuerto y pide disculpas por la demora. Y después de repartir vales para la cena, desaparecen por donde han venido.

—Por lo menos, algo es algo —dice la mujer que no está dispuesta a sentirse vencida.

El grupo de pasajeros se dirige hacia el restaurante. Él no tiene hambre y prefiere volver a su cafetería. Pide un sándwich y otro café, y sigue con la partida. No se preocupa de informar por el móvil del retraso, siempre le ha molestado dar explicaciones. Isabel le espera para dentro de una semana y Ariadna sabe esperar con paciencia.

Tenía que haber enrocado. Estaba a punto de perder la reina y por defenderla, cae el rey. Antes de cerrar el ordenador comprueba qué habría ocurrido si hubiera llevado el juego de otra forma. No es tan fácil como él creía, se ha colocado en uno de los niveles más altos de juego, y el contrincante le ofrece respuestas inesperadas. Lo mismo le va a ocurrir con Ariadna. No tiene ni idea de lo que le espera en estos días próximos ni adonde le van a conducir. Consulta el correo electrónico. Por fin tiene una respuesta de ella. No quiere hacerse demasiadas ilusiones, pero abre el correo con cierta esperanza de que le aclare algo sobre cuál es su estado de ánimo. Poco. Acusa recibo de su envío, no le felicita por sus logros, y añade: «No me llames “pequeña”». Nunca le gustó que la llamara así, pero a él le salía ese nombre como fórmula cariñosa, y ella acabó aceptándolo porque venía de él que era grande, aunque en más de una ocasión le hizo saber que era un adjetivo que la hacía sentirse reducida no solo en tamaño, sino en edad e inteligencia. Él nunca había dado importancia a su protesta, y como le aplicaba el nombre en momentos de gran ternura, el rechazo pasó al olvido. Ahora vuelve a surgir. Eso puede significar simplemente que está de mal humor, o también que haya aparecido otro hombre en su vida. Él siempre ha temido que eso ocurriera. Ariadna es una mujer muy atractiva, y de haber querido, podría haber jugado con esa ventaja para conseguir de él lo que fuera por miedo a perderla por otro. Pero ella nunca quiso manejar esas armas, o no supo hacerlo. Se mostró ilusionada con el trabajo que él le ofrecía y que la mantenía aislada en casa, alejada de todos.

Algo le está indicando Ariadna. Algo así como que ha dejado de ser víctima para convertirse

en adversario y que no está dispuesta a que él minimice su fuerza.

Andrés se une a sus compañeros de espera cuando regresan del restaurante donde han cenado porque se siente cansado y no quiere quedarse en tierra en caso de dormirse. Pasa un par de horas más dormitando en los duros asientos antes de que los convoquen a la sala de embarque. De forma repetitiva y constante aparecen en su pantalla mental dos escenas: la cara de Isabel frente al espejo, las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos grandes, y las lágrimas resbalando y haciendo surco en sus mejillas maquilladas. Aunque quiera ignorarlo, sabe muy bien interpretar esa escena que ha vivido en más de una ocasión: la desesperación de Isabel por el paso del tiempo y por la negativa de él de traer hijos al mundo. La segunda escena es más complicada y también pertenece a una vivencia del pasado: la mano de Ariadna prendida en la suya y ardiendo de fiebre. El enjugando el sudor de su frente y murmurando palabras de amor. Y de pronto, un gesto en ella de liberación que le hace soltar su mano y girar el rostro para otro lado, sonriendo. Ha escapado a su paisaje.

Cuando finalmente llegan a Madrid, después de muchas horas de vuelo, los pensamientos de Andrés han cambiado. Se siente mejor, y esto es lo que en este momento le hace falta para afrontar la situación. El motivo es la compañera que le tocó en suerte en el avión. Se trata de la mujer madura que se erigió en portavoz de los viajeros. Les tocó al lado en el asiento junto a la salida de emergencia. Él le ayudó a subir la maleta al portaequipajes, y pescó, como en un *flash*, la mirada de envidia que ella dirigió al asiento con ventanilla que le había tocado a él. Galantemente le ofreció intercambiar el puesto. A él le daba exactamente igual, tenía la esperanza de dormir el mayor tiempo posible. Ella se sorprendió de haber sido descubierta y le agradeció el gesto riendo. Había sacado el billete a última hora y no había podido reservar ventanilla como siempre hacía. Este primer contacto les unió en una especie de camaradería. Ella se avergonzó de ser caprichosa, y él le comentó que también tenía sus preferencias, y que a la hora de reservar asiento siempre pedía el que corresponde a la salida de emergencia porque en los demás no encuentra espacio para colocar las piernas con comodidad. Para acompañar la comida, los dos pidieron vino, y ella levantó el vaso, y brindaron. Después él pidió una segunda botella y ella se entrometió. Le había visto tomarse un par de güisquis en la cafetería antes de embarcar. «No deberías beber más vino, es peligroso con la altura». Él la miró asombrado y contrariado. No le gusta que nadie se meta en su vida, y menos una desconocida, pero recordó la corriente inicial de simpatía entre ellos y procuró dar un tono desenfadado a su contestación. «Necesito ahogar las penas», le dijo, o algo parecido. Era una frase tonta y sinsentido pero ella le dio importancia e indagó, y él, conducido por la desinhibición que produce el alcohol, le fue desvelando información sobre su vida y sus problemas. La mujer —le fastidia ahora no recordar su nombre— hacía preguntas certeras, y él fue soltando la retahíla de sus angustias como si hablara para sí mismo. La respuesta de ella le resultó desconcertante. «Tienes que liberarte de esas dos mujeres. No te convienen». Pensó que había oído mal. «Las demás no representan un peligro, por ahora —continuó la mujer—. Son producto de la excitación que os produce a ti y a ellas el alcohol y la cocaína. Pero de las otras dos, tienes que liberarte». ¿Cómo sabría ella lo de la cocaína? «Querrás decir liberarlas a ellas

de mí». Ella alzó los hombros como si esa propuesta no le interesara. «¿Te crees una especie de deidad que puede liberar a unos y otros de sus cadenas?». Él no quería decir eso. Él más bien se veía como una especie de degenerado que estaba haciendo daño a las personas que se acercaban a él por amor. Pero ella siguió con su punto de vista: «Ellas harán lo que puedan. Si han alcanzado suficiente nivel para librarse de ti, lo harán, si no seguirán enganchadas, pero eso es asunto suyo. Tú, lo primero que tienes que hacer es soltar tu adicción al alcohol, ¿crees que los desafíos que plantea la vida se vencen ahogándolos en alcohol como tú dices? ¿Qué sentido tiene la vida, entonces?».

La pregunta era demasiado para su mente embotada, y quedó ahí planteada. Ninguno de los dos volvió a tomar la palabra hasta Zúrich, donde el avión hizo escala y compartieron un café. — ¡Julia!, se llamaba Julia, ahora lo recuerda—. Él no se atrevió a pedir otro güisqui, que es lo que más le apetecía, a pesar de que Julia se fuera a dar una vuelta y volviera con un libro en el que se enfrascó hasta el anuncio de salida del vuelo. Para alejar la angustia, abrió su portátil y se entretuvo con otra partida de ajedrez que finalizó en tablas.

Durante el vuelo hablaron poco. En estado sobrio, él se sentía incómodo de haber largado tanto con una desconocida. Ella parecía muy interesada en su lectura, y él durmió gran parte del tiempo. Se despidieron amigablemente en Barajas.

Cuando llega a casa de Ariadna se para ante la puerta indeciso. La mujer del avión le ha hecho ver las cosas bajo un nuevo aspecto. Si él lo tomara en consideración, ¿qué sentido tendría pasar una semana entera con Ariadna? Ninguno. Pero las cosas no son así, él no quiere liberarse de nadie. Piensa ahora que lo mejor es esperar a que todo se recoloque de nuevo. Sería magnífico que Ariadna tomara las riendas del asunto y le sedujera de nuevo con el lenguaje de su cuerpo.

Respira hondo, y pulsa el timbre decidido a dejarse conducir por la vida. No recibe contestación y repite varias veces la llamada. Finalmente abre con su llave. La ausencia de Ariadna le desconcierta un poco por inesperada, aunque debería ser natural ya que él no le ha comunicado la hora de llegada. A pesar de todo, le resulta extraño, como si la casa estuviera abandonada no solo por la ausencia momentánea de su dueña. Todo está en orden y limpio, demasiado limpio. No hay ni una nota ni nada que indique que le está esperando. Al abrir él la puerta, se ha cerrado otra del interior de golpe. Eso no le sorprende. Ariadna habrá dejado alguna ventana abierta, suele ocurrirle. Esa es una de las cosas que le sacan de quicio, esas afirmaciones absurdas como la de que no existen las corrientes de aire. Para apoyar sus argumentos siempre echa mano de las teorías de su amigo *el Pitágoras*, a quien él no tiene el gusto ni las ganas de conocer, pero que, según ella, es un experto en temas de cálculo y de física. Y a ella le encanta discutir con él y expresar luego los conceptos a su manera. Al principio, tiene que reconocer que le divertía intentar seguir sus extrañas formulaciones: el poder de cada número en sí, los números amigos, los números perfectos, las leyes físicas que justifican sus aseveraciones..., pero luego dejó de interesarle, y más bien le aburría todo ello. Se daba cuenta de que la mente de Ariadna era diferente a la suya, como cuando le hablaba de los países en que ella había vivido y lo hacía siempre desde su experiencia anímica, de su relación con la luz o la falta de ella, o cualquier otro detalle para él sin importancia.

Es cierto que durante un tiempo él estuvo obsesionado por conocer el mundo oculto de Ariadna, por abarcarlo. Finalmente abandonó, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos. Sus cuerpos, sin embargo, siempre se han entendido, se han buscado, se han acoplado. Aunque,

pensándolo bien, últimamente también están fallando sus relaciones físicas. Ella lo achaca a la bebida que él ingiere, y él a que ella se ha vuelto insensible y fría.

Empieza a impresionarle su desconexión con la realidad. Hace un momento él había imaginado que Ariadna abría la puerta y se fundían los dos en un abrazo, que soltaban lo que tuvieran en las manos para subir apresuradamente al dormitorio, que se desnudaban mutual mente el uno al otro y que se acariciaban, se reconocían, hasta fundirse en un solo ser. ¿Cuánto tiempo hace que ya no ocurre nada semejante? ¿Cómo ha podido saltarse con el pensamiento toda una etapa de desamor, de engaños, de angustia, para volver tranquilamente al pasado como si nada hubiera ocurrido?

—¡Ariadna! —grita por la escalera, como si elevar la voz pudiera hacerla aparecer de repente.

Silencio. Suelta la maleta y sube a grandes zancadas al dormitorio. Se le escapa una imprecación contra esa casa que siempre le parece absurda cuando no está su dueña en ella. Absurda por tantas escaleras y tan poco espacio en cada planta. Una casa de tres pisos, con una habitación en cada uno. Es como para volverse loco subiendo y bajando todo el tiempo. En la planta de entrada están la salita y la cocina; en la primera, el dormitorio y un cuarto de baño; y en la de arriba, una habitación que Ariadna ha convertido en despacho y donde trabaja. Y además, por encima de ese despacho o estudio hay una azotea donde a ella le gusta tomar el sol y tender la ropa. Definitivamente la casa es absurda, y Ariadna no está.

Encima de la cama del dormitorio encuentra un sobre grande con el nombre de Teseo, ¿qué será? Lo palpa y luego lo abre pensando que se trata de temas de trabajo. ¿Qué es esto? No contiene números ni albaranes sino una historia de una veintena de páginas con el título de «El hilo de Ariadna I». No quiere leerlo. No quiere argumentos ni palabras. Solo desea, y cada vez con mayor urgencia, sentir y abrazar el cuerpo de Ariadna.

Piensa que lo mejor es prepararse para el encuentro descansando un poco. La espera del aeropuerto y las horas de vuelo le han agotado. Se echa sobre la cama, convencido de que al abrir los ojos se encontrará con su amada.

Cuando despierta, la penumbra ha invadido la alcoba. Sigue solo. Por los cristales resbalan silenciosamente las primeras gotas de lluvia. Pone la radio hasta encontrar una música suave que se acople a ese momento. La encuentra. Le habría gustado compartirla con Ariadna. Vuelve a quedarse dormido con la impresión de estrechar el cuerpo de ella con el suyo.

Despierta algo más tarde, y tarda en recordar donde está. Un gusto amargo le acompaña, quizá como consecuencia del sueño que no recuerda, además de la certeza de que Florinda no va a aparecer y que le está jugando una mala pasada. Para colmo, al tratar de levantarse, recibe un tirón en las lumbares; le duelen los huesos por la humedad, por no haberse cubierto y estar la ventana entornada. La dichosa ventana, siempre ese tipo de sorpresas en casa de Ariadna, y él como un tonto sin abrigarse ni tomar la precaución de averiguar de dónde viene el frío antes de tumbarse en la cama.

Decididamente, él no podría vivir con Florinda compartiendo sus manías absurdas: las ventanas abiertas y la calefacción a tope, y luego dice que es ecologista. Ella se ríe de su empeño en cerrarlo todo. A cal y canto, dice. Humo, pues sí, a cal y canto para que no entren la humedad, el viento, el frío o los ladrones. Pero ¿por qué estará tan enfadado? Últimamente le ocurre con frecuencia. La insatisfacción profunda de su vida aparece al menor contratiempo.

También va emergiendo su último sueño. Primero las miradas: la de su padre suplicando «No me olvides», y la de Ariadna abandonándole y alejándose a otros confines. Las dos imágenes se funden porque están relacionadas. De una manera confusa él sabe que hay un vínculo entre ellas. Pero no era eso lo que le provocó el malhumor, hubo otra cosa que ahora no recuerda. Estaba Lin en el sueño. Lin, la jefa de compras de la empresa que fue a visitar en Pekín. Aparecía en un despacho de forma oval, ¿el despacho oval? Sí, ahí estaba ella señalándole una inmensa pantalla en la que le mostraba los datos de sus condiciones de compra. De pronto, la pantalla se transforma y aparece el rostro de su mujer. El zum acerca los ojos de Isabel y luego los aleja. El siente una punzada de dolor. La piel de ella, fresca y jugosa, empieza a secarse absorbiendo con avidez las lágrimas que resbalan por ella, hasta que aparece como tierra seca y resquebrajada y cae a pedazos. «Tienes que liberarte de ella», le dice Lin. Le tiende la mano. Sigue a la mujer que le conduce por un pasillo largo flanqueado de puertas. Se para frente a una de ellas. Le hace pasar primero. El despacho de Lin se convierte en el dormitorio de Ariadna.

En otro tiempo, Florinda y él analizaban los sueños. Ahora no podrían hacerlo juntos. Sus sueños ya no pertenecen a la realidad que comparten. Él huye de las palabras en las que a veces se enreda dejando al descubierto territorios no franqueables. Ella lucha por retomar el diálogo pero se siente vencida. ¿Qué le contará en la historia que le presenta bajo el título de «El hilo de Ariadna»? De momento, una extraña rebeldía le impide meterse en la lectura de esas páginas. O quizá sea miedo a lo que puedan contener. Siente una necesidad apremiante de verla, de apartar con sus caricias las palabras, pero Ariadna sigue oculta sin dar señales de vida.

Tiene hambre. Ella no ha dejado cena preparada, lo que podría indicar que va a aparecer de un momento a otro. Pero al cabo de una hora comprende que no es así, y se resigna a prepararse un tentempié. Enciende la televisión. Se queda dormido en el sofá con el sobre de Ariadna en las manos. A media noche se despierta y se mete en la cama.

A la mañana siguiente llama a Inés, la mejor amiga de Florinda, si es que puede decirse que Florinda tenga una «mejor amiga», pero es por lo menos la más cercana. Inés le dice que habló con ella no hace mucho por teléfono y que la encontró contenta. «Aunque ya sabes —añadió—, tan reservada como siempre».

Desayuna solo, y no puede evitar el recuerdo del desayuno que le ofreció Lin después de la noche que compartieron.

Analiza el enredo que le presentó el sueño el día anterior y sonríe. Lin, en la realidad, le había hecho una presentación en *power point* de su empresa y de sus condiciones de venta. Él aceptó sin reparos todo lo que le propuso porque las condiciones eran muy superiores a las que él pactaba en el mercado alemán. Lin pulsó un botón y se imprimió un papel con el contrato de compra-venta, firmaron los dos. Después le invitó a cenar en un restaurante cercano. Se comunicaban en inglés, Lin se había educado en Europa. Bebieron alcohol en abundancia y ella le invitó a su apartamento. Tomaron un taxi que pagó ella. Por el camino no hablaron. Ella apoyaba la cabeza en su hombro y de vez en cuando le acariciaba el brazo, gesto que a él le excitaba a pesar de la levedad del roce. Ella dormitaba pero se espabiló cuando llegaron a destino. Dentro del apartamento preparó una raya de cocaína para cada uno. Él aceptó —últimamente se está aficionando a la cocaína como única forma de aguantar el ritmo y el desgaste que lleva—. Luego hicieron el amor y se quedaron dormidos hasta el día siguiente. Después del excelente desayuno que ella preparó, se despidieron. Seguramente no volverá a verla.

Lava los cacharros que ha utilizado y sube de nuevo al dormitorio donde le espera el escrito de Ariadna.

El sol roza una punta de la cama. Teseo se instala cómodamente a leer. Unos instantes después se levanta y cierra las cortinas dejando afuera ese sol que le ha sustituido en su ausencia. Sigue leyendo de pie. Cuando llega a la última frase «Nunca conoceré su obra. Nunca sabré quién es», se sienta en la cama con las hojas en la mano y con expresión perpleja. ¿Qué coño es toda esa historia del marmolista o escultor o lo que sea? Las cosas que cuenta Ariadna no tienen pies ni cabeza, pero la realidad es que ella no está en casa, y esa historia tan extraña le preocupa sobre todo por la desaparición de ella. Por lo visto ahora hay un marmolista que la escucha. Siempre le resultó patético en Ariadna esa necesidad de ser escuchada, atendida. Le hace gracia cómo cuenta las cosas. Lo del Museo del Prado, por ejemplo. Eso es mentira. ¿De dónde ha sacado que él tenía lágrimas en los ojos?, quizá las tuviera ella, aunque tampoco lo recuerda de forma nítida. Lo que sí recuerda es que se encontraron compartiendo una soledad y una tristeza. Los tres solos en la sala: el perro hundido, ella y él, envueltos en un mismo sentimiento de impotencia y de dolor. Conectaron enseguida y salieron del museo sonriendo y conversando. La invitó a comer en La Galería. Le preocupa ahora, al recordarlo, la facilidad de Ariadna para entablar relación con los desconocidos. Pero volviendo al escrito, tampoco es cierto que ella dejara voluntariamente la empresa en la que trabajaba. La verdad es que no le renovaron el contrato por sus múltiples ausencias. Por eso él le ofreció que llevara la contabilidad de su pequeña empresa pagándole más de lo que merecía para compensarla por la clandestinidad de sus vidas. Es cierto que Florinda aportó con sus números estabilidad a su pequeña empresa. Cumplía con un orden riguroso, sin olvidar el más mínimo gasto, y, al contrario que en el anterior trabajo, nunca falló en sus obligaciones que siempre consideró prioritarias frente a cualquier otro asunto. También le ayuda a entrar en contacto con otros países, por los muchos idiomas que maneja. Se pregunta ahora por primera vez si realmente le está pagando por encima o por debajo de sus méritos.

¿Por qué no habrá en esta dichosa casa ni una gota de alcohol? Si él tuviera en este instante una copita en la mano, podría analizar las cosas con mayor claridad. Pero la ausencia de alcohol es una norma de la casa que él siempre ha respetado. Si quiere beber algo, tendrá que acercarse al bar de la esquina. No le gustaría que apareciera Florinda y le encontrara bebiendo en su casa, y además por la mañana.

¿Por qué habrá escrito esa historia para él? ¿Será una pista para que la busque y la encuentre? En el texto no hay nada que justifique su ausencia. Se siente perdido. Él no está preparado para estos esfuerzos. No sabe qué hacer. Quizá lo más razonable sea volver a su casa con Isabel y dejarse de historias.

Transforma ahora a Isabel en su memoria. La convierte en una persona buena, borrando de ella todos los rasgos de superficialidad que normalmente le atribuye y que tanto le crisan. Además, la casa de Isabel es también la suya, y allí puede hacer lo que él quiera, no tiene por qué someterse a reglas de otros. Isabel es agua pasada, lo sabe. Ya lo era cuando conoció a Ariadna, en eso no la engañó. Él se dio cuenta muy pronto de que se había equivocado al casarse con Isabel. No tenían nada que ver el uno con el otro, y las diferencias chirriaban a cada instante. Esa es la razón por la que nunca quiso meterse en la aventura de los hijos. Se alegra de haber sido consecuente en esa cuestión. Él no se ve como padre, antes tendría que aclararse en muchos aspectos. El trabajo es uno de ellos, aunque parece que esté empezando a estabilizarse a pesar de la crisis. En eso tiene

mucho que ver Lorenzo, tío y padrino de su mujer. Y no es que él piense seguir unido a Isabel por interés, espera no haber caído tan bajo.

Ariadna antes le daba confianza. Los días que pasaba con ella eran como un oasis en el desierto. Llegó en aquellos tiempos incluso a creer que él era alguien que valía la pena. Con ella no era desabrido como con Isabel, sino todo lo contrario, y le parecía sentirse bueno y libre. Se engañaba, lo sabe, pero funcionaba. Hasta que ella empezó a reclamar lo que le debía, la promesa que le había hecho y que a medida que pasaba el tiempo le parecía más difícil obtener: el derecho a vivir su amor a la luz del día. Él siempre supo que la luz era lo más importante en la vida de Ariadna, y, sin embargo, se empeñó en mantenerla oculta en la oscuridad. ¿Cómo explicárselo a sí mismo? Fue por cobardía, por miedo a estropearlo todo. Nunca había sido tan feliz como en la primera etapa de su relación con Ariadna, pero esa felicidad le parecía compuesta de muchos elementos. No quería tocar ni uno solo de ellos. Si él era el Teseo en que ella le convirtió, es porque tenía una seguridad, una consistencia. ¿En qué se convertiría si perdía el trabajo y rompía los lazos afectivos que le unían a la familia de Isabel? Él quería sinceramente a los padres de Isabel, habían representado a la familia que nunca tuvo. Le parecen gente capaz y generosa, pero hace tiempo ya que no bromea con su suegro, y que Adela ha dejado de pedirle nietos. Está seguro de que ellos se han dado cuenta de lo que ocurre. Por ese lado, la ruptura está casi establecida, pero Lorenzo es un tema aparte.

Andrés se levanta, se abriga y sale a la calle. Le parece que tiene ganas de dar una vuelta por si ve llegar a Ariadna, pero se detiene donde su motivación oculta le conduce. Entra en el bar de Manolo y pide un combinado de ron. Trata de contener la ansiedad y lo degusta despacio. Es exactamente lo que necesitaba para calentarse por fuera y por dentro, y para aclarar las ideas.

Lo de Lorenzo es un tema aparte porque él a ese hombre le admira sin reservas y no quiere perder su amistad. Recuerda el día en que le conoció. Adela estaba deseando presentárselo. Ella le quiere como a un hermano o más, esas eran sus palabras, y le ensalzó tanto la inteligencia de su primo y sus capacidades, que cuando Andrés le vio por primera vez, se llevó un chasco. Él esperaba una especie de superhéroe, y ahí estaba ese hombre de unos cincuenta y tantos años, algo rechoncho, y calvo hasta la nuca donde le crece una pequeña melena canosa. Los presentaron. Lorenzo le miró con los ojos perdidos detrás de sus gafitas redondas, y le tendió la mano apretando la suya con firmeza. Muy pronto pudo comprobar que, lejos de estar en las nubes, ese hombre estaba siempre presente en el lugar donde se hallaba y no perdía detalle de lo que ocurría en su entorno. Pero no es solo eso lo que admira en él. Poco después descubrió que esa mirada lejana que caracterizaba a Lorenzo correspondía a un cerebro lleno de números y de claves que no descansaba ni un minuto de su trabajo, y que recibía continuas señales de su pequeño ordenador portátil y de su móvil a los que iba siempre ligado y que atendía de inmediato, estuviera donde estuviese.

Entre las peculiaridades de Lorenzo hay algo que a él le resulta familiar. A veces ha pensado que, de haber vivido, su padre podría parecerse a Lorenzo. No en el aspecto físico. Él recuerda a su padre más joven, alto y un poco desaliñado aunque apuesto, pero tenía la misma frente ancha, y en la mirada también algo inquietante, como de estar conectado a un mundo que los demás no perciben. En el caso de su padre no se trataba de ordenadores ni de móviles, era algo misterioso que a veces le hacía sonreír sin motivo, algo parecido a lo que le pasa a Ariadna algunas veces. El padre desapareció de su vida cuando él tenía ocho años, y lo que más añoró Andrés era ese

mundo feliz que parecía habitarle de vez en cuando sin razón aparente y que le alejaba del entorno. Ya de mayor ha pensado alguna vez que quizá tuviera el desahogo de una amante fuera de la mediocridad de su vida familiar, y que a ella fuera dirigida esa sonrisa.

Aquel primer día ya conversó largo y tendido con Lorenzo. Adela estaba contenta de que su primo hiciera buenas migas con el yerno. Ella es una mujer avispada e inteligente, y entre los dos primos, hijos únicos los dos, existe una relación profunda. Los padres de Lorenzo anduvieron un tiempo huidos, perseguidos por sus ideas políticas, y el chico pasó largas temporadas en casa de sus tíos, jugando y conversando con su prima que no se cansaba de escucharle y de ayudarle en sus múltiples inventos. Adela confiaba en él como en un oráculo, y disfrutó aquel día oyéndoles hablar de trabajo porque a su inteligencia no escapaba que Andrés necesitaba un buen empujón de alguien con experiencia. Y Lorenzo se encargó a conciencia de dárselo, no solo ayudándole con sus sabios consejos, sino proporcionándole buenos pedidos de la constructora en la que él trabaja. Con el apoyo de Lorenzo, la empresa de Andrés creció sustancialmente. No era lo mismo trabajar para veinte clientes pequeños e inestables, que para uno grande y seguro que poco a poco, fue barriendo a todos los demás. Eso simplificó su trabajo y vivió entonces una época de cierta tranquilidad y bonanza que, en vez de repercutir en la familia, él aprovechó para mejorar sensiblemente su relación con Ariadna. Pero todo lo bueno dura poco, y los errores se pagan. El tío de Isabel le advirtió del peligro de depender de un solo cliente que en cualquier momento podía tener el capricho de cambiar de proveedor. No supo Andrés si la advertencia de Lorenzo era general o si tenía motivos fundados para hacérsela, porque él ya estaba notando un descenso en el volumen de pedidos, que achacaba a la crisis.

Empezó entonces a moverse y a visitar a otros posibles clientes para ofrecer sus productos. El mercado estaba difícil, y de nuevo Lorenzo le sacó del atolladero: «Déjate de importar los paneles de Alemania —le aconsejó—, serán de alta calidad y hasta ahora han valido, pero ya no son competitivos. Olvídate de Alemania y tráelos de China. Son mucho más baratos y, mientras que no se demuestre lo contrario, también funcionales».

Así empezó su aventura en China.

Pide otro combinado a Manolo y paga para no seguir cayendo en la tentación.

Regresa a la casa y sube al despacho de Ariadna por si encuentra alguna novedad. El ordenador ha desaparecido. Sin embargo, lo demás está en su sitio: los archivadores, los cajones llenos de lápices, tijeras y otros utensilios. Nunca trabajaron juntos en ese espacio porque a él le agobia el techo bajo, quizá por eso también ahora ha tardado en subir. Cuando querían comentar algo del trabajo, Florinda bajaba el portátil a la sala o a la cama.

En el centro de la mesa vacía hay una hoja de papel que contiene una nota con fecha incompleta. La lee rápidamente y sitúa el escrito en el año 2007, puesto que fue en agosto de ese mismo año cuando se conocieron. Reconoce la letra de Ariadna de entonces, algo más menuda que la actual, y sobre todo más descuidada. La hoja parece arrancada de un cuaderno donde ella debía de escribir una especie de diario. El texto le está dirigido, pero él no había recibido entonces nada semejante.

15 septiembre

Acabo de conocerte, y empiezo a quererte de veras.

Es una nueva forma de querer, muy profunda y muy nueva para mí, llena de paz espiritual y de sensualidad, de tranquilidad confiada y de deseo corporal.

Luchamos por poseernos. Deseo que me comprendas, que me sigas en las divagaciones de mi enrevesado intelecto. Y me penetro de tu bondad, de tu ilimitado impulso de dar, ofrecer, hacer, proteger. De tu valentía. Tu virilidad.

El hilo
de Ariadna, II

No quiero que se haga tarde. Salgo de casa sin esperar a que amaine la lluvia. Localizo Villa Azor, una casa un poco aislada y escondida en un jardín frondoso. Es inútil esperar una tregua para salir del coche, el cielo no ofrece señal alguna. Abro el gran paraguas que compré en una feria de Galicia y procuro evitar un charco de agua. Además del paraguas, llevo un impermeable de plástico amarillo con un gorrito del mismo color que me regaló Teseo. No lo había estrenado porque me sentía ridícula con él. Sin embargo, hoy he decidido llevarlo, como un gesto de añoranza o de inseguridad, como si estas prendas que él ha elegido para mí le representaran un poco y con ellas me sintiera menos sola. No consigo evitar un caudaloso río que baja a borbotones por la calle en cuesta y me empapo los zapatos.

La puerta del jardín está abierta. El agua del cielo parece transmitir a las plantas una fuerza nueva. Las siento crecer estirándose, sacudiéndose de encima los meses de sequía. Me introduzco por la cancela abierta y me adentro en el jardín por un camino de tierra. Ando deprisa. Paso delante de un cobertizo lleno de leña. A un lado, fuera del camino, veo unas esculturas de piedra amontonadas en el suelo. Me acerco. Las figuras parecen un poco deformes. No me gustan, su desproporción me produce incluso malestar: cabezas grandes o cuerpos excesivamente pequeños, no sabría decir. Lo contrario me habría gustado más: cabezas pequeñas y cuerpos grandes, incluso enormes como los de Moore.

Detrás del montón de esculturas, entre la vegetación, aparece una construcción de techo bastante bajo. Prefiero no detenerme y avanzo hacia la casa. La fachada ofrece dos o tres puertas y muchas ventanas. En una de las puertas han colgado un cartel: *Come in and peep shut, please (Pase y cierre la puerta, por favor)*. Me sorprende esa recomendación en una casa privada, ¿por qué estará escrito en inglés? Me asomo a la primera ventana y veo una sala donde está reunido un grupo numeroso de personas frente a una chimenea encendida. El cristal me aísla del sonido. Busco a Sándor entre los asistentes y no le encuentro. Obedezco la recomendación del cartel y entro sin llamar cerrando la puerta detrás de mí. Atravesada la barrera del sonido, me llega el murmullo de voces de la sala. Dejo el paraguas chorreante junto a otros en un paragüero. La entrada en la que me encuentro es amplia aunque abigarrada de muebles antiguos, cargados a su vez de jarrones con flores secas, objetos diversos, y una colección de fotos familiares enmarcadas. A pesar del exceso, el conjunto me resulta armonioso y atractivo. La estancia comunica directamente con la sala, sin puerta de separación. Nadie sale a recibirme, y me entretengo un momento observando las fotografías. Empiezo por las más antiguas, de color sepia, con personajes vestidos de época; sigo el recorrido por las de blanco y negro hasta llegar a las de

color. Encima de un piano está la fotografía de un niño sonriendo de forma amistosa. Siento que me da la bienvenida. Me parece una buena presentación de la familia, ¿será la de Sándor? Me asomo a la sala y vuelvo a tratar de localizarle. La reunión de adultos y niños se celebra en torno a una mesa alargada bien surtida de cestitas con bollos y tazas de té. Sándor no está, ¿me habré equivocado de casa? El recuerdo de las esculturas amontonadas me hace pensar que no. Carraspeo para hacerme notar, pero no consigo llamar la atención. Me quito el gorrito amarillo y el impermeable. Después de este gesto me siento desprotegida, como si acabara de entrar sola en escena. Una de las fotografías es más grande que las otras y presenta el rostro de una mujer muy guapa, ¿será *Ella*? Me decido a entrar en la sala. Las conversaciones no se interrumpen aunque noto un cambio en el tono de las voces, como si se hicieran más reservadas. Una de las señoras se acerca al oído de su vecina y ahueca la mano a la altura de la boca para hablar en secreto. ¿Lo habrá hecho por mí? Considero el gesto innecesario ya que no entiendo el idioma en que se expresa, probablemente el húngaro. Los niños corren y juegan pero tampoco me miran. No guardan ningún parecido con los niños sonrientes de las fotografías. Tengo la sensación de haberme colado en otra dimensión, de ser transparente o de pertenecer a otro mundo. Estoy tentada de dar media vuelta y marcharme sin saludar siquiera, pero necesito encontrar a Sándor, él debe saber al menos que he cumplido mi promesa de ir a visitarle. No quiero perderle y que el camino que se abría frente a mí se desvanezca tan pronto. Por otro lado, estoy empezando a disfrutar de mi condición de invisible. Avanzo unos pasos y saludo. Una señora que no es la de la fotografía me contesta con cordialidad y me dice en inglés que lo siente mucho pero que no hay habitaciones disponibles. En ese momento aparece una joven por la puerta que comunica con el resto de la casa y se dirige a mí:

—Hola —dice en tono alegre—. Tú debes de ser la amiga de Sándor, ¿verdad? Mamá te ha visto llegar y me ha dicho que la esperes un momento. ¿Te apetece un té?

Alguien me señala con un gesto una silla vacía, y tomo asiento. Todavía llevo el impermeable y el gorro en la mano. La joven desaparece en busca de su madre. Las conversaciones se reanudan como si yo no estuviera. Cojo un bollo de chocolate de una cestita aunque nadie me lo ha ofrecido. Uno de los niños deja de jugar y me observa. Me río y me llevo el pastel a la boca. Al cabo de un momento se oye un fuerte taconeo en el pasillo. Aparece la mujer de la foto, con más años pero con igual belleza. Va vestida con un traje negro entallado y muy elegante. Se acerca a mí.

—Hola querida —me da un beso en la mejilla—. Tú has venido a ver las esculturas de Sándor, ¿verdad? Me dijo que eras una entendida en arte.

Le aclaro que no soy una entendida pero que me gustará mucho ver la obra del artista. Hablo con decisión a pesar del malestar que me produce el recuerdo de aquellas esculturas amontonadas en el jardín. Ella espera a que termine el té de mi taza y me indica por señas que la siga. No me cabe la menor duda de que se trata de *Ella*. Es una mujer decidida que no teme ni a la lluvia ni a los charcos que tenemos que ir sorteando hasta llegar a una casita en el jardín junto a las obras amontonadas. Nos paramos frente a la puerta cerrada que ella golpea primero suavemente, y al no recibir respuesta, cada vez más fuerte, mientras grita:

—¡Sandi! ¡Sandi!

No hay respuesta. Observo las esculturas desproporcionadas que son de piedra y no se deshacen con el agua. Me habría gustado más que fueran de barro y desaparecieran en una masa informe como en el sueño.

—No le moleste —me atrevo a decirle—. Quizá no esté disponible. Ya vendré otro día.

—Sí está disponible. ¡Sandi! —vuelve a gritar, aporreando de nuevo la puerta—. Tiene que abrirnos porque es muy importante que usted vea su obra. Va a hacer ahora una exposición y necesita hablar de ello.

La mujer tiene un acento distinto, casi imperceptible.

—Usted no es húngara, ¿verdad?

—No. Yo nací en España, de padre francés y madre rusa —se ríe—. Y mis hijos son americanos, porque mi marido lo era. Un lío de familia.

Por fin se abre la puerta y aparece el escultor. Me mira con curiosidad, como tratando de recordar. Al fin sonrío, como si hubiera llegado hasta nosotras después de un largo recorrido.

—Pasen, pasen, por favor. Veo que ya se conocen y que no necesito hacer presentaciones — parece inseguro, con una timidez que no le había notado cuando estuvo en mi casa. El estudio está revuelto y veo unas cuantas figuras envueltas en plástico transparente, y debajo del plástico unos trapos, que imagino húmedos, para mantener el barro moldeable. Debía de estar cubriendo una de las figuras cuando llamamos a la puerta porque se está secando en un delantal las manos embarradas. Antes de saludarnos se acerca a una pequeña pila de agua y termina de lavarse las manos.

Siento que le ha costado gran esfuerzo separarse del trabajo que estaba haciendo y que lucha por ser sociable.

—Ya conoce a *madame* Ludmila —me dice, sonriendo con una punta de ironía que hace que me relaje.

Bajamos unos escalones y entramos en una sala donde están expuestas varias tallas de madera en las que aparece representada, en casi todas, la misma modelo. ¿*Madame* Ludmila? No sabría decir, pero cierto parecido resulta evidente.

La conversación con Sándor del día anterior me había hecho imaginar otro tipo de obra, más personal, menos figurativa y clásica. No quiero precipitarme en hacer juicios, deseo ir descubriendo el mundo de Sándor Battyani con cautela. Observo en silencio, manteniéndome prudentemente en la orilla. *Madame* Ludmila parece impaciente y me presiona con sus preguntas, como si quisiera sumergirme de golpe en un agua cuya temperatura todavía desconozco.

—¡Mire qué belleza! ¿Qué le parece? ¡Tan firme y fuerte, y, sin embargo, tan delicada y sencilla! —Me está señalando una figura de madera de castaño de tamaño natural tallada en cruz. Se trata de una joven, casi una niña, de pie, tensando la cuerda de un arco con la mano derecha. Como obedeciendo al dictado de *madame* Ludmila, descubro en la niña el candor y la fuerza.

—Tiene razón —comento dirigiéndome a Sándor—, es muy delicada y fuerte a un tiempo.

El vuelve a estar lejano y retira la mirada, como si no quisiera afrontar mis ojos. Le siento firme en su rechazo a recibir comentarios antes de tiempo. Entiendo sus sentimientos y trato de permanecer un rato más frente a la talla, pero *Ella* me arranca de allí y me empuja hacia otra obra:

—¿Ha visto qué maravilla? ¡Mire, mire cómo compone! Es fabuloso como en una superficie tan pequeña consigue introducir tantos elementos y componer tan bien.

Estoy nerviosa. Quiero evitar que *Ella* me imponga su criterio, pensar sin su influencia, pero no lo consigo. Me tranquiliza recordar que Sándor ya me había advertido. Observo, sin embargo, que ya no me molesta la desproporción, mejor dicho, no la noto. Seguramente aquellos elementos amontonados en el jardín fueron apartados por ese motivo. Sándor se disculpa diciendo que tiene

que trabajar. Dentro de una semana inaugura la exposición y le quedan muchas cosas por terminar. Hace una pequeña reverencia y se retira a otra habitación dentro del taller. *Madame* Ludmila me coge del brazo.

—¿Te gusta esta? —Me pregunta, señalando una estatuilla de mármol pulido.

—No, esta no me gusta.

—¿Estás segura de que no te gusta?

—Sí, completamente segura. No me gusta. —Me asombra mi rotundidad. ¿Qué es lo que me molesta tanto en esa pieza? Es una figura pequeña, delicada, casi cursi, que no pega con las otras de hechura más tosca que están empezando a gustarme.

Ludmila se ríe.

—Es la única que a mí no me gusta —dice—. Tengo mi opinión sobre ella pero no la diré. No quiero influenciar. No he dicho nada para influenciarte, ¿verdad?

¿Cuál sería la respuesta sincera? *Madame* Ludmila no ha expresado nada en palabras, pero probablemente sí con su actitud.

—Sándor piensa que yo intervengo demasiado al enseñar su obra. Yo creo que no, ¿tú qué piensas?

—No lo sé. Sobre esta pieza no me ha dicho nada que pudiera influirme.

—¿Lo ves? Él es muy especial, muy sensible. Imagino que tiene que ser así para poderse expresar artísticamente.

Sándor me advirtió que tenía que ir un día a visitar las esculturas sin la presencia de ella. Presiento que ese día descubriré aspectos que ahora no puedo ver.

—Ven por aquí. —Ludmila me conduce a un pequeño patio. Sigue diluviando. Lo atravesamos corriendo para adentrarnos en otra estancia más pequeña. Aparece en ella un mundo diferente: retratos en terracota, en mármol, en piedra, en basalto.

—Dos horas escasas posó este señor para el retrato —me informa con orgullo—. Fue una oposición.

—¿Una oposición?

—No sé si se dice así. Quizá es mejor decir una apuesta, una apuesta consigo mismo...

—¿Un reto...?

—Sí, sí, eso, un reto. Pero, fíjate qué retratos magníficos, retratos con vida, con alma... suena su móvil, y lo atiende. Habla nerviosamente, me parece que en ruso. Da golpecitos con el pie en el suelo como si estuviera contrariada. Después pone la mano delante del auricular y se dirige a mí.

—Debe perdonarme un minuto. Enseguida estoy de vuelta.

Oigo sus tacones atravesando el primer estudio. Después reina el silencio. Aparto una espesa cortina que da a otra estancia y me deslumbra la blancura. Grandes piezas de mármol y una máquina para tallarlas, herramientas, trapos... El marmolista. Siento el temor de que la blancura pueda escapar del recinto e invadirlo todo. Motas de polvo de mármol bailan y brillan en un tímido rayo de luz. Me despido de ellas corriendo la cortina. Aprovecho para contemplar los retratos con calma, solo me interesan algunos, otros me parecen trabajos rutinarios. Los que me interesan tienen una intensidad en la mirada que parece conferirles vida. Además, tienen una hechura diferente a las otras piezas, como si el artista hubiera interrumpido el trabajo a mitad de

camino, quizá cuando consiguió la mirada que le interesaba. Elijo tres retratos entre los diez o doce expuestos. No están cerca uno del otro, pero me da la impresión de que las tres miradas se cruzan y se encuentran. Son los tres vértices de un triángulo rectángulo. «Ya estás sacando las cosas de su enfoque real», me diría Teseo. Y yo me defendería arguyendo que cada uno vive la realidad según su propia lógica. La colocación de los tres retratos puede ser casual, pero podría asegurar que el cruce de miradas no lo es, como tampoco una cierta complicidad que yo descubro entre ellas. Me gustaría comentar estas sensaciones con Sándor, él me lo podría aclarar, ¿dónde estará? Todo en este lugar me resulta extraño, incluso la disposición laberíntica del espacio, la cantidad de habitaciones en que está dividido. Ha dejado de llover. Salgo fuera. El sol brilla sobre el empedrado. Hay tres puertas en el patio. Dos deben de corresponder a las salas que he visitado, y la otra seguramente pertenecerá al estudio de Sándor. La golpeo suavemente con los nudillos deseando encontrarme con el escultor, pero al no recibir respuesta la abro de todas formas. Me encuentro con una escalera que se pierde en la oscuridad. Pienso que lo correcto sería esperar a Ludmila en la sala de retratos, pero esa escalera me atrae y deseo aventurarme por ella sin la intervención de la anfitriona. Presto atención a los ruidos. Solo me llega el trinar de unos pájaros celebrando la salida del sol. Espero un poco más. Silencio. Me lanzo escaleras abajo sin dejarme tiempo para reflexionar. Reconozco mi necesidad de transgredir de vez en cuando el orden considerado correcto. La escalera me conduce a un rellano oscuro que acaba en una puerta de madera con una inscripción grabada. Me acerco y leo: Pozo del cielo. He llegado al Pozo del cielo, sola. Tengo que aprovechar. El pomo de la puerta no cede, pero descubro una llave en la cerradura.

La puerta abre a un espacio amplio y oscuro, atravesado oblicuamente por un rayo de luz que viene de arriba. Me quedo maravillada. Del techo cuelgan finas cuerdas en las que se balancean personajes como de circo. En realidad no es un balanceo. El conjunto está estático y, sin embargo, el gesto de cada una de las figuras, que se prolonga en la siguiente, produce una ondulación en el espacio. Todo parece girar en torno a un núcleo. Me fijo en la figura central: una figura abrazada a una media luna suspendida en el aire. La luz cenital cae en parte sobre él (¿o ella?) y sobre su único ojo. Al mismo tiempo, la luz parece emerger también del suelo, de un pozo, ¿cómo es posible? Me acerco. En el centro de la habitación hay una lámina de agua que refleja una especie de embudo o chimenea que abre al cielo en la parte superior. El pozo del cielo. Al acercarme voy viendo también reflejadas las figuras. El movimiento ondulatorio se acentúa. Me siento oscilar. Oigo la voz lejana de Ludmila llamándome. Me cuesta retirarme del lugar como si yo perteneciera a él. El ojo del hombre-luna (así nombro al personaje central) es estático, y al mismo tiempo contiene vida y sabiduría. Con su silencio me transmite que en cualquier momento puede aparecer el amor en mi vida, pero que no tiene por qué ser amor a un hombre o a una mujer, puede ser también amor a un animal, a una planta o a una cosa cualquiera.

Aparezco en el patio sofocada y casi me choco con la dueña de la casa que se sobresalta.

—Perdona que haya tardado tanto —me dice cuando yo estaba a punto de pronunciar las mismas palabras—, tenemos en este momento muchos problemas. ¿Dónde te habías metido?

—Bajé por esa escalera. Me confundí al abrir la puerta y sentí curiosidad.

—¡Ah, sí! Y te encontraste con la puerta cerrada. Los misterios de Sándor.

No sé qué decir. Me parece que he cometido una infracción entrando en el Pozo del cielo. Miento un poco.

—La puerta estaba abierta y me asomé.

—Pues es extraño, últimamente la mantiene cerrada.

—Solo he tenido tiempo de echar una ojeada, pero me parece muy interesante lo que he visto.

—Esa obra en este momento no interesa porque no irá a la exposición. No sé por qué Sándor se ha entretenido tanto en ella últimamente. Dice que ahora el resto de su trabajo no le importa, y eso es muy peligroso. Eso son tonterías, miedo a la exposición, eso es lo que yo le digo. Quiere escapar, ¿me entiendes? Tiene miedo —se ríe complacida.

No estoy de acuerdo con sus palabras pero no se lo digo.

—¿Ese espacio subterráneo perteneció siempre al estudio?

—Eso eran unos sótanos que encontramos aquí. El anterior dueño los utilizó como carbonera, bodega y otros usos que desconocemos porque había varios compartimentos. Era un espacio muy oscuro, pero Sándor trabajó durante meses en construir esa especie de chimenea que da al exterior y que él llama Pozo del cielo. También suprimió los tabiques para conseguir un espacio único más amplio. Todo ello le llevó años de trabajo porque antes de derribar, tenía que reforzar. Seguramente era un desahogo físico que necesitaba. Yo siempre lo viví como una lamentable pérdida de tiempo, y de vez en cuando le proponía traer una cuadrilla de albañiles para que le ayudaran, pero él nunca accedió, decía que la construcción del espacio era lo principal de su obra. Ya sabes, los artistas tienen sus caprichos. Ven —me coge del brazo—, sigamos con lo que nos interesa.

Lo que a mí me interesa es la obra del sótano, pero prefiero volver a verla otro día.

—Siempre está aterrado frente a una exposición, la prueba es que hoy ni se ha atrevido a hacer la visita contigo. Es como si le diera vergüenza, cuando en otros aspectos es un hombre muy sociable, pero cuando se trata de su trabajo, cambia totalmente de personalidad. Nunca sabes cómo le vas a encontrar cuando entras en el estudio, por eso explico yo su obra porque alguien lo tiene que hacer, ¿no te parece?

No me lo parece pero compruebo con alivio que Ludmila no necesita contestación. Ella sigue su recorrido habitual, y en la sala de los retratos me conduce a la figura de una mujer inclinada sobre un niño que abraza su cuello.

—Fíjate bien en esta talla —me dice—. En la primera sala vimos otra igual, ¿te acuerdas?, ¿cuál te gusta más?

No lo recuerdo. Lo único que siento ahora es que todo tiene un peso tremendo. No puedo apartar de mi mente el recuerdo de las figuras del sótano.

—Ven —me dice Ludmila haciendo un ejercicio de paciencia—. Vamos a ver ahora la otra talla.

Cruzamos el patio y entramos en el primer estudio.

—¿Cuál te gusta más?

—Esta.

De nuevo me asombra mi seguridad y pienso que estoy influenciada por el pensamiento de ella.

—Sin duda alguna, a mí también. Este es el boceto inicial. Cuando un artista se repite, nunca le sale igual. Siempre es mejor el primer impulso.

Estoy cansada. No puedo recibir una pregunta más, ni contemplar más obra. Deseo conservar en mí el recuerdo del Pozo del ciclo. Invento que tengo cita con un médico y que debo marcharme.

—Sí, debes ir al médico, te veo mala cara. ¿Vendrás a la exposición?

Me pide las señas para mandarme una invitación.

—Sándor las tiene.

—Es verdad, la historia esa del mármol. ¡Qué estupidez! ¿Verdad? Eso de querer trabajar como marmolista, y más en vísperas de una exposición. Este hombre, a veces tiene cosas de niño chico. Quizá es por ser artista, ¿no te parece?

—Quizá. Lo siento, *madame* Ludmila, tengo que marcharme. Despídame de Sándor, por favor.

La lluvia ha cesado. Las nubes se han ido espaciando dando paso a un gran trozo de cielo azul, ¿cómo se verá desde el Pozo del cielo? Recojo mi paraguas y entro en el coche con rapidez. Me alegra no haber encontrado a Sándor porque no habría sabido hablar con él delante de Ludmila. ¿Cómo explicarle que me ha atrapado el mundo del Pozo del cielo y que me siento asfixiada fuera de él?

Ya todo pertenece al recuerdo porque pasan los días y no llegan noticias del escultor. Por dentro me quema el dolor de una pérdida sin nombre. ¿Dolor de sentirme excluida del mundo por él creado?, ¿o por la pérdida de un interlocutor inteligente y atento al que valoro por su conversación que ha ido restaurando en mí el sentido de las cosas?

Lucho en vano por recuperar la serenidad de mis días monótonos. Repaso una a una sus palabras y las que yo le dije. Y las que no pronuncié. Sobre todo pesan estas últimas. No le hablé de cómo mi interior había ido sanando con su compañía, ni le hice comprender la necesidad que tenía de él, de su presencia en mi vida, ni tampoco le di a entender que cuando él me encontró, yo era una planta mustia buscando la luz del sol, y que él me convirtió en flor de primavera. Tenemos tanto que hablar, decirnos y contradecirnos compartiendo la soledad de la vida en sus pequeños detalles. Quisiera también explicarle que fue una tortura hablar con otra persona de su arte, que nada de lo que dije pertenecía al verdadero sentimiento.

El tiempo sigue gris. De parte de Teseo me llegan algunos albaranes de compra, cada vez menos. No echo en falta sus llamadas. Le noto por dentro, tan desprendido de mí como yo de él. No hay dolor en esta constatación. Hemos llegado finalmente a un punto de equilibrio, excepto en la aceptación de lo que sucede. Él parece querer seguir jugando a dos bandas. No ha entendido que ya está todo acabado sin posibilidad de recuperación. Aunque en el fondo lo sabe, ya que la ruptura empezó en él.

Contemplo desde el interior el pequeño arce que como yo, busca la luz que le ayude a crecer. Agradezco su compañía, pero sigo esperando la llamada a mi puerta de alguien que ilumine mi vida.

Como si el universo hubiera escuchado mi clamor, suena de pronto el timbre. Me quedo paralizada como por un miedo que no entiendo y que enseguida desaparece. Abro la puerta. Es el chico que instaló el mármol y que viene a buscar algo que dejó olvidado. Le hago pasar y voy a buscar la herramienta que guardé con las mías cuando la encontré. Es un chico simpático y charlamos un poco. Le pregunto si ha vuelto a ver al escultor.

—Sí. Pasó por ahí el otro día para cobrar el trabajo. ¡Ah, me olvidaba! ¡Qué cabeza la mía!

Cuando le dije que tenía que volver aquí a por la herramienta, me dio una nota para ti. A ver si ahora la encuentro. —Busca en sus bolsillos. Mi mirada se vuelve hostil al comprobar que no encuentra el papel—. Me lo dio el otro día —añade—, pero yo no he podido venir hasta hoy. Es que esto está en el quinto infierno... Espera, voy al coche, creo que lo tengo ahí.

Se me hacen eternos los minutos que tarda en regresar con el papel en la mano.

—Aquí está.

Nos despedimos, y me refugio en la alcoba para leer con tranquilidad como si tuviera que esconderme de alguien.

Buenos días, doña Flor. La eché de menos el día de la inauguración de la exposición, pero hizo muy bien en no acudir. *Madame* Ludmila sale hoy de viaje. Si lo desea, puede venir cualquier día de esta semana para visitar el Pozo del cielo. Un cordial saludo. Sándor Battyani.

Me dejo caer en la cama con la nota en la mano, y mi corazón se expande en una sonrisa. La vida late de nuevo aceleradamente ¡Qué felicidad!

No me había atrevido a ir a la exposición, a enfrentarme con la gente, con Ludmila y con él. No quería repetir una escena como la de la vez anterior.

Sin embargo, ahora me acerco con paso firme y una sonrisa a Villa Azor porque he sido convocada. Desde la verja veo al jardinero recortando unos arbustos. Entro sin llamar y le saludo sin obtener respuesta. Repito el saludo por si no lo ha oído y me responde con un gruñido. Dudo entre avanzar hacia la casa o desviarme hacia el estudio de Sándor, pero ya oigo su voz llamándome desde el estudio. Ha salido a recibirme secándose las manos manchadas de barro en un delantal. Tiene una expresión feliz y no parece derrotado y temeroso como el otro día.

—Tiene que perdonarme, Flor. No estoy muy presentable.

Me besa en la mejilla.

—Sándor, me encanta que me llame Flor e incluso «doña Flor», pero creo que deberíamos tutearnos. Aquí en España es el trato entre amigos, y creo que nosotros ya lo somos.

—Tú mandas, doña Flor.

Recobro la magia de nuestro primer encuentro. Bajo la admiración de Sándor, siento como si se encendiera dentro de mí una chispa de vida que estaba apagándose.

—Me he puesto a trabajar y me he abstraído. Tengo todo esto un poco revuelto y todavía no he preparado el té. Pasa, tengo un montón de cosas para enseñarte.

El estudio está vacío y frío. Echo de menos las esculturas que lo llenaban, aunque también me alegro de que no estén para pasar directamente al Pozo del cielo. ¿Sabrá Sándor que ya he entrado en su recinto sagrado?

—Gran parte de las esculturas han sido trasladadas a la sala de exposiciones, pero yo quería enseñarte otra cosa, mi última obra. Ya sé que estuviste en el Pozo del cielo, dejé la llave en la cerradura para facilitarte la entrada, y también sé que apenas tuviste tiempo de echar una ojeada.

—¿Siempre mantienes la puerta cerrada?

—Últimamente, sí. Lo hago cuando estoy trabajando en algo que pertenece a mi mundo

interior. Tengo que darle forma completa antes de mostrarlo. Sin embargo, estoy deseando que tú lo veas porque creo que lo vas a entender aunque todavía esté en proceso. Me ocurre a veces también con Iván, más por su voluntad que por la mía. Él fuerza estos encuentros y luego se lo agradezco porque alguien tiene que tirar de mí para darme confianza.

—¿Quién es Iván?

—El hijo mayor de Ludmila. No tengo noticia de que haya entrado en el sótano últimamente, pero no hay puertas cerradas para Iván. Siempre consigue entrar en contacto con mi obra antes de que yo decida enseñarla.

—Me temo que yo hice lo mismo.

—Ya te dije que dejé la llave puesta para ti. Estuve sufriendo todo el rato mientras veías la obra que te enseñaba Ludmila. No podía soportar la idea de que te fueras sin ver algo de mi mundo nuevo. En cuanto oí que ella se alejaba, puse la llave en la puerta y esperé dentro a que bajaras.

—¿Estabas dentro del Pozo del cielo cuando yo entré?

—Sí, pero me mantuve en la sombra porque prefería que lo vieras sola.

—Estoy deseando volver.

—¿No prefieres que tomemos antes el té?

—Si no te importa, me gustaría verlo primero.

Cruzamos el patio y bajamos la escalera en silencio. Es una bajada suave de escalones amplios de poca altura.

—Me dijo Ludmila que aquí antes había unos sótanos.

—Sí, y se accedía por una escalera estrecha y empinada que acababa en un largo pasillo. Además, este espacio era una caja de sorpresas, estaba lleno de huecos cegados que fui descubriendo por azar. Realmente, no sé lo que fue esto en origen, quizá un refugio o un escondite. El algún momento pensé que iba a encontrarme con un tesoro oculto.

—Con eso me encontré yo.

Han llegado abajo. Sándor saca la llave de un bolsillo.

Se aparta para dejarme pasar. No hay tanta luz como el otro día. Debajo de las figuras se reflejan las nubes en el agua del suelo. Esperamos unos instantes para acostumbrar la vista a la penumbra. El ojo del hombre-luna se parece a la lámina de agua que todo lo contiene. Me muevo despacio y las figuras van cambiando en torno a mí. Quedo atrapada por la magia.

No son necesarias las palabras para comunicar con Sándor, pero finalmente rompo el silencio.

—Yo le llamo el «hombre-luna». Desde que me encontré con él no me abandona su mirada.

—Si te fijas bien, no es un ser masculino, ni tampoco enteramente humano.

—Tienes razón, solo me había fijado en el ojo.

—De todas formas funciona el nombre, al unir hombre a luna adquiere una naturaleza compleja, femenina-masculina, terrestre y extraterrestre.

—¿Qué sentido has querido darle?

—Es lo que tú quieras ver —responde Sándor—. Funciona así para quienquiera que se acerque. Creo que es mejor que te deje sola, no quiero intervenir en tu mirada. Me retiro para ir preparando nuestro té.

Al quedarme sola entro en una especie de arrobamiento. Me invade un estado de bienestar y armonía similar al que siento en mi paisaje interior. Me pasaría el día y la noche contemplando.

Quisiera acercarme a las figuras y admirarlas una a una, pero algo tira de mí. Me dirijo al centro de la escena, al ojo del hombre-luna. Es solo una presencia. Todo está en su sitio. El movimiento es estático. ¿Y el mensaje? Una felicidad ligera en busca del amor. Aparecen las primeras señales, como los toques de luz que anuncian el amanecer. No pertenezco a nada. Nada me condiciona porque el amor no se ha manifestado todavía. ¿Estaré en el limbo? El amor es dolor. Si se trata de elegir, elijo el amor-dolor. Quiero aprovechar mi tiempo. Necesito compartir esta dicha que está creciendo en mí; deseo la fusión con otro ser; elijo el placer y la alegría del amor aunque no sean duraderos. Deseo experimentar intensamente, saberme viva.

Me siento al borde del espejo de agua y contemplo el reflejo de mi cara incluida en ese mundo mágico. Ya no sé qué es más importante si el ojo o la estructura que lo rodea. Siento que en realidad es lo mismo, como si la escena representada en múltiples formas fuera una proyección de la mente del hombre-luna. Me gusta contemplar el espacio bajo otra luz. La suave penumbra de hoy presenta la escena de forma diferente. Levanto la mirada. Una pareja de pájaros traza círculos en el aire y después desaparece.

De pronto siento unos golpecitos en el hombro. Abro los ojos. Sándor está a mi lado contemplándome con expresión divertida. Estoy sentada en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. No tengo la sensación de haberme quedado dormida, pero sí de que algo ha pasado, o de que ha transcurrido un tiempo sin haberlo sentido.

—Es que no te has dormido —dice Sándor—. Creo que sería más exacto decir que has despertado.

—¿Qué quieres decir?

—Ven. Arriba hablaremos. Aquí es muy difícil hacerlo.

Intento levantarme. Me cuesta. Siento el cuerpo entumecido.

—No te apresures. Termino de preparar las cosas y te espero en la sala.

La luz ha bajado y se han ido perdiendo en la oscuridad las figuras que llamo acróbatas. También se ha esfumado la forma de media luna, solo el ojo parece despierto con su mirada misteriosa.

No sé explicarme lo que ha ocurrido. Sigo con la impresión de pertenecer al mundo que Sándor ha creado en ese espacio. Fuera de él todo parece tener un peso abrumador.

La escalera está oscura y la subo a tientas. Por suerte es tan espaciosa que casi parece una rampa suave. El patio también está en sombra y ha aparecido Venus en el cielo. Atravieso el estudio vacío y salgo al jardín. Las ventanas de la casa están encendidas y la puerta abierta. Las llamas bailan en el fuego del salón. Música de Bela Bartok, ¿le trasladará a Sándor a su tierra natal? Detrás de la música, ruido de cacharros en la cocina. Me siento en el sofá con la sensación de estar todavía entre dos mundos. Aparece Sándor a los pocos minutos con la bandeja del té. Baja un poco el volumen de la música.

—Earl Grey —dice sonriente al entrar, y añade—: ¡Flor, estás guapísima!

—¿Qué me ha pasado, Sándor? ¿Dónde he estado todo este tiempo?

—Creo que has estado donde te correspondía estar, y lo digo por tu aspecto. Yo te dejé abajo, contemplando al hombre-luna, como tú le llamas. Estabas tan abstraída que decidí retirarme.

—Yo no tenía la sensación de haber estado tanto tiempo. Se ha hecho de noche.

—Son solo las siete de la tarde, acaba de esconderse el sol.

—Sí, pero cuando yo entré, todavía no eran las seis. No soy consciente de ese paso del

tiempo.

—El tiempo existe en relación con el cuerpo físico, pero cuando profundizas en tu interior, el tiempo deja de existir. Pero no vamos a preocuparnos del tiempo. Ya sé que aquí en España el té suele tomarse a las seis de la tarde, pero la hora no tiene importancia. Cuando uno entra en un proceso creativo, las horas pasan sin sentir. A mí me ha ocurrido algo semejante. He estado puliendo una piedra, un trabajo que podría considerarse rutinario, pero que no lo es. Me introduce en el conocimiento de ese material, como si dialogara con la piedra, ¿entiendes? De pronto he notado que bajaba la luz, y he pensado que ya era demasiado tarde para nuestro té, pero que no era cuestión de perderse. Cuando no está Ludmila en casa, mi vida es un caos en cuanto a horarios.

—No me extraña, yo estoy todavía aturdida. Es muy difícil apartarse de algo que te hace sentir. Sé que empezó a nacer en mí una idea, algo relativo a la estructura y su pertenencia al ojo del «hombre-luna». Ahora me resulta difícil explicarlo.

Sándor me ofrece una pasta.

—No debes preocuparte. Esas cosas pasan con frecuencia cuando uno se mete de verdad en el arte, y tú tienes una facilidad extraordinaria para ello. No lo pienses más. Hay muy pocas personas que logren asomarse a esa puerta. Me alegro de tu experiencia. ¿Cómo te sientes?

—Me siento bien aunque algo confusa. Tengo la impresión de que todo el conjunto es una obra única, imposible de separar por partes, como si todas las figuras y su movimiento pertenecieran a la mente del hombre-luna.

—Es interesante tu aproximación al tema. Se parece a la teoría de la mente ampliada. Pero no debes buscarle un sentido a todo ese tinglado. Lo importante es que te has detenido en la mirada central. Ese era mi objetivo. No he querido iluminar el conjunto para no alterar esa jerarquía.

—¿El otro día estaba iluminado?

—Sí. Tenía un pequeño refuerzo de luz.

—Me parece que estoy dando pasos hacia lo extraordinario.

—Lo extraordinario siempre ha estado dentro de ti, en tu centro, solo tienes que descubrirlo. ¿Conoces el cuento del rabino que soñó con un tesoro?

—No.

—En un cuento muy bello. Se trata de la historia del rabino Eisik de Cracovia que tuvo un sueño en que le decían que debía trasladarse a Praga, donde, debajo del Puente Carlos encontraría un tesoro oculto. El primer día no dio importancia al sueño, pero este se repitió en diversas ocasiones y el rabino decidió hacer el viaje a Praga. Cuando se encontró debajo del puente, vio que estaba vigilado día y noche por centinelas y no se atrevió a ponerse a cavar. Al cabo de dos o tres días de dar vueltas por ahí, uno de los centinelas se le acercó y le preguntó si buscaba algo o si había perdido algo. El rabino le contó su sueño. El centinela se rio a carcajadas. «¡Si hiciéramos caso de los sueños! Mire, yo también tuve un sueño parecido al suyo. En él, una voz me hablaba de Cracovia y me decía que tenía que ir allá y buscar un gran tesoro en casa de un rabino llamado Eisik. Me decía que el tesoro estaba escondido detrás de la estufa de su casa. Pero yo no le di ningún crédito a ese sueño ¡Imagine usted, en Cracovia! Si hiciéramos caso de los sueños, andaríamos todos viajando de un lado para otro». El rabino dio las gracias al centinela y volvió corriendo a Cracovia. Al llegar a su casa cavó detrás de la estufa y allí apareció el tesoro que le hizo rico.

—Gracias, Sándor. Yo también necesitaba un mensajero que me abriera los ojos.

—Y apareció el «hombre-luna» —dice sonriendo.

La oscuridad de la noche se hace más densa.

—Apareció el marmolista. Eres tú quien está introduciendo lo extraordinario en mi vida —saboreo el té como si fuera la primera vez—. ¡Qué bien sienta este té después de tan extraño viaje!

—¿Sabes que en las universidades británicas, los matemáticos se reúnen todos los días a intercambiar experiencias a la hora del té? Son encuentros muy interesantes y siempre van acompañados de Earl Grey y de pastas. Lo leí el otro día después de estar en tu casa, y me hizo gracia la coincidencia. Imaginé que tus reuniones con Pitágoras podían ser así.

Me maravilla pensar que después de estar en mi casa, y con una exposición recién estrenada, Sándor haya seguido pensando en mí y en la conversación que compartimos.

—¿Qué piensa Ludmila de tu último trabajo?

—No quiere hablar de ello. Al principio quiso llevar alguna de las figuras arriba para exponerla en la galería, pero le hice comprender que eso no era posible, que el *Pozo del cielo* es una obra única. Eso la mantuvo taciturna cierto tiempo, sin querer entrar en contacto con ese trabajo. Pero ella siguió dándole vueltas al tema, y un día me comentó que cuando acabe la exposición y la venta de la obra anterior, tendríamos que plantearnos la construcción de un espacio para poder exponer ese extraño mundo. Se arrepintió enseguida de haberlo dicho porque al sentir mi entusiasmo por la idea debió hacérsele evidente la dificultad de llevarlo a cabo. En ese sentido tenemos que hacer los dos un esfuerzo. Yo debo ayudarla en su trabajo de vender mi obra, y ella en conseguir que yo pueda realizar mis sueños. Somos, en cierto sentido, complementarios.

—¡Qué envidia!

—Pero también tenemos desajustes frecuentes. Nos es difícil mantenernos cada uno en su lugar. Por eso cierro la puerta a mi espacio. Para hacer y deshacer a mi antojo. Puedo pasar tiempos muy largos allí abajo, cuando estoy libre de otras obligaciones, aunque a veces un impulso me arrastra a trabajar en esa obra incluso en los momentos menos adecuados.

—Creo que yo no saldría de allí.

—Hay que salir de vez en cuando para que la obra no se estanque. Aunque la tentación sea encerrarse y aislarse del mundo exterior tiene que haber una apertura a la vida. Vida y obra han de estar relacionadas. El equilibrio entre ambas es necesario aunque a veces sea doloroso. Cuando llego a una saturación creativa, me viene muy bien dedicarme a otra disciplina. Trabajar como marmolista, por ejemplo, me ha aportado tu amistad. Era muy importante para mí que alguien, con una mirada diferente a la mía y a la de Ludmila, entrara en el Pozo del cielo.

—Tengo la impresión de que Ludmila prefiere una figuración clásica, y que además busca que sea comercial.

—Le gusta la figuración clásica, y tiene un gusto muy exigente. Las piezas que prefiere, las convierte ella en comerciales. Yo apenas vendía hasta que ella me ayudó. Pero ocurre también que mi exigencia interior y mi enfoque del arte me conducen a terrenos desconocidos para ella. Por eso ha sido tan importante encontrarme contigo en este preciso momento. Una obra se completa en la mirada y la comprensión del otro. Además, aunque lo hayas abandonado, tú has trabajado la geometría con «Pitágoras».

—Pero yo no veo geometría en tu trabajo...

—Es un trabajo artístico que atañe a los sentidos, pero tiene algo más. Es algo relativo a la estructura formada por las cuerdas, pero de momento no quiero hablarte de ello, aunque, como bien sabes, todo es geometría.

—Eso decía el verdadero Pitágoras.

—Tú has entrado en la obra como acostumbras, por el lado sensorial. No quiero estropeártelo porque además vas a descubrirme cosas que yo desconozco. Un creador necesita recibir la opinión de personas de diferente sensibilidad. Tú has ido más allá de la primera impresión sensorial, tu curiosidad mental ha avanzado también por otros caminos. Desde que te conocí deseé que tú fueras la primera evaluadora de mi trabajo. Es una suerte que Ludmila no quiera intervenir de momento. Cuando lo hace, es excesiva e interfiere en la opinión de los demás.

—¿Qué buscas tú con este trabajo?

—Busco una armonía y no la puedo conseguir yo solo. La obra tiene que completarse en la mirada de otros.

—Yo creo que esta obra nunca debería salir de aquí.

—Yo no pienso en eso por el momento. La creación de un espacio que pueda contener la obra me atrae. El resto se lo dejo a ella. Ella sabe vender hasta las ideas. Puede que cobre una entrada por visita para recuperar los gastos, o algo similar. Por suerte yo no tengo que ocuparme de eso. Aparte de sus extravagancias, ella es una persona extraordinaria. A mí me ha ayudado muchísimo. Yo no sé dónde estaría ahora si no llega a ser por ella. Aunque a veces me rebele, en realidad es una rebeldía contra una parte de mi ser. Y, antes de que me olvide, quería comentarte que Ludmila también tiene algo que ofrecerte a ti.

—¿A mí?

—Sí. Le conté a lo que te dedicabas. Ella tiene una empresa que lleva toda la cuestión administrativa de los negocios familiares, algunos de los cuales inició el marido que murió hace diez años, y ahora lo llevan los hijos. Y también ha heredado de sus padres algunos enredos, cuya mayor parte está liquidando. Tiene una oficina en un piso arrendado en la calle Viriato, pero como el volumen de trabajo se ha reducido mucho al ir cerrando empresas, ella quiere trasladar la oficina a su domicilio y ahorrarse ese alquiler. Ha montado un despacho en la planta baja de esta casa para esa función, y se está ocupando con el señor Sánchez, el administrador, de hacer el traslado de domicilio fiscal. La cuestión es que el señor Sánchez se jubila este año, e Iván, el hijo mayor, que es el que tramitaba todo con el administrador, no quiere hacerse cargo de ese trabajo que no le gusta. Él acaba de iniciar un negocio de importación de vinos y tiene su energía puesta en ello. Yo he pensado en ti para hacer ese trabajo aquí, y Ludmila está muy ilusionada con la idea.

En cualquier otro momento habría dicho que no, porque interiormente ya me estoy apartando del tema de contabilidad. Tenía la sensación de que un nuevo trabajo iba a aparecer, algo muy diferente de lo que estaba haciendo ahora. Sin embargo, siento con toda seguridad que lo que me está ofreciendo Sándor pertenece a ese camino cuya puerta abrió él. No tardo en contestarle.

—Eso no estaría mal. Hace poco argumenté que me molestaba el tiempo perdido en los desplazamientos, pero mi vida está cambiando hacia otra cosa, y creo que debo de hacer ese esfuerzo. Me conviene muchísimo salir de casa.

—Incluso, si no quieres andar de un lado para otro, puedes trasladarte por un tiempo a vivir aquí. Estoy seguro de que a ella le gustaría mucho. Siempre dice que le da tristeza tener todas esas

habitaciones vacías. Las alquila de vez en cuando a gente de negocios que están de paso en Madrid, sobre todo para obligarse a mantenerlas en excelente estado. Es muy perfeccionista.

—Eso me aclara algo que me sorprendió el primer día que vine. Cuando entré en la sala de la chimenea, alguien me dijo que no había habitaciones libres. ¿Quiénes eran todas esas personas que estaban ahí reunidas?

—Son gente de mi familia. De vez en cuando vienen a visitarme y gozan de la generosidad de Ludmila. Se quedan una semana y duermen en esas lujosas habitaciones. Por eso te dijeron que no había ninguna libre. En esta época suelen aparecer algunos clientes. Un amigo de Delaila, la hija de Ludmila, puso las habitaciones de la casa en una guía de turismo de lujo, y de vez en cuando llaman para hacer reservas. Eso también lo llevan desde la empresa familiar.

La idea de vivir cerca de Sándor, de pronto me entusiasma.

—La verdad es que no me vendría mal un nuevo trabajo. Creo que estoy a punto de perder el que tenía. —Sándor no pregunta ni hace comentarios—. Y me seduce mucho la idea de trasladarme por un tiempo aquí. Me conviene alejarme de mi casa.

La idea de ver a Teseo en este momento me horroriza, como si él fuera capaz de paralizar el motor que se ha puesto en marcha.

—Ludmila se va a llevar una alegría e Iván también. Se estaba creando una tensión entre ellos porque Ludmila es terriblemente insistente y no quería dejar escapar al hijo de esa tarea.

Desde que tomé la decisión de romper mi situación de encierro, el universo se va adaptando a mi deseo. Me divierte incluso que mi trabajo se complique. Siempre he temido a la rutina y el trabajo con Teseo estaba entrando en esa fase. Además, quiero estar cerca del marmolista, y él también parece contento.

—Me alegra mucho que aceptes. Ojalá os entendáis Ludmila y tú. Ella a veces no es muy fácil, pero quizá contigo sí lo sea.

—¿Cuántos hijos tiene? Yo conocí a una chica muy guapa el primer día que vine.

—Tiene cuatro hijos. Encontraste a Delaila, que es la más joven y vive con su novio en Barcelona, viene a vernos con mucha frecuencia. La conocí cuando era muy pequeña, y desde el primer momento nos entendimos bien. Cuando viene mi familia siempre acude para recibirles, por eso estaba aquí el otro día. El mayor de los hijos es Iván, que debe de tener más o menos tu misma edad. Iván viaja mucho aunque su domicilio está en Madrid. La segunda hija es Elaine, que está casada con un alemán que se dedica a las carreras de motos, y viven en Gandía. Tiene dos niños. No suelen venir a Madrid, pero Ludmila va a visitarlos con frecuencia. Y luego está Don, que es un aventurero, ya le conocerás. Trabaja como realizador en una agencia publicitaria, pero muy a su manera, es un tipo especial.

La noche ha terminado de instalarse detrás de los grandes ventanales. Me cuesta despedirme de Sándor.

El laberinto de Teseo, II

Han pasado cuatro días y Teseo empieza a estar angustiado. Ha recibido una nueva entrega de la historia de Ariadna. Alguien ha introducido el manuscrito en el buzón por la noche. Lo único que le tranquiliza es que la letra es de ella, sin duda alguna. Pero las noticias que trae son atrasadas, de cuando él todavía estaba en China. ¿Qué habrá pasado desde entonces? La historia va complicándose y no la entiende. Teme que haya entrado en contacto con gente peligrosa.

Teseo se mueve por la casa como oso enjaulado. Ha recorrido en Pozuelo y Madrid todos los lugares que ellos frecuentan, y nadie sabe nada de Ariadna. Se ha acercado a la urbanización de La Florida y ha preguntado al guarda de la entrada por la casa de un escultor húngaro. Nada. ¿Y una señora a la que llaman *madame* Ludmila? Tampoco. El guarda le ha mirado con desconfianza, pero él ha insistido y le ha rogado que comprobara el nombre de Sándor Battyani, añadiendo que era un asunto de vital importancia para él. El hombre cambió de actitud al percibir la inquietud en su voz, pero no alteró su respuesta. En la urbanización no había nadie con ese nombre ni con las características que él describía. ¿Qué puede hacer? ¿Llamar a la policía? Si la familia de Florinda viviera en Madrid, se pondría en contacto con ellos, pero viven todos fuera y no los conoce. Le sorprende tener tan pocos datos de Ariadna después de una relación íntima de tres años y medio. Le tranquiliza que se haya llevado el ordenador, porque al menos puede intentar mandarle algún correo, aunque también podría ser que lo hubieran robado. No contesta a sus mensajes, y tiene el móvil desconectado. Admite que él se ha mantenido muy distante últimamente, pero nunca la ha dejado sin noticias tanto tiempo. Podría enviar, por lo menos, unas líneas dando una explicación de su estado actual en vez de esos manuscritos inquietantes. Ariadna no es de esas personas a quien les gusta hacer sufrir, más bien al contrario. Puede que le esté gastando una broma. El sentido del humor de Florinda y el suyo no pueden ser más dispares, pero no la siente capaz de una broma de este tipo que no habría servido para nada más que para irritarle y hacerle pasar un mal rato. Tiene que existir otra razón. Una historia como la que le está trasladando no se inventa solo para jugar. ¿Dónde estará mientras tanto? Para colmo, el trabajo parece haber despertado de su letargo y están llegando anuncios de pedidos que no acaban de concretarse. Le gustaría comentarlo con ella que tiene tan buen olfato para esas cosas. Un día él estaba muy ilusionado con un pedido que llegaba de un cliente nuevo. El interés del cliente parecía sincero, y todo en el curso de la demanda estaba en orden, pero Ariadna le dijo desde el principio que no se fiara de las apariencias, que ese pedido no se iba a confirmar. Él se puso de malhumor, ¿cómo podía saberlo? Ella no sabía cómo, pero lo sabía. Siempre acertó en sus predicciones.

Ahora se siente paralizado. Ha perdido gran parte de su capacidad de entusiasmo. Y por otro

lado, también tiene la impresión de que ya nada depende de él, de su esfuerzo. Ha seguido paso a paso los consejos que le dio Lorenzo. El cambio de proveedor fue fundamental, los nuevos precios que ha traído de China le están abriendo las puertas, aunque ya no está tan seguro de la calidad de lo que importa. Empezó elaborando una lista con los principales clientes a visitar. En eso le ayudó Lorenzo que lleva muchos años en el sector. Los fue contactando uno a uno, luego se fueron liando las cosas. No sabe si él no ha sabido controlar, o si resulta que la situación es incontrolable. Casi sin darse cuenta, se vio arrastrado a grandes comilonas y fiestas con unos constructores y con otros. Y ahí empezó su decadencia anímica. Ese tipo de fiestas siempre acaban con alcohol, cocaína y mujeres. ¿Qué le ha pasado? Ha perdido el sentido moral, ya no sabe si lo que está ocurriendo es bueno o malo. Le haría falta Ariadna para ajustar los gastos con las ganancias, y los últimos gastos no se ha atrevido a pasárselos porque parte del jolgorio lo tuvo que pagar él. Algo empieza a no cuadrar y cree que se va a ver obligado a pedir un préstamo con la garantía de la empresa para salir del atolladero. Nunca había imaginado que esas fiestas fueran tan increíblemente caras.

Bien pensado, se alegra de que Ariadna haya encontrado trabajo porque ella ya no es la persona adecuada para llevarle la contabilidad. De momento no le queda más remedio que hacerlo él, aunque sabe que debería dedicar tiempo a otras cosas, como preparar bien el viaje. Contabilizará esas facturas como «gastos de promoción». Pero tiene que frenar ese tren de vida por muchos motivos. Le da la impresión de estar construyendo castillos en el aire. No tiene todas las facturas y no sabe a cuánto ascienden los gastos.

En una mesa junto al sofá está colocada una fotografía de Ariadna con él. Fue tomada el verano pasado, durante los días que compartieron en una playa de la Costa Brava. Ella está sentada en el campo, apoyada en un árbol, sus magníficas piernas morenas en primer plano. Y él, situado detrás, posando las manos en sus hombros, con un gesto menos relajado que el suyo porque tuvo que correr para salir en la foto retenida por el temporizador. Comprende que Ariadna, sin ser tan guapa como Isabel, es mucho más atractiva. No solo para él, sino para todos los hombres. El mismo Pitágoras, sin ir más lejos, seguro que está enamorado. Ella se ha distanciado de todos en atención a él, no es que él se lo haya pedido, pero ella lo ha hecho. Por eso le asusta este nuevo elemento que ha aparecido en su vida. Sin duda, el tal Sándor también ha picado el anzuelo, y para conseguirla es capaz de cualquier cosa. La inquietud de Andrés va en aumento. Piensa que al separarse de él, Ariadna ha perdido la protección que su presencia le brindaba. Ella no es una persona estable, necesita apoyarse en alguien que le dé seguridad. Desde luego, él no ha sido el más adecuado en los últimos tiempos para darle seguridad a ella ni a nadie. En este momento es él quien necesita el refuerzo de Ariadna, pero se empeña en no verlo. Sigue inquieto. No puede permitir que se pierda, que la pierdan. Le asalta el recuerdo de unos detectives que vinieron un día a su oficina para ofrecer sus servicios. Proponían un espionaje entre empresas que él no aceptó, y antes de irse añadieron que tenían un departamento que se ocupaba también de servicios privados. Lo de un departamento diferente para atender los casos privados le hizo gracia. Parecían unos pobres diablos y en la empresa debían estar ellos dos sin más. Se rio del asunto y pensó que en este mundo hay gente para todo y que algunos no saben qué inventar para ganarse la vida. Aunque también se le ocurrió que acaso no se la ganaran mal porque abundan los celosos y quizá acostumbren a echar mano de esa gente. Solo pensar que le podrían tomar por uno de ellos le hace rechazar la idea. Él no siente celos, solo temor a lo que pueda estar ocurriendo.

Pero no va a recurrir a ese tipo de gente. Esto es algo que se lo tiene que trabajar él. En el fondo piensa que Ariadna está bien y que le está lanzando un desafío. Tiene que ponerse a la altura de lo que ella le pide. Le está obligando a hacer un repaso de lo que ha sido y es la relación entre ellos. Le está sacando de su actuación mecánica para forzarle a reflexionar. Ni siquiera le está permitiendo resguardar como un tesoro aquel principio de relación que a él le parecía lo mejor de su vida. Se pregunta ahora por qué si fue así, él acabó destrozando aquella ilusión. El Teseo y la Ariadna de aquel tiempo han desaparecido. Por alguna razón, ella ha querido revivirlos, traerlos al presente. Pero aquel tiempo de plenitud solo se podía vivir de forma clandestina, y ya pasó a la historia. Ella no quería seguir así, y él no supo o no quiso dar el paso definitivo.

Suena el timbre de la puerta y acude a abrir. Una señora, acompañada de un perrito gruñón, pregunta por Florinda. El perro le mira fijamente y se pone a ladrar. La dueña trata inútilmente de calmarlo.

—Florinda no está —grita Andrés, elevando la voz para hacerse oír.

La mujer da un coscorrón al perro que deja de ladrar pero sigue manteniendo una mirada amenazadora hacia Andrés acompañada de un sordo gruñido.

—Perdone usted, me llamo Marga y soy amiga de Florinda. Vivo dos calles más abajo. Quería preguntarle si Florinda está enferma.

—No, no está enferma. Ha salido de viaje.

—Me ha llamado la atención verle a usted entrar y salir varias veces sin que apareciera ella. Lo del viaje me sorprende porque no se ha despedido de mí ni me ha dicho nada. Siempre lo hace.

—Fue un viaje inesperado. No ha tenido tiempo de despedirse de nadie.

—Cuando se va, siempre me encarga el cuidado de las plantas, y habitualmente hacemos la compra juntas, y me trae ropa para coser. Somos amigas —da un tirón a la correa del perro que ha empezado de nuevo a ladrar—. Cuando pasan dos o tres días sin vernos, ella se acerca a casa a saludarme. Y también me trae comida para *Bruno* —señala al perro gruñón—. Él también la echa de menos.

—Pues lo siento, ahora no está y las plantas las cuido yo. Ya le diré que pase a verla cuando llegue.

—¿Sabe usted cuándo va a regresar?

—No, no lo sé.

—Pero tendrá usted una idea aproximada.

Teseo intenta cerrar la puerta.

—No, lo siento, no lo sé.

La mujer parece intranquila o curiosa y trata de asomarse inútilmente por detrás del cuerpo de Andrés que ocupa todo el espacio.

—Bueno, pues no le molesto más.

Inicia la retirada con el perrillo y Teseo se apresura en cerrar. El portazo resultante no ha sido voluntario. Enseguida se arrepiente del gesto brusco. ¿Y si la mujer no se fía de él y llama a la policía? Debería de alguna forma conquistar su confianza.

Vuelve a sorprenderle su ignorancia del mundo de Ariadna. Si hubieran vivido juntos, ella le habría hablado por la noche de la señora de al lado; le habría contado el motivo de su preocupación por ella o mencionado las sobras que guarda para el odioso perrito. Pero ellos no tenían tiempo para ese tipo de conversaciones, quizá eso fuera lo que más le gustaba de su

relación con Ariadna. Al pensar en ella revive el deseo, la pasión encendida que no dejaba lugar para la monotonía de la vida. ¿Cómo pudo agotarse esa pasión? Después apareció la lucha por recuperar lo que habían perdido, y las mentiras para justificar las ausencias, y los falsos estímulos para rellenar el vacío.

Con Isabel pasó algo parecido sin el tremendo impulso inicial. Fue algo más tibio desde el principio, pero también es verdad que con ella no ha tenido las agotadoras broncas que últimamente siempre le planteaba Ariadna. Tal como se han puesto las cosas, casi le parece más sensato regresar a su casa y a su mujer. Junto a ella podría apostar por un matrimonio como tantos, sin grandes expectativas, estabilizarse en una pareja, darle los hijos que ella desea, y disfrutar de cierto bienestar y confort. De Ariadna ha recibido unos años de espejismo que le permitieron comprobar que él era capaz de dar, por lo menos hasta cierto punto, y de sentir. Le habría gustado hacer un último intento de reavivar aquello, pero la desaparición de ella lo convierte en imposible. Sigue valorando mucho esa relación que le permitió comprobar que él era capaz de amar, aunque también aprendió que eso que llamamos amor, en cierto momento, se acaba.

Isabel siempre se ha mantenido fuera de esa ilusión o espejismo, como ahora lo llama. Ella formaba parte, en realidad, de un lote que incluía bienestar, familia, seguridad. Y esa fórmula quizá pueda funcionar todavía, aunque últimamente Isabel y él estén muy distanciados. Siempre la encuentra en casa, sentada frente al ordenador, chateando. Cuando él entra, ella le dirige un saludo con la mano, sin apartar la mirada de la pantalla. Nunca llegó a preocuparle esa actitud porque le convenía. Ahora piensa que tiene que reaccionar antes de que sea demasiado tarde. Siente nostalgia de su casa de la que se siente dueño y señor. Isabel, en ciertos aspectos, le recuerda a su abuela: muebles clásicos, cajones bien ordenados, camisas planchadas, y suelos encerados. La casa de su abuela, que él disfrutó en la primera infancia, siempre fue así, y en estos momentos de vacío sentimental, añora ese orden y esa paz.

Le habría gustado más solucionar el tema de Ariadna antes de regresar a Isabel, pero desde que ha concebido su casa como un remanso de paz empieza a necesitar que se muevan las cosas de una vez. Está viviendo en propia piel lo tedioso de las largas esperas a las que él sometía a su amada.

Isabel no estaba en casa cuando él llegó. Aparece un par de horas más tarde, contenta. Mientras tanto, él se ha relajado y se ha preparado un güisqui con hielo. Piensa que su decisión es la más acertada. En casa de Florinda no puede beber, es una regla que ella ha impuesto y que él respeta aunque ella no esté. Isabel abre la puerta tarareando y él se asoma al recibidor orgulloso de brindarle la sorpresa de su presencia. La sonrisa de Isabel se esfuma al verle.

—¿Y tú qué haces aquí?

—¡Vaya una forma de recibirme! —A pesar de su asombro, trata de sonreír—. Que yo recuerde, esta es mi casa, ¿no?

Se acerca con intención de besarla, pero ella le rechaza.

—Esta es tu casa, pero tú dijiste que regresabas la semana que viene y, si yo no cuento mal, todavía faltan tres días para eso. ¡Es que me vuelves loca, Andrés!

—Si quieres, para no volverte loca, me voy y regreso dentro de cuatro días.

—No, anda, déjalo. Pero es que tenía planes, y ahora me los trastocas.

Andrés queda aturdimiento por la respuesta de su mujer. No es que esperara una gran alegría, aunque el tono de ella al teléfono fuera de indiferencia, él pensó que su llegada adelantada sobre lo previsto, borraría hostilidades y supondría una agradable sorpresa para ella.

—Gracias por tu generosidad —le dice con sorna—. ¿Y se puede saber cuáles son los planes que yo vengo a fastidiar?

—Planes míos en los que tú no tienes nada que ver.

¿Se habrán puesto de acuerdo Florinda e Isabel? No. Eso no es posible. Ariadna nunca haría eso por muy despechada que estuviera. Además, despechada ¿porqué? Todavía no han hablado, no ha ocurrido nada nuevo. Es decir sí ha ocurrido, han ocurrido muchas cosas sin su intervención. Él ha seguido rodando la misma piedra, sin darse cuenta de que se ha desgastado, de que ya no tiene ni una sola arista por la que seguir luchando. De pronto se siente paralizado. Le invade una extraña tristeza, la nostalgia de algo que nunca existió. Recuerda el amor en la carta de Ariadna y le da vértigo perder ese asidero. Luego recuerda la nueva indiferencia en su voz, la nota escueta que le mandó: «No me llames pequeña», y por ese lado comprende que ya no está en sus manos recuperar lo que se fue. Y ahora Isabel, con esa actitud nueva y extraña. Nada de lo previsto parece funcionar.

—Bueno, no te quedes así —le dice Isabel—. Ya que estás aquí, vamos a disfrutarlo, ¿no?

Y le ofrece una sonrisa forzada que nada tiene de alegría.

—Deja la maleta abierta en el cuarto. Dentro de un momento llegará Manuela y la deshará. ¿Traes la ropa sucia en una bolsa de plástico?

—Sí. Pero lo de la maleta no urge. Todavía no he decidido quedarme.

—¡Claro que te vas a quedar! ¿*** NO HAY *** ibas a ir sino? ¿O es que tienes otra casa?

No responde a esa pregunta.

—Madrid está lleno de hoteles y no quiero fastidiar tus planes. Me voy, Isabel. Puedes hacer estos cuatro días lo que tenías previsto.

Isabel no contesta y entra en la alcoba. Se quita los pendientes y los guarda en una cajita. Después se cambia los zapatos por unas cómodas zapatillas. Pasa un rato antes de responder:

—Yo no te digo que te vayas a un hotel. Yo lo que digo es que me gusta saber las cosas de antemano. Existe el teléfono, ¿no? ¿Qué te cuesta llamarme y decirme que llegas mañana en vez de dentro de tres días?

—Lo que yo no entiendo es por qué no puedes seguir con tus planes estando yo aquí, como si yo te impidiera hacer algo. Yo he venido antes porque quería darte una sorpresa. Pensé que te haría ilusión.

—Mira que te conozco, Andrés. Tú no piensas en más ilusiones que las tuyas. ¿Cuánto tiempo hace que no haces nada para ilusionarme a mí? A ver si es que ahora has cambiado de repente.

—En cierto modo tienes razón. He estado reflexionando mucho estos días pasados. Me he dado cuenta de que mi trabajo me ha acaparado demasiado y que he descuidado nuestro matrimonio. Precisamente por eso he vuelto antes, para que podamos vernos con tranquilidad y hablar del tema y planificar nuestra vida de otra manera.

—Pero resulta que a mí ahora la vida me gusta tal como la tengo. Me he acostumbrado, ¿sabes? Cuántos fines de semana he pasado yo sola en casa y aburrida mientras los demás matrimonios salían a divertirse. Y tú siempre con tu trabajo auestas. No creas, que más de una vez he pensado que en vez de trabajo tú lo que tenías era otra historia.

—Isabel...

—Sí, en serio, lo he pensado muchas veces, porque luego venías cansado y feliz, sin ganas de tener relaciones conmigo ni nada. Y yo, a la luna de Valencia. Cuando te hablaba de niños, te ponías hecho un basilisco...

—Eran tiempos difíciles, tenía que levantar la empresa y no me parecía el momento adecuado. Reconozco que he estado nervioso y preocupado, pero eso mismo es lo que he estado reflexionando. Por mi parte las cosas van a cambiar, Isabel, y pienso que tienes razón en lo de los niños. No se puede esperar mucho más tiempo.

A medida que va hablando, Andrés siente un sudor frío en la nuca, como si estuviera adentrándose voluntariamente en un calvario. No sabe por qué está diciendo lo que no siente. ¿Tan perdido está que no se atreve a quedarse solo?, ¿será que no puede soportar la idea de sentirse rechazado también por Isabel?

—Y te diré otra cosa. —Isabel se va creciendo frente a su expresión desamparada—, que en este momento soy yo la que no tiene ganas de niños, porque ahora he empezado a divertirme. Y no pienso pasarme la vida bregando con niños mientras tú te sientas en el sillón del salón a beberte copa tras copa, y a dar gritos cuando una criatura te moleste.

—¿Y quién te ha dicho que iba a ser la cosa así? Yo no sé de dónde os viene esa opinión que tenéis de mí.

—¿Que tenéis? ¿Quiénes? O sea, que te ha ido mal con la otra y por eso vuelves a mí antes de tiempo.

Isabel está gritando.

Andrés siente crecer en su interior una irritación que logra contener con gran esfuerzo.

—Cálmate. No sé lo que te pasa ni de lo que estás hablando. De momento, lo único que sé es que quiero que te tranquilices y que hagas lo que tenías previsto para estos días. Después hablaremos del futuro, de lo que más nos convenga a los dos.

Isabel se tumba boca abajo en la cama a llorar. Andrés se sienta a su lado y trata de acariciarle el cabello, pero ella le aparta.

—Me voy, Isabel, antes de que llegue Manuela. Volveré dentro de tres días y hablaremos. Te doy la razón en lo que dices sobre mí. He sido egoísta y no he pensado más que en la empresa y en el dinero. —Abre la maleta y saca un paquete—. Toma, aquí te dejo un regalo que te he traído de China.

Mientras sale de la habitación oye la voz de Isabel entre sollozos: «Yo no quiero regalos... Yo solo quiero que me dejes en paz».

En casa de Ariadna todo sigue igual. Vuelve a consultar el correo y no encuentra nada interesante. Se pasa por la oficina para hacer unas llamadas y atender los asuntos más urgentes. Los últimos pedidos no acaban de concretarse, están ahí retenidos, pendientes de no se sabe qué. A pesar de que todo el mundo dice que hay que apostar por energías renovables, ahora nadie hace inversiones, todo está paralizado a la espera de ver qué pasa. Andrés se sienta a su mesa y se queda mirando sin ver el cuadro que tiene enfrente. En su mente se produce un vacío total, como si el mundo se viniera abajo de golpe. «¿Y ahora, qué?». Al cabo de un rato sale a comprar la prensa que le confirma una vez más la crisis económica mundial. No es que estuviera ajeno a ello, pero

había hecho buenos contactos en China, conseguido precios estupendos y, a pesar del panorama económico, había imaginado un futuro brillante. Se agarra la cabeza con las manos y permanece así unos instantes. «No me puede pasar esto, piensa. No puede derrumbarse todo al mismo tiempo, esto no es real». Pero transcurren las horas y la pesadilla continúa. Piensa en Ariadna y se asombra de haber sido capaz de concebir la vida a solas con Isabel. ¿De qué partes de sí mismo tiene que liberarse para descubrir su voluntad? Siente escalofríos al recordar el encuentro con su mujer. Cada mentira que ha pronunciado le ha hecho hundirse un poco más en el lodo. Si pudiera borrar su vida a partir de un momento, lo haría. Pero eso solo lo consigue con el alcohol. Cuando conoció a Ariadna, le pareció que era posible empezar de nuevo. Volvieron a nacer en él sentimientos y deseos vivos, auténticos. Y, sin embargo, hizo con ella lo mismo que con Isabel, conducirla a un terreno de falsedades. Si ahora es capaz de imaginar el paraíso junto a ella, es porque no la tiene delante. Ariadna le ha dejado cuando la relación empezaba a resultar insostenible para los dos. Y el panorama que le ha presentado Isabel de lo que podría ser su vida con hijos es totalmente verosímil porque, por mucho que quisiera dejar la bebida, le sería imposible cuando se percatara del error cometido. Por suerte, Isabel no parece dispuesta a secundarle. De buena se ha librado.

Suena su móvil y acude rápido a rescatarlo del bolsillo de la chaqueta pensando en Ariadna. Es Isabel y no lo coge. Sabe de la frustración que puede significar ese gesto para ella, pero en esta ocasión se siente plenamente justificado. Marca una vez más el número del móvil de Ariadna para recibir la misma respuesta: «El teléfono está desconectado o fuera de cobertura...».

Recoge sus cosas y conduce hacia Pozuelo. Hace una parada en el bar de Manolo para beber un trago antes de entrar en casa de Ariadna. Está cansado y tiene hambre. Busca en la nevera y comprueba que ya no queda nada que le resulte apetecible. Sin embargo, en el despacho de Ariadna encuentra otra misiva de tiempos pasados.

20 septiembre 2007

Hoy no te veo más. Una luz fugitiva recorre la habitación, deslizándose por los cuadros, alumbrándolos por segundos, haciendo lucir tonos y matices insospechados. Estoy algo cansada, moralmente agotada, luchando con el enredo de palabras con las que tratamos de captarnos y no lo conseguimos. Puede que en mí todo sea inexperiencia, impaciencia y juvenil tontería como tú dices, pero estas existen, me desbordan como un río sus márgenes demasiado estrechas en primavera. Cuando llegue el invierno, el río seguirá plácidamente su curso, pero a veces su caudal es superior a sus pobres orillas, desea romper la línea, quebrar los bordes, batir contra las piedras. Es una avalancha que se lleva todo por delante, y hasta que no se consuma en mí este inquieto poder, no estaré tranquila.

A nada renuncio aún, y no permitiré que mis días de primavera transcurran plácidamente bajo un tibio sol de invierno entre unas márgenes ordenadas, suaves y discretas.

No sabe qué intención mueve a Ariadna a trasladarle estos escritos, pero se lo agradece. Le gusta que el pasado se haga presente, y comprobar cómo, en cinco días, Ariadna podía pasar del blanco al negro, de estar encantada con la situación de ellos dos, a estar desesperada. Él no

recordaba que el origen de su ruptura estuviera ya presente en el principio de la relación. Los recuerdos que él conserva como magníficos de sus días con Ariadna son posteriores a este escrito. Sin embargo, ella sí era consciente de que algo crecía en su interior que no podía desarrollarse en los estrechos límites que él le imponía. Ni en esos ni en ninguno, él no cree que exista una situación que pueda satisfacer el ansia de extraordinario que lleva ella dentro. Esas expectativas agotan cualquier posibilidad. Él se conforma con el recuerdo del bienestar que compartieron en tantas ocasiones. A estas horas ella habría colocado sobre la mesa un bonito mantel, y habría dispuesto platos y cubiertos con rigurosa meticulosidad. Ariadna da una enorme importancia a la decoración de la mesa. Muchas veces se ha encontrado él en su casa midiendo el espacio para cada cubierto. Isabel le reprochaba que se volviera tan exigente y él se contenía para no delatarse. Es curioso que con la informalidad aparente de la casa de Ariadna, todo resulte mucho más elegante que en la suya. Y sobre todo más original. Casi siempre, antes del primer plato, Ariadna sirve una ensalada de atractivos colores, habitualmente distinta a la del día anterior. La combinación de colores juega también un papel importante, nada que ver con la ensalada clásica de lechuga, tomate y cebolla que prepara Manuela y que, antes de conocer las de su amante, le parecía excelente. Ariadna utiliza vinagres de aromas distintos para cada caso. Tiene también una colección de sales de hierbas y algas, y de semillas que complementan el valor nutritivo de la ensalada. Al principio no sabía apreciarlo pero al irse acostumbrando a los nuevos sabores le cuesta prescindir de ellos.

Vuelve a sentir apetito y decide salir a comer fuera. Hay un pequeño restaurante en el pueblo que a Ariadna le gusta y donde se come bien.

Mientras cierra la casa con llave, siente un roce en las piernas y descubre al asqueroso chucho de la vecina olfateándole el bajo del pantalón. A duras penas contiene el deseo de darle una patada en el morro. El perro está atado a una correa de largo alcance de la que está tirando su dueña.

—Perdone que le moleste —dice la mujer cuando llega a su lado—. ¿Tiene usted noticias de Florinda?

Andrés recuerda a tiempo que ha de ser prudente.

—Sí. Dice que vendrá pronto. Ha ido a visitar a su familia, parece que el padre se puso enfermo.

—Pues cómo lo siento. Es verdad que me contó que padecía del hígado... a causa de la bebida, me dijo.

—¿Le importaría apartar el perro de mi pantalón?

—Sí, perdone. Vamos, *Bruno*. —La señora consigue retirar el perro justo cuando se disponía a levantar la pata para mear en la pierna de Andrés—. No olvide decirle a Florinda que venga a verme cuando regrese.

Andrés siente satisfacción al ver alejarse a la pareja. No ha estado demasiado simpático con la señora, pero tampoco grosero, y le ha dado una buena razón para justificar la salida apresurada de Ariadna.

El suelo está mojado, pero ha dejado de llover, y el sol brilla en los árboles de los jardines. Andrés se sacude el malestar. Al adentrarse en el pueblo recorre las calles con las manos en los bolsillos, y con una sensación de ligereza que no tenía en días anteriores, como si se hubiera liberado del pesado fardo de tener que elegir o dar un sentido a sus acciones. La vida le está

marcando el camino. No sabe en qué terminará su recorrido pero sí que el resultado final no depende exclusivamente de él. La idea de quedarse solo que antes le asustaba, ahora empieza a atraerle. Le parece que está aprendiendo a ser.

El hilo
de Ariadna, III

He tenido un sueño extraño que englobaba las tres etapas de mi vida: Florinda, Ariadna y Flor. Me siento en la cama. Aparecen escenas sueltas, jirones del sueño. Tengo los ojos clavados en una mano tendida. Es la mano oscura del guía hindú. Estoy dudando. La mano se transforma. Ahora es más ancha y fuerte como la de Sándor. Me quedo inmóvil sin decir nada. No me importa quién tienda la mano, lo importante es la mano tendida.

Son sensaciones del sueño, difícilmente trasladables al estado de vigilia. ¿Por qué no habrá aparecido la mano de Teseo? En un tiempo fue mi tabla de salvación, después se convirtió en una garra que me aprisionaba hasta sofocarme. Teseo, todo lo bueno y lo malo están en él contenidos. Vuelvo a tumbarme en la cama. Me sorprende que últimamente aparezca con tanta frecuencia la mano de Yashvinde, el guía de la montaña de Shiva. Vuelvo a convocar su recuerdo. Aposté fuerte cuando decidí aceptar la confianza que me brindaba y no me arrepentí. Tuvo que tirar de mí monte arriba, como si fuera una cabra descarriada. Yo había agotado mi fuerza cuando apretó la sed, me ofreció agua de su cantimplora. Bebí con ansiedad procurando no acabarla, pero la acabó él en el momento de más calor para mojar un turbante y ponérmelo en la cabeza. Yashvinde parecía no necesitar nada. Él estaba allí para apoyarme. Alcanzamos la cima y sellamos nuestra amistad cantando mantras a Shiva a voz en grito. Cuando bajé, estaba recuperada. Le regalé la camiseta de repuesto que llevaba en la mochila y los pendientes que colgaban de mis orejas.

Dar es lo más importante. Me gustaría que Teseo lo aprendiera de nuevo. Él fue generoso al principio. Cuando perdió la capacidad de dar, desapareció Teseo y fue sustituido por el ejecutivo Andrés, mentiroso y adicto al alcohol.

Para calmar el desasosiego que crece en mí, abro el armario de la limpieza y saco la aspiradora. El tiempo que recorro la casa con el aparato encendido es de concentración absoluta. Mi batalla contra el polvo, contra la más mínima mota de polvo, es a muerte. Me llamo Flor y muy lejos quedan Florinda y Ariadna. Las siento hundirse en el pasado y aspiro con firmeza la nueva energía.

El otro día, cuando salí de Villa Azor, Sándor me acompañó hasta el coche. Por el camino me detuvo con un gesto para que observara el instante mágico que nos rodeaba. Quietos y en silencio, recibimos el aire que se filtraba entre las hojas de los árboles, que rozaba mi mejilla, que sembraba el espacio de partículas doradas. La oscuridad avanzaba. Sentí deseos de abrazar a Sándor, de fundirme con él. Su mirada era lejana, pero su cuerpo temblaba. Me di la vuelta despacio, deseando que él me detuviera, pero no lo hizo. Subí al coche y le despedí con la mano en silencio.

La casa ha quedado reluciente. Cuando la vea, Teseo adivinará el cambio en mi interior.

Me siento frente al ordenador y hago balance de las cuentas de su negocio. Me despido también del trabajo que mantenía entre nosotros un hilo de relación. Dejo todo liquidado para avanzar hacia mi nueva vida. Teseo abandonó el barco primero. Dejó a Ariadna sola en la isla de Naxos. Y Ariadna se convirtió en Flor.

Ludmila me llama por teléfono. Está impaciente por explicarme en qué va a consistir mi tarea y las condiciones que me ofrece. Le he prometido acercarme a Villa Azor esta misma tarde. Quiero trasladarme a vivir allí. Preparo una pequeña maleta y guardo el ordenador en su funda. Dejaré las cosas en el coche hasta que todo quede aclarado. No estoy segura de que la ilusión de Sándor y mía de vivir bajo un mismo techo sea compartida por Ludmila.

Voy trazando con tinta un hilo de mi rastro para Teseo, para ayudarle a salir del laberinto.

Ludmila me explica que el tema de las múltiples empresas familiares es muy complicado, y que me lo irá contando poco a poco para no crearme confusión. Ha hablado con Sándor y me ofrece la posibilidad de trasladarme a la casa. Acepto y se muestra encantada.

—Puedes instalarte aquí el tiempo que quieras —me dice—. Te enseñaré la casa y escogerás tú misma la habitación que más te guste.

La oferta económica no es una bicoca, pero me puedo arreglar. Con el trabajo de Teseo ganaba más, y Ludmila me promete revisar el sueldo en cuanto vea que la cosa funciona. La posibilidad de alejarme de casa por un tiempo me favorece. El hijo de Ludmila vendrá pronto para darme los detalles. Él seguirá controlando el asunto a distancia y yo llevaré el grueso del trabajo.

Bajo al coche a recoger mis cosas. Una joven, que parece cumplir las funciones de asistenta o doncella, ha preparado el té y lo está colocando en la mesita frente a la chimenea encendida. Me parece mentira que a partir de ahora este vaya a ser mi hogar. Sándor se adelanta a cogerme la maleta y me da un apretón en el codo.

—Me alegro mucho, Flor. Me hace muy feliz que vengas a vivir aquí. Va a ser maravilloso tener cerca a una persona con quien compartir la emoción de mi trabajo. Un verdadero lujo para mí.

Se oyen por el pasillo los pasos de Ludmila.

—Sígueme, por favor, Florinda.

—¿Qué te parece si la llamamos Flor? Yo la he bautizado así porque su nombre me recuerda demasiado al de la urbanización.

—¡Oh, Sandi!, siempre tan sensible. Yo no tengo ningún inconveniente si también ella lo prefiere.

Sonrío a Ludmila.

—Para mí es perfecto.

No sé de dónde sacaron mis padres el nombre de Florinda. Lo único que me gusta de él es que no conozco a nadie aparte de mí que lo lleve. Quizá en eso me parezco a la Florípedes de Jorge Amado.

—Está bien, Flor. Vamos a ver todas las habitaciones disponibles para que tú elijas.

Subimos a la planta de arriba. La primera habitación que me muestra Ludmila es la elegida. Estoy segura, y no necesito ver más. Pero ella se empeña en recorrer conmigo el resto, quizá como una cortesía para que conozca bien la casa donde voy a vivir. También para ella es un orgullo porque todas las habitaciones son magníficas y las explica con el mismo entusiasmo con que me

enseñó las esculturas de Sándor.

—Los muebles son principalmente elección de Hurt, mi marido. Yo también tengo sentido de la estética, pero él se movía por todo el mundo adquiriendo piezas de mobiliario únicas.

Villa Azor es mi nuevo hogar. Me siento a gusto en esta casa que me ofrece una aventura desconocida. Regreso a mi condición de nómada que nunca debí abandonar.

—Ya sabía que ibas a elegir esta —me dice Ludmila cuando después del recorrido regresamos a la primera estancia—. Es muy romántica y les gusta a todos los jóvenes. Esta fue la habitación de mi hijo Iván.

Se trata de un espacio doble: un dormitorio amplio y una galería acristalada que da al jardín. Todo en ella es confortable. La galería está amueblada como sala de estar y lugar de trabajo. Dos tumbonas de madera con cojines forrados de cretona floreada invitan a contemplar el jardín en compañía. La mesa de trabajo es sólida y de buena calidad.

—Madera de roble —me indica Ludmila—, un escritorio del siglo XVIII.

En el baño me señala un espejo biselado del mismo siglo que el escritorio.

—Bueno, querida, te dejo para que te instales.

Acaricio la madera de la mesa, abro los cajones donde encuentro algunos dibujos hechos con rotulador negro muy distintos a la obra de Sándor, y compruebo el confort de las tumbonas. Reconozco que no podía haber imaginado mejor aposento para mi nueva etapa de vida. Las ventanas de la galería están entreabiertas dejando penetrar un aroma fresco de plantas húmedas. Me acuerdo de mi pequeño arce y me pregunto qué será de él en el futuro.

Al atardecer, Sándor sube a visitarme y me encuentra sentada a la mesa, escribiendo. Nos instalamos en las tumbonas que parecían estar esperando nuestra conversación frente al sol poniente.

—Ha escrito mi padre. —No sé por qué me animo a hablar con Sándor de mi vida—. Recogí esta mañana una carta suya en casa. Quiere recuperarme de nuevo, pero ya no es posible. El último encuentro que tuvimos en la India fue desastroso. Es alcohólico. La vida con él desequilibró mi sistema nervioso. Ahora vivimos todos separados y nos cuesta reunirnos, como si la herida que él abrió en nuestra historia se reprodujera al estar juntos. Solo con vernos, aún sin palabras, descubro en nosotros la huella del dolor que queremos ocultar a los demás. Aunque quizá sea yo la única resentida porque mis hermanos no parecen compartir mis recuerdos. Teseo también bebe. Es como si mi vida fuera una noria que me presentara el mismo problema sin descanso.

Sándor me tiende la mano como en el sueño y aprieta la mía cariñosamente. Le sonrío.

—Creo que el pasar aquí una temporada me va a ayudar a soltarme de esa rueda y seguir otro camino. He llegado por una serie de coincidencias que convergen todas en este punto. Es un lugar maravilloso, y la mejor terapia para mi recuperación por tratarse de una estación de paso. Todo aquí es hermoso y confortable, y está el Pozo del cielo y nuestra amistad. Pero lo mejor es que nada me pertenece, y que el camino que se ofrece no tiene huellas de mi vida anterior. Y, sin embargo, está lleno de señales de otras gentes. En el dormitorio hay dos acuarelas que me han fascinado. Son coloristas y alegres, están llenas de vida. No están firmadas pero me recuerdan a pinturas de Klingsor. Y también he encontrado dibujos en el cajón de la mesa. Contrastan mucho con los muebles clásicos. Me gusta el efecto.

—Las acuarelas las pintó Iván, e imagino que los dibujos también. Tiene mucho talento, pero

nunca ha querido dedicarse profesionalmente al arte. Dice que todo lo suyo es a la manera de otro.

—Eso suele ser normal al principio.

—De ese tipo de pinturas tiene muchísimas. Siempre lleva consigo las acuarelas en los viajes, y vuelve cargado de apuntes. Tiene unos dibujos magníficos de unos niños que conoció en Brasil. Son apuntes llenos de vida y movimiento. Él no les da ninguna importancia. Si esas pinturas están en la pared es porque su madre las colgó cuando él ya no vivía aquí. Lo mismo le ocurre a Don con la música. Los dos chicos tienen madera de artistas. Don estudió varios años de piano, pero es muy anárquico y abandonó el aprendizaje aunque no la práctica. Sabe sacar partido a cualquier instrumento.

—Háblame de ti, Sándor. Te he contado parte de mi vida y tú me has hablado de otros, pero de ti no sé nada.

—¿Qué te interesa saber?

—Cómo llegaste a España, por ejemplo.

Llegó cuando tenía ocho años acompañando a sus padres. Sándor me cuenta las dificultades que tuvieron sus progenitores para adaptarse a su vida de exiliados. A pesar de conocer otros idiomas, añoraban su lengua materna que nadie hablaba fuera de su país. A él le costó abandonar a familia y amigos, pero era muy joven y no le supuso gran esfuerzo adaptarse y adoptar el español como idioma propio. La madre murió joven, y él vivió con el padre, un hombre bueno pero de carácter depresivo. Su rechazo frontal a la vocación de su hijo por la escultura hizo que Sándor se matriculara en arquitectura para satisfacerle, aunque pasaba mucho tiempo dedicado al modelado en barro y al dibujo artístico que es lo que más le atraía. Al terminar la carrera trabajó durante un año en el estudio de un arquitecto, que abandonó para atender una grave enfermedad del padre, y cuando este murió decidió cambiar de vida. Vendió la casa heredada y compró una pequeña buhardilla que le servía de vivienda y de estudio. El dinero sobrante le sirvió para trabajar la escultura, para viajar y conocer a otros artistas. Y así es como se fue formando.

Sándor da por terminado su relato, pero yo necesito más. ¿Cómo conoció a Ludmila? ¿Cómo llegó a vivir en esta casa?

Sándor sonrío ante mi curiosidad.

—Ese es otro capítulo que podemos ver más adelante. Ahora no quiero cansarte ni cansarme hablando de mí. Además, me espera Ludmila para consultarme unos temas de la exposición, algo sobre la iluminación, quizá te interese venir con nosotros, lo más probable es que cenemos fuera.

—No, gracias, Sándor. Prefiero quedarme un rato leyendo. Tengo que adaptarme a mi nuevo espacio.

Antes de irse, Ludmila me indica que Malena (la joven que trabaja en la casa) ha dejado algo preparado para mí en la cocina. Agradezco los cuidados y me despido de ellos.

Me despierto al día siguiente con un paisaje blanco en la retina. Quizá fue la visita al taller de mármol de Sándor la que produjo el sueño.

Cuando viví en Dinamarca, una vez se heló el mar. Decían que el hielo llegaba hasta Suecia. Algunas personas se aventuraban en la capa helada en coche, y había gente que caminaba o patinaba hasta perderse en la lontananza. Me gustaba sobre todo contemplarlo al atardecer cuando todos se retiraban. El mar helado me parecía entonces infinito y silencioso. Se había acallado el

rumor de sus olas.

Me gusta acceder a los paisajes de mi recuerdo. Sobre todo aquí, donde la soledad no pesa. Sándor llama a mi puerta. Su amistad ya no me sorprende, como si hubiera estado siempre a mi lado. Reanudamos la conversación que quedó pendiente el día anterior.

Me habla de la obra que él hacía en su buhardilla antes de conocer a Ludmila.

—Trabajaba en barro, con idea de pasarlo a bronce si prosperaba. Moldeaba unas formas extrañas, bastante abstractas, una especie de seres inorgánicos que se completaban unos en otros. No era algo que yo buscara, salía de mí, como si necesitara sacar eso fuera.

—¿Qué quiere decir «seres inorgánicos»?

—Que pertenecen a la abstracción, que carecen de vida.

—¿Conociste entonces a Ludmila?

—La conocí algo más tarde. Pasé unos años de vida bohemia con muy pocos ingresos y amigos muy dispares. Mi gran empeño era sacar mi escultura adelante, pero no tenía mucha suerte y el dinero se acababa. Por otro lado, me horrorizaba encerrarme en un trabajo que me alejara de mi necesidad de crear. Me aparté de los amigos y las distracciones, y vivía encerrado en mi buhardilla buscando afanosamente mi forma de expresión. Solo salía para visitar exposiciones y consultar libros en la biblioteca. La voz de mi padre, sus consejos y su pesimismo seguían pesando en mí. En realidad, el tiempo pasaba, y yo ya no era un jovencito. Tenía treinta y dos años cuando conocí a Ludmila. Ella fue mi salvación. Éramos de la misma edad, pero la vida le había cundido a ella mucho, y ya era madre de cuatro hijos. Era una mujer muy bella y atractiva. Su marido, Hurt Turner, decía estar muy enamorado, pero tenían una relación extraña. Él era un hombre muy vital y con un punto de locura en sus actuaciones, viajaba mucho y mantenía relaciones con varias mujeres, aunque, según decía, la quería a ella por encima de todo. Ella conocía estas historias que él le contaba y aseguraba que no le importaban porque le dejaban el camino libre para hacer lo mismo. Pero sí le importaban. Se trataba de un juego que tenía grandes riesgos. La relación entre ellos no funcionó bien, claro. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Ella coqueteaba con todos los hombres, pero nunca había tenido un amante. Decía que se sentía incapaz, sobre todo en la época en que los niños eran pequeños. Lo de los niños pequeños no era la verdadera razón, como más tarde pudimos comprobar. En realidad era incapaz de tener amantes sin sentirse enamorada. Tanto Hurt como ella eran ricos por sus familias, sobre todo ella. Y a los dos les fueron bien sus negocios y acrecentaron su fortuna. Por aquel tiempo, Ludmila había montado una galería de arte que funcionaba muy bien. Ella tenía muchas relaciones con gente adinerada, con lo que atraía a compradores sin dificultad. Tenía las ideas muy claras sobre lo que era vendible y lo que no, y lo que para ella era bueno y lo que no lo era. Me dijo, cuando le presenté mi obra, que lo mío no era vendible, y que no se podía encargarse de ello. Me sentí desmoralizado. Llevaba tiempo tratando de introducir mi trabajo en distintos sitios sin resultado, pero al entrar en su galería había tenido una corazonada muy fuerte de que la entrevista iba a ser positiva. Su opinión fue para mí demoledora. Sentí de golpe todo el cansancio de mis sucesivas derrotas. Recuerdo que di la vuelta a la silla que tenía delante y me senté apoyando la cabeza sobre el respaldo, totalmente abatido. Ella entonces levantó mi cabeza con sus manos y me miró a los ojos. Fue la suya una mirada tan intensa y bella que yo quedé deslumbrado. Ludmila asegura que ella se había enamorado de mí a primera vista. No sé si a eso se le puede llamar amor, pero sí fue el principio de una larga historia amorosa. Me dijo que si quería triunfar, ella podía hacer que

yo triunfara, porque tenía madera para ello, pero no con la obra que le estaba presentando. Dijo que me ayudaría a hacer algo magnífico, que estaba segura de poder sacar eso de mí. «Pero tienes que atreverte», me dijo. ¿Atreverte? Yo entonces no entendía, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera y me puse en sus manos. Era la primera vez que alguien confiaba de alguna manera en mis capacidades, y que lo hacía con vehemencia. Me citó para la semana siguiente. Así comenzó la historia de un artista desamparado con una millonaria audaz, compartida con la amistad de su marido cada vez más ausente de la casa, pero, que cuando estaba en ella, se llevaba muy bien conmigo.

—¿Ella vivía ya en esta casa?

—Sí, aunque no como está ahora. Con los años ha ido creciendo mucho. No tenía esa galería que comunica con las habitaciones del lado oeste, ni tampoco existían esos dormitorios. Yo no vivía entonces con ellos. Había en el jardín otra casa que utilizaban en alguna ocasión para alojar a los huéspedes, pero que estaba en desuso por necesitar algunos arreglos. A Hurt le daba igual lo que se hiciera con esa casa y ella decidió convertirla en estudio para que yo pudiera trabajar allí. Ludmila siempre ha tenido el sueño de vivir rodeada de amigos. Luego, como has visto, el estudio ha ido también creciendo con los años. Yo vivía en mi buhardilla y venía a trabajar aquí. Varios años más tarde, cuando ampliaron la casa y ya formábamos entre todos una gran familia, me invitaron los dos a que ocupara una de las habitaciones nuevas. Fue muy generoso por su parte y les estoy muy agradecido.

—¿Qué pasó con tu escultura? ¿Te hizo cambiar ella de estilo?

—No exactamente. En aquel tiempo no fue enteramente así. Ella me hizo ver que sobre mi obra flotaba un ambiente depresivo y que la mirada de mi padre dominaba todo mi trabajo. Yo le había hablado de mi vida, y, aunque no compartía su opinión, sí sentía que aquellas figuras iban convirtiéndose en enemigas y deseaba desprenderme de ellas. Me dijo que el día que me conoció y vio mi obra, supo lo que había que hacer. Ella nos podía cambiar a los dos. Había descubierto que yo estaba habitado por una energía baja y depresiva. Tenía que olvidarme de esos seres amorfos y apostar por la vida, la alegría y la belleza. Se propuso curarme a mí y sanar mi obra al mismo tiempo. Ella no podía soportar, decía, las formas malsanas que de mí brotaban.

—Entonces, tu obra dejó de ser tuya.

—No exactamente, no. Ella me ayudó.

Me molesta su respuesta porque yo tengo el convencimiento de que la intervención de otra persona en la obra de un artista no puede ser buena.

—Antes de trasladar aquí mi estudio, destruí toda la obra acumulada en la buhardilla. Me alegró no haber tenido medios para fundir mi obra en bronce.

Recordé mi sueño en que su obra en barro se deshacía con la lluvia y yo tuve la sensación de que nunca llegaría a conocer su trabajo.

—¿Y no sentiste un dolor profundo al hacerlo?

—No, al contrario, supuso una enorme liberación. Yo intuía lo que buscaba, y también que ese no era el camino para llegar a ello. Era como si paso a paso me estuviera hundiendo.

—¿No guardas ni una sola pieza como testimonio de ese periodo?

—No. Afortunadamente lo deshice todo sin posibilidad de recuperación. Llegué a este estudio con las manos vacías. Compramos mucho barro. A partir del momento en que yo entré aquí, se acabaron mis problemas de financiación. Tampoco tuve ya una independencia económica, todo

tiene su contrapartida. De no ser por ella, yo no habría sabido arrancar en la nueva etapa. Tenía claro lo que ya no quería reproducir, pero ¿cómo empezar lo nuevo? Aunque todavía no lo habíamos hablado, ella intuía mis sentimientos hacia ella, que eran tan intensos como los suyos hacia mí. Un día, mientras yo construía un armario para mis utensilios, hizo colocar en el estudio una especie de diván, una *chaise longue*, lo llamaba ella. Yo me quedé sorprendido pero no dije nada. Ese diván podría servirme para reposar de vez en cuando, no se me ocurría otra cosa a pesar de que ella insistía en que tenía que reproducir la vida que me rodeaba. Cuando ella se fue, me tumbé en el diván, cogí un libro y me puse a leer. El diván era comodísimo y agradecí mucho esa nueva generosidad imaginando además que Ludmila lo había aportado por si me quería quedar a dormir alguna noche. Está claro que entonces aún no estaba en disposición de crear nada. Mi mente estaba habitada totalmente por «*madame* Ludmila», como la llamaba yo entonces y la sigue llamando mucha gente. Al día siguiente llegó ella con una bata larga. Estaba bellísima. Pareció sorprenderse de que todavía no hubiera empezado a trabajar. Y la verdad es que volver a arrancar por un camino diferente me parecía difícilísimo. Necesitaba serenarme y asumir el cambio antes de que brotara la inspiración que no daba señales de querer aparecer. Me sentí avergonzado frente a su impaciencia. Entonces, ella se quitó la bata y se tumbó desnuda en el sofá. Se ofreció a servirme de modelo hasta que me llegara la inspiración. Estaba deslumbrante y me quedé paralizado. Imagínate mi situación. Tenía ante mí a una mujer mostrando un cuerpo maravilloso que yo muchas veces había imaginado, posando desnuda para mí. «Ludmila —le dije—, no sé si podré». ¡Era tanta la belleza...! Ella me animó con voz tranquila a que lo intentara. Me dijo que en un proceso artístico uno no puede permitirse el lujo de dejar de trabajar, que había visto a muchos artistas que se perdían por ello. Yo la cubrí con la bata, y le rogué que esperara un poco. Me temblaban las manos. Le dije que tenía que preparar el barro, colocarlo todo, iba a llevar tiempo, y delante de su bellísimo cuerpo desnudo, yo no podía concentrarme y trabajar. Ella se levantó del diván y volvió a ponerse la bata. Me aclaró que solo lo había hecho para estimularme a iniciar, y me dijo que estaba a mi disposición para posar cuando yo lo necesitara. Me dejó solo y aturdido. Para calmarme, aceleré el proceso de creación. Por supuesto no volví a coger el libro ni a tumbarme en el diván. Amasé el barro, preparé unos palillos para sujetar la figura que iba a ser de tamaño natural, y empecé a esbozar una forma con la postura que había adoptado Ludmila. Normalmente me iba a la buhardilla sobre las siete de la tarde, pero ese día no acabé hasta las doce de la noche. Cuando, al terminar, me dirigía a través del jardín hacia mi seiscientos aparcado en la puerta, apareció Ludmila y se agarró de mi brazo. «Esta noche me gustaría pasarla contigo», me dijo con toda naturalidad. Y me pidió que la llevara a mi lugar.

»La casa estaba apagada, no se oía ninguna voz. “Hurt está fuera —me informó para tranquilizarme—, y además, no importaría aunque estuviera”. Yo no necesitaba mucha explicación. Me preocupaba únicamente que mi buhardilla fuera fría e incómoda para ella que estaba acostumbrada al confort. Se lo advertí, pero me respondió que no le importaba, que una parte de su ser era muy exquisita por haber estado siempre rodeada de lujos, pero que tenía otra parte salvaje y austera que estaba deseando vivir. Entre sus antepasados había habido un artista bohemio que solo fue reconocido después de su muerte y que enriqueció a su descendencia sin haber conocido ningún tipo de lujo. Ella sentía que descendía directamente de él. Aún así yo no estaba tranquilo. Por suerte soy ordenado y, como ya no trabajaba allí, tenía mi pequeño refugio limpio y recogido. Nunca se quejó de la precariedad de mi lugar, ni del frío, ni de las cañerías que

con frecuencia se congelaban. Siempre fuimos allí enteramente felices.

Sándor hace una pausa, como dando por terminado el relato, pero yo le ruego que prosiga.

—Nuestra historia es muy larga —me dice él en tono de disculpa—, ya hace muchos años de todo esto.

—Tengo ganas de saber cómo fue evolucionando tu obra. Por dónde arrancaste y cómo llegaste hasta el Pozo del cielo.

—Esto parece una entrevista en profundidad —rio Sándor—, pero no me viene mal hacer este recorrido contigo, quizá así logre enterarme de cómo llegué al punto en que estoy. Trataré de ser menos prolijo en detalles para no aburrirte.

Sándor no se da cuenta de que los detalles son lo que más me interesa por estar a menudo en ellos encerradas las razones.

—Trabajé mucho aquella temporada, Ludmila siempre posando para mí. Ella no comentaba nada sobre la obra, y yo tampoco. Siempre había tenido el deseo de tallar en piedra y en madera, y aquel estudio me ofrecía esa posibilidad. Me enfrenté a muchas dificultades. El apoyo, tanto psicológico como económico de mi mecenas era imprescindible. Me costaba, al principio, captar las proporciones. Aparte de no haber trabajado suficientemente la figuración, me enfrentaba a nuevos materiales difíciles de manejar. Fue una época intensa. Agradecí no tener que buscar inspiración, y trabajar con modelo. Comprendí que me había saltado una etapa y que estaba teniendo la oportunidad de rellenar esa laguna. A veces tenía la impresión de que rompía más que hacía. Pero detrás de esos grandes esfuerzos, empezaba a aparecer una motivación, una meta. Luchaba por captar algo que no sabía exactamente lo que era. No creas que fue tarea fácil. Cuando salía del estudio por las tardes, me iba a veces muy abatido a mi refugio con la convicción de que nunca conseguiría nada que valiera la pena. Ludmila no volvió a venir conmigo en el seiscientos. Aparecía algunas tardes por sorpresa, y llegaba en su coche. Por la mañana salía yo antes que ella. La dejaba durmiendo en la buhardilla, como ella me pedía, y aparecía varias horas más tarde después de haber desayunado en un café y haber paseado por la ciudad. Eso era parte de su vida secreta y salvaje, me decía. —Sándor sonrió—, y yo no tenía nada que objetar.

»Sucedió un día de repente mientras trabajaba en una cabeza inspirada en ella. Estaba solo en el estudio. Me sentía ese día especialmente enamorado, y supe convocar lo que sin saber había estado todo el tiempo buscando: aquella mirada cargada de amor y ternura, con la que me envolvió el primer día de nuestro encuentro. ¡Dios mío! Fui tan feliz que no podía más de gozo. Pasé horas y horas en el estudio tallando y puliendo en un estado de enajenación, parecido al que tú viviste el otro día en el Pozo del cielo, en que uno escapa del tiempo real y aterriza en otra dimensión.

»Cuando volví en mí, coloqué la cabeza en una peana que situé en el centro del estudio, y la llamé. Lloró de alegría, se abrazó a mí y me besó apasionadamente, como nunca lo había hecho en el estudio.

»Siguió posando para mí sin cansarse. Lo hizo con sus niños en brazos, con el perro, con sombrero, sin él. Yo procuraba disimular sus rasgos para que no siempre fuera ella, aunque se reconocía. Y así fue como me convertí sin quererlo en un escultor realista y costumbrista. Ludmila estaba encantada y organizó una primera exposición que tuvo gran éxito. Yo no quería vender aquella cabeza de la mirada, pero ella se empeñó en que debía hacerlo. Le puso un precio altísimo para no dar facilidades, pero se vendió de todas formas. La razón que aportó para calmar mi

disgusto fue que teníamos que ver hasta dónde podía yo llegar. Esa cabeza debía independizarse y pertenecer a otras personas que la enseñarían y hablarían de ella. El comprador resultó ser un rico banquero que daba grandes recepciones en su casa. Era mejor que la cabeza estuviera allí. Otro argumento fue que el vacío que me provocaría su ausencia haría que trabajara para buscar de nuevo el milagro. En resumen, no podía dormirme en los laureles.

»Gracias a esa venta, me llovieron los encargos. En aquel tiempo, algo nuevo empezó a nacer. Supongo que se trataba de la continuación de mi primera obra. Tardó unos años en llegar la inspiración, pero apareció. El paréntesis entre una y otra etapa consolidó mi destreza con diferentes materiales, y me abrió otros caminos. Pero las figuras ondulantes que se completan una a la otra volvían a surgir, esta vez llenas de vida. Así nació la obra del Pozo del cielo.

—Y esa nueva obra requería otro espacio...

—Efectivamente. Empecé a cavar la cueva para albergar la nueva creación.

Al llegar a este punto siento emoción, como si lo más importante estuviera por venir. Pero Sándor enmudece como si hubiera vaciado su interior y ya no le quedaran fuerzas para continuar.

—Creo que ya he hablado bastante por hoy —me dice al cabo de un momento—. Nunca me he alargado tanto sobre mi vida y mis razones.

El sol ha terminado de ponerse. Sándor se despide hasta la hora de la cena.

El laberinto de Teseo, III

Todavía tiene a veces la sensación, al entrar en la casa, de que Ariadna puede estar arriba, trabajando en su ordenador, o en la azotea tendiendo la ropa. En realidad, sabe que hay muy pocas probabilidades de que eso sea cierto, pero siempre hace un recorrido de inspección. Recoge los mensajes de Ariadna a su paso por las habitaciones. No sabe si los ha dejado ella u otra persona pero alguien ha estado en la casa en su ausencia.

En vez de sentarse en el sillón, se apoya en el brazo del sofá para leer.

La letra de Ariadna cubre las páginas con una firmeza y serenidad que le tranquilizan, no así el contenido del texto. Empieza a emerger de la profundidad de su ser un escozor de celos. El escultor sabe lo que necesita Ariadna y se lo está proporcionando ¿*** NO HAY *** quiere llegar? Él no supo hacerlo, si ese es el mensaje que le quiere transmitir Ariadna, ya le ha llegado. Pero ¡a él qué le importa la vida de Sándor y sus amores! Por lo menos Ariadna debería tener la delicadeza de no recrearse en la descripción de la vida de ese hombre en un texto que le está dirigido.

No entiende lo que está pasando y ha perdido la calma que tenía hace unas horas. Cuanto más lejos de él siente a Ariadna, más se aviva su deseo y necesidad de ella. Experimenta la misma frustración de cuando ella huía a su paisaje, entonces él se quedaba solo con el cuerpo de ella al lado. Un cuerpo vacío.

También se le ocurre pensar que Ariadna esté utilizando en sus escritos una clave secreta para darle información, como la encerrada en aquellos jeroglíficos que a ella le gustaba descifrar con su amigo «El Pitágoras». Quizá pudiera él ahora, por mediación de Inés, localizar al Pitágoras y solicitar su ayuda. Rechaza de inmediato la idea. A Pitágoras siempre le ha considerado un rival y ha envidiado las dotes que Ariadna le atribuía. Tiene que desenredar la madeja de toda esta historia él solo, porque a él está dirigida. Puede que Ariadna le esté castigando por no haber prestado atención a sus intereses. Le demostrará que la conoce mejor de lo que ella cree. Solo tiene que pararse a recordar. Ella solía contarle sus asuntos mientras él leía el periódico o seguía un partido en la televisión, por eso sus palabras resbalaban hasta mezclarse con la otra información que él estaba recibiendo. Varias veces le habló de un hombre mayor, amigo de su abuelo, según cree recordar, que ella visitaba con cierta frecuencia. Se encontraban en un café en la glorieta de Bilbao a la hora del desayuno. Es una persona a quien ella quería y con quien tenía gran confianza. Le gustaría ahora haber prestado más atención a lo que ella contaba. No recuerda ni el nombre del café ni el del señor con el que se reunía. ¿Por qué le había interesado tan poco la vida de Ariadna fuera de los límites de su relación con él? Es posible que fuera cierto lo que ella

le achacaba, que nunca había tenido la intención real de estabilizar su relación con ella. Y es posible también que fuera ella la responsable de esa situación al ocurrírsele la idea de cambiar el nombre de los dos y crear ese mundo ficticio de Teseo y Ariadna. Él se sintió cómodo en ese lugar y con las cualidades heroicas que ella le atribuía. Sacar a Ariadna de ese paraíso y colocarla en la realidad significaba un enorme esfuerzo que podía acabar en desilusión.

Por el camino de la memoria recorre las conversaciones con Florinda, y no avanza, pero surge otra posibilidad ¿cómo no se le habrá ocurrido antes? Sube al despacho y busca, entre las carpetas archivadas, la relacionada con los asuntos de la vivienda. Encuentra la copia de la factura del marmolista con el conforme de Florinda. Llama a la compañía aseguradora. Le piden el número de la abonada. Lo encuentra. Le palpita el corazón con una extraña fuerza.

—Ese arreglo ya se ha hecho —le dice la voz que le atiende—. Fue un oficial de la marmolería...

—Sí, ya lo sé, pero yo quería la referencia del señor que acudió antes, un escultor que trajo el mármol de tamaño equivocado.

—Perdone señor, no tenemos referencia de ningún escultor.

—Sí, sí. Aquí vino primero un escultor que dijo que trabajaba para ustedes. Se llama Sándor Battyani.

—Lo siento, señor. Nosotros no trabajamos con ningún escultor ni con nadie de ese nombre. En el expediente de la clienta no hay nada reflejado en ese sentido. Solamente la fecha en que se personó el marmolista y el trabajo que realizó, es decir, la colocación de un mármol detrás de la cisterna del váter. No existe ningún dato más.

—¿Podría ponerme en contacto con el marmolista que hizo ese trabajo? Es muy importante para mí. Él va a saber de qué hablo.

—No se preocupe, señor. Le diré que se ponga en contacto con usted.

Mientras espera la llamada, Teseo revuelve nervioso en los papeles de Ariadna. Prueba otra vez inútilmente el número de su móvil. En un cajón aparece un sobre con fotografías de ellos dos, son de hace dos veranos cuando pasaron aquellos veinte días juntos. ¡Cuántas veces Ariadna ha hecho referencia a ese tiempo de ilusión! Y es verdad que él disfrutó como nunca antes, y que incluso creyó en el espejismo de que esos días iban a prolongarse en una realidad duradera. Fue un tiempo robado a la vida cotidiana, y disfrutado en el paraíso de Teseo y Ariadna. En ellos cabían todas las promesas y la confianza ciega de ella en sus palabras que él pronunciaba con entera sinceridad. Pero luego tuvo que salir de allí y sumergirse en la otra vida que era la suya, la real, la de compromisos anteriormente adquiridos, la del trabajo, y la de los afectos de su familia política...

Suena el teléfono. Es el chico marmolista. Está en un coche y no tiene buena cobertura.

—¿Me oye? —grita el chico.

No le llega su respuesta y pregunta gritando:

—¿Tiene usted algún problema con la colocación del mármol?

—No, no es eso.

—¿Cómo?

—Que no se trata de eso. Le llamo por otro asunto.

—Ahora le oigo mejor. Dígame usted.

—¿Podría usted pasar un momento por aquí? Yo le pagaré el desplazamiento y el tiempo que

me dedique —no quiere contar por teléfono y a voces la historia del escultor.

—Tiene usted suerte, señor, estoy en la zona, ahora me acerco.

Bueno, menos mal, parece un chico simpático. Le tiembla la mano. Últimamente le ocurre con frecuencia. Ariadna lo achaca a la bebida, pero él no. Sabe que no tiene que ver con eso. Estos días apenas ha bebido y, sin embargo, no puede dominar el temblor que le sacude hasta el brazo. Probablemente se trata de una reacción nerviosa. Le parece haber encontrado el camino para localizar al tipo ese. El chico marmolista lo conoce, él mismo se lo dijo a Ariadna y le entregó el papel que el otro le había dado. Ya no suda. A lo mejor el temblor le viene del frío. La casa está helada a pesar de estar todas las ventanas cerradas. ¿Por qué esa casa es siempre agradable cuando Ariadna está en ella, y es tan desoladora cuando está ausente? Sale al patio a buscar leña. Cuando tiene los brazos cargados suena el timbre de la puerta. ¡Vaya!, debe de ser el dichoso marmolista, siempre tan oportuno.

Suelta los troncos en el suelo y se acerca a abrir la puerta. Se encuentra con un joven sonriente.

—Buenas tardes, señor. Soy el marmolista.

—Hola chico. Gracias por venir. Estoy en un enredo y necesito tu ayuda. ¿Fuiste tú *** NO HAY *** instaló el mármol detrás de la cisterna?

—Sí, señor, ¿hay algún problema?

—No, ya te he dicho que no. Te explico: ¿recuerdas que antes de traer el mármol había venido un escultor que trabaja para tu empresa en su tiempo libre, y había traído uno más grande que no encajaba?

El chico abre los ojos lleno de asombro.

—¿Un escultor que trabaja para nosotros? No, señor. Yo no sé nada de eso.

Su teléfono móvil suena.

—Espere un momento.

Un instante después suena también el teléfono de Andrés. Se aparta para ver de quién es la llamada. Es Isabel. Por un momento le sorprende que no le llame nadie más, aunque enseguida recuerda que para los demás él aún se encuentra en China. Cuelga el teléfono otra vez. No le parece correcto hacerlo pero se promete acordarse de llamarla más tarde. Mientras tanto el marmolista ha terminado su conversación.

—Otro aviso —le dice, poniendo cara de tener prisa—. Lo siento, señor, en lo que me pide no puedo ayudarle porque no sé nada de lo que me cuenta. Con nosotros no trabaja ningún escultor.

—¿Te acuerdas de mi mujer, que es la que estaba en la casa cuando colocaste el mármol?

—Sí, claro que la recuerdo, señor.

—¿Y no le entregaste un papelito que le había dado el escultor para ella?

—No, señor, le digo que yo no conozco a ningún escultor.

—Está bien, gracias. Te advierto que es muy importante. Mi mujer ha desaparecido y la policía la va a buscar. Seguro que te hará preguntas sobre este tema.

—¿Ha desaparecido?

—Bueno, algo así.

—¿Se fue con el fulano?

—¿Con qué fulano?

—Con ese escultor que usted dice.

—No. No es nada de eso.

Teseo se pone nervioso, no sabe salir del lío en que se está metiendo.

—Su mujer me cayó muy bien —dice el chico para animarle—. Recuerdo que estuvo bromeando conmigo sobre la solución esta del mármol para arreglar el defecto que había dejado el compañero. Es como matar un mosquito a perdigonadas —decía— y nos reímos los dos, porque la verdad, es que era un poco así.

Teseo empieza a sospechar que el chico no miente. ¿Por qué se habrá inventado Ariadna toda esa historia del escultor?

—Oiga usted, ¿y va a salir en la prensa eso de la desaparición de su mujer?

—No hombre, no, era una broma.

—¡Ah! Pues parecía que iba usted en serio. ¿Lo del escultor también es broma?

—No. Lo del escultor no. Pero ya lo encontraré, no te preocupes. Dime lo que te debo.

—Nada, tío, y siento lo de tu mujer. Ya me dio ella una buena propina. Si necesitas lo que sea, me llamas, ¿vale?

—Gracias.

Ahora tiene que llamar a Isabel, le parece una grosería colgarle el teléfono cada vez que intenta comunicar con él. Hablar con Isabel es otra manera de ir avanzando hacia no sabe dónde, pero es un camino que tarde o temprano tiene que recorrer. Isabel responde a su llamada:

—Hola, Andrés. Pensaba ir a un abogado para que te mandara una citación ya que no te dignabas coger el teléfono.

—Te pido disculpas. La primera vez no lo cogí porque estaba enfadado y deprimido. La segunda, me has pillado reunido.

—Vale, pues ahora soy yo la que te pide audiencia para reunirse contigo. Tengo que hablarte de algo que es importante para los dos. —El tono de Isabel es seco y firme.

—De acuerdo, ¿cuándo quieres verme?

—Cuando tú puedas. —Andrés percibe un ligero temblor de inseguridad en su voz, ¿empezará a arrepentirse de lo que le quiere decir?

—¿Te parece mañana?

—Vale.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—Pues en casa, ¿dónde va a ser?

—De acuerdo, mañana iré a casa sobre las doce.

Empieza a caerle bien Isabel, su voz resulta más agradable cuando está seria o triste que cuando está alegre, y desde luego, mucho más que cuando está enfadada. Tiene la sensación de que ahora es Isabel quién le va a plantear la separación. Debe de haber conocido a alguien que la está animando a hacerlo. Se alegra por ella y por él. Será mejor para su autoestima dejar que ser dejada. Y para él también es mejor porque en su conciencia hay una culpa quizá remediable, él sabe que la dejó ya hace tiempo sin tener la valentía de hacérselo saber. No quiere seguir viviendo con ese sentimiento de cobardía. Necesita repetir las palabras que Ariadna le escribió

sobre su generosidad y su virilidad protectora. Necesita saber que dentro de él existe esa posibilidad, que incluso la ha vivido. Todavía le queda la hoja del diario por leer.

Se acerca al dormitorio que le parece el lugar más adecuado para sumergirse en el pasado. Cuando él conoció a Ariadna tenía una cama sencilla, más adecuada al tamaño de la alcoba. Él compró la cama grande que abarca prácticamente todo el espacio disponible en la habitación. «Un dormitorio es para dormir», le dijo. Y los dos rieron porque entonces era un tiempo de ilusión y alegría.

Suena el teléfono. Lo coge.

Titubea antes de responder, pero la voz del otro lado del aparato se le adelanta.

—Vamos, guapa, que es la hora, ¿qué estamos esperando? —La voz suena pastosa y desagradable. Andrés contiene el aliento. Se trata de una voz masculina. Quiere saber más sin delatarse.

—Anda, abre la cortina, que estoy esperando el espectáculo. Tengo ganas de correrme.

—¡Cerdo! ¡Ahora mismo te voy a denunciar a la policía!

Suelta el teléfono como si le quemara la mano. Antes de colgarlo oye una risa ronca, como de persona trastornada.

Abre la cortina. La casa más cercana enfrentada a la ventana queda disimulada detrás de los árboles. Florinda seguro que no se ha percatado de que alguien podía verla cuando se desnudaba. ¿O lo sabía y no le importaba? ¿Habría recibido ella más llamadas como esta? Se la imagina sola en la casa, sabiéndose espiada por un demente que le produce repugnancia, pero no tanta como para cerrar la ventana. ¡Dios mío! ¿Quién es Ariadna?, ¿cómo es posible que se lo pregunte él ahora por primera vez? Nunca había imaginado que pudiera ser tan desagradable vivir en esa casa esperando a que un amante egoísta dé señales de vida. Le duele ahora en carne propia su falta de solidaridad, las llamadas cada vez más escasas, las excusas cada vez más frecuentes. Se la imagina tomando el sol desnuda sobre la cama, observada por el vecino de enfrente. No puede soportar esa imagen de la que se culpa sin razón. La voz de Julia, la pasajera del avión, viene a rescatarle de su malestar creciente. Tanto Ariadna como Isabel son en parte responsables de haber permanecido a su lado con una situación poco satisfactoria. Él tiene que ocuparse de tomar las riendas de su propia vida y dejar a los demás seguir su camino, pero de alguna forma Ariadna se lo está impidiendo. ¿Será una venganza?

Baja a la sala e intenta prender con periódicos los troncos húmedos y no lo logra. Tiene que calmarse. ¿Cómo lo hacía ella? Siempre se había dejado cuidar, sin poner atención al mérito de Ariadna de tener todo a punto y agradable. Le parecía que eso era lo natural. El fuego siempre estaba encendido cuando el tiempo lo requería, y él leía el periódico al lado de la chimenea mientras ella preparaba algo caliente y apetitoso, a veces llorando un poco cuando cortaba cebolla. Entonces él se levantaba a besarla comiendo de paso lo que pillaba al alcance de la mano.

La pequeña llama que acababa de conseguir se ha extinguido. Ella lo encendía con unas teas, sí, ahora lo recuerda. Las encuentra en un cajón al lado de la chimenea.

Poco después, las llamas bailan en el hogar. Para entonces él está exhausto. Coge su ordenador y lo abre sobre las rodillas. Tiene varios mensajes de trabajo, y ¡uno de Ariadna! Siente un alivio instantáneo que se desvanece al abrirlo y leer: «Hola, Andrés. He aceptado otro empleo. Me despido de este, busca a otra persona». Nada más.

Recuerda la alegría de Ariadna, ¿cuánto tiempo había pasado desde que le ofreció el trabajo? No podían imaginar entonces que todo acabaría así, con un escueto mensaje en un correo electrónico. Se acabó aquella bella historia, el trabajo en casa que tanto la ilusionaba, los números con los que se relacionaba amistosamente, las historias que le contaba cuando se veían y que a él le hacían tanta gracia. Y sobre todo, se acabó el amor, y hasta la cortesía, porque lo mínimo que podía hacer Ariadna era darle la noticia cara a cara, o por lo menos despedirse de él con una palabra cariñosa.

Finalmente lee la hoja del diario encontrado en el despacho.

23 septiembre 2008

Me llamaste diciendo que tenías la tarde libre, y yo logré evadirme de la empresa. No me importó mentir para liberarme. El recuerdo de tus ojos profundos y de tu sonrisa acogedora me dio ánimos para superar cualquier impedimento. Fue maravilloso estar en tus brazos. No hubo ni un momento en que yo me sintiera extraña, lejana. A medida que se iba suavizando la luz, y la penumbra envolvía el cuarto de estar, tus besos se volvían más intensos y tu presencia más envolvente y acariciadora.

Cuando llegó la hora de separarnos, me abracé a ti fuertemente. No quería que regresaras junto a tu mujer. Siento tu cuerpo desesperadamente mío. Quiero que tu aliento cálido, apasionado, sea solo para mí. Me gusta y lo deseo. Es como un viento que barre la tierra de hojas muertas.

Rememora los instantes que Ariadna describe como si acabaran de ocurrir. Y, sin embargo, los tenía olvidados. Sobre todo revive su pasión por ella en aquel tiempo. A él también le parecía que habría dado la vida por quedarse a su lado. Comprende ahora que Ariadna no le permita sacudirse de encima la relación que tuvieron como si nada hubiera existido entre ellos. Ahora le toca a él enfrentar el dolor a solas. Ariadna le está entregando una realidad que él decidió ignorar. No quiso asumir la insatisfacción y el dolor de ella. Y tampoco su propia incapacidad, ni buscar las razones que la motivaban. Decidió cerrar los ojos y los oídos a esa necesidad de ella de compartir, de buscar juntos el secreto, el misterio que podría salvarles.

Contempla la fotografía de ellos dos tomada el verano anterior y le vuelven imágenes de aquellos días. Vivieron un tiempo intenso, olvidados del resto del mundo, pero no lograron trasladarlo a la vida cotidiana. Al regreso aumentó la exigencia de ella. Había aprendido esos días —le decía— la belleza de querer sin límites, de poder confiar en cada palabra suya, en cada sonrisa, en cada gesto. Aprendió la felicidad de vivir su amor a la luz del día, sin tener que esconderlo, para más tarde tener que regresar a las noches solitarias y los días vacíos. Más vacíos incluso que antes porque él entró en la vorágine de las reuniones y fiestas de empresa, de consumo de alcohol y cocaína. El contraste fue para los dos como abrir las puertas del paraíso para caer en el infierno.

Vuelve su atención a la pantalla del ordenador. El mensaje de Ariadna es claro y rotundo. Le está indicando que es hora de actuar: tiene que buscar un sustituto para su puesto, y el asunto no va a ser fácil porque ahora no sabe de cuánta liquidez va a disponer.

Empieza a resentirse de la mala postura, sentado en el brazo del sofá con el ordenador

apoyado sobre las piernas. Cuántas veces le dijo Ariadna que tenía que aprender a sentarse, a levantar pesos, a andar, a todo. Él tiene que aprender a todo si no quiere hundirse en la miseria. Se sienta en el sofá, coloca unos cojines detrás de los riñones y pone los pies sobre la mesa. Ya sabe que esa tampoco es una buena postura, pero al menos está más cómodo durante unos minutos. Tiene la sensación de que su lumbalgia no va a mejorar hasta que tome una resolución clara que le permita avanzar.

Hace viento y una rama del pequeño arce golpea la ventana. Le vuelve la tristeza. Además le cuesta concentrarse en los temas de trabajo que ha dejado sin respuesta en el correo electrónico. Los fantasmas de la casa se están apoderando de él. Apaga el ordenador y decide salir a dar una vuelta para despejarse un poco.

Antes de cerrar oye sonar de nuevo el teléfono y no lo coge. Cruza la calle. En el portal de enfrente está el portero al que conoce de vista. Se acerca a él y le pregunta por el inquilino del segundo piso. El portero responde que es un hombre enfermo que lleva varios años en cama y que se pasa la vida espiando a los vecinos con prismáticos.

—Pues debe andarse con cuidado porque no solo espía a la gente sino que hace llamadas muy desagradables.

—Creo que le da al coñac. La mujer que viene a asistirle dice que va a dejar de venir. Ella no puede hacer nada. El hijo le trae lo que él le pide. Y no es que se lleven bien. Las pocas veces que viene a verle se las pasan discutiendo, pero le tiene bien servido.

Por lo menos, según parece es un hombre paralizado y solo ofensivo de palabra. Agradece la información y se aleja del barrio. Necesita un trago. En la oficina se preparará un cóctel con hielo, un daikiry de naranja y vodka, por ejemplo, o simplemente un güisqui.

Al ingerir el alcohol se siente mejor, tiene la sensación de que se calma el temblor de sus manos. Parece que se confirman algunos pedidos. Tiene que ponerse rápidamente al trabajo. Aparece un mensaje de Lorenzo que quiere verle. Le contestará después de hablar con Isabel. Se sirve un segundo güisqui que bebe con ansiedad y enseguida nota que se ha pasado de la raya. Cada vez le ocurre antes. Al principio aguantaba la bebida mucho mejor. Entra en un cierto sopor que emborriona las ideas y se pone a pensar en cosas extrañas. Para sujetarse a la realidad busca con la mirada un punto en que anclarse. Ahora está mirando el ratón del ordenador pero no piensa en el ratón sino en una idea que se cuele en su mente desbancando a las demás. ¿Se enamoró él del cuerpo de Ariadna, o de su soledad que hermanaba con la suya? Fue esa soledad lo que les hizo emocionarse frente al perro semihundido. Cuando se percataron de la presencia del otro no pensaron en sus cuerpos. Solo en la soledad que era la misma, de la misma especie, y él pensó en el mundo, en su significado, y por unos momentos se dijo que ya no estaba solo, que alguien compartía esa angustia con él. Luego vino el encuentro y los cuerpos se hicieron presentes y tomaron más fuerza que todo lo demás, y entonces perdieron las referencias de lo que hacían y de por qué lo hacían, y entraron, sin darse cuenta en la lucha de posesión y dominio, como animales al acecho que tienden la red y la llenan de reclamos para atraer y aprisionar al otro en ella. Cada uno había contado a su manera un trocito de su vida, de su desolación. Él habló primero y entonces ella parecía más fuerte, pero luego fue al revés y se intercambiaron los papeles. Lo que él le había contado había sido hasta entonces un secreto que nunca había querido compartir porque era doloroso. Entonces, ella todavía era Florinda, aunque al poco rato surgió lo de Ariadna, en la primera conversación. Fue cuando él puso sobre la mesa su llavero, un trozo de madera pulida y

oscura. De tanto manosearlo la madera ha adquirido una pátina suave. A ella le gustó. Se fijó en la T y la A grabadas en una de las caras. ¿Qué significa? Y él le contestó que eran las iniciales de su padre, Tomás Aranda. Le contó también que lo había hecho él cuando era niño para regalárselo al padre, y que ahora siempre lo llevaba consigo. Era el único objeto que conservaba de su padre porque su madre había hecho desaparecer todas las pertenencias del marido cuando este se fue de casa.

Lentamente consigue separar la mirada del ratón y poner el ordenador en marcha. Durante los minutos que tarda el sistema en conectarse vuelve al ratón y a sus recuerdos. Él nunca hablaba de su vida con nadie, acostumbraba siempre a guardar las distancias con los demás, pero Ariadna supo preguntar con delicadeza. Y él le habló del piso de Alonso Martínez contiguo al de la abuela materna. Empezó a contar con tono alegre, acariciando la mano de Florinda que sujetaba el llavero. Él fue un niño refinado y elegante, en resumidas cuentas un niño pijo, que calzaba zapatos de los Pequeños Suizos y jugaba todos los días en la plaza de Santa Bárbara bajo la mirada vigilante de la abuela mientras ella y su hija tomaban el vermut en la Mezquita, habitualmente acompañadas de otras amigas. Llevaban una vida rutinaria y fácil. Andrés no lograba captar la atención de su madre que casi siempre le hacía callar o miraba por detrás de él por ver si se presentaba algo más interesante. Pero disfrutaba de la protección y el cuidado de su abuela, una mujer bastante caprichosa y extravagante, pero rica y autoritaria lo que la convertía en la persona más importante de la familia. Por lo menos, esa era la sensación que tenía él, aunque no sabe si era objetiva, ya que el criterio predominante en aquel tiempo era el de las dos mujeres, y al padre no le veía demasiado. Acompañaba a las dos damas a probarse los vestidos que les confeccionaban indistintamente Lino o Rosina, dos grandes modistos que tenían sus talleres en el número tres de la plaza de Santa Bárbara, Lino en el primer piso y Rosina en el segundo. Escuchaba con interés todos los chismes que en la sala de espera se contaban las mujeres, y vivía inmerso en un mundo totalmente femenino. Entre sus padres, la relación era pésima. La madre despreciaba la actitud informal del padre. Le consideraba poco elegante y vulgar, y él cada vez permanecía más tiempo fuera de la casa, aunque trataba inútilmente de atraerse a su hijo. Le llevaba de vez en cuando a su empresa donde se construían maquetas de metacrilato de edificios que los arquitectos presentaban a concurso, pensando que le gustaría, pero para desesperación del padre, él enmudecía al entrar en el estudio, ponía una expresión huraña cuando le hacían preguntas, y no se interesaba por nada de lo que le enseñaban.

Recuerda ahora que cuando llegó a este punto de la historia, se le quebró involuntariamente la voz. Se sintió mal al manifestar esa debilidad, y retiró la mano que sostenía la de Ariadna, pero ella lo solucionó tomando la de él y recorriéndola con los labios. Agradeció que no hablara, y también la sensación de sus labios acariciándole la piel, lo que despertó su deseo borrando todo lo demás. Ella le pidió que continuara contando, quizá para aplazar el encuentro de los cuerpos que ya se estaban silenciosamente reclamando. Él hizo un esfuerzo por seguir hablando de su padre, por resucitar ese recuerdo que siempre que se presentaba, él apartaba. Le contó la amistad que empezó a fluir entre ellos cuando él ya tenía seis o siete años y no se sentía tan a gusto entre las mujeres. No sabe por qué motivo, el padre había dejado la empresa y trabajaba por su cuenta. La abuela había cedido una habitación de su casa donde él montó un taller. Él niño se sentaba al lado del padre y le observaba trabajar. Era muy meticuloso y se concentraba mucho en sus creaciones. Enseñó al hijo el manejo de algunas herramientas y siempre le proporcionaba trozos

de madera para que se entretuviera mientras él construía sus maquetas. Esa cercanía no fue muy duradera porque la abuela murió de repente de una afección cardíaca que ella misma desconocía, y se rompió el finísimo hilo de equilibrio que les permitía convivir con cierta paz. La fortuna de la abuela fue repartida entre todos los hijos, y a su madre le tocó una quinta parte, que no era ya demasiado, porque desde la muerte del abuelo su viuda se había aficionado al juego perdiendo mucho dinero. Se vendió el piso grande, y ellos tuvieron que limitarse al suyo más pequeño. La tensión entre el matrimonio se hizo entonces insostenible. La madre no admitía el cambio de vida, y el padre ya no dispuso de espacio para su taller. No recuerda cuánto duró ese tiempo de tensión y enfados. Un día, el padre se fue de casa. Parecía muy cansado. Se despidió de él brevemente, diciéndole que volvería pronto a verle, pero nunca cumplió la promesa.

De pronto enmudeció. Le costaba hablar de esas cosas y para entonces ya estaba arrepentido de haber iniciado la historia. Pero comprendía que no la podía interrumpir ahí, era demasiado injusto hacia su padre.

—¿Y el llavero? —preguntó Ariadna.

El llavero con las llaves de la casa había quedado colgado junto a la puerta de entrada. Él lo vio y lo cogió antes de que su madre lo hiciera desaparecer. Lo hizo con el propósito de poder escapar cuando su madre salía dejándole encerrado y no volvía hasta altas horas de la noche. El llavero lo tenía escondido debajo del colchón y lo guardaba como su tesoro más preciado.

Las caricias entre las manos de él y ella se habían intensificado. Él interrumpió el relato y la miró a los ojos. Ya habían terminado de comer, pagó la cuenta y salieron del restaurante.

Consigue desenganchar de nuevo la mirada del ratón y posarla en el ordenador. Tiene que responder cantidad de solicitudes y le falta Ariadna. Bebe dos vasos de agua fría para despejarse y se pone al trabajo.

Consigue concentrarse durante un par de horas, y luego viene el cansancio y el temblor de manos. No quiere beber más, solo un poco por lo del temblor, le parece que se calma con la bebida. Después de tomar el trago vuelve a sentir un estancamiento del cerebro. Prueba el truco de antes. Posa la mirada en el ratón y trata de reenganchar con la historia en el punto en que la dejó.

Ella le preguntó si estaba libre para tomar un café en otro sitio. Tenía ganas de seguir hablando. Él indagó dónde vivía ella. Cuando supo que era en Pozuelo y que había venido en tren a Madrid, le propuso acompañarla. Se sentaron en un pequeño café muy agradable cerca de la casa de ella. Él habría preferido no contar más, pero sentía esa responsabilidad hacia su padre. Tuvo un instante de malhumor al sentirse interiormente presionado, pero ella lo solucionó con una sonrisa. Le gustaba oír cómo narraba su historia, y la confianza que le estaba brindando. Se sintió mejor y le habló de aquellos años que vivió solo con su madre una vida que recuerda como árida y dura, de mucho encierro y mucha rebeldía por parte de él, siempre pensando que el padre le había abandonado. Pero cuando cumplió los dieciocho y se independizó alquilando una habitación en el extrarradio, se presentó un día en su piso la tía Esperanza, hermana y única pariente del padre a la que no había vuelto a ver desde la ausencia de este. La tía le contó que el padre se había retirado de su lado con una enfermedad en estado terminal, y que se fue a casa de ella para conseguir la paz que junto a su mujer no hallaba. Murió poco tiempo después, y ella comunicó la noticia a su cuñada y trató varias veces inútilmente de ver a su sobrino. No fue posible el encuentro porque la madre lo impidió. Por lo tanto, él no recibió la noticia de la muerte de su padre, y la tía decidió esperar a que el niño creciera para contarle la verdad y entregarle un

dinero que su hermano había ido apartando y le había entregado para que se lo diera directamente a él. Ese dinero, que no era excesivo fue un pequeño empujón en su vida que le permitió acabar la carrera, sin modificar sus condiciones precarias, excepto en lo del trabajo, que pudo abandonar.

Después habló ella, pero eso no le apetece ahora recordarlo. Le invitó a su casa y se acostaron en la cama estrecha que ella tenía entonces. Les costó mucho separarse, él no tuvo más remedio que informarle de su matrimonio con Isabel, pero le aseguró que entre ellos ya no quedaba nada, y que estaban prácticamente en trámites de divorcio. Y aunque la primera parte era cierta, la segunda, no.

Le gustó haber compartido con Florinda la historia de su padre. Había algo en ella que le recordaba a él. Todavía hoy no sabe qué, pero hay algo. Tampoco sabe por qué le comentó — supuso que podría hacerle gracia por ese parecido en el carácter que él creía notar— que de segundo nombre se llamaba Teseo por capricho de su padre, pero que nunca usaba este nombre. Ella le pidió el llavero y lo contempló. «Tu padre es el rey Egeo —le dijo—, que se tiró al mar antes de conocer la victoria de su hijo. Tú eres mi héroe, eres Teseo y yo soy Ariadna. Este llavero lleva nuestras iniciales y también las de tu padre. Será nuestra mascota y simbolizará la historia de nuestro encuentro».

El llavero parecía una joya en las manos finas de Ariadna. Desde entonces él sintió que su padre estaba conforme en la unión de ellos dos, una de esas tonterías que a veces se cuelan en su mente racional.

Todo en ella le gustaba y le atraía. Y en su red, ella tejió la imagen de su héroe Teseo, que él se aprestó a encarnar. Sin embargo, en él quedaba una reticencia, algo que le retenía con un pie fuera de la red, que le impedía dejarse atrapar al completo y que fue creciendo con el tiempo, a pesar de no dar la cara, de no manifestarse de forma reconocible ni siquiera para él.

El hilo
de Ariadna, IV

He pasado la tarde leyendo y escribiendo en mi nueva habitación. Desde el jardín me llega el suave murmullo de los árboles. Me gusta el aire, sentir que la vida está siempre en movimiento. Colgué mi ropa en el armario y añadí un par de libros míos a las estanterías de la biblioteca. Leí los títulos contenidos en ella, y todos me interesaban. Libros de viaje, y novelas sugerentes en inglés, en francés, en portugués. En español alguna traducción, pocas. Varios autores eran desconocidos para mí, y otros leídos y admirados.

En pocos días me he ido adueñando del lugar como si me perteneciera desde siempre sin el agobio de los recuerdos. Todo me resulta familiar aunque no se parezca a las casas en las que he vivido. Me gustaría instalarme aquí por un tiempo largo, sin tener mucho que hacer, solo disfrutar de lo que me rodea. El trabajo, sin embargo, no va a ser sencillo. Estuve hablando con Ludmila y me soltó largas historias familiares para explicarme los negocios que gestionan cada uno de los hijos. Por suerte estaba el señor Sánchez con nosotras y, al tiempo que ella narraba, él me iba presentando las cifras que correspondían a cada uno de los temas. Repaso las notas que he ido tomando.

Elaine es la única hija que no ha querido ocuparse de ninguna empresa familiar. Ella estudió la carrera de psicología y se dedica a su profesión en un centro de Denia. Sin embargo, Enrique, su marido, corredor de motos, sí pasó a formar parte del grupo. La empresa compró las motos que participan en carreras internacionales. Las facturas que me enseñó Sánchez son de gasolina, de mantenimiento, de viajes y demás gastos relacionados. Como ingresos tienen los premios y la publicidad, y últimamente le ha ido muy bien.

Después me habló de Don, que dirige una productora de temas audiovisuales. Las explicaciones de Ludmila no están muy claras y tendré que repasar las cifras que me presentó Sánchez. Según me contó, la productora fue el tema favorito de su marido, Hurt, y Don es el hijo que más se parece al padre. En un tiempo, este negocio movía mucho dinero y sostenía parte de los otros cuando era necesario, pero ahora está pasando por un mal momento.

Después viene la empresa de Delaila, que se dedica a la importación de zapatos femeninos de Italia, y que también está sufriendo mucho con la crisis.

Iván, el hijo mayor, hasta ahora ha sido supervisor de todas las cuentas, pero está deseando soltar esa función que no le interesa especialmente y que le genera problemas con sus hermanos, para dedicarse a la importación de vinos que es un asunto que le apasiona y que acaba de iniciar.

Los números que me entregó Sánchez (así le llama Ludmila, suprimiendo el *señor* que le aplica Sándor) son para mí mucho más reveladores que las historias que me cuenta Ludmila, y de

las que solo conservo en mi cuaderno de notas un simple esquema para saber quién es quién.

Finalizado este repaso, salgo a dar una vuelta por la parte trasera de la casa donde están los frutales y la huerta, que en este tiempo solo tiene algunas coles y tierra removida y probablemente sembrada. Me encuentro con Pablo, el jardinero, que es un hombre joven, taciturno y algo huraño, que responde a mi saludo pero no parece dispuesto a pronunciar otra palabra. Le observo trabajar sin hacerle preguntas. Está construyendo una especie de invernadero de plástico para colocar sobre la tierra sembrada. Me habría gustado que fuera más amigable pero respeto su silencio que tiene algo de hostil. Me pregunto qué productos tendrá la huerta y en qué tiempo aparecerán. Siempre que había posibilidad, Balbina, la cocinera de mamá preparaba una huerta de la que se ocupaba personalmente. Según en el país en que estuviéramos, los productos variaban, y los guisos de Balbina se ajustaban en gran parte a lo que entregaba la tierra. Sé que en esta nueva vida voy a echar de menos mi cocina, sobre todo mi trabajo en ella. Aparte de eso pienso que no voy a añorar nada más. Me pasó lo mismo cuando salí de la casa de mis padres. Mi única nostalgia fue la cocina de Balbina y la compañía de la cocinera, una mujer valerosa, siempre dispuesta a darnos conversación y mimos, cosa que, de no ser por ella habría faltado en nuestra infancia. Aunque el entorno cambiara con frecuencia por los sucesivos traslados, en cada lugar reaparecía, con idéntica relevancia, la cocina de Balbina. Allí discurrían los juegos infantiles con mis hermanos, las discusiones y las risas. Allí Balbina ponía paz en las peleas y protegía y tranquilizaba a los niños cuando nuestro padre montaba uno de sus números. Siempre Balbina minimizaba esos ataques de locura ética comparándolos con los de su propio padre que cada vez que bebía pegaba a los hijos y a la madre. Pero, según nos contó, su madre era una mujer *íntegra* que se hartó de los malos tratos y se marchó de la casa con sus cinco hijos a vivir donde la abuela, que era pobre pero honrada, y que les acogió a todos en una casa de dos habitaciones. La abuela trabajaba de cocinera en una casa de postín, y allí llevó a Balbina de siete años y a su hermana mayor como pinches de cocina, y les enseñó todo lo relacionado con el oficio.

Siempre nos parecía un consuelo pensar que había otras situaciones peores, pero a ninguno de los tres hermanos nos pasó por alto el detalle de que la madre de Balbina había protegido a sus hijos, y que si ella era muy *íntegra*, quizá Marina, nuestra madre, no lo fuera tanto, porque aunque nos llegaran sus llantos y súplicas desde el dormitorio paterno, de puertas para fuera ella no admitía que ese hecho existiera ni consentía en ningún momento que los niños se lo mencionaran.

El orgullo de Balbina por su profesión fue creciendo a medida que su repertorio de canapés y de platos aumentaba, enriqueciéndose en cada país. Marina se ocupaba, al inicio de cada traslado, de traducir recetas y aportar los ingredientes, sabiendo que la cocinera añadía a las distintas especialidades de cada lugar su virtuosismo y su toque particular, por lo que siempre fue considerada cocinera de primer orden. Ella nos traspasó a los tres hermanos su vocación, y todos hemos vivido el placer y el orgullo de ser buenos cocineros y de considerar la cocina como lugar de encuentro y de intimidad. En las raras veces en que nos reunimos en casa de uno u otro, siempre acabamos en la cocina correspondiente, charlando e intercambiando recetas.

Los menús en casa de Ludmila son sencillos: siempre ensalada seguida de algún plato de carne o pescado a la plancha con verdura. Los productos son de buena calidad y la verdad es que no tengo motivo de queja. Espero con ilusión la hora de la comida por encontrarme con Sándor y Ludmila, con los que cada día me siento más a gusto, sobre todo con Sándor al que vuelvo a ver a la hora del té. Después de la siesta, Ludmila invierte un rato largo en arreglarse en su cuarto para

ir a Madrid, donde pasa las tardes visitando a amigos y asistiendo a distintos encuentros culturales: teatro, cine, conciertos y exposiciones. Ha manifestado el deseo de abrir una galería de arte (como si fueran pocos los negocios familiares). La anterior, la cerró en un momento de saturación. Pero ahora, cuando todo el mundo habla de crisis, y tantas galerías están cerrando, ella piensa que es el momento de arriesgarse y de apostar por el arte.

Después del té, Sándor suele reunirse con ella en Madrid para asistir a esos encuentros culturales que también le gustan y le interesan. Me insisten los dos para que les acompañe, pero de momento prefiero quedarme en mi habitación leyendo o trabajando. Me he acostumbrado a la vida tranquila y me cuesta romper ese sosiego, aunque a veces envidio a personas como Sándor y Ludmila que parecen capaces de vivir tranquilos y de participar de todo. Yo me conformo con mis pequeñas salidas, a veces por la mañana y otras por la tarde, para atender a los asuntos de mi vida, «mi otra vida», que poco a poco se va disolviendo pero que no he dejado abandonada. Hay amigos que me cuesta no ver, como Augusto, con quien me encontraba cada vez que iba a Madrid a la hora del desayuno, y que seguramente me estará echando de menos con esa impaciencia de la vejez, que teme que el tiempo se acabe de repente.

La caída de la noche suele sorprenderme recogida en mi habitación, más concretamente en la galería acristalada, con la ventana abierta, absorbiendo la belleza del cielo estrellado, oyendo el grito de la lechuza y respirando el frescor que desprenden las plantas. Se me ocurre pensar que los árboles son mis verdaderos amigos, y siento el temblor de sus hojas respondiendo a mi declaración de amistad. Sube entonces en mí una ola de felicidad y de gratitud por la inmensa suerte de estar aquí sin más, acompañada y segura.

Me siento a escribir arropada por el murmullo de la noche hasta que me vence el cansancio y me retiro a la cama. Duermo unas cuantas horas tranquila, y el clarear del día me encuentra de nuevo acodada a la ventana, observando el perfil de los árboles haciéndose visible por capas, la pradera aclarándose, y en ella la mesa de piedra y las sillas bien colocadas en torno. Termina de despuntar el sol, y los primeros rayos lanzan destellos sobre la superficie transparente del agua de la piscina. Aparece en el cristal de la ventana el reflejo de la puerta de madera que tengo a mi espalda y que protege mi intimidad, y bendigo estas noches serenas frente a las agitadas por terrores nocturnos en la infancia, o las noches de soledad y angustia esperando a Teseo que no aparecía ni llamaba para tranquilizarme.

Me siento segura siendo Flor, sentada cerca de Sándor, el marmolista, el escultor. Conversando con él mientras de vez en cuando nos llevamos la taza a los labios y saboreamos un té diferente cada tarde.

—No se puede decir que las pesadillas desaparezcan para siempre, al menos las mías regresaron al cabo de un tiempo.

—¿Las mismas?

—No. Van cambiando con las circunstancias de la vida. Aunque a veces no tienen nada que ver.

—¿Con las anteriores?

—Con las circunstancias de la vida de uno. Durante cierto periodo creo haber recibido en herencia sueños de mis antepasados. Eran sueños terribles, persecuciones por motivos políticos, a veces ejecuciones. Lo vivía como en carne propia aunque nunca he sufrido nada semejante. A veces me pregunto si existe una memoria genética porque mis antepasados sí vivieron las

situaciones terribles que aparecen en mis pesadillas.

—Mis sueños suelen generarse a partir de vivencias mías. Son heridas sin cicatrizar. De momento han desaparecido, quizá hayan sanado definitivamente, al menos eso deseo.

El té de esta tarde tiene un gusto extraño. Yo lo definiría como oscuro. Me agrada y me desagrada al mismo tiempo.

—Es un té ahumado —dice Sándor—, un sabor al que hay que acostumbrarse.

El escultor no aparta los ojos de mí. A veces se queda abstraído como si estuviera estudiando las curvas de mi cuerpo. No me siento molesta ni halagada porque sé que es parte de un proceso creativo.

—¿De qué tratan tus pesadillas?

Me sorprende que le interese. No estoy acostumbrada. A Sándor le importa hasta el final todo lo que le digo o lo que me pasa.

—El tema es recurrente, no siempre aparece con claridad pero yo lo reconozco de inmediato. Puede disfrazarse de cualquier cosa, de un animal, por ejemplo. Pero yo sé lo que es, porque lo he vivido. Es el miedo a lo desconocido en lo conocido. Por ejemplo, puede aparecer un gato sedoso que se frota contra mis piernas y yo no me atrevo a acariciarlo porque sé que se va a convertir en un tigre feroz. Este es un ejemplo simple, a veces el artificio es más complicado pero siempre acabo descubriendo lo que esconde.

—¿Lo desconocido en lo conocido?

—Sí. Es mi padre que busca mi cariño y admiración, y al mismo tiempo es el monstruo en que se convierte cuando bebe en exceso. Esa es la pesadilla que vistiendo mil disfraces aparece en mis sueños. Era estremecedor observar cómo, de vez en cuando y sin saber yo el motivo, mi padre a quien yo quería y en quien confiaba, de pronto desaparecía, y que ese mismo cuerpo se convertía de pronto en un monstruo amenazante y terrible. No hablo de este tema con mis hermanos porque cada uno de nosotros lo vivió de forma diferente, como si pertenciéramos a tres familias distintas. Alguna vez he intentado sacar el tema pero siempre acabamos discutiendo.

—Es bueno hablar de ello. En ocasiones lo que se ha quedado grabado en una edad temprana como un horror insuperable, se puede afrontar mejor desde una perspectiva de adulto.

—Sí, lo sé. He intentado hacerlo a veces, pero no encontraba con quién. A la persona que tenía más cercana a mí no le gustaba que hablara de ello. Comprendo que para él era difícil escucharme porque aunque no lo quiera reconocer, poco a poco ha ido cayendo en la misma enfermedad que mi padre.

Sándor me ofrece unas galletas inglesas para acompañar el té. Pruebo una y me animo a continuar.

—Cuando conocí a Teseo no era así. Fue algo paulatino, hubo momentos en que llegué a pensar si no sería yo la portadora de ese contagio a mis seres queridos. Era víctima de una de esas falsas culpas que de vez en cuando nos atribuimos. Otras veces pensaba que era una maldición que había caído sobre mí. Sin embargo, ahora creo que es algo que pertenece a mi destino y que para superar el trauma del pasado tenía que revivirlo en la edad adulta y vencerlo.

—¿Fue alguna vez Teseo violento contigo?

—No. Si me hubiera amenazado de alguna forma, se habría acabado nuestra relación. Él bebía mucho en solitario, y entonces procuraba no acercarse a mí. Yo se lo notaba en la voz cuando hablábamos por teléfono, o lo descubría por incumplimientos en citas, y en algún otro detalle que

le hacía ser diferente a como yo le conocía. Alguna vez también bebió cuando estábamos entre amigos, aunque en pocas ocasiones porque por su situación de hombre casado teníamos pocos amigos comunes. Pero en esos casos, cuando se encontraba con algún conocido e íbamos juntos a tomar algo, no permitía que yo le frenara en la bebida, y no se volvía violento, pero sí tremendamente pesado y aburrido, reiterando siempre las mismas ideas de forma machacona y agresiva, desagradable para mí y para todos...

De pronto dejo de hablar. No quiero que las conversaciones con Sándor estén contaminadas por este dolor invasivo. El parece adivinarlo y cambia de tema.

—He pensado una cosa, Flor. Bueno, lo hemos pensado Ludmila y yo, pero soy yo quien toma la decisión de hacerte la propuesta: ¿Te importaría alguna vez posar para mí?

—¿Desnuda?

—Bueno, pues sí, si tú aceptas. Pero ten en cuenta que nuestra amistad no se vería afectada por el hecho de que tú no te sientas capaz o no desees hacerlo.

—¿Por qué lo ha pensado también Ludmila?

Sándor vuelve a sonreír.

—En mi proceso creativo estamos juntos, lo quiera yo o no. Ella ha percibido mi interés por ti, y pensado que eso podía ser un estímulo para que retomara mi trabajo figurativo. Aparte de los retratos de encargo y algunas figuras infantiles o adolescentes, Ludmila ha sido durante treinta años mi única modelo, ella también necesita liberarse. Lo que yo busco en tu cuerpo, no es solo esa presencia física que va a conducirme, sino lo que expresa. Me sorprende a menudo imaginándote en distintas circunstancias que no estás viviendo pero que están en ti, y necesito tu presencia para trabajar en ello.

—¿Quién es la adolescente que posó para la talla de la joven del arco? Me pareció una figura distinta, que no tenía que ver con Ludmila ni con la hija que yo conozco. Es una talla preciosa. Aparte de la belleza de la madera de castaño, hay algo en la joven que emociona.

—Deberías pasarte por la exposición un día de diario, cuando no hay gente. Las esculturas están ahí muy bien expuestas, además también prefiero no estar yo delante mientras las observas. Hay algunas piezas en esa colección que tienen algo de lo que yo ando buscando, algo que me ha conducido al paso siguiente. Creo que esta larga etapa de figuración ha sido muy necesaria para pasar de mis tanteos iniciales a los seres libres y ligeros del Pozo del cielo que nacen de experiencias directas, de descubrimientos en plena creación. También ha sido importante la habilidad técnica que he adquirido durante esta transición. No es que yo crea que sean imprescindibles estos pasos. Cada cual se deja conducir por lo que le conmueve. Yo me alegro de que el amor me descubriera que la magia existe y se manifiesta en pequeños instantes en algunas personas, y que yo he podido captar algo de eso e incorporarlo a mi imaginario.

—¿Consideras la talla de la adolescente del arco como una de esas piezas? Te lo pregunto porque hay algo en ella que a mí me emocionó.

—Sí. La niña es hija de un jardinero que tuvimos anteriormente, José, que se jubiló hace unos años. Ya entonces era un hombre mayor, y Amparo era la pequeña de varios hermanos y le acompañaba de vez en cuando para ayudarle, o para no quedarse sola en casa, ya que su madre trabajaba de asistenta. El caso es que manejaba las herramientas del jardín con una destreza y una fuerza formidables, y al mismo tiempo tenía una dulzura en el hablar y en la forma de comportarse que contrastaba enormemente con su fuerza. Un día me preguntó sobre el arco que yo tenía colgado

en el estudio. Le expliqué lo que era y le enseñé a manejarlo. Le entusiasmó. Entonces coloqué una diana en un árbol y todos los días se entrenaba en el tiro al blanco. Lo hacía con pasión. Eran para ella momentos de plenitud, de enajenamiento. Tenía una puntería prodigiosa que fue afinando día a día. Sin que ella se diera cuenta, yo tomaba apuntes mientras ella practicaba. Me interesaba sobre todo su expresión, no solo la de su cara, sino la de todo el cuerpo. Creo que al final lo logré. Me molesta mucho, sin embargo, que Ludmila avance lo que los visitantes tienen que ver. Tenía muchas ganas de descubrir si tú notabas eso por ti misma.

—¿Estás seguro de que Ludmila no tiene inconveniente en que yo pose para ti?

—Totalmente. Ella es la primera interesada en avivar el fuego de mi inspiración. Ludmila ya no representa un desafío para mí. Aparece en muchas tallas aunque yo no la haya convocado. Y, como te dije, ella tiene criterio y sabe que necesito renovarme, enriquecerme. Me dijo que sería interesante que me sirvieras de modelo porque tienes un tipo físico casi opuesto al de ella, sus formas son angulosas, y tus contornos suaves y redondeados. No hay posibilidad de interpretar a la una en la otra. Pero, aunque lo expresa así, ella misma sabe que no es solo eso lo que me atrae de ti. Captar esa manifestación física de la energía es para mí un primer paso, lo demás aparece en el proceso de creación.

—Pero tú ya has dado entrada a otros personajes en el Pozo del cielo.

—Sí, pero la magia de mis personajes fantásticos, tengo que atraparla en la vida real. Cuando trabajo con modelo, si logro captar un instante de plenitud, y no es fácil, puede darme para una obra entera. Quizá solamente uno de los personajes de la obra tenga ese algo que yo he captado en otra parte, pero todos los demás giran en torno a ello. ¿Comprendes?

—No sé cómo podría yo inspirarte algo así.

—Tú no debes pensar en ello, eso es cosa mía. Yo necesito un estímulo para seguir avanzando. Tengo que volver a coger fuerza. Cuando Ludmila se me impuso como modelo, puso en marcha un motor potentísimo que revolucionó mi imaginación eliminando lo que quedaba en mí de depresivo. Al mismo tiempo, me di cuenta de que su presencia había insuflado vida en mi obra. Si antes expresaba seres inorgánicos, ahora busco y persigo la energía vital. Para que mi proyecto funcione, algo tiene que captar mi atención de forma poderosa. Estoy fascinado por tu personalidad dual, ese contraste entre la pureza y la búsqueda de la aventura. Persigo en ti esa lucha por manifestar algo que todavía no es. Esa personalidad tuya que quiero captar, la expresas también con el cuerpo. Cuando te miro, siento una presencia que se escapa continuamente, o que tratas de esconder.

—Me asusta un poco que descubras lo que yo no me atrevo a manifestar y que no sé lo que es, pero me atrae el desafío. Quizá así aprenda a quererme un poco más. Teseo hizo que amara mi cuerpo, por eso puedo prestártelo para reproducirlo sin ninguna vergüenza. Antes de conocer a Teseo, no habría podido hacerlo. Es un regalo que aprecio mucho de él. Sin embargo, nadie me ha enseñado a amar a mi espíritu. Nadie, desde hace tiempo, ha estado encantado de escuchar mis razones, de tratar de entenderlas, excepto tú. Me intriga mucho saber lo que te mueve a ello, y me emocionaría descubrirlo en una obra de arte.

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—Si conseguimos sacar el tiempo sin robárselo a los números, sí.

—Me ha dicho Ludmila que Iván ha tenido que aplazar su llegada por no sé qué asuntos, y el señor Sánchez le espera. Y mientras él no aparezca no te va a ser posible adelantar mucho en el

trabajo. Así que, si aceptas, tenemos que ponernos manos a la obra enseguida.
—Cuando tú quieras, Sándor.

El laberinto de Teseo, IV

A las doce en punto del día siguiente, Andrés llama al timbre de su casa que ya ha pasado a ser para él «la casa de Isabel». Se saludan cortésmente. Están tensos los dos. Andrés observa que no está Manuela, aunque es miércoles y a esa hora debería estar. Él no tuvo en cuenta ese detalle cuando concertó la cita, pero Isabel sí lo hizo, y lo solucionó. Está pálida y la nota insegura. Le hace pasar a la sala como si fuera una visita. Isabel se sienta en el sofá y él en un sillón.

—Cuando hablamos el otro día. —Isabel inicia la conversación con tono inseguro—, ¿dijiste en serio lo de los hijos?

Andrés siente pánico. Él no venía preparado para eso, sino para lo contrario. Ahora es él quien titubea.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a lo de que pensabas que había llegado el momento de tener hijos.

Andrés decide sacudirse cuanto antes la incomodidad de encima.

—No, verás... comprendí que tenías razón cuando dijiste eso de que yo no sería un buen padre.

La sonrisa de Isabel no es bonita porque tiene los dientes algo descolocados y además, en este momento más que una sonrisa es una mueca irónica.

—Vale, no te esfuerces. Desde el primer momento comprendí que era una estratagema para conseguir algo.

—No es verdad. Lo dije porque lo pensaba, pero tú me presentaste ese panorama desolador de lo que podía ser yo como padre, y, aunque al principio me escandalicé, después comprendí que tenías razón y que así sería.

Isabel guarda silencio, ¿tendrá que ser él quien hable de separación?

—Entonces, ¿qué propones? —dice ella al fin.

(Yo me llamo Teseo y soy un héroe. Estoy en un laberinto. He venido a cerrar uno de los múltiples caminos equivocados para buscar el verdadero).

Tiene la mano en el bolsillo y masajea nerviosamente el pedazo de madera con las iniciales de su padre para darse valor.

—Propongo que nos separemos, Isabel. Lo nuestro no funciona y la culpa la tengo yo. Tienes razón en que te he engañado y he mantenido otra relación amorosa paralela a la tuya. No puedo darte ninguna explicación de por qué ha pasado porque no lo sé.

Isabel se ha serenado. Está más guapa. Han desaparecido los dientes, y los labios forman una línea armoniosa. No puede recordar cómo fue el tiempo en que se creyó enamorado. Solo le

vienen a la mente pequeños detalles que le indican que algo sintió.

—Me alegro que hayas sido sincero, Andrés. No pensé que lo serías y eso me habría dejado mal. Yo también he tenido un amor, pero solo en estos últimos meses. Estaba demasiado sola. Le conocí chateando por internet. Nos entendemos de maravilla. Yo no sabía si tú me engañabas realmente o era verdad que siempre tenías tanto trabajo, lo que sí sabía es que ya no me querías, porque eso se nota. —Andrés va confirmando con la cabeza mientras ella habla. Cuando se da cuenta, deja de hacerlo—. El caso es que nos conocimos y nos gustamos en el acto. Él sí me quiere de verdad. —Isabel sonríe esta vez con aplomo.

—No me extraña —miente él—, me alegro mucho por ti. Siempre supe que merecías algo mejor que yo.

—No digas eso. —Isabel se muestra generosa, debe de estar muy enamorada, el amor brinda esa cualidad a quien lo siente—. Tú fuiste para mí una persona estupenda hasta que... Me imagino que hasta que encontraste a esa mujer. No creas que no me está costando esta separación, aunque estoy segura de ella. Y sé que tú también la deseas, aunque creo, fijate, que ahora has perdido a esa mujer.

Andrés no entra en el tema.

—¿Cómo te parece que hagamos para la separación? —pregunta Isabel.

Él se imagina, y no se equivoca, que Isabel ya lo tiene todo previsto.

—¿Qué piensas tú?

—Además de separarnos, me gustaría que nos divorciáramos. Como estamos de acuerdo, no creo que sea difícil. Cuesta un dinero, pero quizá el tío Lorenzo pueda ayudarnos.

—No, eso no. Por lo menos no a mí. Ya me ayudó suficiente en su día. Yo me las apañaré, buscaré un crédito o lo que sea.

—Entonces, quedamos como amigos, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—¿Qué haremos con la casa?

—¿A ti te apetece conservarla?

—A mí, sí. He puesto mucha ilusión en ella. Si tú no tienes inconveniente, la hacemos tasar y te pago la mitad.

—Me parece bien, así tendré dinero para el divorcio.

—Hombre, y para algo más.

—Y para algo más, eso espero.

—¿Quieres quedarte a comer? Dentro de un rato vendrá Manuela...

—No, Isabel, prefiero despedirme y quedarme solo. Tengo que enfrentarme a mi nueva situación, a las decisiones que acabamos de tomar.

Isabel parece aliviada. Ella también necesita estar sola y seguramente llamar a su amado y comunicarle la buena nueva.

—Felicitas a tu nuevo amor de mi parte.

—Ya lo conocerás, Andrés, se llama Felipe.

Andrés no tiene ninguna gana de conocer a Felipe que habrá recogido de Isabel confidencias sobre su comportamiento, pero asiente y da un beso de despedida a su mujer. Le conmueve de alguna forma verla tan satisfecha aunque sea por librarse de él.

En la calle camina ligero. Las aceras están húmedas, ha debido llover algo mientras

conversaban en la casa. No se siente feliz con la nueva situación pero sí aliviado. Dos tercios de su ser parecen conformes con lo ocurrido, y el otro tercio hace cálculos sobre lo que pierde y lo que a partir de ahora tendrá que afrontar. Mira a su alrededor: la calle O'Donnell con sus tiendas, el cruce con la calle Narváez, el kiosco de prensa en la esquina, las caras habituales de los vecinos... Todo ello empieza a pertenecer al pasado. Le asombra que haya resultado tan fácil dar el paso que llevaba años sin atreverse a dar. Reconoce que le debe mucho al tal Felipe. Sin él, la cosa habría sido diferente. Se pregunta si en tantas parejas conocidas que se han separado ha habido anteriormente un proceso tan largo. Con qué facilidad se habla de otros casos. Parece que haya sucedido de la noche a la mañana como ahora le ha ocurrido a él. Y, sin embargo, seguramente antes hubo un tiempo de dolor e incertidumbre, otro enamoramiento, una repulsa, algo fuerte que les ha llevado a ese punto, pero todo eso no se menciona y la cosa parece pan comido.

Antes de regresar a Pozuelo, le apetece dar una vuelta por el Retiro. Coge el coche y lo aparcó un poco más adelante en la calle Menéndez Pelayo. Le parece que debe despedirse también del Retiro, que no lo volverá a ver más, como le ocurrió con el barrio de su infancia cuando lo abandonó a los dieciocho años, y que, a pesar de ser un barrio céntrico de Madrid, nunca volvería a cruzarlo. Florinda se dio cuenta y se lo dijo. A ella le habría gustado algún día visitar con él las calles por donde se movía de niño. Hasta entonces él evitaba el barrio de forma inconsciente. Después observó que cuando se acercaba a la zona, recibía como un pinchazo de dolor, y evitarlo era la solución que tenía para no sentir. Florinda dejó de insistir aunque a ella le gustaba profundizar en los misterios. Sin embargo, él nunca trató de adentrarse en los sentimientos ocultos de ella. Y en ese desequilibrio radicaba, quizá, la razón de sus desencuentros.

Ha entrado por el Paseo de coches que a pesar del nombre, lleva tiempo siendo peatonal, y anda por el centro de la calzada. Empieza a sentir una ligera sensación de alegría. El aire está húmedo y los árboles se desprenden de sus hojas otoñales. De frente, un cielo gris, como una página en blanco. Y el olor de tierra mojada. Gira la cabeza y contempla un remolino de aire levantando las hojas. No puede con la intensidad. Da media vuelta y empieza a andar rápido hacia el coche, dando grandes zancadas como si huyera de la plenitud que ha estado a punto de atraparle.

La casa de Ariadna le acoge de nuevo pero él ya es un hombre distinto aunque igualmente desconcertado. No sabe qué pensar. Vuelve a tener dentro de sí un nudo que no hay forma de romper. ¡Si por lo menos tuviera algo a lo que agarrarse, algo por lo que luchar! Ese vacío... Le gustaría tener claro si Ariadna le ha dejado o simplemente está jugando con él. No sabe si prefiere una cosa u otra, pero necesita saber lo que ocurre para afrontarlo de alguna manera.

Se ha convertido en una especie de sabueso que va olfateando las señales. Ya no se equivoca ni llama a Ariadna al entrar. Reconoce perfectamente que la casa está vacía, como si las paredes le hablaran. Tiene la misma sensación de cuando se escapaba de su casa de niño. Era una necesidad inmediata, y para eso tenía el llavero con las llaves de su padre. Apenas dejaba de oír las pisadas de la madre alejándose por la acera, él abandonaba la ventana y corría a recoger sus cosas para salir. Solía regresar cuando la portería ya estaba cerrada. A veces se demoraba y temía encontrarse a su madre esperándole al regresar, pero solo hasta que abría la puerta y las paredes le hablaban confirmándole su ausencia.

Ahora también necesita huir. Es una urgencia imperiosa que solo le conduce hasta el bar más cercano para liberar con la bebida el nudo que aloja en el pecho. Le sorprende que sus angustias solo se refieran a Ariadna. La ruptura con Isabel no le ha dejado ningún poso de nostalgia. El alcohol le calma. Con él consigue alejar la vida que empieza a dolerle con una paz extraña y punzante. Necesita poner distancia entre él y los asuntos que le atormentan, eso es lo que quiere, recibir las situaciones como empiezan ahora a aparecer: en una pantalla lejana que nada tiene que ver con él. Adiós a todos y a todas las circunstancias. Se mantiene así, acodado a la barra, en un equilibrio oscilante. Algo se pone a girar como el remolino de hojas del Retiro. Siente náuseas. Una mano se apoya en su hombro. Es el camarero que le insta a retirarse.

—Venga hombre —le está diciendo—. Creo que ya has bebido suficiente.

¿Suficiente? Ha perdido la noción del tiempo que lleva allí y de las copas que ha bebido. Dócilmente se deja acompañar hasta la puerta, y sale a la calle. Con cierta dificultad consigue entrar en la casa y subir hasta la cama donde cae en un sueño profundo en el que vuelve a perder la noción del tiempo. Le arranca del sopor el timbre de la puerta. Son las diez de la mañana. «Será el marmolista», piensa sin capacidad de razonar. Baja a abrir dando trompicones y tropezándose con la barandilla.

—¿Es usted marmolista?

—No, señor, no soy marmolista.

No tiene pinta de marmolista, desde luego, más bien parece un ejecutivo de empresa algo extraño.

—¿Qué desea usted?

—Perdone que le moleste, no sé si he llegado en el momento oportuno, venía a ofrecerle mis servicios.

—Pues no sé si el momento es oportuno, depende de cuáles sean sus servicios.

Andrés siente la mente embotada, no entiende nada de la situación. El hombre que tiene enfrente parece serio, pero al mismo tiempo tiene cara de impostor.

—Mire usted, yo tengo una agencia de trabajo temporal aquí cerca, venía a saber si necesita usted algún empleado para su empresa: tenemos secretarías, contables, servicios de limpieza...

Andrés está cada vez más confuso.

—Y, ¿cómo sabe usted que yo tengo una empresa?

—Por olfato.

—¿Por olfato? ¿Acaso olemos mal los empresarios?

El ejecutivo se ríe, esta vez con una risa sincera y abierta que despierta en Andrés una chispa de simpatía.

—No me malinterprete, señor. Me refiero a que uno suele detectar donde está un hombre de acción, una persona decidida, un empresario.

—Creo que acertó usted y que no llega en el momento oportuno, porque yo no entiendo nada. Tal vez en otro momento... Porque, vamos a ver, se supone que si necesito personal para mi empresa, soy yo quien acude a su oficina, ¿no es cierto? ¿O es que estoy equivocado?

—Para nada, señor, no está usted equivocado. Lo que ocurre es que los tiempos están difíciles y si no llegan los clientes a la oficina, hay que salir a buscarlos. Mire, yo le dejo mi tarjeta, y usted decide. Como verá estamos en el pueblo, y no lejos de aquí. En la tarjeta está todo indicado. No le importuno más. —Y haciendo una ligera inclinación, el ejecutivo da media vuelta y se

retira.

Andrés bebe dos vasos de agua para despejarse y mete la cabeza bajo el grifo del fregadero de la cocina. No sabe si la visita de hace un momento ha sido real o producto de su imaginación. Ya lo pensará más tarde, cuando esté en condiciones de hacerlo.

En estos dos días no ha habido entregas de «El hilo de Ariadna». Sin embargo, en el despacho acaba de encontrar otra hoja de diario. Por lo visto Florinda no ha desistido en su empeño de conducirlo al pasado.

22 enero

Una maravillosa tarde de amor.

Tú, totalmente tú.

Yo, cada vez queriéndote más, gorila mío.

30 enero

Esos inolvidables, angustiosos, y a la vez felices días. Estuviste en mi casa durante toda mi enfermedad, a mi lado día y noche.

Tú, leyéndome y no dejándome sola ni por un minuto. Tú, de enfermero, de marido, de niñera, de lector. Con tu paso de gorila, mitad ágil, mitad pesado, recorriendo la escalera de la casa en busca de cualquier capricho mío. Yo, débil y con bastante miedo, pero tan maravillosa, tan amorosamente cuidada.

Ya no sabe cómo encajar los recuerdos de Ariadna que unas veces le abaten y otras le animan. Supone que ella está haciendo una selección entre muchos escritos, pero en cualquier caso, los que le está remitiendo son todos escritos en meses de otoño e invierno, cuando debía de sentirse más sola a causa de la ausencia del sol.

Incluso los textos más animosos le alteran. Él es hombre de presente y el repaso que le está forzando a hacer Ariadna, le descoloca. Aunque, a decir verdad, el presente no es glorioso. ¡Qué lejos está en este momento de poder representar a Teseo, y ni tan siquiera al gorila que fue para Ariadna!

Se tumba encima de la cama para descansar un rato, y se queda dormido. Entre sueños le parece oír unos ladridos y una llamada a la puerta. Tiene frío y empieza a toser. La llamada no se repite e imagina que formó parte de una pesadilla. Pero ya no puede dormir. Se levanta y se abriga. Baja a la cocina a prepararse un café. Cuando para el sonido de la cafetera, se queda inmóvil escuchando. Le parece que alguien está introduciendo una llave en la cerradura de la puerta de entrada. Contiene la respiración. ¿Ariadna? Sale sigilosamente de la cocina y se detiene en la oscuridad. La mujer que está entrando no es Florinda. Es baja de estatura y lleva un gorrito de lana calado hasta las orejas. Le parece que va enterarse de quién introduce los mensajes en la casa. Pero se equivoca. La mujer tiene las manos vacías, y ni siquiera lleva bolso.

—¿Quién anda ahí?

La mujer da un respingo. Andrés se hace visible. Sigue sin reconocerla hasta que la oye hablar del perro.

—Pensé que no había nadie. Antes estuve llamando a la puerta y nadie contestó. Me fui a llevar el perro a casa y a buscar la llave. Dejé al pobre *Bruno* encerrado para que no molestara.

—¿Tenía usted la llave de esta casa? —pregunta Andrés tontamente, puesto que es evidente que la tiene.

—Florinda me la confió cuando nos conocimos. Ella es distraída y a veces cerraba la puerta con la llave dentro. Yo siempre estoy en mi casa y eso la salvaba.

—Ahora estoy viviendo yo aquí —dice convencido de que el argumento es suficiente para que la mujer se disculpe y se retire, pero no es así.

—De eso quería hablar con usted... ¿cómo dijo que se llamaba?

Él no recuerda haberse presentado.

—Andrés. Andrés Aranda.

—Florinda nunca me habló de usted.

Ante el gesto de impaciencia de Andrés en el que se adivina el deseo de echarla de la casa, la señora se adelanta y dice con tono severo:

—He venido para aclarar ciertas cosas. El otro día usted me engañó.

—¿Qué quiere usted decir? —Teseo empieza a perder firmeza.

—En mi pueblo dicen que más rápido se coge a un mentiroso que a un cojo. Eso es lo que quiero decir.

Andrés va a protestar, pero la vecina se adelanta:

—Me dijo usted que el padre de Florinda se había puesto enfermo y que ella había acudido a cuidarle. Eso no es cierto. Hablé ayer por teléfono con el hermano...

—¿Conoce usted a la familia de Florinda?

—Conozco a parte de la familia —responde satisfecha—. Conozco a Fran, el hermano mayor, y a Karen, su mujer. Estuvieron aquí el año anterior, cuando ella se puso enferma. Se fue preocupado y me dio el teléfono por si volvía a ocurrirle.

—Pase usted. —Teseo señala la sala—. Estaba preparando café.

Marga pasa con la decisión de alguien acostumbrado a la casa. Una vez en la sala se acerca a la mesita.

—Usted es el de la foto —dice, cogiéndola en la mano. Tiene unos ojos pequeños y penetrantes, de un gris azulado, y clava la mirada en él—. Me lo pareció el otro día, aunque ahora está más gordo. Pero ella no me dijo que se llamara Andrés Aranda.

—Seguramente le hablaría de Teseo. Es mi segundo nombre y le gusta llamarme así.

—¡Teseo!, eso es. Es un nombre poco común y no lograba acordarme.

Andrés pone dos tazas en la mesa y va a buscar la cafetera. La nueva situación le incomoda. Ahora recuerda que Florinda le habló de una vecina que se ocupaba de las plantas en su ausencia, pero nunca pensó que tuviera tanta intimidación con ella. ¿Qué habrá pensado Fran, el hermano de Florinda? A lo mejor se presenta, y él no va a saber qué decirle. Su papel en toda esta historia es muy poco airoso.

—El hermano está impaciente por saber algo. —Marga toma un sorbo de café—. Ya sabe usted, la sangre tira, y Fran es un buen hermano. Le he prometido que averiguaría. Y lo voy a

hacer. —Se quita el gorro de lana y aparece un pelo blanco, ensortijado. Ahora Teseo reconoce perfectamente a la dueña del odioso *Bruno*.

El gesto de quitarse el gorro indica que no tiene prisa y que no piensa marcharse sin la información que ha venido a recoger.

—En realidad, yo no sé donde está Florinda. Se marchó de aquí antes de que yo regresara de un viaje. Teníamos planeado pasar una semana juntos en esta casa. La cosa no iba bien entre nosotros. A lo mejor está enfadada...

—¿No ha recibido ninguna noticia desde que está aquí?

Andrés duda un momento, pero en la aguda mirada de la vecina lee una especie de desafío. No se va a ir sin algo convincente.

—Alguien introduce unos escritos en la alcoba cuando me ausento de la casa. Yo no sé si lo hace la propia Florinda o si se lo confía a otra persona. Lo que sí reconozco como suya es la letra. En esos escritos va elaborando para mí una especie de historia que llama «El hilo de Ariadna» y que me hace llegar por entregas. Es una historia extraña de unas gentes que ha conocido y con las que convive. He tratado de comprobar los datos que me da sobre su paradero y son falsos. — Andrés enfrenta la expresión insatisfecha de Marga—. Es una historia extraña, lo reconozco, pero no tengo otra. Cuando usted me preguntó la vez pasada, no me pareció oportuno hablarle de todo esto. Por eso le dije lo del padre. No sabía que fueran tan amigas.

—Somos buenas vecinas, las dos vivimos muy solas.

Andrés se siente incómodo, le ha parecido notar cierto reproche en la observación de la mujer.

—No sé si Florinda pretende liberarse de mí, pero lo está haciendo de una manera bien extraña. ¿Quiere echar una ojeada a los escritos?

—Sí, si usted me permite.

Andrés sube a buscar los sobres y, mientras, Marga se quita el abrigo y saca las gafas de un bolsillo.

—¿Me permite leerlo todo? —le pregunta cuando Teseo le entrega los manuscritos.

—Es muy largo, pero, por mí, puede hacerlo. Quizá a usted le diga algo todo este galimatías.

Mientras ella lee, Andrés pone la televisión baja de sonido, tratando de sumergirse en otra historia, de desaparecer de alguna manera de la presencia de doña Marga. No sabe si lo que está haciendo es correcto, pero siente cierto alivio al descargar en otra persona parte del peso que él lleva encima. En un momento la oye reír.

—Me hace gracia la historia esta del marmolista —le dice sin apartar la vista de la lectura.

Cuando acaba, se vuelve hacia él.

—Yo creo que Florinda, o Flor como se llama aquí, lo está pasando bien. Lo que dice no me parece inquietante. Le agradezco que me haya dejado leerlo. Creo que podré tranquilizar al hermano.

—Pero ¿usted cree que hay algo de verdad en lo que cuenta?

—Por supuesto. Yo creo que hay mucha verdad en lo que escribe. Florinda parece haber encontrado lo que necesitaba. Me alegro por ella.

La señora se levanta con cierta dificultad y se pone el gorrito de lana. Le sonrío al darle la mano.

—Espero que no le haga sufrir a usted demasiado y que pronto tenga alguna noticia más concreta de ella. Me voy porque *Bruno* debe de estar impaciente y es capaz de destrozarse los

muebles de la casa. Adiós, señor Teseo.

—Espere un momento —la detiene un instante frente a la puerta abierta—. ¿Se le ocurre algo que yo pueda hacer?

La mujer sonríe de forma misteriosa.

—No sé si conoce usted el refrán que dice: «Cuando fuiste martillo no tuviste clemencia, ahora que eres yunque, ten paciencia».

No le hace gracia el refrán, pero de alguna forma se siente más tranquilo. La satisfacción de la vecina al leer los escritos le indica que no debe preocuparse por Florinda. También le tranquiliza con respecto al hermano, parece que la señora Marga ha extraído de la lectura argumentos para tranquilizarle. Está claro que a él nadie le va a echar un cable. Se conforma con que le dejen tranquilo.

A las nueve de la mañana del día siguiente ya está duchado y vestido. Se ha despertado con un ánimo nuevo. Se prepara un desayuno abundante, y se siente dispuesto a comenzar el día con rigor de empresario. Ha decidido ir a visitar al jefe de la agencia de trabajo temporal ya que el destino parece haberle colocado en su camino para enfrentar el primer lance. Está de buen humor y le gusta imaginar que las cosas van a ir bien. Está empezando a sentirse verdaderamente libre, como si la historia de Isabel estuviera ya totalmente zanjada y el hilo de Ariadna le guiara por buen camino.

No tiene dificultad en encontrar el portal de la oficina siguiendo un pequeño plano reproducido en la tarjeta. Sube andando al primer piso. Respira hondo y aprieta el timbre de llamada.

El hilo
de Ariadna, V

Me emociona la perspectiva de mi nueva ocupación. Sándor me propuso pagarme por posar, pero yo no consentí. Lo que me preocupa es no aguantar en las posturas. Decidimos empezar poco a poco. Una hora de sesión, y poses de quince minutos máximo. No necesita más. Dice que el mejor trabajo lo hace después a solas, con el recuerdo.

Estoy preparándome para la primera sesión. Y pienso que Sándor también debe de estar haciendo lo mismo. Me parece que hemos dado un paso importante en nuestra relación. En realidad, yo no he venido aquí para trabajar en la empresa de Ludmila. El verdadero motivo, el más importante es el de posar para Sándor. Todo lo demás es accesorio y necesario para propiciar este encuentro entre el escultor y su modelo. Es como si un pensamiento, que él hubiera mantenido oculto hasta el momento, aflorara finalmente. Preferiría que Ludmila no tuviera nada que ver en esto, que no formara parte de nuestro acuerdo. Pero comprendo que es imposible, puesto que pronto apareceré reflejada en la obra. Además, Sándor quiere evitar susceptibilidades y extrema las atenciones con ella. Más de una noche he observado que se despiden retirándose de la mano y entrando juntos en la *suite* de Ludmila, que habitualmente no comparten.

Busco un rincón de sol en la habitación. Me gustaría que me colmara de energía. Quiero volver a sentir esa reconfortante sensualidad recorriendo mi cuerpo. Hace unos años, en los primeros tiempos de nuestra relación, solo tenía que convocar la imagen de Teseo para sentirme henchida de autoestima. Ya no funciona. Ahora me doy cuenta de cuántos detalles tenía que suprimir para sentirme así. Pero tenía esa capacidad y esa ceguera. Yo tenía que haber visto desde el primer momento que él no tenía intención de cumplir su palabra. Aparto esos pensamientos y vuelvo a concentrarme en los rayos de sol. Quiero presentar al escultor un cuerpo lleno de vitalidad. Estoy deseando existir, aunque solo sea en una obra de arte.

No puedo impresionar a Sándor con una entrada espectacular como hizo Ludmila en su tiempo. Lo nuestro, lo que existe entre Sándor y yo, no aflora a la superficie, no está en la piel, ni es carnal, es más profundo. Tan profundo, que ni siquiera sabemos lo que es. Lo tiene que rescatar él con el arte. Por eso es importante que lo intente, sino se perderá para siempre por el hecho de no poder ser nombrado.

Entro en el estudio y observo que la *chaise longue* ha sido desplazada hacia un rincón que recoge la luz del atardecer. Sándor está preparando el material. Echo una ojeada a la mesa con cierto temor, como si se tratara del instrumental de un cirujano: lápices bien afilados, pinceles, tinta china, acuarelas, hojas de papel de distinto grosor y calidad. Con todo ello —pienso— va a hurgar en mi interior para liberar el tesoro escondido. ¿Lo encontrará? Está muy concentrado en su

tarea y tarda en levantar la vista hacia mí.

—Me gustaría hacer algunos bocetos antes de decidir la postura definitiva —me dice finalmente, demostrando así que es consciente de mi presencia—. Tienes que esperar un momento. Todavía no estoy preparado.

Me pregunto qué podrá faltar. Luego deduzco que se trata del ánimo necesario para empezar.

—Creo que hoy no es un buen día. Me parece que no va a salir nada.

—Si quieres lo dejamos para otro momento.

—No, no. Espera un poco.

Hojea un libro que tiene sobre la mesa. Luego se sumerge en la lectura un rato y empieza a reír. Levanta la vista del libro y se encuentra conmigo.

—Creo que ya está —me dice—. Lo más importante es el sentido del humor —añade para sí—. Espero que no te canses, Flor. Si te sientes entumecida, muévete con naturalidad y vuelve a colocarte. Yo sé que es muy difícil posar sin estar acostumbrada a ello.

—¿Me dejarás elegir alguna de las posturas?

—Por supuesto. Este es un trabajo entre dos, y cuanto más pongas de tu parte, mejor.

—Gracias.

Fingiendo una naturalidad que no siento, me quito la blusa y la falda y presento mi cuerpo desnudo a la mirada del escultor. Sándor me invita a elegir la postura, y lo agradezco porque el sol está acariciando la *chaise longue* y solo necesito recostarme y disfrutar del momento. Sándor no habla, trabaja con concentración y rapidez. De vez en cuando mueve la cabeza de un lado a otro, insatisfecho. Y sigue trabajando. No me pide que cambie de postura, y como estoy cómoda, no lo hago. Cuando le veo soltar el lápiz, recojo mi cuerpo en el último rincón de luz, sujetando las rodillas con los brazos y levantando la cabeza para recibir los rayos de sol en la cara y el pelo. Es un último instante que el artista no debe desaprovechar.

—Está muy bien así —murmura—. Aunque hoy no voy a conseguir nada. Quizá no lo consiga nunca. Es muy difícil.

Me gustaría poder animarle, pero me siento en parte responsable de que no consiga lo que busca. Un instante después, Sándor parece hipnotizado, suelta los lápices con los que se ha expresado en trazos rápidos y seguros, y toma las acuarelas para una pintura más suave, más mimada.

—¿Quieres que hagamos un descanso? —propone cuando se retira el sol.

Me visto. No hablamos ninguno de los dos. Al cabo de un momento, saco una cajetilla de cigarrillos y pido permiso a Sándor para encender uno.

—Puedes, por supuesto, pero nunca te he visto fumar, y me sorprende mucho.

—Solo lo hago en momentos de necesidad.

—¿Te sientes mal, nerviosa?

—No, no es eso. Son momentos míos, no te preocupes...

Me paseo por el estudio dando unas cuantas caladas al cigarrillo que me sabe mal y apago pronto. A mí también me ha sorprendido esta necesidad repentina. Ayer tuve que salir a comprar tabaco. Me pareció que no podía afrontar este momento sin un poco de apoyo. Hoy lo veo como una tontería, espero que este gesto no me haga volver a fumar.

Sándor sigue abstraído en sus pensamientos, como si no lograra salir de su estado creativo. Al cabo de un momento, vuelvo a desnudarme y él me indica que apoye la cabeza en el brazo

extendido.

—¿Así?

—No, mejor de pie y apoyando el brazo en la columna. Reclina ahora la cabeza sobre el brazo.

—¿Así?

—Perfecto.

Los bocetos se amontonan en la mesa, alguno ha caído al suelo. Cuando me siento cansada, miro el reloj y, sin decir nada, me visto y me retiro en silencio. Sándor sigue trabajando sin levantar la vista del papel, como si yo ya no importara.

Al salir del estudio tengo la tentación de recluirme en mi habitación como de costumbre para serenar mi interior y reflexionar sobre el momento vivido. Pero, al pasar por el patio, siento como si el Pozo del cielo me llamara, tirara de mí, como si algo me indicara que pertenezco a ese mundo, y que allí me quiere ubicar Sándor. La llave está en la cerradura. Al entrar siento una paz inmensa, como si hubiera llegado a la meta. La luz de la luna aparece en el agujero del techo. No es luna llena. Tiene forma de góndola o de sonrisa. La lámina de agua refleja un brillo plateado y en ella se reproduce en forma invertida el contorno de un felino bebiendo en su orilla. No recuerdo haberlo visto el otro día, quizá porque la luz en ese momento destacaba otra figura. Es una especie de pantera, y en su lomo duerme un niño recostado. Dejo que mis ojos se acostumbren a la penumbra. No es una pantera y los muslos del niño se confunden con el anca del animal, como si formara parte del mismo cuerpo. Podría ser efecto de la luz porque al desplazarme hacia la izquierda cambia por completo la imagen. Las figuras van apareciendo cuando mi mirada está lista para recibirlas. Después de recorrerlas, vuelvo al ojo del hombre-luna. En él todo parece coger sentido, y completarse lo inacabado.

De pronto aguzo el oído. He oído pasos amortiguados bajando la escalera, acercándose a la puerta. Contengo el aliento. No sé por qué estoy asustada. Llamo a Sándor y no recibo contestación.

Me levanto en un gesto de huida, pero la ligereza que sentía momentos antes desaparece y el peso de la vida recae sobre mí.

—¿Sándor? —Vuelvo a preguntar sabiendo ya que no se trata de él.

Me armo de valor para llegar hasta la puerta y abrirla. Oigo pasos precipitados escaleras arriba. No alcanzo a ver a nadie. No sé qué pensar.

Cruzo por delante del estudio de Sándor y le veo enfrascado en su trabajo. En el jardín no hay nadie. Entro en la casa y voy a mi cuarto. Me tumbo sobre la cama sin deshacerla y, poco después, entro en un sueño profundo.

Me despiertan unos golpes en la puerta. Es Malena, la joven asistente que se ocupa de las tareas domésticas. Me anuncia que la cena está servida y que me están esperando. Me cambio rápidamente de ropa, echo una ojeada al espejo y retoco un poco el pelo despeinado. Me apresuro hacia el comedor sin detenerme a recoger el sueño que tiembla unos instantes en mi recuerdo y desaparece.

Encuentro a mis amigos sentados a la mesa, conversando. Todo parece normal. Sin embargo, yo me siento rara. Les saludo y pido disculpas por haberme dormido.

—¿Qué tal fue la sesión? Sándor me ha dicho que ha trabajado muchísimo.

—Entonces, la sesión ha ido muy bien. Es él quien tiene la medida.

Me hace ilusión poder sonreír. Poco a poco voy recuperando ligereza en mis movimientos. Además siento hambre y la sopa que me llevo a la boca me parece deliciosa. Se lo comunico a Ludmila que a su vez felicita a Malena. Creo que ya he recuperado totalmente la normalidad.

Las sesiones de trabajo continúan. No he vuelto a sentir deseos de bajar al sótano para recibir inspiración, ahora sigo las instrucciones de Sándor y adopto las poses que él me indica, sin pensar demasiado. Él sigue taciturno mientras trabaja. Tengo la impresión de convertirme en estatua mientras estoy posando. El tiempo pasa sin sentir y me parece irreal que no me asalten recuerdos de Teseo ni me preocupe lo que pueda estar haciendo.

Cuando no estoy posando es diferente. Ya no reina en mí la calma de los primeros días. Ni siquiera cuando estoy a solas por la noche en mi habitación me abandona la sensación de que alguien acecha mis movimientos. Algunas veces, cuando me acerco a la ventana, tengo la impresión de oír pasos rápidos y silenciosos que se alejan por el jardín. Sándor no es el mismo de antes. Cuando trabaja está concentrado y nervioso, como librando una lucha tremenda en ese afán de conseguir algo que se le escapa. Hoy estamos cenando los dos solos y parece casi inaccesible. Me habría gustado comunicarle mis miedos, sobre todo los pasos que oí cuando estaba en el Pozo del cielo, pero he desistido al comprobar que no le alcanzan mis palabras. Vuelvo a estar sola. Cuando le hago alguna observación, él me mira con aire ausente, como si todo lo que le interesara de mí se hubiera esfumado. Hace esfuerzos visibles por estar presente, pero no lo consigue. Siento pesadez en todo el cuerpo y temo que vuelva a ser la tristeza de la soledad. Luego lo achaco al tiempo de inmovilidad forzosa de cuando estoy posando. Después me río yo sola de todas mis elucubraciones. Sándor parece salir de sus ensoñaciones y me mira.

—Me gusta que estés contenta —me dice.

—Buenas noches, Sándor, me alegro de verte aterrizar en esta dimensión.

Él contesta con una voz un poco lejana, como si todavía estuviera a mitad de camino.

Esta vez me da risa.

—¡Cómo estamos los dos!

Sándor ríe también un poco confuso.

—¿Qué nos ha pasado?

Reímos ahora ya abiertamente. Intentamos luego ponernos serios y conversar normalmente.

—¿Dónde estará Ludmila?

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. Ha ido a firmar el arrendamiento de un local para la galería.

—¿Para la galería?

Estallamos en carcajadas. Es una risa floja como la que brota después de una tensión, o cuando se quiere contener por no ser oportuna. Es una risa imparable.

Cuando terminamos la cena, llevamos los platos a la cocina y los fregamos, luego Sándor se dirige a su cuarto. Le sigo y entro detrás de él en la alcoba.

—¿Estás segura, Flor? —me pregunta.

Le respondo que sí, porque necesito prolongar esa sensación, ese estar fuera del tiempo. Sándor también lo necesita y ninguno de los dos podemos pensar, la vida piensa por nosotros, y la vida ha tomado esta decisión.

Estamos los dos desnudos en la cama. Sándor masajea mi cuerpo, moldeándolo como si fuera de arcilla. Cada punto de mi piel presionado por su mano despierta con gozo a una nueva vida. De pronto nos sentimos los dos elevados al paraíso, escapando a la ley del tiempo y de la dualidad.

Nos regresa el taconeo de Ludmila que se dirige a su habitación. Sándor aprieta mi cuerpo contra el suyo, y me dice suavemente «No te vayas». Yo no tengo intención de irme, pero el sueño me está arrastrando a un lugar muy dulce donde el pecado no existe y donde soy doña Flor, la de los dos maridos.

Despierto por la mañana en mi cama, delante de los grandes ventanales. No sé cómo he llegado hasta ahí, o si lo que me parece haber vivido no ha sido más que un sueño. Para terminar de despertar me meto debajo de la ducha hasta sentirme totalmente despejada. Es tarde cuando bajo al comedor, y lo encuentro vacío. Hoy es el día libre de Malena. Me preparo un desayuno y celebro la soledad. Siento los huesos ligeros como si estuvieran rellenos de aire como los de las gaviotas, y pudiera volar como ellas.

Me ha parecido oír la voz de Ludmila en la sala. Cuando termino el desayuno, recojo la mesa y me dirijo hacia allí. La encuentro hablando por teléfono. Se está riendo a carcajadas. Me hace un gesto de saludo con la mano, y de la misma forma me pide que espere un poco a que ella termine la conversación. Me siento en el sofá y hojeo una revista. Ludmila cuelga el teléfono y se acerca a mí.

—Buenos días, querida. Es fabuloso lo que ha sucedido. Sándor está trabajando en su estudio desde primera hora de la mañana. Incluso puede que haya pasado la noche allí, porque cuando regresé tarde vi la luz encendida. Este es el milagro que yo esperaba, pero no podía ni soñar que llegara tan pronto. ¿Cómo estás tú?

—Un poco extraña.

—¡Oh!, no te sorprendas. Cuando yo posaba para Sándor, me sentía así. Creo que él me introducía en su estado creativo, y cuando acababa de posar, tardaba en conectar con la realidad, como si saliera de una borrachera.

—¿Las borracheras son así?

—Bueno, no lo sé, querida. Yo nunca me he emborrachado, es solo una forma de hablar. Pero no te preocupes, me ha dicho Sándor que no necesita que poses más para él. Puedes hacer lo que quieras hoy, tienes el día libre. He hablado con Iván, y sigue liado con sus cosas, asuntos personales, ¿sabes? Según parece, su vida se está complicando. Pero él vendrá, no te preocupes. Él es el primer interesado en traspasar el tema. No sabes la lata que me ha dado todo este año para que buscara a alguien y lo liberara, y justo cuando te he encontrado, ahora él no puede venir.

—Por mí no hay prisa, tengo otras cosas que hacer, y estoy muy a gusto aquí si no te importa que siga ocupando la habitación.

—Mientras tú no decidas lo contrario, la habitación es tuya. Lo siento entonces por Sánchez que está deseando dejarnos.

—Yo le veo contento y está haciendo una buena labor de clasificación de papeles. Todos los días paso un tiempo ayudándole.

—Es un hombre encantador, y no se irá hasta dejarlo todo bien organizado, pero él tenía planes con su familia, y necesita acabar. ¡Ah!, me estaba olvidando de algo importantísimo —añade de pronto—. Sabía que tenía algo para ti, ¿sabes que he firmado ya el contrato de alquiler del local para la nueva galería?

—Me dijo Sándor que estabas en ello.

—Bueno, pues lo que tenía que decirte es que me gustaría que vinieras a ver el local. Está en la plaza de París, cerca de Colón, al lado del Tribunal Supremo, un sitio céntrico y precioso, ya lo

verás.

—Conozco la plaza y me gusta mucho, avísame cuando quieras que te acompañe.

—La idea es que tú dirijas la galería. Yo estoy demasiado ocupada, y me siento cansada para empezar una cosa así yo sola.

—Pero se supone que yo voy a llevar las cuentas de tus negocios...

—Sí, serían dos trabajos, pero tú eres joven. Cuando yo era joven podía con todo. Por supuesto sería también un sueldo aparte, y un buen sueldo, además. Necesito una persona culta como tú, que entienda de arte y que tenga sensibilidad. Me ha dicho Sándor que tú eres la persona adecuada, ¿qué te parece? Por supuesto yo estaría detrás del tema, y te echaría una mano en cuanto a clientela y contactos, pero no quiero estar ahí todos los días. También me gustaría que fueras tú a las ferias de arte internacionales. Ya te iré informando.

—Lo tengo que pensar, Ludmila. Creo que con un trabajo ya tengo bastante, y me gusta estar aquí, en la casa, llevar una vida tranquila. El primer trabajo que me propusiste se ajusta totalmente a mis necesidades.

—Quedamos entonces en que lo vas a pensar. Lo de quedarse en casa tranquilamente está bien para una temporada. Conozco esa sensación. Además, esta casa atrapa. Pero luego hay que sacudirse la pereza y salir al mundo. Tenemos algo de tiempo por delante porque ahora voy a empezar con las obras y me gusta ocuparme directamente. Así que cuentas con un par de meses para decidirte, después tendríamos que ponernos a trabajar.

—Esperaré a que venga tu hijo Iván y me explique en qué consiste realmente mi trabajo de contabilidad. Después tomaré una decisión, aunque, sinceramente, Ludmila, creo que ya está tomada. No voy a poder con tanto.

—No es momento de decisiones. Volveremos a hablar.

Ludmila no acepta una negativa fácilmente. Regreso a mi habitación algo inquieta. La idea de la galería de arte me incomoda porque viene a perturbar la etapa en la que estoy. Además, mi relación con el arte es muy particular y no creo que sea bueno alterarla. Se lo diré a Ludmila cuando se presente la ocasión.

Pasan tres días y Sándor no aparece, ni siquiera a la hora de las comidas ni a la hora del té. Sánchez da por terminado su trabajo y ha dejado de venir. Se ha ofrecido a volver unos días cuando aparezca Iván por si quiere aclarar algo con él. Yo me siento un poco perdida, leo y escribo, pero ya no estoy tan a gusto en la casa. Ludmila me cuenta que Sándor ha entrado en crisis creativa, que es un estado especial, como de oso cavernario. Ella ha aprendido a respetar su aislamiento en esas condiciones porque ha comprobado en más de una ocasión, que lo contrario es contraproducente, y que Sándor, de naturaleza tan pacífica, puede volverse malhumorado y desagradable si se intenta forzar su participación en el resto de actividades de la vida. Esa es la razón por la que ella trata de impedir que se meta a fondo en una obra nueva cuando está estrenando una exposición. A veces no puede impedirlo, y las ventas entonces se resienten.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando en la obra del Pozo del cielo?

—Sí. Pero cada vez que entra ahí es como si iniciara algo nuevo. Porque es algo que le absorbe por completo y le desconecta del mundo. Pasa largas temporadas sin acordarse del sótano y trabajando en los encargos. Pero de pronto salta una chispa y deja todo lo demás. Yo estoy

siempre atenta tratando de impedir que pase demasiado tiempo fuera de la realidad con ese afán desesperado de ir en pos de algo que nunca se alcanza. A veces tiene que poner los pies en la tierra y trabajar de otra manera. Él no saca las cosas de la nada, se inspira en personas reales, en miradas, en sentimientos, y todo eso es muy difícil de expresar si no te acompaña el conocimiento y la técnica y por eso tiene que ejercitarlos.

Ahora comprendo que la voz de Sándor, hablando de este tema, es la voz de Ludmila. ¡Cómo me habría gustado ver la obra anterior al encuentro con ella! Y también saber si es necesario recorrer el camino que ella le ha trazado para alcanzar, cuando logra hacer una escapada, el resultado del Pozo del cielo.

Comprendo también por primera vez que no debe ser fácil estar emparejada a Sándor. El vacío que me produce su distanciamiento después de su gentil solicitud es enorme. Nunca he estado celosa de Ludmila ni de nadie que pertenezca a la vida del escultor, solo estoy celosa, ahora me doy cuenta, del personaje que ha extraído de mí y que le aleja de mi persona.

En otro tiempo conocí a alguien que también supuso un bálsamo en mi vida y que me ayudó con su atención y sus conversaciones a reconstruir mi interior maltrecho. Yo había tomado la decisión de cursar mis estudios universitarios en Madrid, y mi familia acabó por aceptarlo después de muchos aplazamientos. El caso es que no llegué a tiempo a solicitar plaza en un Colegio Mayor y mi padre echó mano de Augusto para solucionar el tema. Aunque más joven que él, Augusto había sido amigo y compañero en la guerra de mi abuelo, más tarde se ocupó de mi padre, y después pasó a ser amigo mío. Su juventud imperecedera va pasando de generación en generación sin alterarse. Me buscó un pequeño apartamento en la calle Arenal, cerca de su casa, y todos los fines de semana desayunábamos juntos en la Mallorquina, en la Puerta del Sol. Yo le ponía al día sobre mis avances y él me contaba sus batallas y anécdotas de su vida que me interesaban por ser la época que él había vivido tan diferente de la mía y por tener una visión política muy definida a la que sigue siendo fiel. Y también me hablaba de mi padre y de mi abuelo, desde un punto de vista para mí desconocido, ya que en mi casa no había costumbre de hablar de temas personales. «Tu abuelo Jaime era muy inteligente y sagaz —me contó. Lo único que yo sabía de mi abuelo es que no se entendía con mi padre (ignoraba los motivos), y que no habíamos tenido prácticamente relación con él—. Hicimos amistad, pero luego se casó y nació tu padre. Él nunca supo educar a ese niño. Lo trataba con una dureza excesiva. Vivíamos muy cerca uno del otro. Yo a tu abuelo lo admiraba por muchos motivos, pero esa forma de educar no me gustaba nada. Tu abuela no se atrevía a intervenir aunque yo veía que sufría. Además, murió pronto. El chico, siempre que podía se escapaba a mi casa, y allí era feliz. Una sola vez Jaime consintió en que me lo llevara unos días al pueblo de vacaciones, aquello fue para el niño como una entrada al paraíso. Luego se fueron a vivir a Barcelona, y tu padre, en cuanto pudo, se vino a Madrid a vivir conmigo. Yo le decía a Jaime que estaba haciendo desgraciado al muchacho y que eso no era bueno. Quizá fuera porque se casó tarde y tuvo al hijo ya mayor. Y sobre todo es que era muy terco. Creía que esa era la buena educación, o no lo sabía hacer de otra forma. A mí me daba la impresión de que no le gustaba el hijo que tenía y eso trae aparejado malas consecuencias. El caso es que no me extrañó cuando a tu padre le dio por la bebida, aunque tardé en descubrirlo porque lo hacía de forma oculta, nunca en público».

Augusto sabía que el tema me contrariaba y que yo no aceptaba ninguna clase de justificación. Pero al contrario de mi familia, él no temía hablar de ello.

«Ya sé —me decía entonces— que eso ha sido muy duro para vosotros, y no es que yo defienda el vicio, pero a los chicos hay que darles un desahogo, y si no, pasa lo que pasa».

Necesito verle. En parte para paliar un poco la sensación de abandono y de soledad que me produce la ausencia de Sándor. Y también para ofrecerle mi compañía, aunque nunca he detectado en él, viviendo solo con cerca de noventa años, esos síntomas angustiosos de necesidad afectiva que me asaltan a mí de vez en cuando.

Quizá ahora también él me necesite más, porque la última vez que le vi me confesó que se había visto obligado a soltar alguna de las actividades que llevaba practicando muchos años, como la natación, debido a un problema de oído, y las largas caminatas a causa de las piernas que ya no responden de la misma manera.

Hace unos meses que no le veo y decido ir a visitarle mañana sábado, segura de encontrarle en su atalaya de la Puerta del Sol.

Subo al piso de arriba de la Mallorquina, y me encuentro con las mesas vestidas de azul, muchas de ellas ocupadas por personas ruidosas. Y, junto al ventanal, en el mismo lugar de siempre, en medio del jaleo pero aislado de todos, un hombre tranquilo, con el periódico desplegado y leyendo con el ceño fruncido por el interés. Me acerco y no me ve. Está ajeno al entorno y al ruido que probablemente no oye. Me siento a su mesa. Él levanta la mirada del periódico y sonrío. Vuelan los años. Se pone en pie, con su caballerosidad habitual, y me abraza.

—¡Hombre! ¡Tú por aquí! —Cierra el periódico y me mira con alegría—. Hace tiempo que no tenía el honor.

—El honor es mío. Tenía muchas ganas de verte, pero la vida me va liando...

—Mientras sean cosas buenas, y me imagino que sí lo son porque estás muy guapa, hay que aprovecharlas al máximo. La vida dura poco y es excelente, te lo digo yo que ya estoy cerca de abandonarla.

—¿Por qué lo dices? —le pregunto con inquietud.

—Por el reloj y el calendario. Esos son los que mandan.

—También manda la vitalidad, y tú la tienes a raudales, más que muchos jóvenes.

No le estoy engañando. Sigue desprendiendo la tozudez y la fuerza de un ser invencible. No me oye bien ni lo intenta. Él sigue el hilo de sus pensamientos. Me señala una mesa frente a la que están instalados un matrimonio y dos niños de ocho o nueve años.

—Mira esos dos chavales —me indica—. Llevo un rato observándoles. Yo no sé qué hacen esos chavales en una cafetería jugando con las maquinillas esas. No es natural. Los niños deberían andar corriendo por el campo. ¿No ves la cara que tienen? —Les miro y veo que están concentrados en su juego—. Yo a esa edad, andaba corriendo por el monte y haciendo travesuras. Yo no podía parar.

—No me extraña. Aún ahora... —No me oye, pero no importa. En la expresión de Augusto está contenido ese niño travieso que él me quiere presentar.

—Mira que en casa de mi abuela donde yo vivía tenían la mejor huerta del pueblo, pero yo tenía que saltar los demás huertos también. La vida era pura emoción —ríe satisfecho—. Yo de naturaleza era un delincuente, porque ¿quién me mandaba a mí meterme en los líos que me metía? Llevábamos los chicos unas blusitas, que las ondulábamos y hacíamos una «chichada» —hace el gesto de recoger el jersey a la altura de la tripa—, es decir, un hueco junto a la chicha para meter ahí la fruta madura. Y después hacíamos un «nial», generalmente en nuestros pajares, entre paja y

hierba, y ahí poníamos la fruta que estaba verde, a madurar. Y a mí me gustaba también asaltar los «niales» de los otros. Me subía por los «boqueros», por encima de las cuadras. Y allí trepaba, y por el olfato yo iba descubriendo, porque la fruta cuando madura da su aroma, y por ahí yo descubría —se endereza y me mira, como si hasta ese momento hubiera estado hablando para sí más que para mí—. Y no era más que por el afán de hacer diabluras, ya ves que a mí me sobraba. Y también trepábamos a los árboles para coger los nidos, y nos dábamos la voz unos a otros de si tenían pajarines o no.

—Y ¿qué hacíais con los pájaros?

—Pues los metíamos en jaulas y se morían —hace una pausa—. Mal hecho —lo dice con pesar, pero se reanima al instante—. Aquella era una vida apasionante. Recuerdo que me subía yo a la cota, allá arriba en el monte, que estaba muy frondosa, y tenía en el centro una especie de calvero, verde, y me tumbaba allí e imitaba los cantos de los pájaros, y ellos empezaban a piar. Se formaba una algarabía de pájaros que eso era cosa divina. Yo me tumbaba allí, me veo perfectamente, como si no hubiera pasado el tiempo. Iba yo solo. Y allí tumbado imitaba los cantos de los pájaros con pequeños silbidos, y ellos cantaban y aquello era tan bello que yo pasaba las horas sin sentir. Me habría pasado la vida entera escuchando aquello —se queda ensimismado con cara de felicidad. Luego vuelve a mí—. Y es lo que debía de haber hecho, porque luego ya me ponía a enredar. Tengo una anécdota de pillar una pájara grande de muchos colores. —Augusto da un sorbo a su café. Yo le siento como a Sándor cuando entra en fase creativa, muy lejos de mí, inmerso en aquel mundo de su infancia—. Iba yo solo por el monte. A mí me encantaba eso de bandearme yo solo por ahí. Y me topé con una pájara con colores brillantes que andaba sola por el río, y yo pensaba: Esa no debe de tener el nido lejos. Y andaba la pájara y saltaba a una piedra, y yo detrás de ella. Y saltaba a otra, y yo, sigilosamente detrás, y con qué sagacidad lo haría, que caí sobre ella. Llevábamos los chavales unos gorros que llamaban bombines, para el sol. Y caí sobre ella con el bombín, y recuerdo como si lo estuviera viviendo cómo me temblaban las manos, porque la maté. Con el bombín caí sobre ella y cuando la cogí, estaba muerta. Recuerdo que me miré las manos que temblaban porque aquello me impresionó.

—¿No era tu intención matarla?

—Mi intención era cogerla. Mal hecho también. Pero aquella muerte me impresionó, y todavía puedo sentir el temblor de mis manos. Con esas cosas se va aprendiendo de la vida.

Augusto se queda un minuto en silencio siguiendo el hilo de sus recuerdos. Mientras, el camarero me sirve el café y el cruasán que le había pedido.

—De la vida y de la muerte. A los catorce años, yo ya estaba enrolado como voluntario en la guerra.

—¿Cómo conociste a mi abuelo?

—Lo conocí en el frente. Él era un mozo, bastante mayor que yo. Era un estadista, siempre andaba liado con los números, después tuvo un cargo importante en la administración, bueno, eso ya lo sabes tú. Entonces tendría veintidós años. Era serio y le gustó mi espíritu. A mí no me podían ni el cansancio ni el desánimo. Aquella vida de lucha me enardecía. Pienso yo ahora que era como un juego, peligroso, eso sí, pero yo no alcanzaba la envergadura que aquello tenía.

—Pero a esa edad debió de ser muy duro vivir la muerte tan de cerca, a veces de tus mismos compañeros...

—Eso es algo a lo que te acostumbras. Sobre todo si estás activo —hace un pequeño descanso

y mira por la ventana antes de continuar—. Tu abuelo no se preocupaba más que de sí mismo. Pero digo mal, él en cierto modo me protegía. Cuando por unos asuntos me tuvieron castigado sin paga, él me pasaba cigarrillos y cosas así. No sé lo que sentía por mí, yo no era una criatura a compadecer, pero a él le admiraba mi falta de miedo, mi arrojo. Yo creo que él esperaba que su hijo se pareciera a mí en esas características, pero eso es fruto de las circunstancias, y del carácter de la persona. Él tampoco era como yo, no nos parecíamos en nada. Y luego tu padre era un niño tranquilo y tímido, aunque se volvía más sociable cuando estaba lejos de su padre, él le hacía perder confianza, incluso pienso que por eso eligió la carrera diplomática, para viajar y estar siempre lejos. Era un chaval muy inteligente, como más tarde demostró en los estudios, pero su padre ya lo tenía catalogado como débil, y de ahí no lo sacaba nadie.

—Y en cierto modo tenía razón.

—En cierto modo. Lo que no sabemos es si la debilidad ya estaba en él, o si le apareció a causa de la actitud de su padre. Esas cosas son difíciles de calibrar.

Augusto sigue hablando. Está contento. La conversación gira ahora alrededor de la guerra civil, y de las vivencias que él tuvo en la contienda y que recuerda con todo detalle. Me gusta escucharle, como si con él estuviera reconstruyendo el pasado que me precede, y siento interrumpirle, pero sé que en algún momento tengo que hacerlo. Él es incansable en el arte de relatar. Siempre tiene temas y motivos. Le digo, en cuanto puedo meter baza, que me ha gustado mucho estar con él y que, como siempre, me ha ayudado a recargar las pilas, que me ha enriquecido con sus historias en las que iré pensando hasta la próxima vez que vuelva a verle.

—No dejes pasar demasiado tiempo —me dice riendo—. No vaya a ser que a la próxima no me encuentres —y añade mientras me voy retirando—. Últimamente me asaltan unos sueños que se repiten...

Quisiera darme la vuelta y sentarme de nuevo junto a él para escuchar esos sueños que ya me interesan, que pueden encerrar un tesoro como el sueño del cuento del rabino, pero sé que la capacidad narrativa de Augusto es inagotable, y detrás de los sueños brotarían nuevas historias bien narradas y todas ellas atractivas. Tengo que dosificar el tiempo de cada encuentro y retirarme en este momento. La curiosidad por esos sueños hará que vuelva pronto.

—Ya te los contaré cuando vuelvas —dice él resignado—. Me interesa tu opinión.

Camino por el Paseo del Prado. Hace buen tiempo: un sol otoñal acompañado de un venticillo fresco. Disfruto del paseo alargando el tiempo, sintiendo dentro de mí una armonía que me hace sonreír y recibir sonrisas de otros viandantes. Mi vagabundeo termina en el Museo del Prado. Entro a visitar la pintura flamenca y me quedo fascinada, como siempre, frente al misterio de Patinir: *Caronte atravesando la laguna Estigia* o *Paisaje con san Jerónimo*. Bastaría un segundo de otra mirada para introducirme en la magia de sus paisajes; un segundo para perderme en ellos. Hoy no tengo alas para esos viajes, pero sigo avanzando y sintiendo.

Me encuentro frente al *Descendimiento* de Van der Weiden. Un copista oriental está haciendo una reproducción del mismo tamaño que el original. Trabaja en el conjunto de las tres tablas del tríptico, aunque una de ellas está mucho más avanzada que las otras. Sostiene en la mano una paleta diminuta con pequeñas manchas de colores vivos que diluye con un preparado que multiplica el color y le da un brillo especial. Me siento en silencio a contemplarle. Su trabajo es magnífico en cuanto a dibujo y color. Me gustaría poder seguir su tarea hasta el final por ver si consigue expresar ese drama interior que domina el cuadro. Van der Weiden me invita a la

oración, a indagar sobre el sentido de la vida, sobre el sentido de la muerte.

El restaurante de mi primer encuentro con Teseo me acoge con el mismo calor del primer día. No sé por qué mis pasos me han conducido hasta él. En cualquier caso, tengo hambre, y atesorar los buenos recuerdos es una de mis costumbres. Está libre la mesa que ocupamos aquel día y se la señalo al camarero que me conduce hasta ella. Antes de conocer a Teseo yo había tenido historias con otros hombres, siempre breves, nunca había sentido la impresión que tuve aquel día de estar sentada frente al hombre de mi vida, el definitivo, el que llevaba aguardándome desde el principio de los tiempos, el que yo esperaba desde siempre. Estoy convencida de que hubo verdad en ese encuentro y que no era ficticia la luz que nos envolvía, el imán que nos empujaba el uno hacia el otro. Más tarde vino la contrapartida, pero aquel momento fue auténtico, y lo revivo en todo su esplendor como si Teseo todavía fuera aquel joven bastante más esbelto, con ojos negros soñadores y esa voz profunda con que iba desvelando sus recuerdos. Todo ello sigue latente en este lugar al que nunca antes había regresado. El camarero sonrío a mi sonrisa, y me sirve el primer plato.

Me he citado con Lucas, el Pitágoras, en el Jardín botánico. A menudo celebramos ahí nuestros encuentros. Llego una hora antes, voluntariamente. Me gusta este descanso entre flores y árboles conocidos. Me siento en un banco para recibir la caricia del sol frente a la airosa escultura de Carlos III. Creo que es la única representación de este monarca que me gusta, porque muestra su dinamismo, su inteligencia y apoyo a las artes. Pitágoras me encuentra medio dormida, con los ojos cerrados recibiendo el pálido sol en la cara. Se sienta silenciosamente a mi lado.

—Hola, Lucas.

—No quería despertarte.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—No estoy dormida, pero me siento bien así.

Lucas abre una carpeta que lleva bajo el brazo y se pone a repasar unos papeles. Es el hombre más paciente que conozco. Nunca se aburre porque tiene sus números para acompañarle. Sin incorporarme, le hablo de Sándor, del Pozo del cielo y del efecto que ha producido esa obra en mí. Me pide que le dibuje la disposición de los elementos. Hago algunos trazos en su papel tratando de recordar el montaje de las cuerdas en torno al ojo del hombre-luna.

—Parece un enrejado —me dice Lucas— con un núcleo vacío donde situas el ojo del hombre-luna. Me gustaría verlo algún día. ¿Te has fijado en el número de piezas que componen la obra?

—No. Me he fijado en otras cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Una armonía.

—Para que haya armonía tiene que haber un conjunto equilibrado. Y el equilibrio está en el número y la forma geométrica.

—Creo que Sándor y tú os entenderíais.

Pitágoras se queda de pronto embelesado con la geometría de una planta. Se levanta, se acerca, se arrodilla frente a ella para observarla mejor. Yo vuelvo a cerrar los ojos para sentir de nuevo la caricia del sol.

Antes de regresar a la casa de Ludmila paso por la mía para comprobar que todo sigue en orden y para depositar mi nueva entrega. Me acuesto con sensación de plenitud.

El laberinto de Teseo, V

Justo cuando empieza a arrepentirse de haber llamado, se abre la puerta y aparece la sonrisa blanca del ejecutivo.

—Pase usted, don Andrés.

—¿Cómo sabe que me llamo Andrés? ¿Es esta una empresa de espionaje?

—Por Dios, don Andrés, no diga usted esas cosas. Antes de abordar a un posible cliente, nos enteramos de quién es, y de cuál es su dedicación. Comprenderá que no nos acercamos a cualquiera.

—Entonces, señor...

—García, Alejandro García.

—¿Ya sabe usted lo que necesito?

—No, eso no. Eso nos lo tiene que decir usted.

—¿A quién?

—A nosotros... Bueno, a mí.

Andrés no se fía del hombre que tiene delante, y no quiere dar demasiados detalles de su empresa.

—Dígame lo que usted ofrece y le diré si me conviene.

—Sería más práctico que hablara usted, porque yo puedo contactar con cualquier profesional que usted requiera.

Llaman al timbre de la puerta. Alejandro García se levanta presuroso para abrir, como liberado de una carga que le cuesta llevar él solo.

—Hola, Noelia. Pasa. Todavía no tengo nada para ti, a menos que reúnas las condiciones que este señor necesita.

Noelia sonríe hacia Andrés.

—¡Ojalá! Porque estoy deseando ponerme a trabajar.

A Andrés le gusta esa respuesta, y también el aspecto físico de Noelia y su talante decidido.

—¿Qué necesita usted exactamente?

—Yo busco a alguien para que lleve las cuentas de mi empresa, que atienda el teléfono y que sepa resolver algunos asuntos cuando yo viajo. Mi trabajo es comercial, y tengo que desplazarme con frecuencia para supervisar la instalación de los aparatos que vendo. Me imagino que el señor García podrá darle toda clase de detalles, ¿no es así?

—¿Quién? —pregunta Noelia, al tiempo que el señor García contesta apresuradamente.

—Bueno, tanto como conocer los detalles, no, pero tenemos idea del tema al que se dedica.

—Si usted quiere —le dice Noelia—, yo podría probar a ocupar ese puesto. He estudiado secretariado internacional. Me defiendo bien en inglés y francés, y por supuesto, sé contabilidad, tengo nociones de derecho mercantil...

—Quizá sea demasiado para mí. Me encantaría poder permitirme tener una persona con tantos conocimientos, pero en este momento, tal como está el mercado, no creo que lo pueda hacer.

—¿No hay ninguna oferta más? —pregunta Noelia a Alejandro.

—No. Está todo paradísimo.

Noelia se vuelve hacia Andrés.

—Bueno... —Titubea él—. Si quiere hablamos, y tratamos de entendernos.

—¿Cuándo podemos tener la entrevista?

—Le advierto que yo no puedo pagar lo que usted con su preparación parece merecer. Yo no necesito tanto. Pero si insiste, le propongo que venga a mi oficina el jueves por la mañana. Allí le informaré de cuáles serían sus tareas. —Andrés saca una tarjeta de su cartera y se la entrega a Noelia. Ella la examina.

—¿A qué hora le parece que quedemos?

—A las diez, si usted puede.

No sabe por qué, la desconfianza que le inspira el tal Alejandro se ha diluido frente a Noelia. Sin embargo, al salir a la calle, vuelve a recuperarla. Está prácticamente seguro de que esa oficina es un montaje, surgido de la nada. Pero la chica le ha caído bien, y además, sería absurdo que alguien quisiera atraparle para engañarle. Son compañías que nacen seguramente de la necesidad del momento. Él apenas tiene liquidez en la empresa y su contabilidad es transparente, de que así sea se ha ocupado Ariadna. Desde que ella dejó de hacerlo, las cosas están más liadas, pero puede hacer borrón y cuenta nueva. Por otra parte, un espionaje en su empresa parece absurdo, a menos que quieran averiguar a quién y a cuánto compra él en China los paneles solares, aunque él tuvo conocimiento de la empresa china por internet, o sea que no tiene misterio. Lo preocupante es el parón que hay ahora en los pedidos que le limita a la hora de adquirir compromisos. No, de momento él no puede ampliar los gastos porque se anuncian tiempos difíciles y el futuro es imprevisible. La preparación de Noelia le pareció apabullante en un primer momento, pero, en realidad, la de Ariadna es incluso superior.

Le gusta tener cosas que resolver, decisiones que tomar, a pesar de lo negro que se presenta el panorama. Por lo menos eso le obliga a estar activo y dejar de pensar en sus avatares amorosos. Pasa la mañana en la oficina haciendo llamadas y ordenando sus facturas.

Pero no todo es tan fácil como le parece en un principio. Al llegar a casa se encuentra con dos sobres más de «El hilo de Ariadna». Ya no siente rechazo por los escritos. Le parecen una novela por entregas, y como últimamente no ha podido concentrarse en ninguna lectura, por lo menos esta es una tarea obligada, porque el tema sigue interesándole ya que su vida forma parte de la trama. Recoge también de la mesa del despacho la carta escrita para él en el pasado. Está dispuesto a agotar todos los recursos para solucionar el misterio, para dar con la clave oculta que le mantiene paralizado. Hasta que Florinda no aparezca, no podrá tomar decisiones definitivas.

Una señal que indica una mejoría en el ánimo de ella es que no ha vuelto a coger la aspiradora. Todo está tal como él lo deja, con la única diferencia de los escritos que aparecen con

cierta regularidad. Empieza a apetecerle cuidar de la casa, dejarle también a ella señales de su cariño y su cuidado. Desde el momento en que se casó, no volvió a ocuparse de esas labores que siempre le han parecido tediosas y cargantes. Incluso ahora ha tenido la tentación de buscar una asistenta para que hiciera una limpieza. Pero se ha detenido por miedo al gasto y lo está haciendo él mismo y se alegra. Va viendo que le gusta imaginar la satisfacción de Ariadna de encontrar la casa acogedora, además del placer de poder demostrarle que él también es capaz de conseguirlo. En alguna parte ha leído que la mejor manera de superar la ausencia de una persona es la de suplantarla. Mientras limpia el polvo y pasa la aspiradora, hace cálculos mentales de su situación económica. No cree que Isabel vaya a ofrecerle mucho por la mitad del piso, le dirá que los tiempos no son buenos, y él no le va a discutir el precio que le ofrezca, ya que no cree merecer nada. Confía algo en la suerte que a veces llama a la puerta de forma inesperada. Quizá pueda formar con Noelia un buen equipo, y él moverse más, y descubrir otros mercados.

Desenchufa el aspirador y lo guarda en su sitio. Se sienta en un sillón de la sala. Encima de la mesa le espera la carta que le llega con años de retraso.

31 octubre 2008

Escribo para desahogarme. Para que se me vaya en frases toda la angustia y pueda por fin conciliar el sueño. Es muy tarde ya. Tuve un día espantoso: malísimas noticias de mi padre, otro ataque de hígado a causa de la bebida, por supuesto no me enteré por mi madre sino por mi hermano Jonás que estaba con ellos. Dolor de cabeza producido por la gripe; un día de trabajo insoportable. Cada vez estoy más harta de estar tanto tiempo encerrada en esa empresa. Mañana me daré de baja por gripe y ya me estoy imaginando la que se va a armar...

Pero a lo largo del día me guiaba un pensamiento risueño, una imagen cálida. A las ocho y media de la tarde, tú estarías en mi casa, abrirías la puerta cuando yo llegara, y me abrazarías y me besarías. Esperaba con ilusión que me comunicaras por fin lo que yo tanto deseo oír. Quería que me dijeras que no es tan negra la vida como en algunos días se nos antoja; que viviremos juntos y para siempre el uno con el otro, libres de esta situación falsa que tanto nos disgusta; que ya está todo en marcha, que lo has conseguido.

Llegué a casa llena de ilusión. Ya desde la calle vi las ventanas oscuras. De todas formas llamé al timbre como había imaginado. Lo pulsé varias veces pero nadie abrió la puerta. Hacía un viento frío que me hizo tiritar.

Se me encogió el corazón de miedo y me sentí tan sola y tan desconsolada como en mis peores momentos cuando compruebo que toda mi entrega y esfuerzo no han servido para nada.

Entré en casa con el corazón roto. Poco después sonó el teléfono. Tu voz era pastosa, sorda. La llamada me recordó aquella noche en que estabas deprimido y no dejabas de beber. Y yo solo esperaba que volvieras a ti, y tú te perdías en una bruma pegajosa, en un ir y venir agitado y vacío, en un incesante atentado contra la belleza y la ilusión. Yo he sufrido demasiado con ese tema, Andrés. He vivido la repentina soledad que sobre nosotros se abate cuando un ser amado deja de existir para convertirse, aunque sea por breves momentos, en lo más espantoso. He visto con mis ojos de niña y de adolescente cómo a mi alrededor se desmoronaba la vida perdiendo su forma, su matiz y su ritmo, en una cacofonía de chillidos, de extravagancias, de locuras.

Y no quiero volver a sufrir esas tremendas soledades, esos miedos, esas angustias ni por un momento.

Ahora no sabría, no podría soportarlo. Por eso, Andrés, si me prefieres a mí a la satisfacción o al disgusto, a la excitación o la tristeza que te puede producir el alcohol, tienes que prometerme que nunca más, bajo ningún pretexto, ni con ningún motivo, volverás a beber.

Yo desearía tanto, ¡tanto!, poder confiar, ilusionarme por la vida y ver por mis propios ojos, sentir con el ritmo de la sangre, que no es eterna la maldición que sobre mí pesa y que no se deshace en humo, o cae roto en pedazos cada momento feliz, cada ilusión, cada anhelo — quedando yo totalmente sola en medio de escombros y cenizas—. Desearía que fueses capaz de comprenderme. Si no es así, prefiero seguir sola, luchar sola, no esperar nada, agradecerme todo a mí misma.

El pasado le hiere de nuevo, desde un lugar que él tenía resguardado de todo mal. Su relación con Ariadna había comenzado en el mes de agosto del año anterior a esta carta. Él pensó que los dos primeros años habían sido excelentes. El dolor y el malestar los había colocado mucho después. Las cartas de Ariadna le están recordando que eso no es cierto. Que hubo momentos maravillosos, eso es indudable, y que la pasión de sus cuerpos lograba borrar los temas que estaban presentes. Él tampoco recordaba haber tenido problemas con la bebida antes de meterse en el lío de las fiestas de empresa. Y, sin embargo, ahora recuerda bien aquel día que ella describe en su carta. Y también el día anterior en que él tuvo la certeza de que daría el paso de separarse de Isabel y así cumplir su promesa. Fue después de uno de esos momentos de unión profunda con Ariadna. Se lo anunció con la seguridad de que lo haría. Le dijo que al día siguiente ya estarían libres de mentiras y de ocultaciones. Y ella creyó en él. Él se había separado de ella con esa determinación. Pero al despertar el día siguiente apareció esa señal subrepticia de peligro, y no pudo dar el paso que había prometido. Tampoco podía afrontar su incapacidad, y por eso recurrió a la bebida que le alejaba de toda responsabilidad. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso? Ese tiempo pasado empieza a incomodarle profundamente. Comprende lo que quiere decir la vecina con lo del martillo y el yunque. Aunque paciencia no le ha faltado. Ahora se trata de que aparezca Ariadna de una vez. Tiene que descubrir los hilos del engranaje de esta extraña historia de doña Flor y el marmolista. Abre los dos sobres y une los escritos en uno solo.

A medida que avanza en la lectura aumenta su nerviosismo. ¿Estará metida en un lío? Realmente no sabe qué clase de juego es este. Ninguno de los datos que le ofrece resultan ser verdad. Por lo tanto ¿qué significa toda esta historia, y qué estará haciendo Ariadna mientras tanto? ¿La estará envenenando el dichoso Sándor con esos tés que le prepara? Puede que lo de la galería de arte sea una pista que ella le da para que la encuentre. Podría ser también que le esté tomando el pelo. No le pasa por alto la visita a Augusto que él había pronosticado, aunque la persona con la que se reunía Florinda no se llama así, no recuerda el nombre pero no es ese, como tampoco era La Mallorquina el punto de encuentro. Por ese lado le es difícil averiguar algo porque ya sabe que los datos están trastocados. Irá en busca de la dichosa galería en la plaza de París. Es para él todo un desafío acercarse a esa zona que le va a remover recuerdos de la infancia, pero siente una necesidad urgente de hacerlo. Se va a enfrentar a un fantasma que ya no tiene peso pero que sigue presente. ¿Le estará guiando Ariadna por ese camino? ¿O será su padre *** NO HAY *** le está ayudando desde otra dimensión? Tantas veces él pidió su auxilio en

silencio, y quizás ahora, en silencio él esté respondiendo.

Come algo rápido en un mesón cercano y se pasa por la oficina. Se entretiene repasando la base de datos de los clientes en el ordenador y tomando algunas notas para su cita con Noelia al día siguiente. Las cuentas, tal como aparecen ahí, están claras. Tiene tesorería prevista para gastos, aunque no demasiado abundante. Ariadna iba poco por la oficina. Ella no podía soportar el desorden de los papeles, y nunca quiso intervenir en labores de clasificación. Esa parte le corresponde a él, y cuando se le atrasa como ahora, la mesa del despacho desborda por todas partes. A Noelia puede endosarle ese trabajo, parece una persona eficaz y dispuesta. Pero no puede entregarle un caos semejante. Se entretiene durante un par de horas en romper y ordenar. De pronto le asalta de nuevo la inquietud. Son las seis y media y le parece que es buena hora para acercarse a la galería. Cierra el despacho y se dirige en coche a la plaza de París. La suerte le depara, por puro milagro, una plaza de aparcamiento en una calle próxima. Le parece buena señal. Antes de bajarse del coche se mira en el espejo retrovisor. De pronto le preocupa su aspecto, ¿cómo será *madame* Ludmila? La imagina una señora elegante y refinada. Le da un poco de vergüenza presentarse con la pinta que lleva. Desde que ha vuelto de China no se ha cortado el pelo, y hace un par de semanas que lo necesita. Se peina un poco con los dedos. Al bajar del coche sacude el polvo del traje, como si fuera a presentarse a una entrevista de trabajo. Está casi seguro de que no va a encontrarse con Ariadna. Por lo que ella ha escrito, parece improbable, pero ¿quién sabe? Lo importante es encontrar a alguien que le ofrezca algún dato. No le queda la menor duda de la autoría de los escritos de Ariadna. Su letra es inconfundible, y el estilo también. Y nadie que no sea ella puede hablar de esas sensaciones y rarezas que son típicamente suyas. La conoce mucho mejor de lo que ella piensa, a pesar de no ser un conversador como el tal Sándor. Él es de la teoría de que basta con vivir con la persona y sentirse el uno al otro. Lo de hablar solo sirve para liar las cosas. El marmolista es un liante, y Dios sabe hacia dónde está conduciendo a Ariadna. No quiere ponerse nervioso antes de hablar con la galerista, últimamente se excita con demasiada facilidad.

Sube la escalera que le conduce a la plaza de París. Todo le parece pequeño desde su estatura de adulto. Recordaba la plaza más amplia, y también la pista de patinaje donde jugó de niño. No se siente identificado con aquel chaval solitario que bajaba deslizándose por la calle Génova, sorteando a los viandantes que a veces protestaban. No era muy frecuente entonces el uso del monopatín. A él se lo regaló Fred, un americano que trabajaba en la misma empresa que su madre y con el que ella mantuvo una relación amorosa durante poco más de un año. Fue el único novio de su madre que se interesó por él. A los demás casi no los conoció, se reunían con ella fuera de la casa, de ahí que pasara él tantas tardes solo. El *skateboard* y las llaves de su padre fueron su salvación. Fred era un entusiasta patinador, y le dio las primeras lecciones además de informarle sobre las diferentes clases de tablas y sus particularidades. No es que se hicieran muy amigos. A él le parecía que Fred le utilizaba de excusa para alejarse de vez en cuando de la madre y patinar a su gusto. Cuando Fred desapareció de su vida (cree que regresó a su país), él ya se consideraba un experto. Le gustó ese deporte de inmediato porque siendo *skater* se sentía diferente, además de que podía practicar en solitario. No necesita a nadie para seguir avanzando. Al principio, salía a patinar por la calle a escondidas de la madre, después cuando su madre le matriculó en las clases de idioma en el Instituto Francés, continuó con su costumbre sin necesidad de ocultarse. Llegaba hasta la plaza de París y tenía media hora para entretenerse un poco en la pista, luego iba a la

clase de francés en el Instituto de la calle Marqués de la Ensenada, y de nuevo a la pista por lo menos una hora. Debía de tener por entonces once o doce años. Tuvo un amigo en aquel tiempo, un amigo de verdad. Aunque lo más probable es que si ahora se encontrara con él, no tendrían nada que ver el uno con el otro. Los afectos pertenecen al tiempo en que se viven, aunque Florinda se empeñe en querer perpetuarlos. Cuando le habló de esa amistad, ella le acribilló a preguntas. ¿No podría dar con su paradero, saber qué había sido de él? Él no quería nada de eso. Prefería conservar los recuerdos a su manera.

La visita a la plaza de París, sin embargo, remueve esas escenas arrinconadas, aprisionadas en los cajones de su memoria. Los bancos de madera siguen ocupando el mismo lugar en esa plaza empedregada frente a su recuerdo. Pedro era un niño gordito que, cuando le veía aparecer, corría a instalarse en uno de los bancos, concretamente en aquel banco de la esquina, para verle patinar. Andrés no sabe cómo consiguió despertar en el niño esa admiración, seguramente lo hizo su orgullo de patinador, su engreimiento. Si de algo podía él presumir era de su fuerza física y de su habilidad en los deportes. A cambio le faltaban la constancia y la disciplina. Por eso nunca buscó unirse a un equipo deportivo. El monopatín le daba la satisfacción de la práctica individual. Descubrió también que era muy estimulante sentirse observado y admirado. Para su espectador, él se esforzaba en practicar los trucos y las combinaciones que le había enseñado Fred, además de otras piruetas que improvisaba. Cuando se hicieron amigos, Perico le dijo que él adivinaba siempre las piruetas que él haría a partir del salto, como si consiguiera leer su pensamiento y adivinar su intención. Era para él un juego apasionante. Ya le sentía como amigo antes de que hablaran porque le adivinaba. Entonces no le chocaron las palabras de Perico pero ahora le sorprenden al recordarlas. Ciertamente la amistad se iba creando sola, sin palabras. Cada vez que daba una vuelta, se encontraba con la mirada del gordito. Y esa mirada le daba la medida de su importancia. Un día, antes de meterse en la pista se acercó a él y le preguntó por qué no se animaba a patinar. Perico contestó que nunca lo había intentado porque se sentía torpe, y Andrés se ofreció a enseñarle. El niño no tenía tabla, y él le prestó la suya. Ahora se da cuenta de que con Perico, él también fue Teseo, y que desplegó para él todas sus habilidades. La aparente generosidad era una de ellas, aunque en realidad lo que él buscaba era prolongar esa amistad que había nacido espontáneamente. Perico era torpe, y después de unas cuantas lecciones le confesó que disfrutaba más viendo cómo él lo hacía que intentándolo él mismo. Entonces Andrés siguió patinando orgullosamente para su espectador, procurando hacer saltos cada vez más difíciles para admirar al niño. Cuando pasaba cerca de él, se saludaban, y cuando terminaba, se sentaba un rato con él y conversaban e incluso a menudo compartían el bocadillo de Pedro. En aquellos años de crecimiento él pasaba hambre. Comía vorazmente a la hora de las comidas, pero después la madre cerraba los alimentos bajo llave sin tener en cuenta que el tamaño de Andrés era superior al de los niños de su edad y sus necesidades también. Nunca habló con Perico de temas personales, ninguno de los dos debía de estar demasiado satisfecho con su vida. Lo pasaban bien juntos. Andrés fue reduciendo el tiempo de patinaje para hacer otras cosas con su amigo. Pedro le explicó que su padre trabajaba en el Tribunal Supremo. No le dijo en qué ni a él le importaba. Le conocían los ordenanzas o policías que vigilaban la puerta, e incluso se ofrecían a guardarles la tabla cuando querían ir a dar una vuelta por el barrio. Pero eso no era frecuente porque la plaza tenía suficientes atractivos para los dos niños. Existía allí un mundo desconocido para la mayor parte de los paseantes, el mundo de los vagabundos que ocupaban los bancos cuando las niñas

desaparecían. Pedro le presentó a Francisco con quien mantenía una relación de amistad. El vagabundo y el niño se conocían de años. Pedro vivía en la calle General Castaños, y la plaza era como el jardín de su casa. El vagabundo bebía vino de una botella de plástico y les contaba muchos disparates que a ellos les divertían, y a veces, cuando estaba más sobrio, les hablaba de su filosofía de la vida que Andrés compartía. Decía que prefería dormir al sereno, aún en las noches heladas de invierno, a encerrarse en un lugar regentado por otros y lleno de borrachos que tosían y maldecían por la noche. Seguramente debido a los encierros a los que le había sometido su madre, Andrés entendía muy bien esas ideas vagabundas, y pensaba que si alguna vez la vida le conducía como a Francisco a la miseria, él también escogería un banco de la plaza de París para dormir. Francisco les ofrecía de vez en cuando beber de la botella, pero él nunca aceptó. Perico bebía un sorbito por contentar a su amigo vagabundo, pero él se sentía incapaz de hacer ese esfuerzo. Cuando Andrés tenía que regresar a casa, dejaba a Pedro sentado en el banco charlando con Francisco. Decía que esperaba a su padre. A la madre nunca la mencionó. Quizás había muerto o por alguna razón no se podía ocupar de él. Aunque no hablaban de temas personales, seguramente sentían que algo tenían en común.

Ese tipo de relación era la ideal para él, y la que había querido crear con Ariadna. Una relación de presente, sin tener en cuenta pasado ni futuro: una escapada secreta de la insatisfactoria vida cotidiana. Con su amigo había funcionado porque los dos buscaban lo mismo. Con Ariadna, sin embargo, empezaron a estropearse los encuentros cuando ella se empeñó en reclamar lo que él torpemente le había ofrecido el primer día y que no se correspondía con su limitada realidad. En los dos años que duró su amistad, Pedro fue cambiando de aspecto. Creció repentinamente y adelgazó. Fue el cambio más espectacular que él había observado entre los niños de su edad. Un día Andrés le animó a que volviera a probar el monopatín y se dieron cuenta de que aguantaba mucho mejor. Se acercaba el final de curso y, como si intuyeran que no iban a volver a verse, Pedro y él estrecharon su amistad en los últimos meses. Su amigo tenía una madurez y un conocimiento de la plaza que hacía que tomara él todas las iniciativas, pero esos últimos días los dedicaron casi por entero al entrenamiento de Pedro. Un día apareció el chico con una tabla nueva y cara de inmensa satisfacción. Era una tabla de plástico, no tan buena como la de madera de Andrés. Se la había comprado su padre, y se turnaban a utilizar una y otra porque la de madera tenía mejor respuesta. Conocieron a unas jovencitas patinadoras que se reían mucho y se deslizaban en cadena con una agilidad prodigiosa. Solo tuvo tiempo Andrés de iniciar una amistad cargada de sensaciones nuevas. Llegó el verano, y la madre le mandó, como todos los años, de veraneo con su tía y sus primos. Ese año vivió también en la playa su primer enamoramiento, y pudo con ello olvidar con mayor facilidad las amistades que dejaba atrás.

Al regreso del verano su madre consideró que ya había aprendido suficiente francés y le buscó alumnos para que les diera clases particulares en sus casas. Ya no tuvo ocasión de volver a la plaza a patinar, y otros asuntos y amistades le condujeron a olvidar a Perico.

Recorre la calle General Castaños, y efectivamente encuentra una galería de arte que antes no existía, pero no se trata de un local en obras, sino de una galería abierta al público y con una exposición de pintura que, desde fuera, parece atractiva. Esto le sorprende, pero los escritos de Ariadna son tan misteriosos que deduce que puedan estar desplazados en el tiempo.

No es Ariadna quien está al cuidado de la galería, y la joven que le atiende le dice que la dueña no se llama Ludmila sino Marta, y que hoy no ha podido venir. Si quiere encontrarse con

ella debe regresar otro día. Él se para a contemplar los cuadros. Es pintura abstracta y muy colorista. Le gusta la exposición y pasa en la galería un rato largo y agradable. Después sale de nuevo a la plaza de París. Ha anochecido. No le apetece volver a su casa. Se sienta en el banco de Pedro y desde ese puesto contempla las luces encendidas de la galería y los cuadros de colores vivos que aparecen entre las ramas de los árboles. De pronto le entra una terrible nostalgia, no sabe de qué exactamente, quizá de Ariadna, de la época en que se quisieron, de su personalidad peculiar, del papel protector que él ejerció con ella, de lo mucho que la quiso, y de lo cobarde que fue en realidad. La pérdida del amor le parece un castigo a su falta de cuidado. Ya no está el vagabundo Francisco, pero otros han ocupado su lugar. Hay una mujer solitaria en un banco. Piensa que no es demasiado vieja aunque se la ve muy descuidada y sucia. Por los rasgos de su cara se puede deducir que en un tiempo pudo ser hermosa. Ve los estragos irreparables que el alcohol ha dejado en todos ellos y cómo de vez en cuando se pelean por escurrir la última gota de una botella. Se siente mal y se retira de allí para no perder la agradable sensación que le había proporcionado el recuerdo de su amistad pasada.

Al día siguiente regresa a la plaza y se encuentra con la galerista. Desde luego no es ella la *madame* Ludmila que él había imaginado. Es una mujer joven y guapa, sin rastro de acento. Le dice que la galería lleva un par de meses abierta y que no hay en la plaza ninguna otra, ni siquiera en proyecto. Conoce bastante bien a la gente de su profesión y nunca ha oído nombrar a Ludmila ni a Sándor. Lo siente, no puede ayudarle. Parece interesada por el caso que Andrés le explica de forma muy resumida y dice para tranquilizarle que indagará un poco, pidiéndole que vuelva dentro de unos días por si ha conseguido alguna información que pueda servirle. Andrés insiste, ¿no conoce ella a Florinda? Si se trata de una broma que le están gastando, él pide, por favor, que se lo aclaren de una vez. Está empezando a sufrir de verdad. Marta le mira con cara de preocupación. «Seguramente me estará tomando por loco», piensa Andrés, y la verdad, es que no le extraña.

Noelia acude a la oficina el jueves, a la hora fijada. Andrés está cansado. La víspera ha estado bebiendo en solitario hasta tarde, y esa es para él la peor forma de beber porque le falta el mecanismo que le avise que está traspasando la frontera y una vez rebasado ese límite suelta el control y bebe hasta perder el sentido.

Anoche no sabe ni cómo llegó a casa de Ariadna. Por respeto a ella no se ha atrevido a introducir alcohol en la casa, y eso hace que viva situaciones desagradables en los bares y que luego olvide lo que ha ocurrido.

Ha permanecido mucho tiempo bajo la ducha, pero no ha conseguido quitarse las huellas de la noche anterior. Ahora preferiría haber citado a Noelia por la tarde para poder recibirla en condiciones, incluso después de haber ido por la mañana a cortarse ese pelo que le está creciendo anárquicamente. Pero no le queda más remedio que presentarse a ella con ese aspecto desastroso.

Noelia no parece prestar atención a su apariencia, y escucha con mucha atención lo que él quiere comunicarle de la empresa. No le extraña que le cueste entenderle. Él sabe que no se está expresando bien. Aunque parezca totalmente sereno, algo muy profundo en su cerebro tarda en recuperarse después de una alta ingestión de alcohol. No tiene la agilidad que maneja en otros momentos, ni el encanto, de eso está seguro porque Ariadna se lo repitió hasta la saciedad. Se da

cuenta de que está siendo torpe hasta en la oferta de salario, que ella acoge con risita burlona.

—Tenía usted razón, señor. Con ese salario no puedo aceptar un trabajo de jornada completa. ¿Imagina que con eso pueda pagar un alquiler y alimentarme todos los días? No. Me gusta el trabajo y creo que podría colaborar con usted, pero necesito vivir. Le diré a Alejandro que busque otra persona que pueda permitirse trabajar en esas condiciones.

No, él no quiere a otra persona. Quizá por ese empeño machacón que también le da la bebida, está convencido de que tiene que ser Noelia quien le ayude en el trabajo. ¿Cuánto le ha ofrecido? La verdad, es que ahora no puede ni acordarse. Como tampoco se acuerda de lo que bebió la noche anterior. Después de estar en la plaza de París, se fue andando por la calle Génova hacia su antigua casa. Revivió en ese paseo su rabia de entonces, esa inseguridad con la que no deseaba encontrarse de nuevo. No sabe si fue un error hacer ese recorrido que le condujo a un bar para atiborrarse de güisquis.

—¿Se encuentra usted bien?

Andrés se da cuenta de que se ha quedado mirando a un punto fijo sin dar respuesta a Noelia.

—Sí, sí, me encuentro muy bien —reacciona con presteza—. Estaba haciendo cálculos. ¿Qué le parecería aceptar por ese sueldo parte del empleo? Podría usted trabajar con el ordenador en su propia casa, yo le mandaría los datos por Internet y usted llevaría la contabilidad. De la oficina me ocuparía yo.

—Eso me parece aceptable porque podría combinarlo con otras tareas. ¿Sería para usted suficiente?

—Sí, de hecho es la forma en que lo hacía la antigua empleada —le parece casi un insulto llamar a Ariadna empleada, pero ¿qué va a hacer? No va a darle a Noelia explicaciones de su vida—. Lo que me ha ocurrido, es que al darme usted... ¿Puedo llamarla de tú?

—Sí, puedes. —Noelia adopta en ese mismo instante la misma fórmula para dirigirse a él.

—Al darme los detalles de tu preparación, me parecía un desperdicio desaprovecharla, y me he hecho un lío. Lo siento. Si aceptas mi nueva propuesta, creo que puede funcionar de momento. Prometo trabajar firme para subir de nivel hasta conseguir contratarte a tiempo completo.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—En cuanto puedas. Me urge ponerme las pilas, y lo mío, como te dije, es el tema comercial.

—Más o menos me he hecho una idea del negocio de tu empresa, aunque tengo varias preguntas que hacerte. Te las pasaré por escrito en un correo para que las contestes cuando te venga bien.

Es evidente que Noelia se ha dado cuenta de que este no es el mejor momento.

—De acuerdo, lo haré. Pero me gustaría verte de vez en cuando, para comentar directamente los temas...

—Eso aumenta el precio de mi contrato en una cena semanal. Y te advierto —añade riendo—, que a la hora de la cena es cuando más apetito tengo. ¿Qué te parece la oferta?

—¿Tiene que ser en un restaurante caro? —Andrés está encantado pero finge asustarse.

—No necesariamente, pero sí bien seleccionado. No siempre los más caros son los mejores. Lo que no acepto es cualquier tabernucha de mala muerte. Quiero decir, que te lo tienes que currar.

A Andrés le gustan Noelia y su propuesta. Sabe que va a esperar la noche de la cena con ilusión para romper el aislamiento en que se encuentra. Ha perdido de golpe las referencias no solo de una vida sino de una doble vida. Y amigos de verdad, no tiene. Solo le quedan algunos

compañeros de su época universitaria, a los que arrastra de vez en cuando a una noche de borrachera. No ha sabido mantener otra clase de relación, por lo que todos se están apartando poco a poco de él. Son hombres que están entrando en la madurez de su vida, con trabajos absorbentes y niños en casa, ya pocos quedan que se puedan permitir las juergas.

—Entonces me voy, señor Aranda, ¿o te puedo llamar Andrés?

—Sí, por supuesto, llámame Andrés. —Se lo dice con tono inseguro. No sabe si está dando demasiadas confianzas a una persona que va a trabajar para él. No sabe nada porque no puede pensar. En todo caso, ya está hecho.

—Adiós, Andrés. Espero tus noticias.

Noelia es firme y tajante. No se anda con chiquitas. Ahora le da vergüenza el sueldo que le ha ofrecido para la cantidad de trabajo que le había propuesto. Y es que se iba animando por la actitud de ella, le parecía que con su ayuda podía dar un gran salto adelante con la empresa. Y el sueldo, la verdad, es que ni lo pensó. Lo había fijado cuando imaginó la entrevista. No le iba a ofrecer lo mismo que a Ariadna, porque la situación era muy diferente. Sin embargo, Ariadna trabajaba solo a tiempo parcial. La verdad, es que no tiene la cabeza para pensar tanto.

Le gustaría recuperar la generosidad, pero eso no es fácil, para eso uno tiene que apreciarse. Con Ariadna él construyó un cierto amor a sí mismo que le permitió ser generoso y querer de verdad. Vuelve a asaltarle la imagen de la pantalla: Ariadna soltando su mano ardiente de la suya, y su sonrisa amplia al girar la cara hacia el otro lado. Fueron unos días de amor y de entrega. Ella enfermó debido a la tensión nerviosa, y él dejó todo por cuidarla. Inventó un viaje imaginario y urgente y se trasladó a casa de su amante. Tenía una fiebre altísima y desvariaba. Hablaba de cosas extrañas, más o menos como ahora. Entonces no se fijó en lo que decía porque le parecía producto de la fiebre.

En aquellos días, él sufría y amaba. No se separó de su lado hasta que la vio emerger de la enfermedad, como ahora tampoco puede dejar la casa hasta que se aclare el misterio de su desaparición. Los temas de Ariadna, siempre tan extraños. El médico de cabecera no daba con un diagnóstico, solo el naturista, conocido de ella, dictaminó que se trataba de una acumulación de tensión nerviosa. Él, al principio no confiaba, pero ella sí, y con los cuidados del naturista fue saliendo poco a poco del estado febril hasta recuperarse totalmente. Ahora le parece ridículo hasta esa sensación de angustia que él vivió cuando ella soltó su mano y él sintió el vacío de su ausencia. Más adelante ella, como explicación, le habló de un paisaje al que conseguía acceder cuando la vida la presionaba excesivamente. A él le desazonaban esas razones.

¿Y si se hubiera retirado definitivamente a ese paisaje? Teseo aparta con rotundidad esos pensamientos absurdos que van a volverle loco.

Por la tarde decide regresar a la plaza de París. No para visitar a la galerista, es demasiado pronto, le dijo que esperara unos días. Solo para estar ahí, para recuperar esa otra parte de sí mismo que dejó olvidada, para recordarse que aún antes de conocer a Ariadna él ya era Teseo y había alguien que le quería y admiraba. El banco de Pedro está ocupado por una chica sudamericana que cuida a unos niños. Eso le incomoda. Imagina que la muchacha se irá pronto porque el sol se ha retirado y los niños son pequeños. En otro banco próximo hay un señor mayor sentado en una punta, Andrés se acerca y se sienta al otro extremo esperando que se vayan la chica

y los niños. Pero no parecen tener prisa. Se pone nervioso. Le gustaría saber hacer algo que los espantara de allí. Los niños no parecen cansados y juegan sentados en el suelo con palos y hojas. Afortunadamente la armonía no dura mucho. Los niños acaban peleándose y llorando el más pequeño. La chica se levanta con gesto cansado y los separa. Coge a cada uno de una mano y se alejan de allí. Andrés hace un esfuerzo por contenerse y no precipitarse a coger su sitio. Le avergüenza un poco su ansiedad. Tiene la impresión de estarse convirtiendo en uno de los vagabundos de la plaza de París, con un sentimiento similar de propiedad sobre su banco.

La plaza se va quedando vacía. Solo quedan él y los vagabundos, que se parecen mucho a los que conoció en el pasado. Las hojas secas de los plátanos cubren el suelo. A esa hora él se despedía de Perico, y este se acercaba a Francisco para pasar el rato hasta que saliera su padre. ¿Qué vida era más solitaria, la suya o la de Pedro? Quizá Pedro, o Perico como él le llamaba, fuera más feliz. Lo piensa por su facilidad en hacer amistades y en relacionarse con todo tipo de personas. Él, sin embargo, necesita intermediarios para crear amistad. Tiene cierta facilidad para las relaciones comerciales, pero nunca ha dado el paso de implicarse anímicamente con nadie del mundo laboral. El único, quizá, Lorenzo, el tío de Isabel, pero más que amistad, lo que siente Andrés por ese hombre es una admiración profunda. Lorenzo es un hombre solitario, pero de una forma distinta. Andrés siempre está rodeado de gente: alternando para su negocio con unos y otros; dos mujeres a su disposición y últimamente varias más. Y, sin embargo, salvo en los mejores momentos con Ariadna, siempre se ha sentido solo.

Siendo aún muy joven, cuando tuvo suficientes alumnos para poderse pagar una habitación, le comunicó a su madre que quería vivir por su cuenta. Tal como imaginaba, a la madre le pareció bien. Mientras él hacía la mudanza, seleccionando y recogiendo sus pertenencias sin prisa, su madre le apremió porque había alquilado su habitación a otro estudiante. Aquella casa no volvió a ser la suya nunca más. Con el tiempo, su madre le comunicó que se había emparejado con un hombre y que se trasladaban a otra ciudad. Cuando él se mudó de casa no se molestó en enviarle su nueva dirección. Hace años que no sabe nada de ella.

El hilo
de Ariadna, VI

Me armo de valor y me acerco al estudio de Sándor. Pienso que todavía no habrá empezado a trabajar y que podré echar un vistazo a los dibujos a solas. De momento, lo prefiero. Seguramente voy a cometer una nueva intrusión en su intimidad, pero me gustaría ver su trabajo antes de encontrarme con él.

Abro la puerta con sigilo y oigo unos ligeros ronquidos. Sándor está durmiendo en la *chaise longue*. Entro con cuidado para no despertarle. Solo entonces descubro que hay otra persona en la habitación. Es un hombre vuelto de espaldas que está revolviendo en los dibujos y bocetos de Sándor. El hombre no me ha oído entrar y permanezco inmóvil, sin saber qué hacer, junto a la puerta. Recuerdo mi entrada el primer día en la casa y mi sensación de ser invisible. Como aquel día, carraspeo suavemente para anunciar mi llegada sin despertar a Sándor. El hombre se da la vuelta. Es joven y de aspecto agradable. Me mira asombrado, como si yo fuera una artista de cine que ha salido de la pantalla.

—¿Eres tú? —me pregunta en voz baja, señalando el dibujo que tiene en la mano.

—Creo que sí —le contesto, inclinándome sobre el papel.

Él me lo ofrece acercándose para verlo al mismo tiempo.

—Sándor ha resucitado. Vuelve a tener magia. Estoy encantado.

—¿Quién eres?

—Perdona, soy un bruto, no me he presentado. Me llamo Iván, soy el hijo de Ludmila. ¿Y tú?

—Yo soy doña Flor, la que va a rescatarte de los números —le contesto en un susurro.

—«Doña Flor y sus dos maridos», es verdad, algo de eso me contó Sándor en una llamada.

—¿Has leído la novela?

—Sí, Jorge Amado es uno de mis autores favoritos. Yo he vivido un tiempo en Bahía, en Salvador. Allí Jorge Amado se ha convertido en un mito. Hay una plaza, cerca de su casa, donde la gente se reunía para charlar con él.

—¿Le conociste?

—Llegué tarde. Yo ya solo he conocido la «Casa de Jorge Amado», una fundación que tiene mucha actividad. Su recuerdo sigue allí muy presente.

—¿Qué tipo de actividad?

—Por un lado conserva su patrimonio cultural y proporciona ayuda para actividades culturales en el estado de Bahía.

—A mí me gusta mucho la doña Flor de Jorge Amado, pero en nada me parezco a ella.

—Bueno, «doña Flor» es un poco lo que Sándor ha expresado en estos dibujos. Una mujer

muy cándida, muy tierna, pero al mismo tiempo abierta a la aventura, con un gran afán de vivir algo nuevo, distinto. Yo diría que una mezcla entre el candor y la picardía, y, la verdad, es que en los dibujos pareces un poco así.

—Entonces es que quizá se haya inspirado en la doña Flor del libro. Yo solo me reconozco en las ganas de vivir algo nuevo. Lo de la ternura y el candor me parece que no cuadran conmigo. Y menos aún la picardía.

—¿Qué te parecen los dibujos?

—No los he visto todavía. Precisamente entraba aquí para descubrirlos. Él no me los ha enseñado.

—Es decir, que eres tan osada como doña Flor.

—Bueno, tú también pareces serlo.

—Es que yo también lo soy. Mira, te voy a mostrar uno que a mí me encanta.

Iván va pasando los dibujos con rapidez. Solo alcanzo a darme cuenta de que las nuevas proporciones que ha dibujado Sándor son las mías.

—Mira.

Iván me tiende el dibujo, y me siento a contemplarlo. He recibido una fuerte impresión al encontrarme con él, como si no solo estuviera contemplando mi cuerpo desnudo, sino también mi alma. Nunca un espejo podía haberme devuelto imagen tan completa de mí misma.

—¿Te gusta?

—Me parece impresionante.

—Pues es el que él ha elegido para la escultura.

Iván hace un gesto para levantar el paño húmedo que cubre la escultura que ha iniciado Sándor, pero le detengo.

—No me la enseñes. Prefiero que lo haga él cuando haya terminado.

—O sea, que eres menos osada que yo.

—¿Conoces los acróbatas?

—¿Los acróbatas?

No sé por qué he llamado así a la obra de Sándor del Pozo del cielo. No son acróbatas, son personajes suspendidos en el aire o animales cabalgando por tierra. De pronto, al recordarlos he tenido una sensación como de circo aunque no lo es.

—Me refiero a la obra del Pozo del cielo.

—A la obra secreta, entonces. He estado allí hace tiempo y he visto esculturas empezadas: animales, me parece. Pero no había nada suspendido en el aire. La verdad es que llevo mucho tiempo ausente de esta casa.

—Es una obra muy especial. ¿Quieres que vayamos a verla? —Necesito alejar a Iván del estudio y de esos dibujos en los que me siento desnuda de cuerpo y alma.

—Creo que antes debería saludar a mi madre. He dejado la maleta en la entrada y me he venido directamente aquí. Como era muy temprano he preferido no despertar al personal. Nunca se sabe quién vive en esta casa, ni qué cuarto me corresponde.

—En este momento solo estoy viviendo yo con ellos. Tengo ocupado el cuarto de la galería que da al jardín de atrás. Creo que es el tuyo.

—Sí, era el mío.

—Lo siento. Tu madre me dio a elegir y...

—No te preocupes. Ya no vivo aquí ni la habitación me pertenece. Pero es un buen lugar para reunirnos a conversar. Tengo mucho que contarte. No sabes cuánto agradezco que hayas aparecido. Ven, salgamos de aquí. Sándor parece agotado, no debemos despertarle.

Salimos cerrando la puerta suavemente.

—Voy a dejar la maleta en un cuarto. Comprobaré si ya se ha levantado mi madre, si no, bajo a ver el sótano contigo. Aunque imagino que ella también querrá enseñármelo. Le gusta mucho interpretar la obra de Sándor.

—Me parece que ella no quiere hablar de este trabajo de momento. Quiere poner todo el interés en la obra que está expuesta.

—Tienes razón, es la eterna discusión. En víspera de una exposición Sándor siempre siente deseos de iniciar una obra nueva, y mi madre se empeña en apartarle. Es una lucha de titanes.

—¿Conociste tú alguna escultura de los primeros tiempos de Sándor?

—No. Lo destruyó todo. Pero he oído a mi madre decir que la obra del Pozo del cielo le recordaba en algo a lo que Sándor hacía cuando ella le conoció, pero en un nivel muy superior. Yo no puedo opinar porque nunca vi nada de eso.

—Siento que Sándor destruyera ese primer trabajo de su juventud. Me habría encantado conocerlo para seguir las huellas de su creación. Siempre es interesante seguir la evolución de un artista.

La casa sigue silenciosa. Después de dejar la maleta y de refrescarse un poco, Iván vuelve a encontrarse conmigo y bajamos al sótano para ver juntos el mundo mágico del hombre-luna.

Se queda paralizado al abrir la puerta.

—¿Cuándo ha hecho esto?

—No lo sé. Creo que lleva bastante tiempo trabajando en ello. Lo ha ido haciendo al tiempo que completaba la colección que iba a exponer.

—Ahora entiendo adonde se iba la magia. ¿Y dices que a mi madre no le gusta?

Iván no se ha fijado en el hombre-luna. Él se ha parado delante de una figura femenina que está de pie sobre una tabla y con la cabeza apoyada en una cuerda.

—Esta eres tú, ¿no?

No me reconozco, aunque sí la postura en la que Sándor me hizo posar.

—¿Tú crees?

—Sí, sin duda. Es doña Flor, la que va a rescatarme de los números. No me extraña que mi madre no quiera enfrentarse todavía a esta obra. No tiene relación con ella, y le va a costar esa independencia. Aunque diga lo contrario, siempre trata de sofocarlo cuando surge un brote así. Pero a mí esto me encanta. Es el Sándor que me gusta. De vez en cuando en el otro estilo tiene piezas como esta, o como ese animal abrazado a la luna. ¿No es magnífico? ¡Fíjate qué mirada!

—Ten cuidado, es capaz de hipnotizar.

Iván se ríe.

—Pero otras veces —añade retomando el hilo de su conversación anterior—, trabaja de forma mecánica y repetitiva. El pobre está muy sometido.

—Sí, pero él siente un gran agradecimiento por tu madre.

—Ya lo sé. Ella le salvó. Además han vivido un amor apasionado.

—Todavía...

—Sí, pero no tiene nada que ver. Tú no sabes lo que era aquello. Lo gritaban hasta las

paredes.

—Y a vosotros, los hijos, ¿os importaba?

—A mí me encantaba. Mi padre estaba muy poco en casa. Siempre andaba por ahí corriendo sus propias aventuras y viviendo apasionadamente lejos de nosotros. Y era una alegría ver a mi madre tan feliz y tan guapa. En ese tiempo, siguiera la línea que siguiera, Sándor hacía maravillas. Yo estaba enamorado de sus esculturas. Cuando él no estaba, me pasaba el día en su estudio contemplándolas. Quizá así resolvía mi particular complejo de Edipo. Pero como verás, una vez superado ese tema, no he perdido la afición. Hoy mismo entré aquí pensando que él no estaría.

Por primera vez no me siento atrapada por la mirada del hombre-luna. Iván ha neutralizado el efecto que producía en mí. Cuando nos despedimos, me quedo pensando en él y en el extraño sortilegio que su personalidad ha ejercido sobre mí.

Decido pasar la mañana en Madrid. No quiero interferir en el encuentro de Ludmila con su hijo, imagino que tendrán muchas cosas privadas que contarse. Dejo una nota en la entrada, en la mesita donde se dejan todos los recados, diciendo que regresaré a la hora de comer. No quiero tampoco retrasar mucho el encuentro con Iván y la contabilidad, quizá él disponga de poco tiempo.

Sándor se une a nosotros a la hora de la comida. Parece despejado y alegre. Comenta que ha dormido doce horas seguidas.

—¿Ya no trabajas como marmolista? —le pregunto.

—No, no. Esa experiencia ya me ha traído lo que tenía que traerme.

—Esa experiencia, como él lo llama —dice Ludmila—, nació de la pura inseguridad que le entra antes de una exposición. Piensa que no puede vender nada, que va a tener que pedir dinero prestado para afrontar los gastos ¿no es así, Sándy?

—Quizá tengas razón. Yo no lo sé muy bien, Ludmila.

—Claro que tengo razón. Ahora que las ventas han superado sus expectativas y las mías, se le ha pasado esa locura.

—Tú siempre interpretando a los demás, mamá. Podrías dejar que Sándor hablara por sí mismo.

—Él no sabe por qué hace las cosas, ya le has oído, por eso le interpreto —el tono que utiliza Ludmila con su hijo es nuevo, algo más autoritario que de costumbre. Cambia de tono al dirigirse a Sándor—. Bueno, oso cavernario, ya que has salido de la cueva, ¿puedes contarnos un poco lo que has estado haciendo?

—Eso es muy difícil, porque ni yo mismo lo sé. Lo que he hecho no vale nada, pero empiezo a vislumbrar algo de lo que quiero conseguir. Es un momento importante para mí. Aprovecho este momento de aparente calma para pedir disculpas por mis cambios de humor, sobre todo a ti, Flor, que no me conocías así. Cuando me introduzco a fondo en el trabajo, entro como en otra dimensión y soy absolutamente torpe para las cosas corrientes. Me vuelvo muy antisocial porque no tengo capacidad ni de conversar.

—Conmigo no necesitas disculparte, Sándor. Entiendo que debes vivir una lucha tremenda persiguiendo un imposible.

—Eso es, exactamente: un imposible.

El escultor vuelve a parecer deprimido.

—Pero en ese camino que recorres dejas rastros muy bellos para los demás.

—No lo sé, pero quiero también darte las gracias y retribuirte de alguna forma por el esfuerzo que has hecho para mí. Si encuentras algún dibujo que te guste, quédatelo.

Las palabras de Sándor levantan mi ánimo como modelo. Comprendo que el artista no esté satisfecho con su obra, pero de alguna manera ha funcionado, está empezando a funcionar puesto que ya vislumbra algo de lo que quiere conseguir.

Sándor se ríe mirando a Iván.

—¿No habrás venido a transformar a Flor en una contable estresada?

—Ni por asomo. Doña Flor deberá continuar expresando el bienestar que has atrapado en tus dibujos.

—¿Cuándo los has visto?

—Mientras dormías. Y no estoy de acuerdo con lo que has dicho. Creo que has hecho un buen trabajo y que lo sabes. La prueba es que has seguido trabajando sin descanso. Conozco esos estados tuyos. Siempre presagian algo magnífico.

—He empezado una talla, pero de momento prefiero no enseñarla.

—De acuerdo —dice Iván—, acepto la demora solo con la condición de que no destruyas nada antes de mostrarlo. Ya sabes que a veces hemos logrado salvar cosas que más tarde tú también has podido apreciar.

—Acepto si tú cumples tu parte del contrato.

—Un momento. —Iván cambia el tono solemne que había empleado con Sándor—. ¿Por qué Flor solo tiene vaso de agua, y no copa para el vino?

—Flor es abstemia —le indica Sándor.

—¿Abstemia? ¿Qué tontería es esa? ¿O es cuestión de salud?

—En cierto modo. He tenido cerca de mí a personas con problemas por el abuso de alcohol y he decidido no probarlo en la vida.

—¡Pero eso es una barbaridad! Yo soy un enamorado del vino y jamás he tenido problema con el alcohol. No hay que abusar, eso es todo, como con cualquier otro tema. No puedo permitir que te pierdas un placer de dioses solo por miedo a no saber controlar. ¿Aceptas probar un poco para celebrar mi llegada?

Me siento desarmada frente al encanto de Iván.

—Está bien, pero solo un poco.

—¡Malena! —llama Iván—. ¿Puedes traer una copa para doña Flor?

—Aunque bromees, prefiero que me llames solo Flor cuando hables de mí a Malena —le susurro.

—Gracias, Malena. ¿Sabías que Flor no ha probado el vino en su vida?

—Sí, ya lo había notado.

—¿Y no te parece una barbaridad?

—No, a mí me parece bien.

—Voy a tener que hacer campaña en esta casa contra los abstemios. Como la cosa siga así, voy a quedarme sin trabajo.

La comida es mucho más alegre que de costumbre. Iván llega acompañado de risas y bromas, y

Ludmila observa encantada a su hijo mayor. Por la tarde, a primera hora, quedo con Iván para ir juntos a ver la exposición que todavía no he visto.

Al regresar de la exposición, nos reunimos en mi cuarto para comentar los datos que recogí de las conversaciones con Ludmila y el señor Sánchez. Empezamos hablando poco de trabajo y mucho de otras cosas. La obra de Sándor que acabamos de ver es el tema principal, pero también reímos por tonterías, e Iván lleva la conversación constantemente al vino para hablarme, no de sus peligros, sino del placer que puede aportar a la vida. Me anuncia que va a iniciar la cultura del vino poco a poco en la casa, sobre todo para mí, para que aprenda y nunca caiga en el exceso, porque los más temerosos —me dice— son las víctimas más propicias. Me cuenta que va a hacer una presentación con cata de los vinos que él representa y que necesita que participen todos los miembros de la casa, incluidos Malena y Pablo, el jardinero, que siempre parece taciturno y tiene que alegrar esa cara.

Después no nos queda más remedio que ponernos al trabajo. Recojo los papeles y bajamos a la oficina.

La llegada de Iván ha interrumpido la nueva rutina a la que estaba acomodando mi vida. Aparece de vez en cuando sin previo aviso en mi habitación con la excusa del trabajo, pero solemos charlar mucho de otras cosas.

Hoy cantan los mirlos e Iván hace una señal de silencio. Permanecemos escuchando largo rato. Mi tiempo queda suspendido en un estado de perfección. Evoco el recuerdo de Augusto, de cuando era niño y se tumbaba en la hierba del calvero a escuchar a los pájaros. Cuando Iván vuelve a hablar me parece que su voz llega de otro mundo.

—Me admira tu capacidad de abstracción —me dice—. Cuando éramos niños, Sándor nos proponía de vez en cuando, como juego, escuchar los sonidos de la naturaleza en silencio. Nos divertía, pero aguantábamos poco. Sin embargo tú...

Para mí es mucho más difícil lo contrario, interrumpir esos momentos. A Teseo a veces le desesperaba mi capacidad de permanecer silenciosa y tranquila, sin necesidad de hacer ni de pensar en cosas prácticas. No se daba cuenta de lo mucho que yo recibía en esos tiempos relajados que él rellenaba completando crucigramas, haciendo *zapping* en la televisión, o conduciendo a toda velocidad.

Observar el discurrir del mundo junto a una persona agradable es el mayor lujo que conozco. Iván y yo nos sentimos bien cuando estamos juntos. ¿Por qué esta sensación de bienestar empieza a preocuparme?

Quizá a él también le preocupe porque de pronto los dos nos enfrascamos en los papeles y adoptamos un aire serio y concentrado. Me llama la atención la pulcritud de las notas de Iván. Tienen mucho en común con mis propias anotaciones, en la manera de ordenarlas y de separar conceptos.

—No es un trabajo que me apasione, pero solo lo tolero si lo hago bien —me dice cuando se lo comento—. Los números establecen un orden si los manejas con respeto, de lo contrario te pueden conducir al caos. Me imagino que no va a ser fácil para ti, por lo menos al principio, manejarte con todo este embrollo. A mí no me quedó más remedio que dedicarme a ello si no quería ver desaparecer nuestro patrimonio en manos de mi madre. Los demás hermanos son para

eso tan desastres como ella. No sé de quién habré heredado mi meticulosidad, quizás de Hurt, aunque nunca conocí esa faceta de mi padre.

Cuando terminamos el trabajo, Iván me dirige una mirada diferente.

—Definitivamente, Flor, tienes que pedirle tu dibujo a Sándor antes de que se lo robe yo. Estoy obsesionado, no puedo pensar en otra cosa. En cuanto cierro los ojos veo tu cuerpo desnudo y esa inocencia ofrecida sin pudor, como si el pecado no existiera.

¿Por qué habrá pronunciado Iván esa frase que yo me dije cuando ocurrió o no ocurrió mi encuentro con Sándor? Tengo una impresión de irrealidad. Me siento caminando en la cuerda floja como alguno de los personajes del Pozo del cielo. De pronto me parece que debo tener cuidado, no sé de qué, seguramente de algún peligro que acecha por mi actitud desenfadada. Acude a mi mente el recuerdo de aquellos pasos corriendo detrás de la puerta, y esa sensación de peligro que ya había olvidado.

—Pareces preocupada, ¿te pasa algo?

—No, no es nada. Es este dibujo que me inquieta un poco.

—A mí también.

Nos reímos y desaparece la angustia.

Después de la cena, Sándor y Ludmila se retiran. Iván me consulta con la mirada. Yo le sonrío despidiéndome de él.

—Buenas noches, Iván.

—Buenas noches, Flor.

Permanezco muchas horas en vela. No he atendido a la demanda de mi cuerpo ni al deseo de Iván. Duermo a ratos, despertando de sueños-relámpago que se mezclan con mi inquietud. Piso de nuevo un terreno resbaladizo. Ando por un extenso pantano. Cada paso puede encerrar un peligro. Cada paso puede hacerme hundir en el lodo. Cielos de nubes rosas, vientos, brisas de jinete, árboles que saludan... En mí nace un anhelo de felicidad. Despierto. Esta vez no quiero precipitarme. Esta vez, no. Por lo menos me queda el consuelo de imaginar lo mejor, y me alegra de que él, como yo, esté sufriendo la misma espera. Nuestra relación, que existe aunque no la hayamos puesto en palabras, tendrá que ser de dos y en un plano de igualdad. Ya nunca más, mientras pueda evitarlo, desesperaré sola sin poder reclamar mi dignidad y mi deseo. Estoy dispuesta a todo, hasta a perder lo extraordinario, para no volver a repetir una relación dolorosa y enfermiza como la que acabo de soltar.

Sándor ha vuelto a encerrarse en su estudio. Iván pasa tiempo en Madrid, y de vez en cuando se reúne conmigo para aportarme más datos de las empresas familiares. Ya no gastamos bromas ni reímos por cualquier cosa. Una tensión como de corriente eléctrica circula entre nosotros, y ambos, con gran cautela, evitamos hasta el mínimo roce de nuestras pieles.

Iván anuncia un viaje a Oregón por trabajo y revivo resonancias dolorosas de mi inquietud cuando viajaba Teseo. Tiemblo ante la idea de que la tranquila serenidad que me embarga, y que daba por instalada, desaparezca. Compruebo con disgusto que no he avanzado tanto como creía, y que mi interior sigue poblado de fantasmas de inseguridad y angustia. Reúno todas mis fuerzas

para luchar contra ellos porque ahora más que nunca necesito existir en libertad. Tengo que aprovechar esta extraña y magnífica oportunidad que me está brindando la vida para convertirme en lo que verdaderamente deseo ser, nunca más dejarme seducir por quimeras que me conduzcan de nuevo al calabozo del que acabo de salir.

Me paseo por el jardín dando vueltas a mis preocupaciones. De pronto descubro a Pablo, que me observa a distancia. Me acerco a contemplar las rosas que está cuidando.

—Así es como me gustaría que me cuidaran a mí —le digo bromeando para intentar romper la barrera que él interpone frente a los demás. Pablo se ruboriza y casi se clava la tijera con que estaba podando el tallo de la flor.

Está claro que me he equivocado. Mi intromisión en su mundo ha sido quizá demasiado brusca. Sin embargo, le oigo articular una frase por primera vez.

—El otro día me asomé por la ventana y vi los dibujos del escultor. —Lo dice con un tono antipático, acusador.

—¿Ah, sí? —le contesto ruborizándome—. ¿Y qué te parecieron?

—Me parecieron que eras tú —dice sin levantar los ojos de la rosa.

Ahora sé que no solo ha visto los dibujos sino que me vio posando el primer día. No sé qué decirle. Realmente no conozco por dónde van los derroteros de su mente.

—Están bien, son bonitos —añade él, satisfecho de mi confusión.

Baja los ojos hacia la flor con una risita irónica. Me arrepiento de haberle dicho que me gustaría que me cuidaran como él a la rosa. ¿Y si de pronto me clavara la tijera?

—Me alegro de que te gusten —le digo iniciando un gesto de despedida.

El jardinero levanta la cabeza y enfrenta mi mirada, desafiante, como si quisiera decir algo que no se atreve a soltar. Prefiero no darle pie a que lo haga.

—Tengo que marcharme, Pablo, me están esperando.

Le dejo solo, lleno de rencor hacia mí, hacia su propia condición que no le permite expresar la rabia que siente. Pienso que debe de ser él quién me acecha y se esconde cuando abro la ventana. Los dibujos de Sándor son peligrosos, despiertan deseo en quien los contempla. ¿Será porque quise tomar vida en ellos? ¿O contendrán el deseo oculto de Sándor? La angustia empieza a apoderarse de mí. Pienso en el refugio de mi casa, pero allí tampoco estoy libre de obsesiones. Recuerdo al vecino que me molestaba con sus llamadas telefónicas. Por lo menos ese, según me informó el portero, está inmobilizado en la cama, y es fácil defenderse de sus ataques no descolgando el teléfono cuando veo su número en la pantalla, o borrando los mensajes antes de oírlos. Pero tengo que tener cuidado con Pablo.

¿Cómo hacía doña Flor, la de los dos maridos, para defenderse en la vida conservando al mismo tiempo la inocencia y la picardía?

Estoy cansada. Temo que mis nervios se desbaraten otra vez y ya no esté Teseo ni nadie para ayudarme.

El episodio de Pablo me ha alterado, y no me atrevo a bajar al Pozo del cielo para recuperar el equilibrio con el arte.

Me encuentro a Iván en la puerta de la casa. Se acerca a mí y me saluda con alborozo.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Es jueves, creo.

—Sí, es jueves. Y es dieciocho de noviembre. Es el tercer jueves de noviembre. ¿Y qué pasa el tercer jueves de noviembre de cada año?

—No tengo ni idea.

—¡No tienes ni idea! A partir de ahora es una fecha que tenemos que celebrar, porque es muy importante para mi empresa. El tercer jueves del mes de noviembre se celebra en el mundo entero la llegada del Beaujolais nouveau.

No sé de lo que me está hablando, pero me alegra que su vitalidad vuelva a animarme.

—¿Qué es el Beaujolais nouveau?

—Es un vino del año, un vino joven que tiene una fermentación especial. Pero ya te contaré la historia. Quería pedirte que vinieras esta noche conmigo a celebrar la fiesta en casa de unos amigos.

Le miro sin decidirme. Una fiesta con gente desconocida celebrando un vino me asusta, ¿se emborracharán todos? Iván me insiste.

—Es muy importante para mí, Flor.

Hay un punto de súplica en su voz, algo que no se corresponde con el tono desenfadado y alegre con que ha estado expresándose hasta el momento.

Recuerdo la escena del pantano, pienso en mi soledad, en la de él, en el cielo inmenso y mudo, en las brisas de jinete. Se disipan todas las dudas.

—¿A qué hora deberíamos salir?

—Te recogeré a las nueve.

Me quedo sola y subo a mi refugio, pero no me apetece trabajar ni leer. Al mediodía no encuentro a nadie en el comedor. Malena me explica que Ludmila e Iván han salido y que Sándor pidió que le llevara la comida al estudio. Le pregunto si no le importa que coma con ella en la cocina. Ella ha comido ya, pero de todas formas me traslado allí.

No puedo soportar la soledad. Después de comer, me acerco al estudio. Esta vez no busco respetar la intimidad del escultor. Deseo invadir su terreno creativo, compartirlo con él.

Contesta enseguida a mi llamada a la puerta, como si la estuviera esperando. Un espeso manto de angustia se desprende de mis hombros. Sándor me observa con la misma simpatía de siempre.

—Necesitaba verte —exclama con alegría.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Sabía que aparecerías de un momento a otro. Y no estaba en las mejores condiciones para mantener una conversación lúcida.

—Será porque ya has recogido de mí lo que necesitabas —mi voz suena triste aunque hubiera preferido evitarlo.

—En cierto modo tienes razón —él no parece haberse percatado de mi tristeza—. Con lo que me inspiraste he estado trabajando hasta ahora. El trabajo más interesante es el que se hace con la memoria. Ya no voy a molestarte más, pero además de eso está nuestra amistad... Pensé que en estos días estarías en contacto con el Pozo del cielo. Dejé la llave en la cerradura para que pudieras hacerlo.

Le cuento la intranquilidad que me entró al oír unos pasos merodeando por el entorno del Pozo del cielo, y que se precipitaron escaleras arriba cuando yo me acerqué a la puerta.

—¿Qué cosa más rara! A lo mejor fue Iván que quería gastarte una broma.

—No. No fue él. Todavía no había llegado.

—Pierde el miedo. En esta casa no existe el peligro. Debió de ser Malena que bajaba a llamarte y que se acordó repentinamente que tenía algo en el horno. No sé, solo se me ocurren motivos totalmente inocentes.

No quiero hablarle de Pablo. Prefiero ahora que toda esta historia se desvanezca por sí sola.

—Tu expresión ha cambiado mucho. Hoy pareces mayor, más reflexiva. Creo que la presencia de Iván ha tambaleado un poco tu estabilidad.

Trato de percibir en su tono algo de ironía, pero no hay rastro de ella.

—Espero que no. Me gusta Iván y nos sentimos bien juntos. No hay nada más.

—Es un buen principio, tanto si se convierte en algo más como si no. Lo que sí estoy en condición de asegurarte es que Iván es una persona magnífica. Es todo corazón. ¿Qué te parece si a las seis nos tomamos un té y charlamos un poco? Últimamente nos tenemos abandonados el uno al otro.

Yo no le he abandonado, y acepto encantada, necesito recuperar las viejas costumbres para volver a sentirme segura. Le cuento que después asistiré con Iván a una fiesta que se celebra por la llegada del Beaujolais nouveau.

—¡Ah!, el Beaujolais nouveau. Iván lleva tiempo haciéndonos participar de esas celebraciones. A él siempre le ha gustado la cultura del vino y más ahora que ha decidido dedicarse profesionalmente a su importación.

—Yo no entiendo nada de vinos, y el Beaujolais nunca lo había oído nombrar. Me ha dicho Iván que es un vino con una fermentación especial.

—Se llama fermentación carbónica, que significa —añade riendo frente a mi visible ignorancia del tema— que se fermenta la uva con el hollejo.

Me resulta extraño estar hablando también de vino con Sándor y que él parezca un entendido en el tema. Me gusta conversar con él de lo que sea. Tengo la impresión de estar siempre aprendiendo a su lado, pero no quiero olvidar lo que he venido a buscar y que, por ahora, me interesa mucho más que el vino. Le pido permiso para ver con él los dibujos.

—Claro que los puedes ver. Me extrañaba que no me lo hubieras pedido antes.

—Yo esperaba que me lo propusieras tú, aunque tengo que confesarte que un día me impacienté y vine a tu estudio para que me mostraras algo. Te encontré dormido en el sofá. Iván estaba de pie mirando los dibujos, así le conocí.

—Este Iván es incorregible. A pesar de mis protestas siempre se adelanta, incluso lo hacía cuando era pequeño. Le gusta ver la obra antes de que yo se la presente.

—Es un entusiasta. —Me sorprende informarle sobre Iván como si le conociera mejor que Sándor—. Cuando yo entré, él acababa de llegar. Según me dijo soltó la maleta en la entrada y vino derecho aquí. Me enseñó algunos bocetos, no quise ver el resto porque prefería hacerlo contigo.

—¿Y qué te pareció lo que viste?

—Hubo un dibujo que me impactó. Tuve la impresión de estar delante de un espejo que no solo reflejara mi cuerpo, sino también mi alma.

—Esas son palabras mayores. —Sándor parece turbado.

—En serio, eso fue lo que sentí.

—Tiene razón Ludmila. Si tardo tanto en enseñar los resultados, es porque tengo miedo, un

miedo invencible a que me digan que lo que estoy haciendo no vale nada, y que esa opinión que coincidiría con la mía, me reste fuerzas para seguir adelante. Me alegra mucho que te haya gustado mi trabajo, de verdad. Y te recuerdo que ese trabajo te pertenece.

—¿Estás seguro, Sándor? —Estoy pensando sobre todo en Iván y en el dibujo que él eligió. Me gustaría retirarlo de su vista, no dejarle recrearse en él olvidándome a mí.

—Claro que sí. Tú elige lo que quieras. Voy a retener algunos por un tiempo porque los necesito para la obra que estoy haciendo, pero son todos tuyos.

—¿Formará esa obra parte del Pozo del cielo?

—No estoy seguro. Al principio esa era la idea, pero ha desbordado y está apareciendo una colección diferente. Puede ser que la obra del Pozo del cielo esté ya terminada.

—Sí. Eso también había pensado yo. Creo que en este momento tiene un equilibrio que no convendría romper. Y la armonía que buscas ya está conseguida. Te lo preguntaba porque dice Iván que una de las figuras que allí están le recuerda a mí.

—A Iván no se le escapa ni una. Es verdad, pero eso no es seguro que quede ahí. Es muy complicado. Te quería dentro y fuera de ese mundo. Empecé a observarte porque descubrí en ti algo que quería plasmar y que podía pertenecer al Pozo del cielo. Pero ese *algo* ha ido creciendo. Tengo dentro de mí toda una obra en torno a doña Flor. Seguramente tú quedarás libre de la estructura del hombre-luna, aunque alguna de las figuras que van surgiendo pueden servirme para terminar de rematar ese trabajo. Es algo magnífico, siento como si finalmente imaginación y realidad se dieran la mano. Tú lo has hecho posible. Tengo una sensación de plenitud tremenda.

—¿Qué piensa Ludmila?

—Bajó conmigo el otro día al sótano y se quedó mucho tiempo allí. Está entusiasmada, no por tus razones ni por las mías, ya te dije que el hombre-luna da a cada uno el mensaje que desea recibir. Ella me habló de la composición; de la obra en conjunto y de la individualidad de cada pieza. Le gustaría inaugurar la nueva galería con estas tallas. A mí me entró el pánico y le dije que eso no era posible. Pero ya sabes que no da fácilmente su brazo a torcer.

—¿Tú crees que se puede exponer esta obra fuera del Pozo del cielo?

—Yo creo que no, a menos que sea como ella propuso un día, es decir, creando un espacio arquitectónico para ella. Se lo recordaré en su momento. Lo de exponer piezas sueltas, no lo contemplo.

—¿Ha visto Ludmila estos dibujos?

—No. Está demasiado volcada en sus propios asuntos. Prefiere ver este trabajo cuando esté más avanzado. Le va a gustar, seguro. Creo que es lo mejor que he hecho hasta ahora, aunque siempre digo lo mismo cuando trabajo en algo nuevo y que está lejos de ser expuesto a los demás.

Dejamos de hablar y contemplamos los dibujos en silencio. Después de lo que me dijo Iván, no estoy tan segura de que a Ludmila le guste este trabajo. Yo estoy emocionada. Me he encontrado reflejada en varios bocetos, más que en mis rasgos físicos, en mis expresiones y anhelos.

Sándor me ha amado y ha leído en mi interior. El día que se presentó en mi puerta ofreciendo sus servicios de marmolista, yo estaba rogando por un cambio de vida, por algo que viniera a llenar el vacío que la ausencia de amor había dejado en mí. Y la vida respondió a mi súplica. En los dibujos, tal como los ha colocado Sándor, hay un *crescendo*, como si fuera un capullo de flor que se va abriendo poco a poco.

—Ha sido algo buscado —responde él cuando se lo comento—. Por eso, entre otras razones, la colección se va a llamar «Doña Flor». Es pronto para explicar lo que veo, pero ya lo tengo en la cabeza. Aunque te advierto que para que la flor acabe de eclosionar tiene que evidenciarse lo extraordinario. Hasta ahora vamos dando pasos hacia ello. Lo extraordinario no te lo puedo proporcionar yo, ni Ludmila, ni la casa, ni el hombre-luna, ni el entorno. Lo extraordinario viene de la mano del amor. Necesito que el amor culmine en ti para poder terminar mi obra.

—Yo podía haberme enamorado de ti, Sándor.

—No es lo que correspondía, y la vida ha sabido colocar las cosas en su sitio. Pero tú y yo hemos vivido algo importante para los dos. Eso ya está en nosotros y quizá esté desarrollándose en otra dimensión. Te voy a enseñar algo.

Sándor sale de la habitación y regresa con una forma en las manos, recubierta por un paño húmedo que retira.

—¿Qué te parece?

Cuando una impresión se cuele por un canal que no es el de la razón, ni el del sentimiento, ni el de los sentidos... no se puede expresar nada. Podría llamarlo *Movimiento y reposo*, o intensa actividad bajo una apariencia estática. Es y no es al mismo tiempo.

—¿Qué es?

Yo sé lo que es, y él sabe que yo lo sé.

—¿Puedo tocar?

Me anima a que lo haga.

Cierro los ojos y palpo. Recorro con los dedos valles y hondonadas. Busco aprehenderlo por el sentido del tacto. Todo mi ser está vibrando. Siento un cosquilleo en los ojos, y de pronto desborda la avalancha. No trato de contener el llanto que me sacude. Sándor está emocionado.

—Es para ti —me dice—. No puede incluirse en ninguna colección, ni yo la puedo guardar. He interiorizado tanto para hacerlo que se desprende del resto de mi trabajo.

Nos unimos en un abrazo largo e intenso. Cuando nos separamos, acuden en mi auxilio las palabras.

—Es la armonía pura. La armonía entre los opuestos.

—Es lo que buscaba en mis primeros tiempos de abstracción. Como te dije, yo sabía que no se trataba únicamente de la mirada de mi padre. Buscando esa armonía, yo me había trasladado sin saberlo muy lejos atrás en el tiempo, y estaba calando en la vida hasta lo más profundo. Sí, nunca he intentado explicarlo, ni siquiera a mí mismo, y lo estoy haciendo de una manera muy torpe, pero es algo así. Quizá de ahí también viene el nombre del Pozo del cielo, porque yo creo que para alcanzar el cielo, hay que cavar profundo. En fin, en esa interiorización, me topé con ese movimiento ondulatorio que precede a la materia. Quise expresar ese ritmo, pero me salía algo pesado y triste, muy lejos de lo que yo intuía, casi lo opuesto, quizá debido a que yo no tenía entonces energía, ahí es donde puede haber influido la mirada de mi padre, como causante de mi propia depresión, y eso hacía que el resultado de mi trabajo fuera poco atractivo a los demás. Ludmila me sacó de ahí y me obligó a dar los pasos necesarios hasta volver a alcanzar la libertad creativa. Me dijo que lo primero que tenía que hacer era aportar a mi creación el elemento humano. Tuve que hacer un largo recorrido por la materia para llegar hasta ello. Un recorrido que comenzó por esas esculturas desproporcionadas y monstruosas que se apilan ahí fuera, hasta llegar a la ligereza y elasticidad de los cuerpos que habitan el Pozo del cielo, y con ello de nuevo al

movimiento ondulatorio pero cargado de una vida de la que antes carecía. Eso no quiere decir ni mucho menos que haya llegado al final. El arte es infinito y esto no es un final, sino un rellano en una escalera ascendente. Aquí reposaré unos instantes para tomar aire y seguir avanzando.

Yo tampoco puedo quedarme paralizada en este rellano luminoso. No está permitido, la luz se extinguiría sin remedio. Debo seguir avanzando en el arte de vivir.

Algo tremendo me sobrecoge. Miro a Sándor y trato de sonreír.

El laberinto de Teseo, VI

Deja pasar unos días y se acerca de nuevo a la galería de la plaza de París. La galerista le recibe con simpatía, pero le dice que no puede ayudarle. Ha hecho algunas averiguaciones que no han dado ningún resultado. Ya debía haberlo imaginado. Ariadna no es tan ingenua, sigue dándole pistas falsas, pero ¿para qué?

Esta noche tiene un encuentro con Noelia. Es la primera vez que van a reunirse a cenar. Está un poco nervioso. Tiene buenas noticias que todavía no le ha comunicado por correo electrónico, quería hacerlo personalmente. Ha elegido Casa Julián de Tolosa, un buen restaurante de precio adecuado. La especialidad de la casa es la carne, pero se ha informado de que también tienen algo de pescado, por si acaso Noelia lo prefiere. Ha reservado una mesa para las nueve y media de la noche.

Noelia se presenta puntual. Ya le pareció muy mona cuando la conoció en plan de trabajo, pero arreglada con gusto como está esta noche, con un traje negro sencillo un poco escotado, y un collar de bisutería de colores alegres, a Andrés le resulta preciosa. Está contento. La idea de la cena con Noelia le parece la mejor.

—Cuando me refería a que no quería un bar de mala muerte, no quería decir que tuvieras que optar por este nivel...

Le ha dado dos besos en la mejilla, y Andrés se ha emocionado. No sabe por qué la amistad de Noelia le importa tanto, como si gracias a ella, su vida hueca adquiriera cierta consistencia.

El camarero recoge los abrigos y toman asiento frente a frente. El local es agradable. Noelia también parece sentirse a gusto porque está muy sonriente.

—Yo creía —indica con guasa— que teníamos problemas económicos.

—Hoy es un día de celebración. Además de ser mi santo, tengo buenas noticias que he preferido darte directamente.

—¿De cuándo son las noticias?

—De anteayer.

El camarero se acerca y les presenta la carta. A Noelia le gusta que sea una carta reducida, dice que en caso contrario le cuesta mucho elegir. Se alegra de que tengan pescado, a ella le gusta mucho la carne, pero por la noche le sienta mejor el pescado. Elige un rape a la plancha, y Andrés le recomienda los pimientos de piquillo asados. Él los pide también además de un chuletón. Tiene apetito y está contento. Cuando le ofrecen la carta de vinos, se la pasa directamente a Noelia.

—Yo no voy a tomar —le comenta.

—¿No vas a tomar vino para pasar el chuletón? —se sorprende ella.

—Verás, es que estoy en periodo de abstinencia.

—Desde hace poco, me parece.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la última vez que te vi habías bebido.

—¿Tanto se notaba?

—Se notaba.

—Pues es desde entonces.

Noelia mira la carta y pide media botella de un buen Rioja.

—Ya sé que con el pescado es más correcto el vino blanco, pero yo prefiero el tinto. Y tráigale una copa al señor, a lo mejor prueba una gota.

Andrés se da cuenta de que Noelia necesita estar siempre por encima. Dominar.

—No voy a probarlo, Noelia. Cuando me propongo una cosa, procuro cumplirla.

—No sé hasta qué punto has abusado del alcohol...

—Desde luego no soy un alcohólico, si eso es lo que te preocupa.

—Eso es lo que dicen todos los alcohólicos.

—¿Qué quieres decir?

—Que los alcohólicos nunca tienen conciencia de serlo. ¿Has estado alguna vez en Alcohólicos Anónimos?

—No, claro que no.

—Bueno, de momento lo que tendrías que hacer es apuntarte a un gimnasio. ¿O ya lo haces?

—No, ni tengo intención.

No sabe lo que pretende Noelia pero le está fastidiando.

—Te estás enfadando...

—No, no me estoy enfadando, pero es que llevas las cosas a unos extremos...

—Te ha molestado que te hable de alcoholismo.

—Me ha molestado que me llames alcohólico, cuando lo único que he hecho es decir que no quiero probar el alcohol.

—Bueno mira, dejemos este asunto que a mí en realidad no me importa. Yo lo he mencionado porque Alejandro también te encontró borracho el primer día que os conocisteis. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, lo que me preocupa es que eso afecte a nuestro trabajo.

—¡Camarero, por favor, traiga una botella entera! Así quizá estés más tranquila.

—Yo estoy muy tranquila, el que está nervioso eres tú. Y ya sabía que acabarías bebiendo, por eso había pedido dos copas.

—Prefiero que hablemos del trabajo.

Ya se le ha agriado el momento feliz. Y siempre por el mismo tema, el dichoso alcohol. Él estaba dispuesto a hacer el sacrificio y tomarse el chuletón a palo seco, pero con la intervención de Noelia se ha estropeado todo, o mejor dicho, se ha arreglado porque le apetece muchísimo una copa del buen vino que el camarero les está sirviendo.

—No te preocupes por lo del vino. —Noelia sonríe—, no voy a volver a sacar el tema. Y también te propongo que dejemos el trabajo para el postre. Dicen los ingleses que no es bueno hablar de trabajo, y menos de dinero mientras se come. Podríamos hablar, por ejemplo, un poco de nuestras vidas, de quienes somos y de lo que hemos hecho hasta ahora.

Sigue Noelia queriendo llevar la voz cantante. Andrés piensa en Ariadna y en lo bien que lo

pasaban cuando salían a cenar juntos.

—Nunca me ha gustado hablar de mi vida. Háblame tú de la tuya si te apetece hacerlo.

—No, no me apetece porque veo que no te interesa lo más mínimo. —Noelia vuelve a reír—.

Pero mira, aquí nos traen un buen tema de conversación.

El camarero se está acercando con los pimientos.

Andrés sigue malhumorado. Se le ha estropeado la noche. Está deseando acabar la cena y marcharse a casa de Ariadna y dormir para olvidarse de todo.

—¡Chin-chin! —dice Noelia, levantando la copa—. ¡Anima esa cara! Yo sé lo que te pasa y tú también. Ya verás como dentro de unos minutos estás más alegre.

Andrés levanta la copa y bebe un trago. Se siente mejor.

—Estos pimientos están riquísimos.

—Nunca los había comido tan buenos. Parecen caramelizados.

—¿Tú de dónde eres, Noelia?

—¿Yo? De Guipúzcoa.

—¡No me digas! No tenía ni idea. Y precisamente te he traído aquí...

—Precisamente. ¿Seguro que no lo sabías?

—No. ¿Quién iba a habérmelo dicho?

—Quizá Alejandro te ha dado una ficha con mis datos...

—No, te lo juro. Es que últimamente me están pasando cosas rarísimas.

—Estarás conectado.

—Conectado ¿con qué?

—Con el universo, con qué va a ser.

Andrés se ríe y Noelia también. Acerca la mano a la copa y la retira antes de alcanzarla. Noelia, sin embargo, bebe un trago de la suya. Poco después, él hace lo mismo.

—¿Y llevas mucho tiempo en Madrid?

—Casi toda mi vida, pero procuro todos los años pasar por lo menos unos días en San Sebastián.

—¡Qué envidia me das! Una noche podemos ir a cenar allí.

Andrés se ha animado muchísimo. Los dos días de abstinencia le estaban pesando sobremanera.

—No hace falta ir tan lejos. Aquí estamos como en mi tierra. ¿Te gusta el mar?

—¿El mar? Ni me gusta ni me disgusta. No tengo mucho trato con él.

—Pero de niño irías a bañarte a alguna playa...

—Sí, pero era una cosa impuesta, no elegida por mí. Iba a Alicante con mi tía y mis primos.

—¿Y lo pasabas bien?

—Algunas veces, pero lo del mar era lo de menos. Lo pasaba bien por otros motivos.

—Que no me vas a contar, claro, porque no quieres hablar de temas personales.

—Exactamente.

Andrés vuelve a llevarse la copa a los labios.

—Esta cena me está sentando estupendamente. Creo que tenía hambre atrasada —dice Noelia.

—¿Por falta de trabajo?

—No por eso, sino porque he hecho un régimen durante toda la semana.

—Pero ¡si estás delgadísima!

—Claro, pero es a costa de voluntad.

Andrés piensa en las curvas de Ariadna que le gustan más que la extrema delgadez de Noelia.

Han dado buena cuenta de sus platos y del vino. El camarero les ofrece la carta para que elijan postre.

—Yo voy a tomar las natillas —dice Noelia.

—Y yo, el queso Idiazábal con membrillo.

—¿Me darás un poco?

—Claro. —Andrés vuelve a sonreír porque Noelia le ha recordado a Ariadna que siempre hacía lo mismo. De los postres no se quería perder ninguno.

Vuelve a estar contento. Se le ha pasado el malhumor.

—Ahora ya podemos hablar de trabajo —le dice Noelia—. ¿Quieres empezar tú o empiezo yo?

Le parece increíble que también en esto quiera ser ella la que inicie la conversación. ¿Qué tendrá ella que aportar que él no sepa sobre su empresa?

—Empieza tú —le dice para ver por dónde sale.

—No te va a gustar lo que te voy a decir, Andrés. Se trata de que no me ha salido nada más a tiempo parcial, pero en cambio me han ofrecido la posibilidad de un trabajo a jornada completa y, si se confirma, no me va a quedar más remedio que cogerlo. En serio, tengo que vivir por mis propios medios.

—Bueno, pues ahora viene lo mío. Te anuncié que estábamos de celebración. El otro día no te pude ofrecer más salario porque estaba acojonado. La empresa que iba boyante estaba cayendo en picado. No tenía nuevos pedidos confirmados ni aviso de que la cosa se fuera a mover. Y de pronto, me llaman de Iberdrola y me hacen el pedido mayor que he recibido hasta ahora: paneles para instalar en Estados Unidos, en Chile y en Argentina, y si la cosa sale bien, me van a encargar más. Ahora sí puedo respirar tranquilo, porque además, a largo plazo se prevé que los huertos solares van a prosperar un montón. No tienes más que oír a Obama anunciando que va a invertir en energías renovables, y no solo él...

—¿Y cómo es que te ha caído ese pedido?

—Todavía no lo sé. Yo no tenía contactos en Iberdrola. Creo que mi amigo Lorenzo puede estar detrás de esto. Y supongo que me lo confirmará.

—¿Quién es Lorenzo?

—Es el tío de mi mujer. Es decir, de mi exmujer, porque acabo de separarme aunque él todavía no lo sabe. Espero que esto no afecte a nuestra relación. Le he llamado al móvil y me ha dicho que está en Australia.

—Pues le habrá costado un pastón tu llamada.

—No, qué va. A él no le cuesta nada. Colgó y me llamó de vuelta. Él se inventa todo tipo de sistemas. Habla, por ejemplo, por el ordenador cogiendo una línea que tiene en la oficina, y cosas así. Siempre está inventando algo. Llega mañana y le veo dentro de tres días. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—Sí, no te preocupes. Yo tengo la entrevista la semana que viene, y si es positiva, procuraré no dar una respuesta de inmediato. Preferiría que tu empresa marchara bien y quedarme a trabajar contigo. Se me han ido ocurriendo muchas ideas, pero ya hablaremos de ello si la cosa sigue adelante.

Dejan descansar el tema de trabajo hasta la próxima semana, y no tocan los temas personales en los que Andrés no se siente a gusto. Bromean un poco y deciden retirarse porque los dos están cansados.

Andrés se dirige a la empresa de Lorenzo con el corazón encogido. Está prácticamente seguro de que la noticia que va a darle no va a afectar a este pedido que está en marcha y que verbalmente le han confirmado esta mañana, pero le dolería mucho que interfiriera en la amistad que tiene con él. Desde la pérdida de su padre es el primer hombre al que ha admirado e incluso, quizá, querido.

Se cruza con él en el pasillo. Acaba de salir de su despacho corriendo, lleva las gafas sobre la calva y en las manos sostiene unos papeles. Pasa a toda velocidad delante de él sin verle ni ver a los otros que se cruzan con él. Eso no le preocupa a Andrés, Lorenzo siempre es así. Quien no le conoce puede pensar que es un maleducado, pero no es eso. No saluda porque está inmerso en otro asunto y no se entera de más. Ahora le ha visto dirigirse a la sala de pantallas y seguro que lleva algo importante en la cabeza. Ha debido recibir una señal y prefiere ver lo que pasa desde los ordenadores. Andrés se acerca a la sala y contempla a su amigo ensimismado frente a una de las pantallas. Está tomando nota mental de una situación. Cuando le ve relajarse, se acerca a él.

—¡Hombre, Andrés!, Me alegro de verte. Ven, vamos a mi despacho.

Por el pasillo no hablan. Se cruzan con diversos colegas de Lorenzo que le miran con cara de preocupación.

—Esto está que arde —le dice, frotándose las manos cuando ya están sentados en su despacho.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No, lo de siempre. Ya sabes, el tira y afloja de siempre. Acabo de instalar un *software* para un peaje de *free flow* en Australia, y ya sabes cómo se ponen estos hasta que se comprueba si funciona o no. Parece que había un pequeño problema, pero ya está solucionado.

Es increíble la tranquilidad de este hombre —piensa Andrés, mirándole con admiración—. De funcionar o no funcionar la cosa, hay millones por medio. Pero él siempre domina las situaciones. Cuando el jefe se pone nervioso, él le dice: «Oye cálmate. Si no quieres, no te lo hago. Yo creo que va a funcionar, pero no te lo puedo asegurar. Estas cosas son así». Y siempre le dicen que siga adelante, porque él es el que más sabe.

—Dime, Andrés, ¿para qué querías verme?

—Por dos temas. El primero, no sé si sabes que me he separado de Isabel.

—No, no lo sabía, pero no me extraña. Con esta vida que llevamos es imposible mantener una relación estable. Mírame a mí. Ahora tendrás que trabajar más para cubrir tus gastos y pasarle una asignación a tu exmujer, aunque tu caso es más sencillo que el mío porque no tenéis hijos.

—Sí. Esa ha sido una suerte. Isabel está contenta, parece que tiene una pareja que la cuida mejor.

Andrés se queda pensativo, lo de la asignación no se le había ocurrido, sabía que vendrían cosas, pero no se había preocupado ni de pensar en ello.

—Lógico. Bueno, ¿y el segundo asunto?

—Me han llamado de Iberdrola y me han anticipado un buen pedido. Quería saber si tienes tú algo que ver con eso.

—Puede que algo. Pero sobre todo eres tú el que tiene que ver. Si anduvieras haciendo el tonto en vez de trabajar seriamente, no habría podido hablar de ti. Andate con ojo, Andrés. En este mundo nuestro en que nos movemos fuera del hogar y siempre de un lado para otro, mucha gente se pierde. Empiezan con el alcohol, y luego con la cocaína para aguantar el ritmo, y de pronto se va todo al carajo. Te lo digo yo, que llevo años en este asunto.

—¿Y cómo haces tú para no despeñarte?

—Bastante droga tengo yo con mi trabajo. Y no creas que eso sea sano del todo. Nunca puedo parar de crear, de inventar cosas nuevas. No necesito meterme nada en vena, lo llevo dentro.

Toda la vida inventando. Se contaba en la familia, que ya de niño construía mecanismos que conseguía poner en marcha. Lo que Andrés más admira de él es su carácter tan positivo, y además valiente, nada le asusta ni le parece imposible. No le extraña que le valoren tanto, porque además es buen negociador que sabe dar la cara por el cliente, y a la vez exigir calidad en los trabajos. Muchos le temen, pero, en realidad, todos le aprecian y le admiran.

Andrés sale contento de la entrevista. Lorenzo se ha tomado muy bien lo de su divorcio. ¡Pensar que él no se atrevió a dar el paso de separarse cuando se lo prometía a Ariadna, en parte por miedo a perder la amistad y el apoyo de este hombre! Quizá entonces tampoco fuera el momento, ahora parece más justificado al estar Isabel enamorada de otro. También le ha quedado claro que Lorenzo es amante de la justicia y no perdonaría que desatendiera sus obligaciones hacia su sobrina. Él mismo vive en un modesto apartamento a pesar de ganar mucho dinero. Gran parte del sueldo debe destinarlo a su familia.

«¡Suerte que me he librado de tener hijos! —Piensa—, porque tarde o temprano esta situación se habría presentado y la separación se habría complicado mucho. Además, parece que Isabel tiene intención de volverse a casar». Tiene que enterarse de sus obligaciones en cualquiera de los casos, y cumplirlas.

Andrés está animado. Le parece que la entrevista con Lorenzo le ha hecho dar un paso adelante y que ahora puede recorrer este nuevo camino con mayor seguridad.

Lo primero que hace al entrar en casa de Ariadna es subir al dormitorio por si encuentra noticias. Encima de la cama está la siguiente entrega. Respira hondo. ¿Qué le contará esta vez? A medida que avanza en la lectura va poniéndose nervioso.

¡Vaya! ¡Parece que ahora empieza un nuevo amor! O que los tiene a pares, ya no sabe qué conclusiones sacar de lo que relata Ariadna, parece incluso que ni ella misma se entiende, porque no queda claro si el escultor se acostó con ella o no. Esa ambigüedad siempre rozaba las historias de Florinda, por eso a él no le gusta conversar con ella de temas personales. Recuerda, sin embargo, con cariño su particular sentido del humor. Cuando ella estaba contenta se divertían mucho. Y en todo le apoyaba y disculpaba, excepto en lo referente al alcohol y a su falta de decisión para establecer una relación abierta con ella. Con esos dos temas llegó a ponerse en los últimos tiempos muy pesada. Y ahora resulta que está empezando a gustarle el vino. Tanto atacarle a él entonces, y ahora parece que le divierte participar de las fiestas y celebraciones que hace el tal Iván.

Por distintos motivos, últimamente se está topando muy a menudo con el tema de la bebida. Incluso Lorenzo le ha advertido del peligro que entraña la adicción al alcohol en una vida como la

suya. La cosa se está poniendo seria. ¿Se estará acercando al minotauro que anida en su laberinto? La preocupación cobijada en su interior empieza a salir a flote. En realidad, lo único que le está diciendo Ariadna es que el vino también puede ser bueno. Que se lo diga Noelia, no solo no le afecta, sino que lo considera una insensatez. Pero que lo diga Ariadna, le hace comprender que no es solo el vino su enemigo, el verdadero minotauro es mucho más potente. Si no lo vence, le destruirá con cualquiera de las armas que maneja. De momento tiene que combatir su adicción.

¿Quién le puede ayudar? Instintivamente piensa en Lorenzo. No quiere ir a los centros establecidos que seguramente se ocupan de casos más graves. Él solo lleva descontrolando, y solo de vez en cuando, un par de años. Lo suyo va a ser fácil, y no necesita implicar su vida entera en ello. Lorenzo se las apaña para salir de cualquier situación, ileso. Además nunca le ha oído decir que algo es imposible. Es el hombre más positivo que conoce, por muy complicado que sea un asunto, lo saca adelante. Le cuesta llamarle para este tema que descubre una debilidad por su parte, pero al mismo tiempo también indica una intención de resolución. Lorenzo no va a asustarse, él nunca le ha visto asustado frente a la dificultad, ni tampoco esquivar los escollos a los que se enfrenta con tranquilidad. Sí, Lorenzo es la persona capaz de ayudarlo. Además él también debe de haber intuido que algo andaba mal, y por eso le ha advertido de los peligros que le acechan. Y si todos lo notan, es que el minotauro se está haciendo visible.

Espera a la tarde para llamarle. No quiere demorar el asunto porque tiene que embarcar para Sudamérica dentro de pocos días. Los paneles ya están en Chile y en Argentina y tiene que ir a supervisar la instalación.

No sabe exactamente donde pilla a Lorenzo. Él tiene permanentemente el móvil conectado y, salvo raras excepciones, siempre contesta.

—Hola, Andrés, ¿algún problema?

—Me gustaría hablar contigo si es posible. ¿Te puedo invitar a cenar?

—Si es para hablar de Isabel, yo prefiero no entrometerme en esos temas.

—No, en absoluto. Es para hablar de un asunto que me concierne solo a mí. Si no puedes quedar a cenar, intentaré explicártelo por teléfono.

—No, hombre, no. Ven a verme. Yo ceno siempre en una taberna al lado de casa. Si quieres te espero ahí a las nueve. Se llama La picara lechuza. ¿Sabes dónde vivo?

—Sí, estuve una vez en tu casa.

—Pues si vienes en coche, pasa mi portal y sigue un par de cuadras, después tuerces a la derecha y aparcas en una placita que hay ahí, siempre suele haber sitio libre. En esa misma plaza se encuentra la taberna.

—Gracias, Lorenzo.

—De nada, hombre.

Andrés no tiene dificultad de encontrar el lugar que le ha indicado su amigo. Tiene una gran enseña en la puerta con una lechuza grabada en hierro negro. Le sorprende al entrar lo confortable del lugar. Él se había imaginado una tasquita modesta, pero Lorenzo sabe cuidarse. A pesar de haber llegado con unos minutos de antelación, ve a su amigo sentado a una mesa, leyendo el periódico.

—Esta es la hora que tengo para tratar de enterarme de algo de lo que pasa en el mundo —le

dice después de saludarle—. Aunque mi fuente de información real no es esta, sino esta. —Y le enseña un pequeño artilugio con auriculares que seguramente ha montado él mismo.

Se acerca el camarero. Lorenzo pide boquerones pero recomienda a Andrés la merluza con patatas al vapor. El camarero pone una botella encima de la mesa y los dos se sirven una copa.

—Quería hablarte de esto —dice Andrés señalando su copa—. El otro día me advertiste que tuviera cuidado con el alcohol, y pienso que tienes razón, con esta vida desordenada se cae fácilmente en el abuso.

—¿Quieres decir que te asusta la idea de caer en ello, o que ya estás inmerso?

Andrés duda antes contestar.

—Que ya estás inmerso —deduce Lorenzo. Él no necesita palabras, ya ha recibido la señal.

—Bueno, hasta cierto punto, sí. Me doy cuenta de que cuando estoy solo pierdo el control de lo que ingiero y eso me preocupa.

—No me extraña que te preocupe, y haces bien en querer atajarlo ahora que todavía puedes. Eso es señal de inteligencia. Ya sabes que a mí me gustan los retos. Todo tiene solución, pero las cosas hay que hacerlas bien y cuando se tuercen hay que buscar soluciones rotundas, definitivas. Has acertado en venir a verme. Te voy a dar la dirección de un primo mío. Él te va a ayudar. Es médico, un poco extraño, cosa que no te sorprenderá conociéndome a mí. Por cierto, no tiene nada que ver con Isabel, ni siquiera la conoce, él es primo por parte de mi padre.

—No, si eso no me importa. Ya ves que he acudido a ti.

—Pero es mejor así. Tú ya eres hombre independiente, no tienen los demás por qué enterarse de lo que haces o no haces. Este primo es el único que tengo por esa rama, y es un bicho raro como yo. Mis padres tenían sus líos políticos, y siempre andaban un poco de huida y alejados de la familia. Yo he mantenido contacto toda mi vida, por distintos motivos, con estos dos primos: Adela y Mariano que no se conocen entre sí y que constituyen mi única familia.

Lorenzo escribe en un papel el nombre y el teléfono de Mariano.

—Trabaja en un ambulatorio de Vallecas, allí le podrás ver, pero llámale antes y dile que vas de mi parte.

Suena un ligero pitido y Lorenzo se coloca los auriculares en las orejas.

—Perdóname —le dice, levantándose de la mesa y alejándose por un pasillo. Tarda un poco en volver.

—Nada, un problemilla resuelto.

—Oye Lorenzo, ¿tú crees que para esto mío se necesita un médico?

—Claro, y ya te indicará él qué más se necesita. En estos tinglados es muy fácil meterse, pero muy difícil salir.

—De eso me he dado cuenta, es como un laberinto.

—Mira, si quieres que te sea sincero —continúa Lorenzo—, yo empezaba a notar esa tendencia en ti y me lo habían comentado. Ya sabes que en este mundo nuestro las noticias vuelan. Por eso te lo advertí el otro día. Sabía que si no atajabas el asunto y la cosa iba a más, yo ya no podría contar contigo para el trabajo. En nuestra profesión hay que estar alerta las veinticuatro horas del día. Date cuenta de que estás trabajando fuera de Europa. Antes, cuando te movías por aquí, era más fácil. Ahora, el teléfono puede sonar a cualquier hora de la noche. No vayas a creer que los clientes andan calculando si tú estás dormido o no, podrán calcularlo para hacerte un pedido, pero cuando hay problemas no se paran a mirar la hora. Así que ya sabes, nada de

descontrolarse, ni por el día ni por la noche.

—Te lo prometo, Lorenzo. Iré a ver a tu primo cuanto antes.

—Si puede ser mañana, mejor que al otro.

—Es que la semana que viene tengo que irme a Chile...

—Con más motivo. Si te he recomendado a Mariano es porque él está preparado para un caso como el tuyo, te lo puedo asegurar.

No sabe si ha hecho bien en seguir el consejo de Lorenzo. Lleva casi una hora sentado en una sala de espera atiborrada de gente enferma. Él había pensado que al ir de parte de su primo, Mariano Celdrán le recibiría con puntualidad. No pide especiales deferencias, solo cortesía. Pero, por lo visto, ahí se cita a todo el mundo al mismo tiempo, y el doctor no tiene intención de darle prioridad. Andrés intenta hacerse visible cada vez que se abre la puerta, no vaya a ser que se hayan olvidado de él, pero no le sirve de nada. El propio Mariano es quien sale a avisar al próximo paciente. Al principio él pensó que acaso la enfermera estuviera ausente temporalmente por algún motivo, pero luego dedujo que ese debía de ser el procedimiento habitual porque los pacientes parecían acostumbrados a que se asomara él y que hiciera señas a uno u otro, incluso que se parara a dirigirles algunas palabras. Después pronuncia un nombre y el privilegiado se levanta y entra con él en la consulta. Andrés no se ha atrevido a moverse de su sitio, ni siquiera para ir a buscar un periódico, ya que, cada vez que aparece el primo de Lorenzo por la puerta, está convencido de que le va a llamar a él.

—¿Conoce usted al doctor? —le pregunta un hombre que está sentado a su lado.

—No, es la primera vez que vengo.

—Pues está usted de suerte de haber caído en sus manos. Yo le puedo asegurar que es el mejor doctor de todo este ambulatorio, y de España, si me apura usted. ¿Le puedo preguntar qué le pasa a usted, si no es indiscreción?

Andrés está pensando en alguna respuesta evasiva cuando se abre la puerta y su vecino desconecta totalmente del interés de su respuesta. Mariano pronuncia un nombre y el hombre se levanta con una amplia sonrisa. Le ha tocado.

—Discúlpeme usted, ya me lo contará otro día.

Lo ve desaparecer tras la puerta de la consulta con envidia y con alivio por librarse de él. Empieza a pensar que es absurdo que él esté ahí, en medio de esta gente que seguramente tendrán sus enfermedades, algunos de ellos graves, e incluso acaso contagiosas, y él solo viene para un problema de ajuste de personalidad. Está seguro de que solo se trata de eso, su caso no es tan grave como se lo pintan. No. Lorenzo ha debido de mandarle al primo para quitárselo de encima. Y el pobre primo Mariano se verá en la obligación de atender a los pelmazos que le manda Lorenzo que serán todos enfermos imaginarios. Se levanta de su asiento y pide permiso a la señora que tiene al lado y que ha colocado sus bultos en el suelo bloqueando la salida. Pero justo en ese momento se ha abierto la puerta de la consulta y el doctor pronuncia su nombre. Andrés se queda indeciso sin saber si escapar o darse a conocer. Después de un segundo de indecisión piensa en lo que va a decirle a Lorenzo y avanza hacia la consulta. El doctor le hace un gesto de saludo con la cabeza y le invita a pasar.

—Mire doctor —le dice Andrés—, estaba a punto de marcharme...

—Sí, ya lo he visto. Tiene que disculparme, pero hoy estamos saturados. Se ha puesto enfermo un compañero y tenemos que atender a sus pacientes.

—Si quiere vuelvo otro día. Lo mío no es nada, simplemente necesito un poco de ayuda para reforzar mi voluntad, en fin, que creo que yo solo podría... pero la gente exagera y piensa que...

—Lorenzo nunca exagera. Es el hombre más exacto que conozco.

—Ya, pero él no sabe, él solo conoce lo que le he dicho yo. Y quizá yo haya exagerado.

—Él sí sabe y me ha informado. No exagera. Lo que le pasa a usted en este momento es normal. No quiere ver su problema. Es muy difícil aceptar una enfermedad cuando uno se siente culpable de ella. Puedo decirle que usted es tan culpable de su enfermedad como uno que venga aquí con piedras en la vesícula. Y que está usted tan enfermo como esa persona que acaba de salir y que tiene que entrar en quirófano la semana que viene. Todos somos responsables en cierta medida de lo que nos pasa. Pero solo en cierta medida. Si nos pasa es porque no tenemos bien ajustados los mecanismos de defensa. Me gusta cuando Lorenzo me envía un caso como el suyo. Debo decirle que no es la primera vez, y que eso significa que le aprecia a usted mucho, de lo contrario no lo haría.

—Pero usted está muy ocupado, y ahí fuera hay tanta gente que está enferma...

—La mayoría no están ni la mitad de graves que usted. Muchos vienen porque quieren verme, tener un rato de charla y que les mande un medicamento para ver si así soportan mejor la dureza de la vida. Pero vayamos al grano. No hace falta que me cuente nada de momento. Ya me ha contado Lorenzo. Y lo que no conozco me gusta descubrirlo por mí mismo. No hay nada más engañoso que las palabras.

El doctor Mariano ya no es el mismo que sale a anunciar al siguiente paciente. Una vez instalado en su escritorio frente al caso que le ocupa se transforma. Ahora le recuerda un poco a Lorenzo cuando entra en la sala de pantallas. Está detectando un problema y pensando en su solución. Andrés tiene la impresión de que él ha dejado de ser una persona para convertirse en un caso. Mariano le está mirando fijamente achicando los ojos. Debe de estar evaluando su grado de alcoholismo.

—Verá usted, yo no...

Mariano le hace un gesto pidiendo silencio.

—Siéntese ahí —señala un sillón. Andrés se sienta y él acerca una lámpara con un foco—. Mire fijamente a mi dedo. —Andrés obedece. Mariano enfoca la luz directamente a sus ojos. Contempla el iris del ojo en silencio. Toma sus anotaciones. Es un poco calvo también, y algo más joven que Lorenzo. No lleva gafas—. Ahora, desnúdese y échese en esa camilla.

Le gustaría protestar, pero no lo hace y obedece. Ya que ha interrumpido la consulta del médico, lo mínimo que puede hacer es obedecer sus órdenes. Nota la yema de los dedos del doctor recorriendo su cuerpo, presionando por el lado del hígado. Van y vienen, vuelven siempre al mismo punto.

—Olvídese de que su caso es leve. Tiene el hígado inflamado. ¿Ha oído usted hablar de la cirrosis?

—Sí, pero...

—Pues no se ande con tonterías. Una de las causas principales de las cirrosis es el alcoholismo, pero no es la única. Así que no se plantee si usted bebe poco o mucho. A partir de ahora no tiene que beber ni una gota. Puede vestirse.

Mariano le espera sentado frente a su escritorio.

—Primero vamos a proceder a la desintoxicación —le informa—. Pero al mismo tiempo tiene que iniciar una terapia de deshabitación y de rehabilitación.

Mariano escribe una receta.

—¿Tan grave lo ve, doctor?

—Ya le he dicho que este tema es muy serio.

—Es que la semana que viene me voy a Chile.

—Ya lo sé. Le daré un contacto en Santiago, por si lo necesita, aunque no creo. De momento no tiene más que seguir mi prescripción. Más adelante sí es posible que necesite apoyos por todas partes. Yo trabajo un poco como usted, señor Aranda. Tengo mis instaladores por todo el mundo. ¿Quién se ocuparía sino de los ambulantes que cada vez abundan más en las nuevas profesiones? Tenga —le extiende una receta—. Empiece por tomar esto, y antes de marcharse acuda a esta dirección. Es un lugar apartado, pero cualquier taxista de Vallecas le sabrá conducir hasta allí. Son gente de mi confianza, le atenderán en lo que usted necesita. Ellos mismos le pondrán en contacto con la gente de Chile y después de Argentina, que según me ha dicho Lorenzo es su siguiente escala. Ahora me tengo que despedir de usted porque me esperan otros pacientes.

—Por supuesto. —Andrés se levanta presuroso—. ¿Qué le debo doctor?

—Ya me ha pagado usted. Según tengo entendido, lleva años cotizando en la Seguridad Social. Yo no tengo clientes privados.

Mariano se pone en pie y coloca la sonrisa que va a dirigir al siguiente paciente.

—¡Ah!, y otra cosa —añade—. Le convendría apuntarse a un gimnasio.

Andrés abandona la consulta con cara de circunstancias. Su caso no es leve, por lo tanto es grave, y está amenazado de cirrosis. Nunca pensó que algo así le podía ocurrir a él. ¿A cuántos jóvenes devora cada año el minotauro?

El hilo
de Ariadna, VII

Antes de salir de viaje, Iván se está ocupando de montar la oficina en la casa. A menudo me pide opinión, le gusta que yo decida. Me da vértigo tomar decisiones porque eso implica aceptar una responsabilidad. Estoy acostumbrada a elegir solo para mí, y eso es mucho más sencillo. Si no fuera por el atractivo de Iván, podría tener dudas sobre el paso que estoy dando. En algún momento, cuando estoy sola, he sentido nostalgia de Ariadna, de mi casa, del absoluto dominio de mi vida, pero cuando aparecen Iván o Sándor esa sensación se desvanece, sigo el consejo de Teseo, dejo de pensar y siento. No es difícil ponerse de acuerdo con Iván en cuanto a decoración, porque, aunque el estilo de cada uno es diferente, ambos admiramos la capacidad del otro. Él es más colorista y arriesgado, y yo más comedida, de gustos geométricos y simples, una estética que podría encajar en la vanguardia de los años setenta, y que quizá esté más influenciada de lo que quisiera por el gusto de mi madre. Me siento arrastrada por la vitalidad de Iván, y él atraído por mi mundo de sugerencias.

Iván está repasando la clasificación que ha hecho Sánchez de los papeles, y agregando notas tuyas, al tiempo que va destilando su particular visión de los asuntos. Tengo la impresión a estas alturas, de conocer a la familia de Ludmila mucho mejor que a la mía.

—La parte más complicada es la productora que gestiona Don —dice Iván, empleando un tono que pretende ser neutral pero que denota cierta irritabilidad—. Hubo un tiempo en que generaba muchísimo trabajo y me vi obligado a colaborar con él. Había un tema que a mí me quemaba muchísimo, y era el de los riesgos laborales, porque hay una ley de riesgos laborales para evitar accidentes de trabajo, y eso está bien, pero no está pensada para este sector. Eso hacía que Don y yo discutiéramos con frecuencia.

—Pero Don no es responsable de esa ley...

—No es el responsable, pero a él le gusta rodar en exteriores y a veces en lugares imposibles de controlar. Afortunadamente nunca ha pasado nada pero es una espada de Damocles que siempre tenemos encima.

No sé por qué sigo con necesidad de defender a Don a quien no conozco.

—Imagino que el lugar del rodaje no lo decide Don, sino la agencia que se lo encarga, ¿no es así?

—Sí, pero él siempre sugiere ese tipo de rodajes. La agencia tiene la idea y le mandan la historia que unas veces implica complicaciones y otras no. Y cuando no, él es el que se encarga de sugerir las complicaciones. Es como si no le interesara trabajar sin riesgo. Y siempre convence, porque sus ideas son geniales, pero luego nosotros tenemos que cargar con todos los problemas.

La ley establece que tiene que haber una persona encargada de los riesgos laborales, nosotros trabajamos con una compañía externa que se ocupa de eso y tenemos que llamarles para que vayan al pico de la montaña y analicen lo que hay que hacer para evitar los posibles daños. Y ellos, si ven un cable por el suelo, te dicen: No puede haber un cable tirado, o tiene que haber esto y lo otro, cosas que están muy bien para un plato o una oficina, pero no para otro tipo de lugares donde el rodaje del anuncio solo va a durar unas horas. Yo ya no quiero tener nada que ver con eso, ni discutir con mis hermanos. Cada uno que haga lo suyo y asuma las consecuencias, y que alguien ajeno se ocupe de la administración general.

—Es decir, yo.

—Sí, bueno, aunque por poco tiempo. Ya me está pesando verte metida en este berenjenal.

La noche anterior, antes de llegar a la casa de los amigos que celebraban la fiesta, Iván me había conducido a un pequeño café para hacer tiempo. Me dijo que era costumbre en su grupo dar una hora de referencia, pero que los amigos siempre llegaban mucho más tarde de la hora convenida. Me pareció bien, yo también necesitaba una pausa antes de introducirme en la boca del lobo (así me figuraba yo la fiesta a la que íbamos). Además, tuve la impresión de que Iván necesitaba hablar conmigo a solas, y eso también me alegraba.

El café era bastante ruidoso pero encontramos refugio en un rincón. Iván crea bienestar en su entorno. Tiene la sonrisa fácil y no se impacienta, como le ocurre a menudo a Teseo, ni le parece que el mundo esté contra él, sino a favor. Se alegró mucho, por ejemplo, de encontrar esa mesita y dos sillas desocupadas para sentarnos, y no le molestó que tuviéramos que saltar por encima de piernas, abrigos y bolsos para acceder a ella. ¿Cómo era posible que un hombre así estuviera libre? ¿Y si no lo estaba? En realidad yo no sabía nada, ni me había atrevido a preguntar, aunque me moría de ganas. Mientras yo daba vueltas a cómo abordar el tema, él dio de forma espontánea satisfacción a mi curiosidad. «La casa a la que vamos es de Blanca, una amiga con la que mantuve una relación de pareja hasta hace un año —me contó—. Fue una relación difícil. Al final, ninguno de los dos estábamos satisfechos en ella, y Daniel nos liberó». Yo seguía callada mientras él iba contestando a las preguntas que yo no me atrevía a formular. «Daniel es un amigo, ahora más amigo de ella que mío. Ya sabes cómo son estas cosas, se enamoraron entre ellos, y yo quedé fuera de juego».

Me acordé de Teseo, y de sus primeras confesiones, y sentí la misma ternura por Iván que había sentido aquel día por Andrés, pero frené el impulso de cogerle la mano porque no quería que en nada se repitiera la historia.

Iván siguió hablando tranquilo, tratando de evitar toda emoción en su relato. Me dijo que ahora estaba contento de haberse liberado de esa relación, pero que entonces sufrió mucho, que fue duro para él sentirse traicionado por dos personas queridas, aunque esa sensación de traición fuera falsa.

No dejé que su historia me conmoviera, estaba claro que él no buscaba ese tipo de apoyo. Lo que me invadía es la alegría de que estuviera libre y de que necesitara confiarse a mí. «Ahora puedo ver a Blanca con tranquilidad, y a Dani también, pero todavía estoy con los rollos de liquidar inversiones que teníamos a medias, además de la casa. Por eso he estado tan liado en los últimos tiempos. Por otro lado me quedé vacío, como sin rumbo. Había trazado con ella un proyecto de vida, y aunque estuviera lleno de obstáculos yo me había propuesto llevarlo adelante... —Hizo un gesto en el aire como borrando las palabras—. Pero todo eso terminó y no

quiero hablarte más de ello, aunque sí quería que lo supieras».

Estuvimos un rato callados y después le hablé de Teseo, justo lo necesario para hacerle entender que yo también había tenido una historia amorosa reciente y una separación. Esperamos un poco a que se disiparan los fantasmas que habíamos convocado y, sin saber cómo ni por qué me puse a hablarle de la etapa inmediatamente anterior a mi encuentro con Teseo, como si rebobinara una película y quisiera volver a empezar la vida justo en ese momento. Le hablé un poco de mi viaje por la India y de lo mucho que había trastocado mi escala de valores, pero sobre todo del regreso, de cuando quise vivir totalmente independiente de los míos sin encontrar trabajo, y me metí a compartir una casa okupa en un barrio periférico de Madrid. Le conté mi incapacidad para esa clase de vida sin intimidad y con la espada de Damocles siempre suspendida sobre la cabeza. El hecho de que él me escuchara con atención hacía que esas vivencias, que ya empezaban a desdibujarse en la memoria, volvieran a concretarse y dar sentido a mi vida. También recordé para él mi primer trabajo, como contadora de cuentas en el Retiro, y de lo grata que había sido esa experiencia en tiempo de primavera y verano, pero tan desastrosa en invierno que me hizo claudicar y aceptar la ayuda de mis padres que estaban horrorizados con mi forma de vida y me ofrecieron la entrada para una casa. Las condiciones de penuria en las que me encontraba hicieron que aceptara con alegría su propuesta y buscara un trabajo más estable para poder afrontar los pagos de la casa.

A él le interesó especialmente mi experiencia como contadora de cuentos. Él había estado en Sao Paulo en contacto con niños callejeros que vivían en las favelas y que, a pesar del horror que en muchos casos eran sus vidas, vibraban de emoción al escuchar un cuento. Conoció a una mujer que también era contadora y que le introdujo en un grupo de voluntarios amigos suyos. Eran chicos y chicas que se reunían en una parroquia de un barrio miserable cuyo párroco les facilitaba una habitación y algún dinero recogido en la iglesia para que proporcionaran a estos niños unas horas de tranquilidad alejados de los peligros de la calle además de suministrarles merienda y algo de estudio. Lo primero que le impresionó al entrar ahí fue la viveza en las miradas de los niños, la ansiedad, y la risa espontánea frente a cualquier broma. Él se ofreció a distraerles un rato en esas horas de recogida, animándoles a pintar, suministrándoles el material necesario, y guiándoles un poco. Pero no era siempre fácil captar a esos chavales que temían ser recludos en un espacio cerrado. Entonces apareció Don que venía a hacerle una visita, y la flauta que llevaba consigo sirvió como la de Hammelín para atraerlos a su lado. Les faltaba de todo, pero tenían el ritmo y el color metidos en el cuerpo. Y los cuentos que les contaba la amiga de Iván, les permitían volar con la imaginación lejos de la miseria cotidiana.

Cuando paró de hablar, yo ya tenía la certeza de que le quería. No era por lo que me había contado ni por lo que había hecho ni por lo que le quedaba por hacer. Era por su piel, por su mirada, por su aroma y su sonrisa. De pronto dejé de oír las voces alrededor y me pareció que estábamos los dos solos en el mundo. Él debió de tener una sensación parecida porque se acercó a mí y me besó en los labios. Nos besamos. Algo empezó a crecer en nosotros de forma incontrolada, algo que rellenaba el vacío y que podía desbordar.

«Háblame de la época más feliz de tu vida», me dijo él entonces. Y como por arte de magia acudieron a mi memoria aluviones de sensaciones felices.

Le hablé de mi niñez en Colombia, del sol, del color, de mis inicios en la cocina con la jovencita Ana Isabel que servía de pinche a Balbina y que me enseñaba a hacer buñuelitos de

queso en Navidad. «Mójate los dedos en un poco de leche —me decía— para mover bien la masa sin que se te pegue». Y después de lavarme bien las manos y de mojar los dedos, me dejaba juntar la fécula de yuca y de maíz tan finitas, con el queso blanco rayado e iba añadiendo poco a poco los huevos y el azúcar y la leche tibia, y lo unía todo suavemente hasta formar una masa blandita que no se pegaba a los dedos, y que me permitía hacer las bolitas redondas, perfectas. Luego freía los buñuelos Balbina a fuego lento, mientras Ana Isabel y yo preparábamos el manjar blanco para acompañar. De ahí, le expliqué a Iván, viene mi gran vocación de cocinera que es uno de los rasgos que comparto con «Doña Flor», la de los dos maridos.

Pero me di cuenta de que mis recuerdos más felices no eran los de esa época, sino los de la inmediatamente posterior: de los once a los dieciséis años en Dinamarca, cuando pude emanciparme de la cocina que nunca dejé de amar. Los inicios de nuestra estancia en ese país, fueron ciertamente duros porque nos parecía haber llegado en otoño a una ciudad en la que habían apagado la luz. Sin embargo después, y seguramente debido a que la naturaleza se convirtió en protagonista de nuestra vida y vivíamos fuera de casa todos los meses de primavera y verano, no recuerdo Copenhague como una ciudad triste.

Las escenas que acudían a mi mente se las iba narrando a Iván que me escuchaba embelesado. Me vi corriendo por los bosques con mis hermanos, con mis amigas. Teníamos una casa con un jardín enorme a unos veinte kilómetros de Copenhague. Una parte del jardín estaba muy cuidada, y la otra totalmente salvaje. Entre las dos partes había un lago que en invierno se helaba y podíamos patinar en él. La parte salvaje limitaba con un bosque de árboles de hoja caduca y variada, aunque dominaban los abedules.

Fui desgranando para Iván una serie de recuerdos felices. Con Teseo apenas había hablado de mi familia; con Sándor había evocado el dolor; ahora, Iván me hacía revivir los momentos gozosos. Sin darse cuenta, me estaba ayudando a sanar. Yo no podía comprender, a medida que le contaba, por qué había eliminado la belleza de mis recuerdos y otorgado tanto protagonismo al dolor. Cuando paraba de hablar, él me hacía una pregunta que resucitaba nuevas escenas. Gamos, ciervos, zorros... vivían en el bosque y desfilaban de madrugada por la parte salvaje del jardín. En verano se llenaba el lago de toda clase de patos, incluso algún cisne. Desde la cocina los observábamos. Seguíamos su evolución, su vida, veíamos a la mamá pata incubando los huevos, más tarde aparecían cinco patitos... Al día siguiente ya solo quedaban cuatro, y sabíamos que el zorro se habría comido uno. Y así nos íbamos familiarizando con la vida y la muerte de forma natural.

En medio de esos recuerdos aparecían mis padres disfrutando de sentirnos tan felices. Me parecía estar viendo sus rostros encendidos por el resplandor de la hoguera que hacíamos la noche de San Juan en la que asábamos patatas, y cocíamos trozos de masa de pan ensartados en palos.

No quise pararme a analizar ese recuerdo de felicidad junto a mis padres. Quería seguir corriendo libremente por aquellos bosques para Iván, darle datos para que pudiera seguirme: detrás del rincón donde encendíamos la hoguera habíamos hecho los niños un cementerio para enterrar pájaros y otros animales que encontrábamos muertos. Los pájaros chocaban de vez en cuando contra los ventanales de la casa y los que morían del golpe, los enterrábamos en el cementerio, los que quedaban heridos tratábamos de curarlos. De la enfermería nos ocupábamos sobre todo Jonás y yo. Y la verdad es que teníamos bastante trabajo, y en los casos de éxito, Jonás

era totalmente feliz.

Iván me dijo que el café me había hecho más efecto que a él el vino porque tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas. Me preocupé por la hora, me parecía que se estaba haciendo tarde. Me rogó que no interrumpiera mi relato. «Cuando se encuentra un filón así —me dijo—, no se debe cortar». Evoqué entonces el gran sauce cuyas ramas caían hasta el suelo, formando cuevas donde nos escondíamos; y a mi hermano Fran caminando por el bosque seguido de dos conejillos a los que había enseñado a marchar en fila india. También recordé mi emancipación paulatina. Ya no buscaba el refugio de la cocina como tabla de salvación sino que me reunía en mi cuarto con las amigas, o paseaba sola por el bosque donde me perdí en más de una ocasión porque había zonas en que se espesaba mucho la maleza. Pero eran sensaciones nuevas que llenaban mi vida de emoción y de gozo.

Me seguía sorprendiendo que mis recuerdos fueran tan luminosos, a pesar de la oscuridad que reinaba allí en invierno. Ni siquiera el sol de media noche aportaba más luz exterior porque para dormir teníamos que correr cortinas tupidas para crear oscuridad...

Y después de toda la avalancha de recuerdos, llegué al silencio. Me sentía bien. Iván había convocado la felicidad con una simple sugerencia. Y los recuerdos gozosos habían derribado el espeso muro que los ocultaba a mi recuerdo. Me di cuenta entonces de lo mucho que yo había agrandado los episodios trágicos dándoles un protagonismo desmedido y entendí por primera vez la discrepancia de mis hermanos.

Salimos del café y fuimos andando hacia la casa donde se celebraba la fiesta. Por el camino Iván me dijo que estaba deseoso de conocer esos bosques y esos lagos donde yo había sido feliz. Mi descripción le recordaba a los paisajes de los que hablaba la escritora danesa Karen Blixen. Me reí. Nuestra casa estaba en Rungsted, a unos veinte kilómetros de Copenhague, y parte de la finca era la propiedad de Karen Blixen. No se sabía bien dónde acababa nuestro terreno y empezaba el suyo porque no había valla ni seto de separación. Entonces allí no vivía nadie, salvo la gente que cuidaba la propiedad, o por lo menos eso me parecía a mí. Tampoco existía el museo que hay ahora. En el terreno de Karen Blixen había otro lago y caballos. Yo me acercaba de vez en cuando a los caballos que andaban sueltos y les daba de comer en la mano.

Cuando llegamos a la fiesta ya éramos pareja y necesitábamos estar solos. Hasta el Beaujolais nouveau perdió importancia para Iván. No pude conocer a sus amigos que desfilaban delante de mí como personajes de otra historia. Me parecía imposible que la mujer que me presentaba hubiera podido ser suya en algún momento, y más increíble aún que hubiera elegido al ser anodino que tenía al lado para sustituirle. Nadie de allí se podía comparar con Iván. Comprendí que estaba enamorada. Nos retiramos muy pronto de la fiesta. Nos esperaba la cama que había sido de Iván y que ahora era nuestra. Cuando llegamos a la habitación, cerré la puerta dejando fuera a Teseo, sin posibilidad de asomarse tan siquiera a mi recuerdo.

Ahora se nos escapa la risa.

—Cuando se entere mi madre de que estoy pensando retirarte del empleo porque quiero que formes parte de la familia, le va a dar algo.

—No nos precipitemos.

—Bueno. De momento no te viene mal enterarte de nuestros asuntos. Es una manera de ir

conociendo a la familia.

Volvemos a reír y a ponernos serios de nuevo.

—Vente conmigo a Oregón, Flor. Dejemos ya todo esto.

Imposible.

—¿Qué estás pensando?

—No puedo hacerlo, Iván. Hay mucho trabajo por hacer, tú lo sabes. No podría abandonar de golpe el compromiso que he adquirido.

Él tampoco puede abandonar sus compromisos de trabajo. No nos queda más remedio que separarnos. Y quizá sea lo mejor. Hemos corrido demasiado y tenemos que dar tiempo a los sentimientos para colocarse en el nuevo espacio.

—Ya que nos vamos a separar, creo que es mejor mantener de momento nuestra relación en secreto. Estarás más tranquila.

—Yo también lo creo, pero no debemos tardar mucho en anunciarlo.

Necesito vivir cuanto antes una relación abierta a los demás.

A Iván le cuesta concentrarse en el trabajo, pero acaba consiguiéndolo. Aprovecha también para hablarme de sus hermanos, para ponerme al día del carácter de cada uno, de sus vidas, de sus reacciones y sus capacidades para resolver lo que tienen entre manos.

Pienso que hubo un tiempo en que, por mis hermanos, yo habría dado literalmente la vida. Me habría tirado a un precipicio por liberar a cualquiera de los dos de un peligro. Ahora, seguramente mi instinto protector de hermana mayor me haría actuar de la misma forma si estuviera cerca de ellos. Pero casi nunca estoy cerca ni les veo, ni siquiera pienso demasiado en ellos ni ellos en mí, aunque en la última ocasión fue mi hermano Fran quien intentó salvarme a mí. Sin embargo, la empresa familiar de los Turner mantiene a los hermanos encadenados quieran o no.

Damos por terminada nuestra tarea y dejamos el tema familiar abandonado en el despacho. Salimos de la casa de forma furtiva, como conspiradores. Solo la mirada atenta y silenciosa de Pablo, el jardinero, nos sigue mientras nos introducimos en el coche de Iván que arranca y desaparece rumbo a la sierra.

Él necesita aire libre y campo. A mí me da lo mismo, solo deseo estar sola con él.

Hace frío en la montaña, y viento, y no vamos suficientemente abrigados. Damos un paseo rápido sin alejarnos de las casas del pueblecito donde Iván ha dejado el coche aparcado. De vez en cuando hacemos una parada para abrazarnos y sentirnos, para darnos calor y cobijo. Después nos refugiamos en un bar donde los viejos del pueblo juegan al dominó. De nuevo vivo la impresión de que todo cobra vida al entrar Iván en el lugar. Se interesa por la partida, habla con el camarero de la temporada de caza que está anunciada detrás del mostrador, y pide para él lo que ellos están tomando: una copita de anís, y para mí un café con leche bien caliente que elijo para recuperarme. Y cuando se sienta a mi lado, ya formamos parte del lugar, ya le comentan el final de la partida, ya el camarero nos ofrece unos dulces como obsequio de la casa.

Ha terminado la exposición, y Sándor y Ludmila se han ido a pasar unos días de descanso a un apartamento que tienen en la costa gaditana. En la casa solo quedamos Malena y yo. El jardinero no ha vuelto a hablar conmigo, pero le noto cargado de tensión, y ya no me acerco a contemplar su trabajo. Le pregunté incluso a Malena cuáles son los horarios de Pablo para evitarle. Me

obsesiona esa mirada taciturna y ardiente que me persigue cada vez que me cruzo con él.

Necesito el regreso de Iván. Han pasado dos días desde su marcha a Oregón, y su recuerdo se desdibuja. Mi cuerpo reclama al suyo. La casa también me resulta ajena, y a veces me pregunto qué hago yo aquí. Es como si todo perteneciera a un sueño del que no quiero despertar. Escribo todos los días a Iván cartas que nunca le enviaré, pero que algún día leeremos juntos, o alguna noche fría, sentados al calor de la lumbre. Son cartas de amor en que le hablo cada vez de mi confianza en él.

Hoy no hace sol, y noto más que nunca la ausencia de Iván y de Sándor que se han llevado con ellos un espejismo mágico. Hoy me siento como el *Beaujolais nouveau*. Cuando le pregunté a Iván por las excelencias de ese vino que tanta fama tiene, él se rio y me dijo que ni siquiera era un buen vino. «Es un vino para celebrar —me dijo—. Toda su fama se apoya en el *marketing*. En enero o febrero ya está malo, ya no se toma. Es un vino joven, en ello radica su encanto y su fuerza». ¿Seré yo como ese vino, capaz solo de brillar en el corto tiempo del festejo?

Cuando oigo la voz de Iván al teléfono, mi inseguridad se disipa. Le digo que quiero ser para él como un vino de crianza porque me gusta oír su risa además de su voz. Me asombra que esa extraña vibración que recorre el hilo telefónico a millas de distancia me acerque con sus inflexiones y sus palabras toda la dulzura que él quiere trasladarme.

Pienso en la voz de Teseo, profunda y grave, una bella voz de bajo. Fue uno de los elementos de seducción que me aprisionaron. Siempre estuve pendiente de ella; ansiaba las llamadas que me la acercaban, que anunciaban la visita de su amo; la recreaba en mi cabeza una y otra vez, para que no se escapara ese amor que vivía pendiente del hilo telefónico. Hasta que me di cuenta de que esa voz me estaba confundiendo, que estaba siendo utilizada para la mentira y el engaño, y que a menudo se volvía turbia con el exceso de bebida convirtiéndose en odiosa para mí, después de haberla amado tanto.

La experiencia y el dolor me han hecho comprender que Teseo quería retenerme tan solo para saberse amado. Él no podía amar de forma continuada porque no recibió amor en la época de aprendizaje. Yo busqué todos los caminos a mi alcance para hacerle feliz. Pero no me dejó amarle como yo sabía que podía hacerlo. Solo me lo permitía de vez en cuando, ofreciéndome el plato en bandeja para después retirarlo. Espero que él haya aprendido de la experiencia, y que sepa que para que esta sea completa, es tan necesario amar como saber ser amado.

El invierno se ha instalado. Pasó el día de San Andrés que yo celebraba todos los años para Teseo, a veces sin él. Me sonrió al pensar cómo se quedó grabada esa fecha en mi recuerdo de forma indeleble. A veces las cosas ocurren así, una frase tonta dicha al azar por un taxista que me llevaba hacia un lugar en el que Andrés me había citado: «Noviembre, bonito mes, que empieza con Todos los Santos, y acaba con San Andrés». Era el último día de noviembre y pensé que Teseo lo quería celebrar conmigo sin mencionarlo. Le costaba recibir regalos porque no se quería, pero hice parar al taxista para comprarle uno. Le sorprendí desarmado y se emocionó.

Necesito olvidar estas historias que ya forman parte de un pasado remoto que murió a fuerza de golpes. Después de los momentos hermosos vinieron los fracasos y las penas. Pero acabo de ser convocada de nuevo a la fiesta de la vida de la que no me quiero apartar. Con la amistad de Sándor y el amor de Iván, cada vez me siento más segura, como si unos hilos finos de seda me

envolvieran en un capullo para proteger mi metamorfosis. Borro las referencias del pasado. He dejado de ser Florinda para convertirme en Ariadna, y abandoné la forma de Ariadna para ser Flor. Voy soltando capas de la vida, para adentrarme en lo nuevo ligera de equipaje.

El estudio de Sándor tiene un aire de abandono y de irrealidad. Las esculturas empaquetadas, que han vuelto de la sala de exposiciones, parecen cadáveres amortajados. Me siento extraña entre esas piezas embaladas. Algunas llevan etiquetas con la dirección a la que han de ser entregadas. Otras regresan para quedarse, aunque quizá no por mucho tiempo. Ludmila dice que la labor de venta continúa meses después de clausurada la exposición. Sándor no comprende por qué ha vendido tanto. Ludmila sí lo entiende y nos lo estuvo explicando. Una de las razones que adujo es que ella sabe manejar las circunstancias, y las crisis no le asustan. Nos comentó también que esta vez le había costado despedirse de ciertas tallas que representaban una etapa muy feliz de su vida con Sándor. Lo que vendría a partir de ahora iba a ser muy diferente (no supe si se refería a la nueva etapa de vida en la que se adentraban o a la obra que Sándor estaba iniciando). Ese apego a la obra había realzado su valor a los ojos de los clientes que, al notar la resistencia que ella oponía, se empeñaban en conseguirla. «Una lucha de poder», nos dijo con cierto orgullo a pesar de la nostalgia. Sándor siempre hace piezas únicas, y rompe el molde. A pesar de todo, ella ha sabido soltar. Esa es una actitud de Ludmila que admiro, el saberse desprender para afrontar lo nuevo.

No sé si por haberme convertido definitivamente en «doña Flor», o por esa costumbre enraizada en mí desde la infancia, me acerco a la cocina para distraer esta soledad de la que ya he perdido la costumbre. Malena no tiene la profesionalidad de Balbina, pero trabaja bien cocinando esos platos simples que le piden, y para eso hay que tener buena disposición además de saber mantener la cocina siempre limpia y en orden. Cualquier cocina significa para mí un refugio contra la soledad, incluso la de mi casa cuando estaba sola. La idea de que convivamos dos personas y que comamos en espacios separados también me molesta. Le pregunto si me dejaría cocinar algún día para las dos, y se ríe.

Pronto nos acostumbramos a estar juntas a la hora de cocinar y de comer, y me voy dando cuenta de que a Malena le gusta aprender y no le molesta que sea yo quien le enseñe platos nuevos. Me vienen a la memoria recuerdos de Bogotá y de la jovencita Ana Isabel, y de Balbina y me siento a gusto. Cuando estamos en la cocina, protegidas por sendos delantales que nos hermanan, charlamos y reímos. No me había equivocado sobre la buena disposición de Malena. Le enseñé a preparar algunos platos sencillos pero muy vistosos, que van a sorprender a los dueños de la casa cuando regresen y le encanta aprender. Procuero emplear los mismos ingredientes que elige Ludmila, con variantes y mezcla de colores que los convierten en más atractivos. Animo a Malena para que me acompañe al mercado de mi barrio porque me manejo mejor en terreno conocido.

En cualquier lugar pienso en Iván. Cada minuto le recuerdo. Percibo su cuerpo expectante esperando al mío. Siento sus ilusiones latiendo junto a mi sien. Quiero cumplir las más inocentes, las que le van a hacer sonreír. Acaba de nacer en mí una idea, como una pequeña semilla que va creciendo y está a punto de florecer. Me gusta porque si no hubiera conocido a Iván nunca habría concebido esta ocurrencia. Surgió estando yo sentada en la cocina mirando hacia un rincón donde Iván había depositado una colección de botellas de vino de las distintas cepas que me quiere dar a conocer. Lo hizo un día preparando una primera clase de iniciación, que luego no tuvimos tiempo

de practicar. Él quería que los fuera probando y anotara lo que me parecían. La idea es hacerlo en su ausencia, pero no solo degustar los vinos, sino además elaborar un menú en función de cada uno de ellos. Malena está dispuesta a ayudarme, aunque ella se niega a probar el vino. Adivino que detrás de su negativa hay también una historia de dolor.

Iván ha cubierto las etiquetas con otras en las que ha anotado la procedencia y la cepa a que pertenecen. Quiero aprovechar la ocasión para estudiar e introducirme un poco en la cultura del vino. Elijo en la biblioteca un libro sobre el tema. En él se habla de maridaje entre vino y comida. Me parece una buena palabra para ofrecerle a Iván.

Vuelvo a estar contenta, es importante tener una amiga para compartir comidas y el placer de cocinar, y la degustación de los vinos empieza a convertirse en un ritual exquisito. Ya estamos Malena y yo en la fase de las confidencias y hablamos de nuestros amores. Ella me dice que se había dado cuenta de que algo había entre Iván y yo. Lleva poco tiempo en la casa y apenas conoce a Iván, pero dice que esas cosas se notan en la manera de mirar, y en muchos gestos. Disfruto con sus comentarios. Últimamente estaba echando de menos a Inés y a otras amigas que fueron compañeras de facultad y con las que me juntaba de vez en cuando. Me faltaba esa conversación entre mujeres, ese lugar de encuentro donde se habla de todo, incluso arriesgando en los comentarios, donde se puede reír hasta las lágrimas de cosas que en soledad te hacen llorar, donde la imaginación cabalga por libre y permite soñar lo que una no osa ni plantearse a solas. Malena tiene un Francisco que la trae por la calle de la amargura. Entre las dos elaboramos estrategias para salir vencedoras de nuestras dificultades.

Hoy me toca elegir la primera botella. Es un vino chileno de cepa Carménère. Busco una copa de cristal fino, de las que utiliza siempre Iván para servir el vino. En mi casa también se daba mucha importancia a la calidad y transparencia del cristal. Malena me indica donde están las mejores copas y me prepara una limpiándola hasta sacarle brillo. Se ríe al entregármela en una bandeja. Al no compartir la degustación con ella, me llevo la bandeja al cuarto. Antes de descorchar la botella, contemplo el paisaje desde los ventanales de la galería con la copa en la mano, y después cierro un instante los ojos. Dejo reposar unos minutos la botella abierta como hace Iván. Siento su presencia, como si me estuviera señalando el siguiente paso. Vierto un poco de vino en la copa y la dejo airearse, repitiendo punto por punto el ritual. Elevo el cristal a la luz y contemplo el color rojo violáceo intenso, mucho más denso que el color guinda del *Beaujolais nouveau*. Siento una punzada de emoción frente a esta diferencia que ya puedo apreciar en el recuerdo.

Y ahora me concentro en el olor. Vuelvo a cerrar los ojos, llevo la copa a la nariz y aspiro suavemente. Anoto en mi cuaderno: «Cogiendo arándanos en el bosque después de la lluvia». Ha sido el olor a tierra mojada lo que me ha evocado esta escena, y también un aroma a fruto fresco. El aroma trae el sonido de las voces de mis hermanos-niños resonando en el bosque.

La copa brilla a la luz del sol y me invita a saborear su contenido para la última prueba. La acerco a los labios, recibiendo el aroma ya reconocido, y dejo penetrar el líquido en mi boca degustando despacio. He vuelto a cerrar los ojos. Descubro un sabor dulce, afrutado, que concuerda con el aroma. Hago un esfuerzo por apartarme del bosque de arándanos e imaginarme en un banquete, sentada al lado de Iván. El plato que acompaña el vino debe tener una personalidad precisa, fuerte. El olor a tierra húmeda que persiste en mi recuerdo me sugiere el sabor del *boletus Edulis*. Quizá ya no lo consiga en el mercado, pero en el congelador de casa

tengo algún paquete. Me servirá para preparar un pastel de boletus. Vuelvo a probar una gota de vino. No estaría mal acompañar el pastel de una ensalada de berros, el sabor un poco amargo ligará muy bien con las setas, y el frescor aportará la sugerencia del agua de un arroyo.

Ahora toca el postre, que podría ser un helado de frutas del bosque cubierto de un fundido de chocolate negro...

Anoto en limpio todas las sensaciones. Me siento poeta. Iván ha abierto muchas puertas que me conducen al placer uniendo pasado con presente.

Queda el menú decidido para el vino chileno de uva Carménère.

El laberinto de Teseo, VII

Andrés piensa en su empresa y en el nuevo enfoque que quiere darle. Tuvo muy claro el otro día, al regresar a casa después de la cena con Noelia, que no quería volver a tener encuentros ni cenas amistosas con ella. Le va a ofrecer un trabajo de jornada completa, eso sí. Delegará en ella muchos de los asuntos que él lleva y que ahora van a estorbarle por el nuevo volumen de trabajo. Tendrá que dar de baja a Florinda en la Seguridad Social y de alta a Noelia. Tiene que ocuparse además de preparar los papeles para la declaración trimestral de IVA y del IRPF, y también empezar a elaborar el resumen anual de las dos declaraciones. Él no piensa volver a asistir a ninguna fiesta con los clientes, de manera que el capítulo de «gastos de promoción» podrá ser transparente a partir de ahora. Considera a Noelia espabilada y muy capaz de asumir responsabilidades y solucionar las situaciones conflictivas que a veces surgen con clientes o con proveedores. Cree que puede formar un buen equipo con ella si no mezcla amistad con trabajo. El primer encuentro amistoso fue un error. Ahora lo tiene muy claro. Seguramente a ella le va a costar atenerse a la nueva fórmula, pero no le quedará más remedio si quiere conservar el puesto. La seguridad que ella ostenta puede ser un punto a su favor para ir delegándole algunas decisiones del negocio, pero es imprescindible que a él le respete y que él sepa hacerse respetar. Las riendas de su vida las tiene que manejar él, y no consentirá que nadie le presione ni le indique lo que debe hacer. Solo está dispuesto a aceptar los consejos de Lorenzo y de Mariano, y cumplirlos en la medida en que le parezca razonable. De momento está tomando las pastillas que le indicó el doctor, pero está seguro de que no necesita ninguna terapia. Él es muy capaz de hacer el esfuerzo de salir adelante por sí mismo. El susto que le ha metido Mariano en el cuerpo es más que suficiente para animarle a dejar la bebida. Lorenzo sabrá que él ha acudido a su primo y que está siguiendo el tratamiento prescrito. Lo demás corre por su cuenta.

Ya no se siente incómodo en la casa de Ariadna. Ahora es él quien domina el espacio. La mantiene tan cuidada como lo hacía ella pero de otra manera. Las ventanas están siempre cerradas y las cortinas corridas, la calefacción a una temperatura regular, y la chimenea clausurada. Pronto tendrá que salir de viaje, y le cuesta pensar en ello. Le parece que si abandona el lugar, quizá no lo encuentre a su regreso. Quien fue a Sevilla perdió la silla. El refrán le recuerda a Marga, la vecina. ¿Deberá pedirle que venga a cuidar las plantas cuando él se marche?

Piensa en su soledad y le gusta. Hace tiempo que no se sentía tan bien. Le parece que está viviendo una situación única y que probablemente no va a durar. En algún momento aparecerá Ariadna reclamando lo suyo. Le parecía que él no podía vivir sin una mujer a su lado pero ahora es como si tuviera a Ariadna sin sus frecuentes cambios de humor que a él le alteraban y le hacían

polvo. Había veces en que ella estaba contenta, le profesaba admiración, y conseguía infundirle esa seguridad que por sí mismo nunca había logrado. Entonces, todo funcionaba de manera perfecta. Ella estaba guapísima y se sentían los dos profundamente enamorados. Sin embargo, poco después, sin que hubiera ningún cambio por parte de él, el ánimo de ella había variado por completo. Él lo notaba nada más verla. Aparecía con los ojos hinchados de llorar, y su aspecto era descuidado. Toda la fuerza que él había ido acumulando para enfrentarse a lo que fuera, desaparecía de golpe cuando ella le reprochaba su actitud acomodaticia y cobarde. Esa inestabilidad le condujo a beber cada vez con mayor frecuencia. A él siempre le había gustado la bebida, pero empezó a abusar de ella cuando Ariadna quería forzarle a dar un paso para el que todavía no estaba preparado. ¿Por qué no estaba preparado? Eso no lo sabe él ni nadie. Las cosas son como son, y aunque uno trate de cambiarlas, a veces incluso desesperadamente, aparece una resistencia imposible de vencer. Contra ese muro se había topado él muchas veces, y de la lucha impotente contra sí mismo surgían los mayores absurdos para justificar su incapacidad. Veía entonces a Ariadna como un ser maléfico que trataba de arrastrarle a su abismo devorador. Pasaba entonces días alejado de ella y tratando de olvidarla. Pero esto último también era imposible, y cuando regresaba a su lado caía de nuevo atrapado en las redes de su seducción, de su bondad y de su inteligencia.

Ni siquiera ahora, en que aparentemente ella está viviendo una situación de plenitud, le está permitiendo a él vivir con tranquilidad su propia experiencia. ¿Por qué tiene él que conocer todos los detalles de su aventura? ¿Por qué le va creando al mismo tiempo esa sensación de inquietud por su desaparición? No sabe qué pensar, pero le tranquiliza estar entrando en un estado de paz interior a pesar de las artes de Ariadna. Por lo menos es capaz de dosificar las noticias que ella le manda, de escoger el momento para leerlas, y de protegerse antes de entrar en el tema. También le ayuda la ausencia del cuerpo de Ariadna que le hacía perder el control de la razón.

Cuando se acerca la hora en que según le indicó Mariano se reúne el grupo de terapia, empieza a sentirse intranquilo. ¿Y si fuera conveniente echar una ojeada solo por ver cómo es la cuestión? Ese paseo le distraería del reclamo del alcohol que está creciendo por momentos. Para ayudarse a resistir se visualiza por unos instantes solo, sin trabajo y alcoholizado, la misma situación que debieron de vivir los vagabundos de la plaza de París. Recuerda concretamente a uno que pasó por allí una temporada y del que contaban que era médico cirujano, hombre de buena posición, que lo había perdido todo por la bebida y el juego: mujer, casa, profesión, todo... Y no era el único en condiciones semejantes. Francisco, el amigo de Perico, contaba que entre los vagabundos que dormían en el albergue en invierno había abogados, empresarios, mujeres ejecutivas, padres de familia, que por un motivo u otro se habían dado a la bebida y habían llegado a esa situación.

Aparta estos pensamientos amenazantes y decide acercarse a las señas que le anotó Mariano. Como todavía falta más de una hora y no se siente seguro de dar con el lugar, sobre todo por los nervios que le están dominando, elige ir en tren a Madrid, después viaja en metro hasta el Puente de Vallecas, y desde allí toma un taxi. El taxista no hace ningún comentario cuando él le entrega el papel con la dirección, pero Teseo tiene la impresión de que sabe adonde y a qué va. Se arrellana en el asiento de atrás y cierra los ojos. Trata de convocar la figura de Ariadna para darse valor. Se engaña pensando que está haciendo este esfuerzo por ella, y que por ella recuperará todo lo que ha perdido. Le cuesta reconocer que lo está haciendo por sí mismo y que solo así es posible

vencer en esta terrible batalla. El recorrido es complicado. Cuando abre los ojos está en un barrio totalmente desconocido. No quiere hablar con el taxista, no quiere hablar con nadie que le pueda aconsejar o animar a seguir adelante. Contra los demás, él tiene argumentos. Solo frente a sí mismo está totalmente despojado de razones.

—Espéreme un momento —indica al taxista cuando llegan a destino.

No puede consentir esa angustia que se le agarra a las entrañas. Se le ocurre la peregrina idea de que necesitaría un trago para animarse. Está solo en el laberinto y el minotauro se está acercando. Tiene que convertirse en el héroe de Ariadna, tiene que encarnar de nuevo a Teseo y vencer todo temor. Palpa en el bolsillo el llavero de su padre, y se decide a entrar en el portal que está abierto a pesar de la hora. Da a un interruptor de luz que encuentra a tientas en la pared y se enciende una bombilla de bajo consumo colgada del techo. Se ve enfrentado a un largo pasillo vacío y desconchado. ¿Qué hace él ahí? ¿No se habrá equivocado el taxista? En el papel está indicado un tercer piso a la derecha. Sigue andando por el pasillo imaginándose que es Teseo recorriendo el laberinto. Llega finalmente a una escalera de madera con barandilla de hierro. En ese momento se apaga la luz. Vuelve a palpar la pared hasta dar con otro interruptor. Esta vez la bombilla es más potente y la escalera iluminada parece hasta alegre. Emprende la subida haciendo crujir los peldaños. Al llegar al tercer piso oye voces detrás de la puerta de la derecha. Se queda un momento escuchando, aterrado con la idea de que puedan descubrirle. Oye pasos que se acercan a la puerta y sale disparado corriendo escaleras abajo. El taxista está esperando y él entra en el coche casi sin aliento. Le indica la dirección de la casa de Ariadna. No se siente capaz de volver a Pozuelo utilizando el transporte público.

Una vez en la casa se anima pensando que ha hecho bien y que ese lugar no era para él. En el fondo sabe que se está engañando, pero prefiere pensar que ha vencido. Ha conseguido superar el deseo acuciante de beber, de eso se trataba.

Le entretiene prepararse una ensalada con queso fresco. Se sirve una copa de agua como hacía Ariadna. Tiene la impresión de que una parte de ella se ha introducido en él y le completa.

Vuelve a estar contento. Enciende la televisión para oír las noticias mientras cena. Esa es otra libertad que se permite ahora que no está la dueña de la casa.

El hilo
de Ariadna, VIII

No olvido la promesa que hice a Augusto y, antes de pasar por casa a recoger las setas, me acerco a la Puerta de Sol y a la Mallorquina donde le encuentro sentado frente a su mesa de mantel azul, junto a la ventana. Se alegra mucho de verme. Se cambia de sitio para oírme mejor porque está perdiendo la audición del lado izquierdo. Es un gesto bastante innecesario porque yo prefiero escucharle, y a él le gusta más hablar. El día ha amanecido gris, y la gente se mueve más deprisa a causa del frío.

—Aquí tengo entretenimiento doble —me dice—. Por un lado contemplo la vida que discurre ahí abajo —me señala la calle Mayor y la Puerta del Sol, donde a esta hora temprana ya se ve circular a la gente afanándose de un lado a otro, como hormigas en un sendero—. Desde esta atalaya he visto hasta cómo le robaban a uno la cartera. Y no he podido hacer nada. Es como si estuviera en una butaca de cine. Y al mismo tiempo, me asomo al mundo leyendo el diario. Y no es que me fie mucho de las noticias. Tampoco tengo ya participación alguna en el desarrollo de los acontecimientos. Se acabó el tiempo en que yo luchaba en primera línea por un ideal. Queda en mí el ideal, pero desapareció la lucha. Dentro de un rato llegarán unos amigos a echar una partida de dominó, todos fuimos en un tiempo activos luchadores. Ahora el dominó es la única forma que tenemos de mover ficha, porque por lo demás...

Nos miramos, y me sonrío con impotencia.

—Me está bajando la energía —me dice—. Debe de ser la vejez. Ya no me doy los paseos que me daba. Me falla la fuerza.

—Cuéntame aquellos sueños —le animo.

—¡Ah, los sueños! Es algo extraño —me dice—, sobre todo porque se repiten con frecuencia. Eso tampoco me pasaba antes. El mismo sueño vuelve una y otra vez.

Mira hacia el cielo por la ventana, como si en él contemplara las escenas del sueño.

Presto atención a su relato sin interrumpir su ensimismamiento.

—Yo viajo. Voy andando por un campo y empiezo a ver terrenos de una belleza increíble, pero a la hora de regresar, no sé regresar. Estoy perdido. A la gente que me encuentro por el camino le hago preguntas utilizando como referente Madrid, la Puerta del Sol, o la plaza de la Cebada, que son lugares conocidos, pero no me saben indicar. Sigo andando y me asomo a una balconada y desde allí diviso un verdor extraordinario y, al fondo, unas casitas. Me dirijo hacia ellas para encontrar gente que me pueda orientar. Por el camino no me cruzo con animales, ni un pájaro, ni un perro... nada. Llego a las casas y pregunto a los habitantes del lugar. La gente es amistosa y me recibe bien. Me dicen: es por aquí, o por allá. Voy hacia el lugar que me indican y aparece el

obstáculo. A veces es una barrera que surge en el camino y detrás de la barrera hay una trocha y yo intento avanzar por ella, pero enseguida se pierde y no puedo seguir. A veces son caminos cruzados que conducen a laberintos. Y vuelvo a encontrarme en un paraje extraordinario. Los paisajes son divinos. ¡Si yo tuviera la capacidad de describirlos! Pero no puedo, porque su belleza no es real. Vuelvo a caminar lleno de optimismo por una senda. Al fondo veo una montaña de tierra caliza con una blancura extraordinaria. Lo de la tierra caliza lo digo por interpretar esa blancura resplandeciente, pero no sé... Sigo buscando el camino de regreso a mi lugar. Atravieso prados, grupos de árboles. Me recuerda el paisaje a unos campos de Guadalajara que yo conocí. Trato de recordar los nombres de aquella zona, por ver si me oriento. Aparece el de Majalrayo. A las personas que me cruzo les pregunto por ese lugar, porque pienso que desde allí podré encontrar el camino de vuelta. La gente es sociable pero me dan explicaciones confusas y después acaban desinteresándose. Yo sigo un camino y temo que aparezca la noche. Pero nunca aparece la noche en este sueño que se repite. Ni siquiera una noche estrellada maravillosa. Nada. Hay, eso sí, un descenso de la luz que parece presagiar la aparición de la noche pero nunca llega la oscuridad total. Sigo caminando y aparece el caos. Es angustiante —me mira—. En medio de esa angustia me despierto. ¿Qué te parece?

—Me parece buena señal que nunca llegue la oscuridad total. Me gustaría ver los paisajes que describes. Yo también tengo un paisaje...

No me oye, y sigue hablando.

—Hay otro sueño que se repite, y que también es curioso. ¿Tú sabes lo que es un colector? — Antes de que yo le conteste me explica que es un conducto subterráneo en el cual vierten las alcantarillas.

—¿Una especie de túnel?

—Es como una alcantarilla más grande y tiene un andén. En tiempos de guerra nos metíamos en un colector por la zona de Cantalarrana, a la entrada de Madrid. Y entre el techo del colector y el exterior había unos pequeños refugios que habíamos preparado para escondernos si venía alguien, o por si subían las aguas. Yo formaba parte del grupo de los zapadores, que son los que se ocupan de las obras de excavación —me pregunta con un gesto y le aclaro que he entendido la puesta en escena—. Bueno, pues estamos en el colector y tenemos que subir al refugio porque las aguas suben. Quiero resguardarme en el parapeto y mirar por el catalejo para ver qué viene del exterior, pero no tengo tiempo. Las aguas suben a toda velocidad. Nos adentramos en el refugio pero la situación es angustiante porque nos falta aire y las aguas nos van a inundar también ahí. Tenemos unos pinchos y picamos con toda nuestra fuerza en el techo que es de tierra muy dura. Picamos con los pinchos mientras sube el agua y aumenta el terror frente a la muerte inminente. Finalmente rompemos el techo con nuestros pinchos y aparece la luz del día. Entonces despierto.

—Esta vez el final es muy bonito.

—Siempre es bonito por una cosa o por otra. Los paisajes en el otro sueño son extraordinarios.

Me encanta el carácter de Augusto. Siempre se queda con lo bueno.

—Mira —dice señalándome la escalera—. Ahí llegan mis compinches, el frente de juventudes.

Un grupo de hombres mayores aparece en el rellano apoyándose en bastones o en la barandilla de la escalera. Me levanto.

—Te dejo con tus amigos, Augusto. Tengo que seguir mi recorrido.

Veo salir a Teseo de mi casa y alejarse en el coche. Después de un rato de vigilancia, y de asegurarme de que no hay nadie por el entorno, me decido a entrar. Está todo arreglado en un orden que no se parece al mío aunque no difiera en mucho la disposición de las cosas. El ambiente es diferente, no sabría decir exactamente por qué, pero se nota un cuidado y una dedicación de cariño hacia la casa, con un toque quizá masculino. En la parte de armario que yo vacié Teseo ha colocado su ropa. No sé cuál es su intención, pero no parece que tenga ganas de mudarse. No quiero entretenerme. Dejo el sobre en la cama, y subo un momento al despacho. Dudo en dejarle el último escrito, contiene demasiado dolor. Pero este es el juego de la verdad.

Salgo corriendo de casa. No quisiera que me encontrara allí, todavía no ha terminado mi comunicación con él. Sería imposible contarle de palabra el mensaje que le quiero dejar. Él nunca lo consentiría.

Al llegar a Villa Azor me tumbo en la cama y cojo al azar un libro de la biblioteca de Iván, *Le dit du Genji*. Se trata de una traducción al francés de la escritora japonesa Murasaki Shikibu, que vivió hacia el año mil. Lo ojeo distraídamente. Me detengo en una página en que habla del dolor de la separación, de cualquier separación, incluso de la de abandonar una vida llena de privaciones para seguir al amado. No importa el tiempo ni el lugar, los sentimientos son imperecederos. Yo he elegido abandonar mi mundo para buscar lo extraordinario y echo de menos las pequeñas cosas. Mi visita regular al gimnasio, por ejemplo. Y el momento de la ducha, compartido con mis compañeras de natación. Solo con ellas podía hablar de mi relación con Teseo, de su comportamiento y el mío. Esa complicidad, abrigada por la desnudez de los cuerpos que enjabonamos mientras discutimos, hace que la mujer nunca sea culpable y que las penas se vayan con el agua por el desagüe de la ducha. Alguna vez también nos reuníamos en la casa de una u otra para alguna celebración gastronómica. Y todas nos esmerábamos en preparar los mejores manjares. Mis recetas fueron siempre muy celebradas porque me dedicaba a preparar el encuentro con vocación verdadera. Me gustaría repetir ahora uno de esos encuentros, con carta de vinos incluida. Me imagino la sorpresa de todas, yo era la única que no bebía alcohol. Seguro que descubrirían que detrás de esa nueva pasión hay otra que la ha despertado. Con ellas podría hablar sin peligro de mi amor por Iván, de los sueños cada vez más eróticos que me asaltan en su ausencia, de la impaciencia por su regreso y por saber qué va a ser de nuestras vidas. Y ellas me pincharían, harían comentarios jocosos, me dirían que no se puede dejar escapar a un mirlo blanco. ¡Un hombre alegre!, ¡inconcebible! Sí, todo eso les contaría, pero de lo más profundo e íntimo no diría nada. No quiero bromear sobre mi reciente necesidad de un hijo, de esa demanda nueva, imperiosa, que se está imponiendo a cualquier otro deseo, ese reloj biológico que se ha presentado sin aviso previo. De ese nuevo ser que reclama su presencia en el mundo, y que imagino con mi mirada y la sonrisa de Iván, todavía no puedo hablar.

Hoy es el día que libra Pablo. Me decido a bajar al Pozo del cielo para encontrarme con el hombre-luna. Me llevo una sorpresa ante la puerta cerrada sin llave en la cerradura, ¿qué significará?

De pronto oigo un ruido en la parte superior del estudio: un golpe, otro... Subo la escalera con el corazón palpitante. ¿Habrá vuelto Iván? No es Iván el hombre que encuentro arriba, pero en

algo se parece.

—Hola —me saluda—. Soy Don. Y tú debes de ser Flor.

—Hola, Don, has acertado.

—Estaba tratando de ver lo último de Sándor, pero acabo de comprobar que la cosa está difícil. He desempaquetado esa escultura que ya conocía, y la verdad, es que no me atrevo a tocar más por miedo a romper algo.

Me ofrezco a ayudarle aunque soy también de la opinión de que es más prudente esperar al regreso de Sándor. Pero Don parece impaciente.

—Quería utilizar una de sus esculturas para un anuncio. ¿Tú sabes si ha vendido la amazona del arco?

—Espero que no. Si así fuera, la echaría mucho de menos. ¿Por qué no llamas a Sándor?, él te podrá informar.

—Ya. Lo que pasa es que no tienen ninguno de los dos el teléfono conectado y en la casa no hay teléfono. Están en periodo de descanso o de aislamiento amoroso.

Don va palpando los paquetes con gesto nervioso. Siento deseos de echarle del estudio y de cerrar la puerta con llave para proteger la obra de Sándor. Afortunadamente Malena viene a reclamarme para que dé el visto bueno al pastel de boletus. Le explico a Don lo que vamos a comer y el motivo del menú en combinación con el vino. Él no sabe nada de mi anterior etapa abstinencia y acepta encantado mi invitación a participar de la degustación. Un tema le distrae del otro y parece resignado a esperar la comunicación con Sándor para actuar. Apruebo la prudencia del escultor cerrando la puerta del Pozo del cielo. Nunca se sabe en esta casa lo que puede ocurrir durante su ausencia.

Me vuelco en dar los últimos toques al menú del día. Don tiene toda la pinta de saber apreciar una buena comida y un buen vino. Malena ha dispuesto la mesa para dos en el comedor, insistiéndome en que prefiere no unirse a nosotros ya que no va a probar el vino. Yo sé que es por timidez, pero su postura es tajante y no insisto.

Don come con parsimonia, depositando los cubiertos en la mesa con frecuencia, cerrando los ojos como Iván, para saborear el vino.

Espero con impaciencia el veredicto.

—Este plato no puede ser más exquisito —dice finalmente—. Y liga perfectamente con el vino.

Celebramos el resultado con Malena, y brindo con mi nuevo amigo haciendo sonar las finas copas. Después de la comida, Don sube a echarse una siesta en una de las alcobas. Acaba de llegar de viaje y está agotado, pero trae papeles y asuntos para comentar conmigo un poco más tarde.

Me doy cuenta de que mi vida en la casa no va a ser ya tan apacible y tranquila como antes y lo celebro.

Hoy la voz de Iván al teléfono solo me habla de trabajo y tiene un tono extraño, como si estuviera ocultando algo. Siento tristeza. Después de esta conversación, decae mi confianza aunque mantengo la esperanza de que el desajuste se haya producido por la diferencia de horarios, y que la tristeza solo sea un eco de los engaños vividos en el pasado.

Elijo una botella de Pinot Noir de Oregón. Me parece que eso me aproxima más a él. Cierro los sentidos a la inquietud que se ha instalado en mí y me retiro a la habitación con la nueva

botella.

Servido en la copa, este vino de la cepa Pinot Noir resulta especialmente luminoso. Analizo el color levantándolo hacia la luz: un tono teja ligeramente dorado. Tiene un aroma suave, que me recuerda un poco al regaliz, quizá a alguna especia como la canela. Me demoro un poco en degustarlo para prolongar las sensaciones producidas por el aroma. Cuando finalmente lo paladeo, me encuentro con un sabor suave y fresco. Apunto la impresión en mi cuaderno. Bebo un segundo sorbo, y lo dejo prolongadamente en la boca mientras contemplo el jardín, la piscina, los árboles del fondo. Siento una añoranza grande de Iván, de su compañía, del amor que puede crecer entre nosotros.

Regresan Sándor y Ludmila con muy buen aspecto. Malena nos sirve para cenar un pudín de champiñones con ensalada de rúcula y una tabla de quesos surtidos. Ha sido mi elección para el Pinot Noir. Se muestran los dos encantados con el menú. Sándor descorcha la botella de vino y lo sirve en las copas.

¿Qué estamos celebrando?, pregunta Ludmila. Les cuento mi idea, y cómo hemos trabajado Malena y yo estos días para elaborar el programa de cata. Ludmila nos felicita a las dos. Después, cuando Malena se ha retirado, le guiña un ojo a Sándor por encima de la copa. Me pregunto qué habrán hablado estos dos en su retiro. En el caso de que estén celebrando mi relación con Iván, me alegro de que Ludmila parezca tan contenta.

Estoy decidida a llamar a Iván al día siguiente, pero no me da pie a ello. Se presenta él en la casa de improviso. Su prudencia al teléfono la víspera se debía a la vuelta anticipada que estaba preparando y al nerviosismo que quería disimular. Lo primero que hace al llegar, es soltar la maleta y buscarme por toda la casa. Me encuentra en la nueva oficina, enfrascada en los papeles que trajo Don.

—Pero ¿qué haces aquí? —me dice al abrir la puerta—. Todo el tiempo te he estado imaginando en la alcoba, más concretamente en la cama. No tenía esta nueva imagen grabada en el recuerdo.

Suelto los papeles y me lanzo a su cuello. Lloro de alegría. ¡Es tan bello poder amar!

—¿Qué pasa? —me dice Iván, secando mis lágrimas.

—Todo y nada. Alegría y miedo a la vez.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a enamorarme demasiado, a necesitar tu compañía, a pasarme la vida esperándote y deseándote —le contesto entre besos y abrazos.

—Soy todo tuyo, Flor. Pídeme lo que quieras. No te puedo describir lo que me ha costado estar lejos de ti. Los días me parecían años. Yo también tenía miedo a perderte, a que alguien te alejara de mí.

—No temas, Iván. Ya no me siento libre, ya me dejaste encadenada.

—No estaba seguro de que me hubieras declarado tu amor. Dímelo ahora, lo necesito.

Me refugio en sus brazos.

Mi mirada, su sonrisa. Su voz, la risa de Jonás mi hermano pequeño.

—¿En qué estas pensando?

—En nuestros hijos. En que te estoy amando y quiero seguir contigo toda la vida.

—Entonces no hay tiempo que perder. Yo también quiero a esos hijos que tú deseas, y creo que la fábrica está en nuestro cuarto.

—No, el nido será el que creemos nosotros dos, solos e independientes. Convocaremos a nuestro hijo allí cuando vivamos una relación estable.

—¿Para cuándo quieres la boda?

—No se trata de eso. Lo que quiero decir es que precisamente la idea de casarnos y de tener un hijo es algo que tenemos que madurar.

—¿Tú quieres madurarlo?

—No, yo ya lo tengo claro.

—Pues yo también. Solo nos queda anunciarlo esta noche a la hora de la cena.

—¿No hay nada que te interese saber de mí antes de dar ese paso?

—No. Si algo quieres contarme, ya lo harás cuando estemos juntos en nuestra casa.

No deseo contar nada, solo nacer con él a la vida.

Agarra con delicadeza los papeles que tengo en la mano y los deja sobre la mesa.

—Ven —tira de mí riendo al mismo tiempo— no puedo esperar más. Me llevé el dibujo de Sándor y he dormido con él todas las noches.

—¡Iván!

—Mi madre me llamó para ver qué tal iba, y le preocupó mi voz enfebrecida preguntando por ti. Estaba enfermo de verdad, Flor. Necesitaba curarme de ti. Y este es el único remedio —me dice mientras subimos la escalera.

Es la hora de la cena y seguimos en la cama. Nos es difícil romper la intimidad que está creciendo entre nosotros.

—Ellos tienen a Don —me dice Iván. Cenemos solos en la galería.

Me gusta que decida él, mi necesidad coincide con la suya. Se viste y baja a buscar la mitad del pastel de champiñón con trufa que sobró de la noche anterior y la tabla de quesos. Le he contado mi cata de vinos y la elaboración de platos de acompañamiento. Mientras tanto yo me visto con traje de fiesta. Al regresar me cuenta que pasó a saludar a Sándor y Ludmila y que ya estaban esperándonos sentados a la mesa. Don no estaba.

—Levanté una botella de Pinot Noir en señal de brindis, anunciándoles nuestro compromiso. Me han pedido que al final de la cena bajemos a celebrar con ellos.

De la manera más sencilla Iván ha resuelto el tema. No habrá clandestinidad en nuestra relación. Pone mantel en la mesa y va a buscar los platos y cubiertos. Después vuelve a salir y entra con un paquete que me entrega con gran ceremonia.

—Es mi regalo de bodas —me dice emocionado—. Ten cuidado al abrirlo, es muy delicado.

Lo desenvuelvo con tanto esmero que Iván se impacienta. No quiero romper el precioso papel que lo envuelve.

—Son dos copas Riedel —dice Iván orgulloso cuando aparecen las cajas—. Las mejores del mundo.

El laberinto
de Teseo, VIII

Otoño. Luz dorada, luz tamizada. Árboles que son como ramos batidos al viento. Cielos madrileños gloriosos en su esplendoroso latir.

Y yo habría dado media vida por tumbarme sobre un amargo aroma otoñal, dejarme envolver en nubes de ensueño, sentir besos sobre mi mejilla, y no pensar, y existir y ser.

Ser sabiendo toda la delicia del mundo.

Pero mi otoño es otro. Es el otoño de la separación. Quiero marchar. Quiero huir. No puedo más. He llegado al límite. No sé adonde volverme. Solo sé que la angustia no me deja ni soñar. Ni dormir. La angustia, la angustia. Y cuando no puedes más, y tu cuerpo se siente enfermo, y tus nervios tiemblan, tiritan, repican en la cabeza, hormiguean en el brazo y las piernas, duelen en el estómago, hacen estropajosa la lengua... Cuando te han robado la última esperanza, el otoño de la última esperanza... entonces te sube desde el fondo del alma en oleadas potentes, progresivas, la NÁUSEA.

Fue el otoño del año pasado. Ariadna volvió a caer enferma, pero esta vez Teseo no pudo cuidarla porque ella no quiso verle, además de que coincidió con la visita de su hermano mayor y su cuñada. Ellos la atendieron hasta su total restablecimiento, y después pasó un tiempo con ellos en Dinamarca. Cuando regresó, Florinda ya no era la misma. Estaba más ausente, más despegada. Él prefirió no estrechar los lazos para no dañarla porque no tenía nada nuevo que ofrecerle y prefería que la relación entre ellos se fuera disolviendo poco a poco, a menos que surgiera algo que le aportara un nuevo vigor. Se volcó en la empresa con todo lo que implicaba: fiestas, contratos, mujeres fáciles, cocaína. Un día Ariadna le dijo: «Puedes hacer con tu vida lo que quieras, ya no me importa». Le impresionó la realidad de su indiferencia y en vez de soltar, se empeñó en retenerla.

Se levanta a regar las plantas y a recoger la sala de estar. Desea tenerlo todo dispuesto para el regreso de Florinda. Al mismo tiempo dedica el resto de su energía a preparar su viaje. Decide no acudir de momento al centro que le ha aconsejado Mariano. Ya lo pensará más adelante. Está tomando regularmente las pastillas que le recetó el médico. Le ha explicado a Noelia sus nuevas funciones y ella parece haber captado todo con inteligencia y buena disposición. Por ese lado puede estar tranquilo, Noelia está funcionando bien.

Ya se ha acostumbrado a llegar a la casa sin esperar ansiosamente noticias de Ariadna. Sin embargo, un día vuelve a enfrentarse con la realidad al ir a abrir la verja de la entrada. En la

puerta hay un cartel colgado anunciando que la casa está en venta. La noticia le pilla desprevenido. Toma nota del número de teléfono y lo marca esperando la respuesta de una voz desconocida. Se queda de piedra cuando oye la voz de Florinda respondiendo a su llamada. Tal es la impresión recibida, que busca una silla para sentarse.

—¿Cómo estás, Andrés, mi Teseo luchador? Creo que ya hemos llegado al final de nuestro viaje.

—¿Qué quieres decir, Florinda?, ¿cómo debo llamarte? ¿Doña Flor, Ariadna?

—Lámame Florinda. Con ese nombre me encontraste y con ese nombre debes despedirme.

—¿Y por qué todo esto, Ariadna?

—Olvídate de Ariadna. La dejaste abandonada en la isla de Naxos, ¿lo recuerdas? Imagino que conoces el final de la historia.

—No sé, depende de lo que tú llames el final.

—Pues el final es que Ariadna lloró durante un tiempo la traición de Teseo, pero que su llanto fue pronto aplacado por la llegada a la isla de Dionisio, el dios del vino y la alegría. Y Dionisio supo consolarla y seducirla, y se casaron y vivieron juntos muchos años y tuvieron muchos hijos.

—¿Y qué pasó con Teseo?

—Ocurrirá lo que tú desees, lo que sepas construir.

—¿Puedo verte, Florinda?

—Sí. Ya has visto que he puesto la casa en venta. No te asustes pensando que se va a vender enseguida, ya sabes que no son buenos tiempos. Empieza a buscar con tranquilidad un sitio nuevo.

—¿Sabes que me he separado de Isabel?

—Sí, lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Te lo explicaré cuando nos veamos.

—¿Y me aclararás todas esas mentiras que me contabas en tus escritos?

—¿Por qué estás tan enfadado? En mis escritos no te he engañado, solo he modificado algunos detalles para que no me localizaras. Ha sido una forma de indicarte que conocía tu necesidad de romper nuestra relación, y que yo también estaba rehaciendo mi vida.

—¿Cuándo podemos vernos?

—Mañana, por ejemplo. Donde tú quieras.

—Me gustaría que fuera aquí, en tu casa, si te parece bien.

—Me parece bien.

Andrés recuerda de pronto que tiene cita con los de Iberdrola por la mañana, y no sabe si se prolongará en una comida.

—¿Te parece bien a las cinco?

—Sí. Estupendo.

A Flor le impresiona abrir la puerta de su casa sabiendo que Andrés la está esperando en el interior. Toda una serie de sensaciones y recuerdos acuden a su mente, pero esta vez el orden se ha invertido, ya no es ella la que espera y recibe. Entra directamente en la sala y se encuentra la sorpresa de un fuego encendido, sabe que este detalle le está dedicado porque en sus visitas secretas no vio ni rastro de lumbre. Desde la cocina le llega la voz de Andrés.

—Estoy preparando café, ¿te apetece un poco?

—Sí, gracias.

Habría preferido una infusión, pero no se lo dice.

Andrés se asoma a la sala, sonriente.

—¡Qué guapa estás, Ariadna!, permíteme que te llame así. Parece que hayas retrocedido al día de nuestro primer encuentro.

—Soy feliz, Teseo. Estoy enamorada.

—Entonces, ¿el tal Iván es de carne y hueso?

—No es Iván, y es mucho más que eso.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—Dejémoslo en Iván.

—Podrías haberle llamado Dionisio.

—Podría haberlo hecho, pero para mí ese era un juego ya agotado.

Teseo guarda silencio.

—Es curioso que hayas podido separarte de Isabel ahora que lo nuestro ha terminado.

No hay acritud en los reproches de Florinda, como si el tema no le afectara.

—Sí, es curioso. Yo también lo he pensado. Cuando estábamos juntos lo que más me apetecía era vivir siempre a tu lado. Pero después no era capaz de dar ese paso.

—Solo has podido hacerlo cuando te has visto libre de mí. Yo creo que te paralizaba la idea de amar de verdad y de ser amado.

—Podría ser.

Andrés permanece pensativo. Le pasan por la cabeza los cambios de humor de Florinda y otras muchas razones que podría reivindicar pero no le apetece discutir.

—Es inútil dar vueltas a eso ahora. ¿Qué me dices tú de toda la historia de doña Flor y el marmolista? Llamé a la empresa y me dijeron que no trabajaban con ese escultor ni con ningún otro.

—Eso fue algo que inventé para indicarte que mi vida estaba cambiando.

—Pero ¿cómo te vino a la cabeza ese cuento del marmolista?

—Porque estaba en casa esperando que algo ocurriera, algo que me sacudiera y me devolviera el placer de la vida, y al mismo tiempo esperaba la llegada del marmolista que tenía que arreglar lo del baño. Cuando sonó el timbre de la puerta imaginé que sería el marmolista, pero se trataba del mensajero que me anunciaba un cambio de vida.

—¿Se llama Sándor?

—No, no se llama así.

—¿Y es húngaro?

—Tampoco. Tanto el nombre como la nacionalidad me vinieron a la mente porque estaba leyendo la biografía de Sándor Marai, y la persona que llegó a mi puerta se parecía un poco a la idea que yo me había hecho de ese autor.

—Pero sí será cierta su profesión de escultor.

—No, tampoco.

Teseo la mira asombrado.

—Ya sabes —dice ella— que a mí el arte me emociona, y con Sándor, permíteme que siga llamándole así, hablamos mucho de arte. Me hizo entender cosas que yo tenía dormidas en mi

interior, a las que ya no daba importancia. Iniciamos una verdadera amistad. Lo que yo te iba contando era una metáfora de lo que me estaba ocurriendo.

—Y, ¿desde cuándo hablas tú con metáforas?

—He hecho ese esfuerzo para ti, y la verdad es que me ha proporcionado momentos intensos. Quería participarte de alguna forma el cambio que estaba viviendo y que era a la vez una despedida de mi vida anterior. Tu desinterés por mí era evidente. Llevaba tiempo percibiendo los síntomas de tu dispersión, nuestras vidas se distanciaban a una velocidad vertiginosa. Todo ello me dolía de forma aguda, lacerante, hasta que poco a poco fue apareciendo en mí la misma indiferencia hacia ti. Fue un sentimiento también triste pero pude darme cuenta de que la vida nos estaba dando una oportunidad y yo necesitaba aprovecharla, pero ¿cómo? Entonces llegó por casualidad a mi vida esta persona que era exactamente el enlace adecuado para volver yo a sentir amor. Antes de encontrar a Sándor, yo me despreciaba porque tú habías dejado de quererme, y porque hacías imposible que te amara yo a ti.

—Creo que dramatizas mucho, Ariadna.

—No dramatizo. Tú no sabes lo que es vivir pendiente de alguien a quien deseas amar y no te lo permite; que ofrece y retira; que te impide vivir tu amor a la luz del día y no te deja compartirlo con los amigos ni te permite soñar con darle una prolongación en hijos.

—Tú nunca hablaste de que quisieras tener hijos.

—Porque no quería tenerlos. Quería tenerte a ti. Hasta que eso no estuviera cumplido, yo no deseaba nada más.

—Te quise mucho, Ariadna. Y de alguna manera te sigo queriendo.

—Creo que tenemos un concepto muy distinto de lo que es el amor.

Flor sonríe a algún recuerdo. Teseo se sirve azúcar y remueve el café en silencio. Luego añade:

—Entonces, todo, absolutamente todo lo que me has contado era mentira. Porque no existen las esculturas ni el Pozo del cielo ni la galería ni nada...

—No todo es inventado. Para las esculturas me basé en el recuerdo de un escultor húngaro que conocí hace tiempo. Su obra me impresionó, aunque no de la misma manera. Había algo en aquellas esculturas y en lo que expresaban que me hizo desear en aquel tiempo pertenecer a la mirada del escultor, ser reconocida por ella. El mundo que me presentó Sándor es igualmente atractivo para mí. Me hizo despertar a otra forma de mirar. Quise explicarte con mi historia que yo ya estaba sintiendo amor, aunque todavía no lo pudiera enfocar en una persona concreta, pero algo en mi interior se estaba abriendo de nuevo. Sentía amor hacia todo: hacia el arte, hacia la vida, hacia las cosas más triviales. ¿Recuerdas las palabras que introdujo en mí el hombre-luna?

Ariadna prueba el café, y añade:

—En parte tú eras responsable de ello. Yo notaba que no dejabas de pensar en mí.

—¿Qué remedio! Me tenías atrapado. ¿Por qué lo hiciste?

—Todavía lo necesitaba.

Andrés no sabe seguir por esos derroteros y regresa al interrogatorio.

—¿Quién es el hombre que llamó a la puerta de tu casa?

—Es un conocido de mis padres que traía un paquete para mí. Me había llamado el día anterior para anunciar su visita y yo lo había olvidado. Le hice pasar y tomamos un té. Conversamos. Le interesaba tanto lo que yo le contaba que pasamos la tarde juntos. El marmolista

llamó diciendo que vendría al día siguiente. Nos reímos con el tema del seguro y del marmolista. Por eso, cuando más tarde quise contarte mi transformación, se me ocurrió esa historia.

—Le di a leer tus textos a tu vecina Marga y parece que le hizo mucha gracia.

—¿A Marga?

—Sí, tuve que hacerlo. Estaba preocupada por tu ausencia y llamó a tu hermano Fran.

—Esas son cosas que no tuve en cuenta. Nunca hubiera imaginado...

—No te preocupes. Tus escritos la tranquilizaron a pesar de que le advertí de que los datos que me había tomado la molestia de comprobar no se correspondían con la realidad.

—Hiciste bien en dejárselos.

—Parece que ella supo interpretarlos. Aquí el único tonto debo de ser yo.

Flor no le corrige.

De pronto Andrés sonríe como si hubiera recibido una aclaración.

—¿Cómo construiste a Iván?

—Con los elementos que considero que te faltan.

—¿Incluso lo del vino?

—Lo del vino en el sentido positivo. Ese elemento me faltaba también a mí. Fue el más difícil de incorporar.

Andrés vuelve a la seriedad.

—Espero que sea verdad lo de tu trabajo porque yo ya he contratado a otra persona.

—A Noelia, ya lo sé.

—¿La conoces?

—Es una amiga del gimnasio. Me dijo que buscaba trabajo. Yo sé que está muy preparada y que vale mucho. Quería que la conocieras sin que supieras que iba de mi parte. Entonces ideamos todo ese plan con el pobre Alejandro.

—¿Quién es Alejandro?

—Un amigo de Noelia que se prestó a ayudarnos.

—Debiste divertirte de lo lindo.

—El caso es que dio resultado.

—No sabía que tuvieras tanta capacidad creadora. Deberías dejar los números y dedicarte a escribir relatos de ficción.

—No es mal consejo. Llevo años tratando de que descubras mis talentos. Se ve que todo empieza cuando termina. Pero, fuera de bromas, ¿cómo te va con Noelia?

—Me parece que es buena en el trabajo, aunque no me gusta su carácter. Quiere decidir y opinar sobre lo que no le importa.

—Estoy de acuerdo contigo en que es muy mandona, le gusta intervenir en la vida de los demás, pero de eso tú sabes protegerte muy bien.

—Sí. No pienso darle pie a repetirlo.

—Siempre ha tenido problemas con los hombres por ese motivo. Creo que ahora está iniciando una relación nueva...

A Andrés le sorprende esa noticia y le molesta. No quiere que Florinda lo note y la interrumpe de forma brusca.

—Me fastidia que haya estado actuando de espía.

Ariadna saborea su triunfo. Por la irritación en el tono de voz de Teseo, descubre que se había

hecho a la idea de que Noelia estaba colada por él y que eso le hacía gracia. No le aclara que a Noelia pueden gustarle apasionadamente varios hombres al mismo tiempo.

—No lo ha hecho. Solo me ha contado que te habías separado de Isabel por si yo quería volver contigo. Le aclaré que no, pero celebré que hubieras conseguido dar ese paso, por ti y por Isabel.

Andrés permanece callado como rumiando algo. Ella le tiende un cable.

—Noelia me dijo que le gusta el trabajo que le has proporcionado y que se siente a gusto contigo.

—Me alegro. Para el trabajo es una persona valiosa. Oye, ¿hablaste tú con Lorenzo?

—¿Quién es Lorenzo?

—El tío de Isabel.

—No. Yo no le conozco. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que se han movido las cosas también en el trabajo de forma bastante insólita, y quería saber si tú tenías algo que ver.

—No. Yo solo me he ocupado de mi sustitución. De lo demás no sé nada.

Andrés se levanta para atizar el fuego. Ariadna permanece cómodamente sentada en el sillón. Le gusta sentirse invitada y atendida en su propia casa. No le pregunta qué cosas han cambiado en el trabajo. Teseo se da cuenta de que ese tema ya no le interesa. Ariadna no es la misma de siempre. Le gustaría culparla de algo, pero no sabe por dónde empezar. La necesidad de un trago le hace volver a sacar el tema de la bebida.

—¿Y qué me dices del vino? Todavía no sé si es una metáfora el hecho de que ahora te guste tanto y estés convirtiéndote en una experta.

—Ya te he dicho que descubrí que el vino también tiene su lado bueno.

—Lo nuestro es un puro desencuentro. Yo ahora no puedo beber ni una gota de alcohol, estoy en periodo de desintoxicación.

El asombro de Florinda no es fingido.

—Lo celebro. Quizá mi insistencia era un estorbo para que pudieras liberarte. Tiene que ser angustioso vivir esclavo de un vicio.

—Yo no...

Andrés se calla. Sabe que si quiere avanzar por el camino iniciado tiene que empezar por admitir su enfermedad.

Ella hace ademán de levantarse, pero Andrés la detiene y le pide un minuto más.

—Quería hablarte también de las hojas de cuaderno que dejabas en el despacho. ¿Por qué no convertiste en su momento esos escritos en cartas? Creo que habrían podido servir de ayuda.

—Ese cuaderno era un desahogo solo para mí. Tú no querías saber nada de lo que ocurría en mi interior porque te sentías culpable, pero eran sensaciones que yo tenía que expresar aunque solo fuera para no volverme loca. Lo volví a leer hace poco, y me pareció bueno que antes de separarnos tuvieras una idea de lo que fue para mí nuestra relación. Tu inquietud por mi ausencia se convertía en una oportunidad única de que te interesaran mis razones.

Andrés inicia un gesto de protesta pero enseguida abandona esa actitud que podría abocar en una de esas absurdas e interminables peleas que en los últimos tiempos le irritaban tanto.

—Caí en todas las redes que me tendiste —le dice a cambio—. Estaba loco por encontrarte. Hice el ridículo hablando con la galerista y con el guarda de la urbanización de La Florida, y

hasta con el verdadero marmolista...

—Seguro que no hiciste el ridículo.

—En cierto modo sí lo hice. Practicaste conmigo un juego perverso aunque reconozco que ha dado algunos resultados. Me has forzado a recorrer mi vida hacia atrás, y me he encontrado con cosas interesantes. Y también has vuelto a despertar en mí la curiosidad y la ilusión por el arte... Por cierto, me gustó mucho la exposición a la que me enviaste.

—Lo sabía. Quería que vieras esa exposición, y de paso se me ocurrió la idea de hacerte entrar en tu antiguo barrio que tanto evitabas.

Andrés hubiera querido indagar el porqué de ese interés, pero Florinda se levanta y le pide permiso para recorrer la casa.

—Es tu casa.

—En este momento la siento más tuya que mía. He comprobado que la has cuidado y te lo agradezco. En realidad, ya no es de ninguno de los dos. Me han hecho algunas ofertas que estoy barajando. Alejandro, el amigo de Noelia, está interesado, pero está sin blanca y pendiente de un crédito.

—No se lo vendas a él.

—¿Por qué?

—Si no puede pagar lo que vale, que busque otra cosa. Además, me cae mal. Es un falso, un hipócrita.

—¿Y eso?

—Francamente, no sé cómo fui tan tonto de no darme cuenta del engaño. Sin duda fue por culpa de mi borrachera.

—Es la primera vez que te oigo aplicarte esa palabra.

Teseo cambia rápidamente de tema.

—¿Qué piensas hacer con todas tus pertenencias?

—Los muebles están incluidos en la venta. Dentro de unos días vendré a recoger la ropa y lo que deseo llevarme.

Andrés siente tristeza ante el desapego de Florinda. ¿Cómo puede ser tan insensible con lo que un día amó?

—Véndeme la casa a mí, Florinda —hasta ese momento no le había pasado la idea por la cabeza, pero se siente firme en su petición—. Estoy ahora en un buen momento y puedo afrontar el gasto. Tengo buenas perspectivas en el trabajo que espero poder cumplir. Además, Isabel me ha ofrecido por la mitad de nuestro piso un importe superior a lo que esperaba.

—Tú también deberías alejarte de esta casa. Solo trae recuerdos dolorosos para los dos.

—Al contrario, para mí son recuerdos gratos. Además, he aprendido a quererla ocupándome de ella. Es como si estando aquí, lo mejor de ti se adhiriera a mí. En esta casa he empezado a rehacer mi vida. Fie comprendido muchas de tus razones.

—Pero eso ya está cumplido. Es el final de una etapa.

—Quizá para mí no. El cambio está siendo paulatino. Al principio solo me retenía en esta casa la preocupación por tu desaparición. Luego, poco a poco me fui relajando y aprendiendo a vivir en ella con la esperanza de que un día regresaras, aunque de vez en cuando me asaltaban las dudas de que pudieras estar metida en un lío. Tus escritos casi me inquietaban más al ir comprobando que no se correspondían con la realidad. No sabes la impresión que me causó oír de nuevo tu voz,

creo que hasta lloré de alegría cuando colgué el aparato. Me sentí tremendamente aliviado aunque...

Andrés hace una pausa porque no sabe cómo continuar. Escudriña el rostro de Ariadna por ver si queda en ella algo de su antiguo sentimiento.

—Sigo sin entender por qué te diste tanto trabajo si lo que querías era alejarte de mí.

—Trataré de explicártelo. Al principio salí corriendo detrás de una varita mágica capaz de romper el hechizo que me aprisionaba, me veía convertida en el sapo del cuento y ya solo disfrutaba tomando el sol sobre una piedra, rodeada de todo tipo de amenazas. Pronto comprendí que el desencantamiento era posible pero no fácil. Estaba recuperando la fuerza y la forma pero para ponerme a caminar tenía que rellenar el espacio vacío que quedaba detrás de mí. Te habías llevado mi esencia. Y eras tú quién tenía que devolvérmela. Necesitaba existir en ti, tanto en el presente como en el pasado. Para reconstruirme no bastaba la amistad de Sándor, aunque ayudaba, necesitaba recuperar los años que te entregué. La forma que se me ocurrió para completar ese vacío fue la de hacerte recordar aquel tiempo, y que a la vez sufieras mi ausencia.

—Yo creo que más bien fue una forma de venganza.

—No. En la prueba que tenía que superar, la venganza está prohibida, esa es un arma que siempre se vuelve contra uno mismo. No voy a negar que disfruté de un cierto desquite al tenerte atrapado en el mismo espacio en que yo lo estuve, pero te tendí el hilo de Ariadna para que pudieras salir. Tú mismo acabas de decirme que te ayudó.

Teseo está agotado. Los razonamientos de Ariadna lo descolocan, sobre todo cuando se van al mundo de la ficción o tornan forma de metáfora. Quiere recuperar el lenguaje del cuerpo, comprobar si Ariadna y él siguen entendiéndose en ese terreno.

Se pone en pie para iniciar la despedida.

—De la casa ya hablaremos. Te haré una oferta y tú decides si quieres vendérmela o no. Estoy abierto a los dos caminos, sigo siendo Teseo avanzando por el laberinto.

Se abrazan. Andrés estrecha fuertemente el cuerpo de Ariadna contra el suyo tratando de rescatar un resto de rescoldo de la antigua llama. Ariadna apoya la cabeza en su hombro y cierra los ojos con una sonrisa. Teseo siente los brazos huérfanos de ella, como si se hubiera retirado a un espacio inalcanzable, como si su esencia se hubiera esfumado.

Sin embargo, al cabo de un instante la siente regresar para decirle estas misteriosas palabras que lo desconciertan de nuevo:

—Se acabaron las angustias, gorila mío. Ahora ya puedo quererte sin miedo porque me he liberado de ti.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las personas que se cruzaron en mi vida durante la elaboración de esta novela y que dejaron su huella en el libro, a veces por su forma de estar en el mundo, y otras por trasladarme sus experiencias o sus conocimientos. En especial a Linka Babecka, Laura Palacios, Agapito Valladares, Daniela Cerezales, Carlos García, Eduardo Omegna, Jordi Custodio, Patricia Riosalido, y, como siempre, a Toni, compañero y colaborador en todas mis empresas.



CRISTINA CEREZALES LAFORET: (Madrid, 1948), escritora y pintora española —hija de la también escritora Carmen Laforet—, ha conjugado, durante más de veinte años, su labor como pintora con la de profesora de arte, traductora y viajera. Desde 1996 se dedica plenamente a la literatura. Ha publicado varias novelas y ensayos de viaje, entre los que destacan títulos como *De oca a oca* (2000), *La puerta de los vientos* (2004, con Lorenzo Silva) o *Por el camino de las grullas* (2006). En 2003 publicó *Puedo contar contigo*, donde recoge las cartas que se enviaron su madre y Ramón J. Sender. *Música blanca*, publicada en 2009, es una semblanza de los últimos años de su madre, enferma de Alzheimer.